

Libros de **Cátedra**

Hacia una deconstrucción de la Psicología Evolutiva

Aportes teórico-políticos

Ariel Martínez y Andrea Elizabeth Mirc (coordinadorxs)

FACULTAD DE
HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

S
sociales

**Edulp**
EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

HACIA UNA DECONSTRUCCIÓN DE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA

APORTES TEÓRICO-POLÍTICOS

Ariel Martínez
Andrea Elizabeth Mirc
(coordinadorxs)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA


Edulp
EDITORIAL DE LA UNLP

Índice

INTRODUCCIÓN

Psicología Evolutiva y el doble pliegue deconstructivo.....	5
<i>Ariel Martínez y Andrea Mirc</i>	

PRIMERA PARTE

Psicoanálisis: un primer pliegue deconstructivo	12
--------------------------------------------------------------	-----------

Capítulo 1

Hacia una reformulación crítica del criterio evolutivo en Psicología	13
<i>Norma Delucca</i>	

Capítulo 2

Revisando 'Hacia una reformulación crítica del criterio evolutivo en Psicología'	22
<i>Norma Delucca</i>	

Capítulo 3

El problema del desarrollo infantil y sus vertientes temporales: algunas coordenadas	35
<i>Andrea Mirc</i>	

Capítulo 4

Freud y el problema del desarrollo.....	48
<i>Ariel Martínez</i>	

Capítulo 5

<i>Black hole</i> : el deseo y lo monstruoso.....	92
<i>Lucía Vázquez</i>	

SEGUNDA PARTE

Posestructuralismo: un segundo pliegue deconstructivo 100

Capítulo 6

A vueltas con el problema de la infancia..... 101

Ariel Martínez

Capítulo 7

Psiquismo y trama social. Piera Aulagnier a la luz de Judith Butler 116

Guillermo Suzzi

Capítulo 8

Sexualidad y género: diálogo teórico-crítico con la mirada psicoanalítica 133

Tomás Gomariz

TERCERA PARTE

Nuevos materialismos: momento reconstructivo..... 162

Capítulo 9

Darwin y la teoría de la evolución: impactos, derivas y apropiaciones en las ciencias

humanas y sociales 163

Luciano Arévalo

Capítulo 10

Psicología 'Evolutiva': hacia una reconstrucción crítica desde Darwin..... 186

Ariel Martínez

ADENDA

Niñez y salvajismo. Marie-Angélique: solo problemas para ofrecer 228

Andrea Mirc y Ariel Martínez

Lxs autorxs 234

INTRODUCCIÓN

Psicología Evolutiva y el doble pliegue deconstructivo

Ariel Martínez y Andrea Mirc

Es frecuente considerar a René Descartes, al menos en las aproximaciones canónicas, como el padre de la filosofía moderna. Suele ignorarse, en cambio, que el filósofo, físico y matemático se encargó de construir un autómeta con forma de niña que llevó consigo durante un viaje a bordo de un barco —un sustituto, dicen algunas fuentes, de Francine, su hija fallecida. Algunos registros también señalan que, al encontrarla, el capitán del barco se aterrorizó por la increíble naturalidad de sus movimientos mecánicos y la arrojó por la borda (Kang, 2016). Curiosamente, este relato literaliza a tal punto la construcción moderna de la infancia que continúa siendo observado por reflexiones de múltiples disciplinas tales como la historia, filosofía, psicología, ciencias políticas, educación, ciencias físicas, matemáticas, robótica, cibernética, crítica literaria e, incluso, estudios cinematográficos. No podría ser de otro modo si consideramos que la fabricación de la infancia, y su vastísimo espectro de sentidos subsidiarios, se incrustan en la trama de saberes disciplinares que contribuyen a la construcción del mundo moderno.

Al igual que el capitán del barco enfrentado con la autómeta, este libro de cátedra cristaliza el impacto que hemos recibido, en diferentes momentos y por distintas vías, al enfrentarnos con miradas sobre las infancias provenientes de las Ciencias Sociales y Humanas. Nuestros saberes disciplinares, psicológica y psicoanalíticamente informados, se (des)anudaron de forma incómoda cuando intentamos conciliar o poner a dialogar miradas psicoanalíticas y constructivistas. Desde hace casi una década hemos permanecido en diálogo bajo la forma de grupos de estudio cuyo propósito fue indagar perspectivas locales y extranjeras que alimenten la problemática de dicho diálogo. Rápidamente notamos que la emergencia histórica de la Psicología Evolutiva gravitó en torno a un proyecto político e ideológico que bien podía ser señalado en términos de ‘tecnologías del yo’, de ‘gubernamentalidad’ (Foucault, 2006), incluso de ‘antropotecnia’ (Ludueña Romandini, 2010).

En este contexto comenzamos a pensar cómo el psicoanálisis operaba como un primer pliegue deconstructivo respecto a este proyecto, al enfrentarlo problemáticamente con aspectos de la subjetividad que, si bien no escapan absolutamente a la égida de las estrategias de poder y al alcance de los marcos normativos que operan en la producción del sujeto, sí ofrecen herramientas conceptuales que señalan aspectos no reductibles a tales dispositivos. Yendo aún más lejos, un segundo pliegue deconstructivo cabalga sobre una mi-

rada posestructuralista, capaz de exponer el problema del alcance universal que atraviesa, incluso, a las conceptualizaciones psicoanalíticas. Si la Psicología Evolutiva postula modelos temporales lineales como matriz a partir de los cuales pensar las transformaciones a lo largo del tiempo, el psicoanálisis ofrece una crítica a la linealidad del tiempo y a la postulación de un único origen, aún más, el posestructuralismo nos conduce hacia la postulación del valor universalizante de modelos teóricos que imponen, bajo la ficción de neutralidad, nociones de infancia, familia, niñez que, en rigor, se encuentran marcados según la clase, etnia-raza y sexo-genero, y ocultan otras formas que proliferan en los márgenes de lo normativamente legítimo. Una mirada crítica, de cuño posestructuralista nos permite desnaturalizar la infancia, despejar cualquier respaldo esencialista. Ahora bien, ¿el posestructuralismo hace del niño un autómeta, al igual que la niña construida por Descartes? Es cierto, pensar el niño como un artefacto social no nos horroriza como para, al igual que el capitán del barco, arrojar nuestro objeto de indagación por la borda. Tal vez se deba a que el psicoanálisis nos recuerda que, después de todo, aquello que se libra en los orígenes de 'lo psíquico' nos impide diluir al niño en los pliegues del discurso. Otra versión del relato sobre la niña mecánica de Descartes señala que el capitán del barco se impresionó ante la fabricación del filósofo debido a su asombroso funcionamiento, tan idéntica a una niña 'como si tuviera un alma' (Money, 2014). Adoptamos esta versión de la historia, es decir, no aquella que arroja a la niña construida por sus vinculaciones con nociones naturalizadas o sustancializadas sobre la infancia, sino aquella que la enfrenta en tanto artefacto de tecnologías socio-históricas específicas pero que, al mismo tiempo, entiende la necesidad de postular un suplemento libidinal, pulsional que anima los orígenes de la vida psíquica y sin la cual el lenguaje muestra ser una maquinaria inerte. Finalmente, luego de los pliegues deconstructivos, se apela a los nuevos materialismos críticos contemporáneos y a la biología no lineal para proponer una reconstrucción de la Psicología Evolutiva que contemple, de acuerdo a los debates contemporáneos, el proyecto revolucionario de Charles Darwin.

Hace ya más de dos décadas, Erica Burman (1998) se refirió a la necesidad de deconstruir la Psicología Evolutiva. Sus argumentos gozan de plena vigencia, es por ello que se renueva su interés en nuestro medio académico. En aquel entonces, la autora señaló que por deconstruir entendía "identificar y evaluar las directrices o discursos que estructuran sus (...) versiones dominantes" (p. 11). Es decir,

poner al descubierto, o someter a escrutinio, los coherentes temas políticos-morales que elabora la psicología evolutiva, y mirar más allá de los actuales sistemas dentro de los cuales se ha formulado la investigación en psicología evolutiva, para recoger las cuestiones más amplias a partir de las cuales estos temas encajan en las prácticas sociales en las que la psicología opera (Burman, 1998, p. 11).

En la misma dirección señalada por Burman, quien utiliza la deconstrucción “no como un marco analítico formal, sino más bien para indicar un proceso de crítica” (p. 11), aquí se denomina como doble pliegue deconstructivo a un movimiento crítico que utiliza al psicoanálisis y al posestructuralismo, para desmontar supuestos fundamentales que gravitan en torno a la denominada Psicología Evolutiva. La idea de pliegue intenta alegorizar el movimiento de avance y retroceso propio de las mareas, las que a nivel teórico bien podrían figurar la intención de deconstruir sin desechar. Con la certeza de que toda formación discursiva guarda en sí elementos resistentes a las normas sociales que desigualan e inferiorizan, nuestro propósito último es desarticular los artilugios con los que opera el poder que anida en los supuestos de nuestros saberes teóricos. Luego de este primer movimiento es indispensable capturar la potencia de aquellos conceptos que, al ser desanudados de las lógicas que reproducen desigualdades, se muestran con la potencia suficiente para sostener, en la mayor complejidad posible, la reflexión crítica sobre nuestras realidades.

No nos interesa abandonar o denostar el campo de la psicología evolutiva, o del desarrollo. Más bien intentamos identificar anudamientos problemáticos entre los planos epistemológico, ontológico y político, poco explorados en nuestra disciplina. Algunos elementos de la mirada psicoanalítica se han mostrado fértiles a la hora de arrojar críticas respecto a los modelos temporales lineales que se arrogan la capacidad de absorber de forma exhaustiva las explicaciones acerca de las transformaciones producidas a lo ‘largo del tiempo’. Sin embargo, el psicoanálisis mismo debe ser sometido a una segunda oleada deconstructiva con el propósito de desarticular este marco de pensamiento de sus sedimentaciones normativas. Es cierto, no podemos pensar sin las categorías con las que contamos, indefectiblemente articuladas por los juegos de poder que participan en la articulación de las disciplinas que producen el conocimiento legitimado. Por lo tanto, no se trata de abandonar categorías tales como desarrollo, niño, infancia, sujeto, cuerpo, identidad. Probablemente no podamos pensar sin ellas. Pero la crítica exige un pliegue deconstructivo hacia sus propias condiciones de producción que permita delimitar el carácter histórico y contingente que precariamente sostiene tales constructos.

Apostamos por la potencia de identificar las grietas y fisuras dentro de los discursos hegemónicos resguardados tras la autoridad del pretendido conocimiento objetivo, y esta empresa no es posible si no contamos, al menos, con la teoría poscolonial, los estudios queer y las teorías feministas —sólo por mencionar las que gravitan en esta producción. También debe mencionarse las alteridades que resisten a las narrativas hegemónicas de la psicología evolutiva y del desarrollo, éstas provienen de otredades desalineadas en términos de mandatos de género, edad, clase y etnia. Y estas narrativas, afortunadamente no reductibles a las versiones normativas, deben ser rescatadas por las vertientes críticas dentro de la psicología del desarrollo que señalan vehementemente las formas en que el discurso psicológico protege los intereses de agendas de desarrollo económico y geopolítico más amplias.

1. La enseñanza de la Psicología Evolutiva: desafíos contemporáneos

Dictar clases en el marco de asignaturas cuyas nominaciones incluyen la rúbrica 'Psicología Evolutiva' constituye un desafío, sobre todo si consideramos las coordenadas temporales de su constitución —las impregnaciones constitutivas del evolucionismo socio-cultural al campo de la psicología surgen en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX. Aunque esta denominación ha ido perdiendo progresivamente hegemonía, los supuestos que estructuraron las producciones teóricas contemporáneas continúan invocando varios supuestos evolucionistas, explícitos o subyacentes, bajo la noción contemporánea de desarrollo. La enseñanza de una Psicología Evolutiva en los inicios del siglo XXI requiere un posicionamiento crítico respecto de su nominación misma y de los supuestos que las sostienen a la luz de los debates actuales — donde se entrecruzan el psicoanálisis, los estudios culturales, la filosofía posestructuralista y los actuales materialismos críticos. No se trata sólo de evitar la desactualización teórica. Nos preocupa reproducir inadvertidamente valores no epistémicos que se enmascaran detrás de la pretendida objetividad del conocimiento científico o bajo la autoridad incuestionable de quienes son considerados grandes pensadores en la historia de la disciplina. Así, nuestro interés por desmontar sentidos subterráneos que operan eficazmente a la hora de ofrecer fundamentos para la inferiorización, exclusión y patologización de las diferencias se vincula, de múltiples y complejos modos, con preocupaciones teóricas, onto-epistemológicas y ético-políticas.

La crítica a los modelos que consideran la temporalidad exclusivamente de forma lineal ya ha sido admitida desde hace décadas (Anandalakshmy y Grinder, 1970). Incluso algunas vertientes del psicoanálisis han incorporado sin problemas esta crítica y, desde allí, han realizado aportes a los debates en torno a la noción de desarrollo (Bistoën, Vanheule y Craps, 2014). Otros vectores críticos se gestan más recientemente con fuerza en el pensamiento de finales del siglo XX, éstos toman por blanco la noción de un sujeto universal y, por lo tanto, a-histórico (Butler, 2011). El Sujeto que emerge en las teorizaciones de la Psicología Evolutiva, del psicoanálisis, y de tantas otras disciplinas tributarias de la racionalidad moderna, conserva marcas del dispositivo de producción de sexo-género, también del imperialismo europeo, por lo tanto la neutralidad que pregona en lo formal se sostiene en marcas concretas que producen exclusiones étnico-raciales, sexo-genéricas, entre otros (Burman, 1998). Bajo esta consideración, la conocida crítica a la linealidad del tiempo no es suficiente para examen epistemológico crítico de la producción teórica que instala conceptualizaciones normativas y prescriptivas. La universalización y sustancialización de entidades niega la historicidad que los atraviesa. Una vez más, el constructo 'Sujeto' subyacente a la producción de saberes y categorías — pretendidamente neutros y universales— ha sido señalado por intelectuales contemporáneos como una pantalla de proyección en la que se inscriben sentidos esencializados como 'psíquicos', arrastrados fuera de la historia y escindidos de narrativas culturales producidas por tecnologías y dispositivos sociales.

El psicoanálisis, en la vastedad de su producción, ofrece múltiples herramientas que contribuyen a un examen crítico de supuestos teóricos. Aun así, bajo su horizonte epistemológico coexisten constructos normativos no examinados. En el contexto académico de disciplinas que gravitan en torno a las Humanidades y Ciencias Sociales es inadmisibles la sustancialización de 'lo psíquico' como un 'a priori' a-histórico. Los debates posestructuralistas en torno a la producción de sujeto recortan como problema el modo en que algunas miradas postulan las transformaciones psíquicas vinculadas al cuerpo. La relación psique-cuerpo supone que ambos dominios existen como entidades ontológicamente diferentes. Este dualismo nos resulta muy familiar debido a la tradición moderna de pensamiento que impregna y permanece diluida en el grueso de las consideraciones conceptuales al respecto. Sin embargo, algunas consideraciones psicoanalíticas resultan sugerentes al señalar los problemas de separar ambos dominios. Algunas intelectuales vinculan conceptos provenientes del psicoanálisis en diálogo con los marcos sociales de inteligibilidad normativa y sugieren que la psique no cobra existencia sin cuerpo, y que el cuerpo no es sin la producción normativa de imaginarios morfológicos específicos (Martínez, 2018).

Se trata, entonces, de ofrecer herramientas pertenecientes al campo del psicoanálisis que contribuyan a una aproximación crítica hacia la noción de 'Sujeto' considerando algunas coordenadas: la relevancia de una delimitación de un constructivismo sin determinismo, la necesidad de pensar la producción social del sujeto (Butler, 2009) —incluso hay quienes llegar a hablar de una 'ontología social' del sujeto—, la importancia de examinar críticamente la existencia sustancial de una 'interioridad del sujeto' (Butler, 2001) —optando por considerar 'lo interno' como un espacio virtual, altamente normativo: una escenificación psíquica del poder—, tampoco debiera dejar a un lado los ejes de poder que marcan la pretendida neutralidad y universalidad de los constructos teóricos con los que contamos. Asimismo considerar el sujeto como efecto de arreglos discursivos requiere especialmente de una reflexiones que considere la materialidad del cuerpo y su participación —no como fundamento de la subjetividad— en la constitución de una subjetividad incardinada (Martínez, 2015). Finalmente, pensar cambios a lo largo del tiempo supone resignificar las impregnaciones normativas del criterio de lo evolutivo en psicología bajo claves que permiten pensar las transformaciones de la subjetividad tanto en su dimensión biográfica como política. Esto no es posible sin considerar la contingencia histórico-radical tanto del sujeto como del orden histórico social que participa en su articulación.

Bajo este horizonte, la presente publicación se organiza en dos partes. La primera de ellas reflexiona sobre el valor de la mirada psicoanalítica sobre el problema del desarrollo. El capítulo 1, a cargo de Norma Delucca, originalmente escrito hace veinte años, ofrece reflexiones críticas desde un prisma psicoanalítico (complejizado en la intersección de otras perspectivas) sobre el criterio evolutivo en psicología. Una vez más, en el capítulo 2, Norma Delucca ofrece reflexiones críticas, aunque esta vez sobre su propia producción, veinte años después. Ofrece una revisión de lo que permanece y lo que cambia de aquellos aportes señeros para nuestras reflexiones. En el capítulo 3, Andrea Mirc presenta coordenadas para un posible ordenamiento car-

tográfico sobre esquemas temporales mediante los cuales se ha dado cuenta del desarrollo infantil, señalando la forma en que el psicoanálisis (freudiano-laplanchiano) configura una verdadera ruptura epistémica respecto a otras vertientes. Reconociendo el vínculo ambivalente entre psicoanálisis freudiano y desarrollo, Ariel Martínez —capítulo 4— se preocupa por formalizar aquellos aspectos freudianos que alejan lógicamente al psicoanálisis de cualquier perspectiva centrada en modelos lineales y progresivos del desarrollo. En el capítulo 5, mediante un análisis de la novela gráfica *Black Hole*, Lucia Vazquez nos enfrenta súbitamente con la dimensión deseante y libidinal sobre la que cabalga la especificidad de la mirada psicoanalítica. En una segunda parte del libro, dedicada a reflexiones posestructuralistas, Ariel Martínez —capítulo 6— problematiza la noción de infancia en tanto artefacto socio-histórico. Guillermo Suzzi, en el capítulo 7, rastrea aspectos del psicoanálisis resonantes en una ontología socio-histórica de la subjetividad, para ello articula aspectos del pensamiento de Piera Aulagnier con ideas de Judith Butler. En el capítulo 8, Tomas Gomariz introduce la potencia heurística de las categorías de sexo-genérico y sexualidad en el psicoanálisis freudiano, a partir de allí observa sus límites y potencialidades. Finalmente, en una tercera parte del libro, se ofrecen claves reconstructivas para una Psicología ‘Evolutiva’ no evolucionista. En el capítulo 9, Luciano Arévalo nos presenta impactos, derivas y apropiaciones en las ciencias humanas y sociales de la teoría de la evolución, la cual suele ser rápidamente denostado y confundido con derivas que no hacen justicia a sus postulados de origen. En un último aporte, capítulo 10, Ariel Martínez propone lecturas renovadas de Darwin desde los nuevos materialismos críticos y la biología no lineal para identificar aspectos indeseados del evolucionismo social y preservar la potencia del evolucionismo darwiniano. Desde allí propone una redefinición de las bases de una Psicología ‘Evolutiva’ (que, incluso, reivindica tal nominación) a la altura de los problemas teóricos y políticos del siglo XXI.

Nos ha impulsado la búsqueda de construir claves pertinentes para un diálogo entre psicoanálisis, ciencias sociales, humanidades y versiones renovadas y no lineales sobre materialidad, naturaleza y biología. Esperamos contribuir desde la potencia crítico-productiva del psicoanálisis (epistemológica, teórica y políticamente) a los problemas y debates que recorren las asignaturas en las que trabajamos.

Referencias

- Anandalakshmy, S. y Grinder, R. (1970). Conceptual Emphasis in the History of Developmental Psychology: Evolutionary Theory, Teleology, and the Nature-Nurture Issue. *Child Development*, 41(4), 1113-1123.
- Bistoën, G., Vanheule, S. y Craps, S. (2014). Nachträglichkeit: A Freudian perspective on delayed traumatic reactions. *Theory & Psychology*, 24(5), 668-687.
- Burman, E. (1998). *La Deconstrucción de la Psicología Evolutiva*. Madrid: Visor.

- Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.
- Butler, J. (2009). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2011). Replantear el universal: la hegemonía y los límites del formalismo. En J. Butler, E. Laclau & S. Žižek. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: FCE.
- Kang, M. (2016). The mechanical daughter of Rene Descartes: the origin and history of an intellectual fable Modern. *Intellectual History*, 14(3), 633-660.
- Ludueña Romandini, F. (2010). *La comunidad de los espectros I. Antropotecnia*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Martínez, A. (2015). La tensión entre materialidad y discurso: la mirada de Judith Butler sobre el cuerpo. *Cinta Moebio*, 54, 325-335.
- Martínez, A. (2018). Medusa y el espejo cóncavo. La raigambre normativa de la violencia sobre el cuerpo. *Universitas Philosophica*, Año 35(71), 21-52.
- Meccia, E. (2017). *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Money, N. (2014). *The Amoeba in the Room*. Oxford University Press.

PRIMERA PARTE

Psicoanálisis: un primer pliegue deconstructivo

CAPÍTULO 1

Hacia una reformulación crítica del criterio evolutivo en Psicología

Norma Delucca

El compromiso asumido de pensar y transmitir las problemáticas que plantea una Psicología Evolutiva II¹ nos ha enfrentado con la tarea de revisar y reformular el enfoque evolutivo en Psicología a la luz de los paradigmas de la ciencia actual². Debemos aclarar, por otra parte, que el campo científico no es monolítico ni inter-ciencias ni al interior de cada una. En la Física, por ejemplo, pueden coexistir uno o dos paradigmas (el de la mecánica newtoniana y el de la mecánica cuántica). Pero, en Psicología, el panorama es más diverso. Han existido y existe multiplicidad de paradigmas.

Como paradigmas o matrices conceptuales ejemplares tomamos conceptos básicos aportados por el Psicoanálisis (noción de inconsciente, pulsión, repetición, etc.); conceptos inaugurados por el Estructuralismo —la Antropología de Lévi-Strauss (1984a, 1984b), la Lingüística de Saussure (1945), el Psicoanálisis de Lacan (1979, 1984)—, hoy reformulados; ciertos aportes de las llamadas ‘Ciencias de la complejidad’, si se quiere postestructuralistas, que entrecruzan conceptos de estructuras complejas con la temporalidad (Prigogine, 1991; 1994; Atlan, 1990; Morin, 1996), y ampliaciones de la teoría psicoanalítica desarrolladas por el ‘Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares’ (Berenstein, 1976; Puget, 1997; Gaspari, 2011, entre otros). Estas corrientes de pensamiento nos han permitido superar el modelo de fragmentación de un proceso histórico en etapas (con principio y fin precisos) donde el estudio de los fenómenos se realiza aisladamente y se describen los hechos en forma estática (excluyendo el movimiento y la contradicción).

Abandonamos el paradigma positivista que representa este enfoque, que busca uniformidades empíricas aparentes (situaciones visibles, observables, manifiestas, pero que no explican otras realidades que las incluyen). Consideramos la descripción fenoménica como un primer

¹ El presente capítulo fue escrito originalmente en el año 2000 como material interno de la cátedra Psicología Evolutiva II (Facultad de Psicología, UNLP).

² Paradigma: modelo, ejemplo. Thomas Kuhn (1993) plantea como paradigma las realizaciones científicas universalmente reconocidas por la comunidad científica, que proporciona modelos de problemas y posibles soluciones. Es una propiedad de una comunidad científica, un conjunto de operaciones conceptuales que ligan la teoría con los hechos. Los hechos, son lo producido, lo reunido con dificultad, incluidos en una red conceptual que les da sentido. Hace referencia entonces, a la producción y organización del sentido en una comunidad científica. Por lo tanto, los paradigmas se construyen.

nivel de análisis de los hechos. Intentamos pasar a la explicación: al conocimiento o encuentro de ciertas invariantes, de reglas específicas que organizan el funcionamiento del fenómeno estudiado y que siempre podremos enunciar a posteriori. En nuestro caso serán los trabajos psíquicos que realiza un sujeto que se está desprendiendo de sus objetos primarios (pubertad, adolescencia) o los que enfrenta el viejo en sus nuevos posicionamientos, de los que nos interesa develar los procesos en juego más que pensar que la edad en sí nos habilita para asignarle determinadas características (como lo piensa el paradigma positivista de una Psicología Evolutiva clásica). Esto será válido tanto para pensar al púber, al adolescente, como para pensar al viejo. Del mismo modo abordaremos el estudio de la constitución de la pareja y la familia. Metodológicamente, describiendo en un primer nivel sus vínculos y relaciones observables, para inferir desde nuestro modelo teórico los sentidos (conscientes e inconscientes) que el conjunto vincular/familiar construye en su devenir histórico y que le otorga coherencia e inteligibilidad a su funcionamiento.

Volviendo a la Psicología tradicional, el criterio evolutivo ha estado impregnado del mencionado paradigma positivista evolucionista, cuya ideología (no científicamente demostrado en los hechos) sustenta el concepto finalista, causalista, teleológico, y afirma que al término de la evolución se logra la madurez completa, la unidad de la persona. Abandonar un modelo porque se lo considera superado por otro, puede suponer una actitud soberbia al considerar el nuevo enfoque científicamente válido y no al anterior. Otros autores representantes de paradigmas diferentes —Mario Bunge (1969), por ejemplo— podrían decir lo mismo del punto de anclaje del que partimos. Tendremos que dar los fundamentos de nuestras afirmaciones. No sería ocioso recordar lo que también nos ha enseñado el pensamiento dialéctico: que un nuevo paradigma, como una nueva teoría, conserva siempre algo de lo anterior, suprime otros conceptos y supera otros tantos. En el caso de la Física, la teoría de Einstein superó la de Newton, pero no la suprimió totalmente respecto de ciertos campos. En nuestro caso, hemos dicho que una rica descripción fenoménica es un primer nivel de análisis. No descartamos las descripciones que nos sirven para encuadrar aquello que queremos estudiar. Pero pretendemos explicar por qué las cosas se organizan de determinada manera. Y en las explicaciones también nos podemos equivocar o dar explicaciones fragmentarias o priorizar unos fenómenos en detrimento de otros. Cada teoría pondrá el acento indefectiblemente en algunos factores que considera privilegiados. Tendremos en cuenta que el desarrollo científico no parece proceder por acumulación lineal y diacrónica de conocimientos, sino que tiene una mayor relevancia la integridad histórica de una ciencia con su época, con el progreso tecnológico y con las condiciones económico-sociales (Kuhn, 1993). Y si bien dijimos que las ciencias en general no forman un campo monolítico, es evidente que en la actualidad se borran mucho más sus fronteras y no podemos cerrarnos a la influencia de los avances en otras disciplinas.

Con todas estas consideraciones, ¿qué pretendemos decir? Que las condiciones de nuestro entorno cambian también porque los miramos de otra manera, que nuestro modo de mirar los hechos configura nuestra invariante provisoria hasta tanto nos sean operativos estos modelos

teóricos, y que vamos construyendo nuevos conceptos en la medida de nuestras posibilidades y de las exigencias de la realidad. Estamos obligados, como transmisores de conocimientos y experiencias, a propiciar la formación. Es decir, a estimular la producción de nuevas ideas, nuevos sentidos, tratando de cuestionar aquello que hasta ayer parecía incuestionable para no naturalizar los conceptos. Porque los conceptos sobre las cosas, no son 'la cosa en sí', aunque operan sobre ella alguna transformación. Lo real será siempre resistente a ser abarcado, aprehendido en su totalidad.

Retomemos ahora, luego de este rodeo, el concepto sobre 'lo evolutivo'. Al revisar los diccionarios de Lengua Castellana y de Filosofía (Abbagnano, 1963) encontramos las siguientes definiciones:

'Evolutivo' o evolución (del latín 'evolutio') significa acción y efecto de evolucionar. Adelanto. Desarrollo de las cosas o de los organismos. Serie de transformaciones sucesivas. Transformación progresiva. La palabra conserva su sentido genérico de desarrollo. A menudo se la ha usado, y se la usa, para designar una teoría o doctrina particular. Con la expresión 'Teoría de la evolución' se entiende: 1) Una teoría biológica de la transformación de las especies vivas, de una a otra (Darwin, 1859); y 2) Una teoría metafísica del desarrollo progresivo del universo en su totalidad.

- 1) La teoría de Darwin fue revolucionaria en su momento porque cuestionaba la doctrina de la inmutabilidad o fijeza de las especies vivas, que reflejaba el sustrato filosófico aristotélico de la noción de sustancia, de la necesidad de la estructura ontológica del mundo: las formas sustanciales son inmutables. No pueden ser creadas ni destruidas, excepto por la creación divina. En las últimas décadas, los estudios en genética han orientado la teoría de la evolución hacia el terreno de las investigaciones, llegando a importantes conclusiones:
 - a) Evolución no significa necesariamente progreso, y mucho menos progreso unilineal, necesario y constante. La historia de la vida suministra datos no sólo de progresos sino de retrocesos, alteraciones y mutaciones inesperadas.
 - b) La explicación de la evolución, incluye no sólo el estudio de los programas de organización de vida, sino también lo que adviene por azar. Por lo tanto, no se da preeminencia a un sólo factor como selección natural, y se abandona por completo el punto de vista finalista.
 - c) Se supera así todo prejuicio de necesidad.
 - d) El uso de la noción de condiciones de posibilidad permite evitar la dogmatización que presentan las alternativas del orden-desorden; finalidad o determinismo absoluto-azar. La vida tiende a aprovechar las posibilidades que se le ofrecen o que encuentra. Aunque a veces, no todas las oportunidades se aprovechan.
- 2) Por el contrario, la otra vertiente del concepto de evolución designa: el conjunto de doctrinas filosóficas que ven en la evolución el rasgo fundamental de todo tipo de

realidad. Es una doctrina metafísica que concierne a la realidad como un todo. Quedan soldados a esta corriente de pensamiento: evolución, progreso necesario, unidad, continuidad, y causalidad lineal.

A partir de la tercera década del siglo XX, declina en el campo filosófico la idea de progreso por causas históricas y condiciones culturales determinables, perdiendo la idea de evolución mucha de su fascinación para los filósofos. Queda remitida fundamentalmente a los fenómenos biológicos —aunque Illia Prigogine (1991, 1994) la retoma también en el campo de la Química y la Física, con una connotación renovada. Tomando los aportes señalados de la Biología, surge en asociación al concepto de evolución, el de desarrollo. Este es otro concepto polémico que necesita ser aclarado. A partir del siglo pasado, desarrollo queda ligado también a progreso, con la connotación optimista que señalamos en la acepción (2) del concepto de evolución. A su vez, desarrollo presupone con anterioridad aquello de lo cual es desarrollo, o sea, el fin hacia el que se mueve y el principio o causa de sí mismo —Hegel (1807) lo refirió fundamentalmente al mundo de la Historia. Por lo tanto, implica desplegar lo plegado; lo que ya estaba en estado latente, en potencia.

En nuestra materia, nos vamos a referir al desarrollo en relación a los procesos madurativos biológicos. Por lo tanto, conservamos las nociones de evolución y desarrollo en su sentido restringido, aplicado a determinados procesos biológicos que implican cambios, a funciones instrumentales (motricidad, percepción, maduración neuronal y gonadal) que son la apoyatura infraestructural para el surgimiento de lo psíquico. Su condición necesaria pero no suficiente. A su vez, tendremos en cuenta que lo real del cuerpo biológico, sin ser su causa, impone un límite a los procesos psíquicos. Quedarán despejados estos conceptos de toda connotación metafísica evolucionista. Hablar de desarrollo no supone una etiología ni una finalidad en sentido absoluto. No consideramos que los procesos a advenir, están ya presupuestos en forma inmanente en el sujeto, ni que tiendan a un fin último (madurez, unidad de la persona).

Sí tendremos en cuenta la vertiente temporal: que el niño o el púber no son lo mismo que el hombre y que el hombre ya no es el niño. Y que aquello que adviene en un determinado momento del desarrollo (adquisición del lenguaje, por ejemplo) ya no puede o no es susceptible de producirse en otro. Por lo tanto, los procesos madurativos biológicos configuran condiciones de posibilidad para que el 'infans' (siguiendo el ejemplo) pueda apropiarse del universo simbólico al que adviene y lo precede, como estructura-estructurante compleja. Para que se ponga en juego esa condición de posibilidad, necesitará indefectiblemente la presencia y el encuentro con las instancias parentales (condición suficiente). Y en esto interviene el azar en la cualidad de este buen o mal encuentro³. La intervención del azar (al que hoy se le da un papel más im-

³ El buen o mal encuentro del 'infans' se relaciona con el concepto freudiano de apuntalamiento. Jean Laplanche (1972) señala que la verdad del apuntalamiento no implica solamente que la sexualidad infantil, el circuito pulsional, se inaugure apoyado en lo autoconservativo, (funciones metabólicas) que provee el otro asistente, sino que la pulsión, la sexualidad, se apuntala por eso mismo, en los movimientos libidinales del otro. En su inconsciente sexual; en su 'seducción' inconsciente que deja un mensaje enigmático en el 'infans'.

portante) no supone tampoco una indeterminación absoluta. El desarrollo responde a ciertas reglas, a ciertas leyes, aunque no responda a una finalidad predeterminada.

En una Psicología donde nos interesa dar cuenta de las transformaciones en la estructura psíquica de un sujeto a lo largo del devenir, partiendo de 'las metamorfosis de la pubertad', la consideración del factor temporal es fundamental. Se nos impone ahora la delimitación y diferenciación de tiempos disímiles. Albert Einstein lo marcó en su transmisión de la *Teoría de la Relatividad*, para quien el orden del tiempo, del antes y del después, es reducible al orden causal:

La inversión del orden temporal para ciertos acontecimientos, que es un resultado que surge de la relatividad de la simultaneidad, es sólo una consecuencia de este hecho fundamental (...) Existen acontecimientos tales que ninguno de ellos puede ser causa o efecto del otro. Para tales acontecimientos, el orden del tiempo no está definido y cada uno de ellos puede denominarse posterior o anterior al otro (Schilpp, 1949, p. 289).

En efecto, dos acontecimientos contemporáneos para un sistema de referencia pueden no serlo para otro. El tiempo no es un orden necesario sino la posibilidad de la pluralidad de órdenes (Abbagnano, 1963). Por lo tanto, no hay un tiempo único que abarque todos los acontecimientos del universo, ni tampoco del ser humano. Hay tiempos locales específicos (Najmanovich, 1994). Para lo que nos importa remarcar en esta introducción, tendremos en cuenta:

- a. Un tiempo cronológico: el de los relojes, convencional, a partir de ciertas variables tomadas del campo de la Física. Tiempo lineal, irreversible, 'la flecha del tiempo' (Prigogine, 1991).
- b. Un tiempo madurativo: tiempo irreversible. Referido a lo real del cuerpo. Es el tiempo del desarrollo que sigue ciertas leyes, pero que incluye variantes individuales (en cuanto al tiempo y a la modalidad). Da cuenta de un antes y un después. Posee un ritmo y una continuidad.
- c. Tiempos lógicos: refieren a procesos psíquicos. Procesos nunca lineales, donde se articula lo sucesivo y lo simultáneo (lo nuevo y las marcas ya constituidas). A este nivel, el tiempo se torna reversible.

Con la constitución del sujeto y la instauración del inconsciente, el tiempo de la subjetividad deviene historia singular. Con tiempos y lógicas propias del inconsciente, de los procesos primarios y de la de la historia singular significada 'con posterioridad' por el yo. Esta historia nunca podrá ser una crónica de sucesos. Será lo que cada uno va construyendo, metabolizando, interpretando, elaborando de lo vivido. Como sugiere Lacan (1977), en el campo del lenguaje, de lo simbólico, el desarrollo cede lugar a la historia. El sujeto dará a cada suceso, a cada hecho madurativo, una significación. Sentidos singulares que nuevos acontecimientos podrán otorgar otra significación⁴. Por eso hablamos de un tiempo reversible, retroactivo, donde un nuevo he-

⁴ Suceso: conjunto de lo que acaece o se observa en una situación o experiencia del sujeto. Acontecimiento: experiencia que marca una ruptura con la continuidad; un cambio radical que supone una transformación subjetiva, un plus que exigirá una elaboración psíquica a posteriori (Lewkowicz, 1997).

cho le otorga sentido a lo anterior. En este punto, tomamos la conceptualización freudiana de 'retroacción' —'Nachträglichkeit'—, traducida como: 'a-posteriori', 'con posterioridad', 'après-coup' o 'resignificación'. A diferencia del ritmo y la continuidad del desarrollo, la historia del sujeto —referida fundamentalmente a su historia libidinal e identificatoria— estará marcada por cortes, discontinuidades, por momentos clave, es decir: por la emergencia de lo nuevo, la repetición, lo traumático y sus retornos, que podrán, o no, ser resignificados a-posteriori.

Podemos conceptualizar la temporalidad psíquica como “experiencias, impresiones y huellas mnémicas, son modificadas ulteriormente en función de nuevas experiencias o del acceso a un nuevo grado de desarrollo. Entonces pueden adquirir, a la par que un nuevo sentido, una eficacia psíquica” (Laplanche y Pontalis, 1983, p. 280). Freud la ilustra en varios tramos de su obra. Señalaremos algunos:

Carta 52, a Fliess: “Trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva [no como capas superpuestas sino como *capas de lava*], pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retrascrición*” (Freud, 1897, p. 274).

Proyecto de psicología: Freud (1895) presenta el *Caso Emma*. Allí remarca la característica bifásica de la sexualidad. Una experiencia vivida (de contenido sexual para un adulto, pero no para la pequeña niña) adquiere un nuevo sentido y una eficacia patógena (represión histérica), porque se reprime un recuerdo (infantil) que sólo posteriormente (luego de atravesada la pubertad) se volvió traumatizante. La segunda escena luego de la pubertad es una escena anodina que, por enlace o reensamblaje con lo anterior, toma por sorpresa al yo y, al captarse u otorgarse a la vivencia un sentido rechazado, lo fuerza a la represión.

Caso del *Hombre de los Lobos. Historia de una neurosis infantil*: Freud (1917) no hace referencia a la maduración biológica sino al surgimiento de un nuevo sentido (fobia) por la reorganización de la escena en la que está ubicado el sujeto respecto de sus figuras parentales.

Para que un nuevo sentido surja se necesitan por lo menos dos sucesos y un intervalo de tiempo entre ellos. En este intervalo de tiempo (tiempo de latencia —'latenzzeit'— no sólo referido a la fase prepuberal, sino a un tiempo de elaboración psíquica) se articulan diferentes experiencias que facilitarán su comprensión. El suceso se constituye entonces en un acontecimiento para el sujeto en tanto algo nuevo vivenciado puede hacer surgir nuevas posibilidades de historia que ponen en relación el ser y el devenir, la permanencia y el cambio (Aulagnier, 1991).

No todo lo vivido en relación a lo real externo, a las experiencias vividas en los encuentros con los objetos primordiales y con el propio cuerpo, podrán ser representados, elaborados, simbolizados y articulados en esas líneas de descomposición y recomposición propias de los procesos psíquicos del sujeto. Lo no articulado, no traducido, seguirá insistiendo, pulsando, repeticionando su inscripción simbolizante no siempre posible. Estos procesos psíquicos que constituyen la historia-historizada-historizante de un sujeto activo implican ya, como señalamos, el entrecruzamiento ineludible entre la temporalidad y lo estructural (Green, 1971; Jerusalinsky 1988; Veron y Lapougue 1990; Miller 1993). Ferdinand de Saussure (1945), padre del estructuralismo lingüístico, señala: “Para las ciencias, es importante tener en cuenta los dos ejes (...).

Cuanto más complejo y rigurosamente organizado sea un sistema, más necesario es, por su complejidad misma, estudiarlo sucesivamente, según los ejes diacrónico y sincrónico” (p. 106).

Entonces, conceptualizar lo que permanece en lo que cambia, y lo que cambia dentro de una estructura permanente, supone desentrañar los procesos en juego, como dijimos, teniendo en cuenta el entrecruzamiento del tiempo madurativo (irreversible) y del tiempo lógico, tiempo psíquico (reversible). Considerar este entrecruzamiento supone no caer en la perspectiva evolucionista de marcar etapas con límites definidos en su comienzo y fin, ni pensar que los tiempos en relación al sujeto son sólo tiempos míticos (Delucca y Petriz, 1994). Rescatando la válida pregunta por la edad (Rodulfo, 1986) abordaremos los momentos claves en el devenir con procesos y trabajos psíquicos específicos, viendo de qué modo la estructura constituida, el proyecto identificatorio, se cuestiona, se verifica o va adquiriendo nuevos sentidos.

En relación al sujeto singular consideramos la estructura edípica, como la estructura lógica organizante de su deseo y de las identificaciones resultantes, que marca el lugar y función del sujeto y de los personajes de su escena familiar. Entrada del tercero como palabra, ley, mediador simbólico que permite la ruptura de la especularidad narcisista, el reconocimiento y diferenciación del uno y del otro, el ingreso en la ética de lo prohibido y lo permitido. La estructura edípica jugará dialécticamente con la estructura narcisista constituida en la relación dual-imaginaria madre-bebé, que marca la lógica inconsciente más originaria (de las inclusiones recíprocas). Esta se ensamblará y transformará en el interior mismo de las leyes de funcionamiento de la lógica edípica sin que caduquen sus marcas fundantes. Y si bien ambas tienen un despliegue en el eje diacrónico de la estructura psíquica, los tiempos lógicos que representan quedan incorporados al sujeto como un funcionamiento permanente —en términos de Freud (1915) como capas de lava, lo que nos permite pensar la simultaneidad de sus efectos. Sus vicisitudes se reencuentran en el sujeto de cualquier edad. Por eso las tomamos como punto de partida de nuestras temáticas.

Para terminar, señalemos que el concepto de estructura, del que seguimos haciendo uso, implica una estructura compleja, abierta, donde se imbrican determinación y azar (Hornstein, 1994)⁵. Dependerá de la flexibilidad o rigidez de la estructura psíquica constituida, del modo y el grado de determinación o indeterminación que adquieran los movimientos del sujeto, según sus propias series complementarias (Freud, 1916-1917) —usando la metáfora introducida por Henri Atlan (1990), ‘entre el cristal y el humo’⁶. Y como el sujeto se constituye invariablemente en relación a otros significativos de su historia singular (otros con rostros y nombres identificables: padre, madre, maestros, pares) y a los muchos otros anónimos que configuran la cultura de una época, incluimos el estudio de la estructura familiar como estructura compleja, matriz

⁵ Disposición y azar (del griego ‘Daimon-Kai-Tyché’). Freud (1912) señala: “[disposición y azar] determinan el destino de un ser humano; rara vez, quizá nunca, lo hace uno solo de esos poderes” (p. 97).

⁶ Atlan señala que en los sistemas o estructuras complejas (como es la estructura psíquica), la capacidad de auto organización oscila entre un orden incapaz de modificarse sin ser destruido (el cristal: orden rígido) y una renovación incesante, sin estabilidad alguna, que evoca el caos y las volutas de humareda (el humo: el caos). Lo psíquico se situará: ‘entre el cristal y el humo’.

relacional estructurante de la subjetividad, mediadora en parte entre el sujeto y la cultura cuyos lugares y funciones simbólicas implican ciertas invariantes dentro de las profundas transformaciones en sus modos de ser, a los que hoy asistimos. Por eso, la consideración del tiempo del sujeto, de la familia, de la pareja tendrá en cuenta los tiempos históricos, el macro-contexto en que están y estamos incluidos, y que, desde el comienzo mismo del sujeto, no sólo a través de las instancias parentales sino en forma directa, forman parte de la constitución-construcción de nuestras subjetividades.

Referencias

- Abbagnano, N. (1963). *Diccionario de Filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Atlan, H. (1990). *Entre el cristal y el humo*. Madrid: Debate.
- Aulagnier, P. (1991). Los dos principios del funcionamiento identificatorio: permanencia y cambio. En *Cuerpo, historia, interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I. (1976). *El Complejo de Edipo. Estructura y significación*. Buenos Aires: Paidós.
- Bunge, M. (1969). *La investigación científica*. Barcelona: Ariel.
- Darwin, C. (1859 [2003]). *El origen de las especies*. Buenos Aires: Centro Editor de Cultura.
- Delucca, N. y Petriz, G. (1994). Las paradojas del tiempo en la construcción de la subjetividad. La Plata: Intertextos.
- Freud, S. (1895 [1979]). Proyecto de psicología. *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1897 [1979]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Carta 52. *Obras completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912 [1979]). Sobre la dinámica de la transferencia. *Obras Completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915 [1979]). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-1917 [1979]). Conferencia 23: Los caminos de la formación de síntomas. *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917 [1979]). De la historia de una neurosis infantil (Caso del 'Hombre de los Lobos'). *Obras Completas*, Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gaspari, R. y Waisbrot, D. (2011). *Familias y parejas. Psicoanálisis, vínculos, subjetividad*. Buenos Aires: Psicolibro.
- Green, A. (1971). El Psicoanálisis ante la oposición de la historia y la estructura. En *Estructuralismo y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hegel, G. W. F. (1807 [2007]). *Fenomenología del espíritu*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Hornstein, L. (1994). Determinismo, temporalidad y devenir. En *Temporalidad, determinismo, azar. Lo reversible y lo irreversible*. Buenos Aires: Paidós.

- Jerusalinsky, A. (1988). *Psicoanálisis en problemas del desarrollo infantil*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Kuhn, T. (1993). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. (1979). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1984). *El Seminario 3*. Barcelona: Paidós.
- Laplanche, J. (1972). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1983). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Lévi-Strauss, C. (1984a). *Antropología Estructural*. Buenos Aires: UBA.
- Lévi-Strauss, C. (1984b). *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*. México: Siglo XXI.
- Lewkowicz, I. (1997). Historización en la adolescencia. *Cuadernos APdeBA*, 1, 109-126.
- Miller, J. A. (1993). *Desarrollo y estructura en la dirección de la cura*. Buenos Aires: Atuel.
- Morin, E. (1996). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Najmanovich, D. (1994). De 'El tiempo' a las temporalidades. En *Temporalidad, determinismo, azar. Lo reversible y lo irreversible*. Buenos Aires: Paidós.
- Prigogine, I. (1991). *El nacimiento del tiempo*. Barcelona: Tusquets. Barcelona.
- Prigogine, I. (1994). *Nuevos paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Puget, J. (1997). *Psicoanálisis de pareja. Del amor y sus bordes*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. (1986). *Clínica Psicoanalítica en niños y adolescentes*. Buenos Aires: Lugar.
- Saussure, F. (1945). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Losada.
- Schilpp, A. (1949). *Albert Einstein, philosopher-scientist*. London: Library of Living Philosophers.
- Veron, E. y Lapougue, G. (1990). Estructura vs. Historia: Reportaje a Levi-Strauss. *Zona Erógena* 4, 1-6.

CAPÍTULO 2

Revisando ‘Hacia una reformulación crítica del criterio evolutivo en Psicología’

Norma Delucca

En el año 2000, hace ya 20 años, escribí *Hacia una reformulación crítica del ‘criterio’ evolutivo en Psicología* —material que tuvo exclusivamente una circulación interna. Lo hice para la Cátedra de Psicología Evolutiva II de la Carrera de Psicología (UNLP), de la que fui Profesora Titular hasta hace unos años y durante un poco más de tres décadas. Tuve la necesidad de producir ese material para los integrantes de la Cátedra y los alumnos que cursaban la asignatura, a los efectos de clarificar nuestra posición teórica respecto del concepto ‘evolutivo’ que adjetivaba nuestra asignatura —abocada a transmitir las singularidades de los procesos psíquicos del adolescente y los avatares por lo que se atraviesa a lo largo del tiempo en el ciclo vital de un ser humano.

¿Por qué esta necesidad de aclaración? Tomamos nota sobre la diferencia entre la dimensión del desarrollo madurativo y las adquisiciones del psiquismo que se producen en la intersección del transcurso del tiempo con otras variables que indefectiblemente se deben tener en cuenta, por un lado, y el criterio con que se mira y se evalúa ese desarrollo, por otro lado. El mismo criterio evolutivo podía en sí mismo enfocarse desde una perspectiva evolucionista ligada a una causalidad lineal, determinista, asentada en el pensamiento de la modernidad que pretendíamos cuestionar y superar.

En estos últimos 20 años he transitado por la lectura de nuevos autores, por una lectura más profunda de autores ya clásicos en nuestra disciplina y por la invaluable experiencia de las cuatro investigaciones que llevamos a cabo desde la cátedra. Además, debimos enfrentar los cambios más vertiginosos en nuestros sistemas de vida y en los vínculos, por los avances tecnológicos y la hegemonía de la comunicación virtual, unido a los efectos de la expansión en el mundo del último capitalismo (financiero), responsable del avance del individualismo, la fragmentación del lazo social, la creciente dificultad en el armado de conjuntos solidarios consistentes y generalizados —que pudieran tener el poder para frenar la corriente de destrucción de las riquezas de nuestro planeta por parte de las grandes corporaciones. No podemos negar que estas realidades operan como telón de fondo de nuestro quehacer cotidiano, de nuestras investigaciones, de la producción teórica y la clínica que seguimos sosteniendo —que también se transforma en sus demandas— ante este inédito y conmoviente malestar que hoy enfrentamos.

Mientras escribo, comparto esta situación por la que transitamos todos y que nos ha impactado tan profundamente (pandemia por el virus COVID-19). Necesité un tiempo de reflexión para ubicarme de nuevo en el mundo, compartir mis sentimientos y pensamientos con familiares, colegas y amigos, con quienes pudimos ir pensando algo en la emergencia. ‘No se puede pensar arriba de la ola...’ recordaban algunos. Esto es válido para estos tiempos de impacto, de novedad traumática. Sí, es cierto, no podremos ofrecer una clara interpretación de todo lo que nos pasa, pero también es cierto que resulta absolutamente necesario hacer uso de nuestra capacidad de pensar con otros. Y en la emergencia, salimos a estudiar online, a acordar sesiones por video-llamadas, entre las numerosas comunicaciones diarias que realizamos con todo nuestro arsenal tecnológico (¡Bienvenido sea!). Más adelante podremos teorizar acerca de los cambios que produjo en nuestras subjetividades esta manera de estar en el mundo

Volvamos entonces a lo que quiero aportarles en esta revisión de aquel escrito⁷, respecto de lo que he hecho y pensado en estos últimos años y lo que con esfuerzo en esta circunstancia me impuse rearmar. Al mirar, ahora, a la distancia, el artículo que nos ocupa, debo reconocer otros motivos para la producción de ese trabajo. Pienso que en aquel momento tuve la necesidad de poner en valor nuestra materia y, así, generar entusiasmo para que el plantel docente pudiera encarar la tarea placenteramente. En nuestro país, y en algunas de nuestras carreras, la mirada del psicoanálisis estructural, seguía siendo hegemónica. Su uso dogmático (del que no eran responsables sus fundadores) generó una puesta en segundo plano de la dimensión histórica, en especial una cuasi impugnación de la mirada sobre los tiempos cronológicos. Por lo tanto, mi esfuerzo estuvo dirigido a plantear dos cuestiones:

- 1) No adoptar el criterio evolucionista donde se ponía el énfasis en un continuum temporal, ni a una causalidad lineal donde lo anterior se constituye en causa de lo posterior, sino que le daríamos relevancia a los procesos psíquicos que cada quien fuera transitando y logrando, no sólo por el transcurso del tiempo, sino por la intersección de múltiples y complejas variables. Así, de acuerdo a las diferentes experiencias transitadas, pensamos en las posibilidades de la retroacción, como proceso elaborativo en determinadas esferas del funcionamiento psíquico. Y como decimos, dada la pregnancia del psicoanálisis estructural formulado por Lacan, al que gran parte de las asignaturas de la carrera adherían de modo hegemónico, se denominaba a esos tiempos y procesos, tiempos lógicos. Adoptamos esa denominación, que coincidía con nuestro modo de encarar el desarrollo.

⁷ Esta revisión no pretende ajustarse al formato académico convencional, más bien recupera la forma de participación en un diálogo, en los que me he visto inmersa en tantos años de trabajo, sostenida en vínculos afectivos e intelectuales que promueve la potencia de pensar con otros. En el prólogo del libro *Y mañana qué...* (2003) Elizabeth Roudinesco se propone un diálogo con Jacques Derrida, un intercambio cuya lógica se construye con el correr de dos discursos que se cruzan sin fusionarse y se responden sin oponerse. Se enuncian diferencias, puntos de convergencias, descubrimientos de uno por el otro, sorpresas, interrogaciones. Una suerte de complicidad sin complacencias.

- 2) Mantener la necesidad de considerar la vertiente temporal del devenir. En tal sentido, enfatizamos —de la mano de Piera Aulagnier (1975, 1979)— la importancia de los tiempos subjetivos de historización. Ya nos habíamos enfrentado con el pensamiento complejo, a partir de la lectura de Edgard Morin (2000) y las reflexiones de Ilya Prigogine (1991, 1994), que, desde las Ciencias Biológicas se ubica en las Ciencias de la complejidad.

Pero en aquel momento, no pudimos (o yo no pude) entrecruzar el pensamiento psicoanalítico estructural de modo más radical con ciertos aportes innovadores provenientes de otras disciplinas. Pude transmitir con mayor precisión todo lo que había estudiado de Castoriadis (1975, 1998) —sobre la producción de subjetividad ligada a los procesos histórico sociales— años más tarde, cuando formulé los marcos teóricos de las investigaciones de la Cátedra (sobre adolescentes y diferentes organizaciones familiares). También me había aproximado al estudio de Gilles Deleuze y Félix Guattari (1972, 1994), con especial atención al *Anti Edipo*. Pero fue como haber escuchado una canción extraña por primera vez: sacude pero no puede reproducirse fácilmente. Fue una comprensión y apropiación ‘a posteriori’. Gran parte de aquel escrito del año 2000 —donde nuestro marco teórico ya articulaba el paradigma psicoanalítico, el psicoanálisis vincular, con el pensamiento complejo— está válidamente atravesado por esa lectura crítica. Pero llegado el momento de trazar un mapa de la familia y conceptualizar el Narcisismo y el Edipo, hice una formulación del Edipo estructural planteado por Lacan, sin más. Más allá de no quitarle su valor, no fueron leídos desde la mirada crítica que tenía en barbecho, y que hoy puedo formular con claridad. Asimismo, se incluyeron lecturas diversas de importantes pensadoras feministas sobre el género —Jessica Benjamin (1996, 1997), Judith Butler (1990, 2002), Emilce Dio Bleichmar (1992, 1998), entre otras.

Durante la primera década del nuevo siglo pude hacer esa transformación teórico-clínica que quiero compartir. La culminación de las investigaciones de campo realizadas —que nos enfrentaron claramente a la diversidad, tanto sexual como de las configuraciones familiares— contribuyó en gran medida a este renovado punto de vista. A partir de entonces adoptamos y fuimos profundizando el concepto de diversidad, ya parte de nuestro bagaje actual, de nuestra caja de herramientas. Tal vez lo que planteo no sea una verdadera novedad en el campo amplio del pensamiento, o al interior de nuevos paradigmas del saber y de una nueva ‘episteme’. Sin embargo, el efecto de estas nuevas formulaciones no tiene, aún, una expresión generalizada en las esferas de nuestra disciplina ni, fundamentalmente, en sectores más ortodoxos del psicoanálisis. La novedad que hoy podría señalar refiere a un modo diferente de pensar las configuraciones familiares, el lugar del Edipo, la diversidad, el modo de conceptualizar la subjetividad, la importancia de lo histórico social en estas definiciones, nuestros posicionamientos en la clínica, entre otras problemáticas, que quiero transmitir. Haciendo un bucle en el relato, y para historizar mi recorrido, quiero hacer una breve referencia a los diferentes paradigmas por los que fui atravesando (o que me atravesaron), en mi largo recorrido profesional.

En los inicios (década del '60) predominaba el mencionado paradigma evolucionista, donde se seguía el modelo de los procesos madurativos biológicos como factor determinante, planteándose una estrecha soldadura entre lo biológico y lo psíquico. En psicoanálisis también se hacía referencia a las etapas libidinales, por ejemplo, con un despliegue sucesivo oral, anal, fálico y el predominio de posiciones deterministas hegemónicas. A pesar de los cambios culturales, este paradigma evolucionista aún se articulaba con el pensamiento de la modernidad, con una visión de familia tradicional y con el modelo patriarcal para pensar las relaciones varón/mujer y padres/hijos. Por otro lado, los contenidos del desarrollo se transmitían desligados de lo histórico social.

El segundo tramo comenzó en la década del 70, ya dividida la Cátedra de 'Niñez y Adolescencia' —en la que inicié mi carrera docente— en las Psicologías Evolutivas I y II. Siendo muy joven ingresé a la titularidad de la Cátedra bajo el gran giro estructuralista dentro de las disciplinas y del Psicoanálisis, que afectó sensiblemente nuestra mirada sobre el desarrollo —la cual dejó de ser planteada desde el paradigma evolucionista. Pero estas explicaciones en clave estructuralista también se plantearon como hegemónicas, implicando, a su vez, la hegemonía del significante. Con muchos de estos planteos 'se tiró al niño junto al agua de la palangana' —como le gustaba decir a Silvia Bleichmar— y las conceptualizaciones que incluían 'la válida pregunta por la edad' —como lo plantearon tempranamente Marisa y Ricardo Rodolfo (1986)— quedaron fuertemente cuestionadas por las líneas más radicalizadas. Luego, Silvia Bleichmar (2006) realizó un aporte superador respecto a los vínculos entre 'Historia' y 'Acontecimiento'.

En las intersecciones no ortodoxas que comenzamos a considerar, la edad estaba ya inexorablemente implicada desde otro paradigma que priorizaba la consideración de los procesos psíquicos en juego, y no la linealidad del tiempo cronológico. Lo histórico social fue penetrando de la mano de Cornelius Castoriadis (1975, 1998) y, previamente, a través de valiosos psicoanalistas como Marie Langer (1976), Diego García Reinoso (1980), Enrique Pichon-Rivière (1971), entre otros. Estos aportes me alentaron, ya en los comienzos, a introducir en el programa desarrollos sobre familia y macro-contexto, desde donde mirábamos la construcción de la subjetividad adolescente. Esa fue la impronta teórica, pero lo social nos arrasó en esa década infame, dado que la dictadura cívico-militar (y dos años antes, 'La Triple A'), nos dejó —a los que sobrevivimos— fuera de los claustros, en mi caso interrumpió 12 años de trabajo docente. Al volver a la cátedra, estábamos en otro mundo. Rescato los cambios que advinieron en nuestro equipo docente en el camino de hacer de la adversidad una oportunidad de crecimiento.

Ha corrido mucha agua bajo el puente y en este último tramo de mi recorrido, al parecer —eso esperamos— los movimientos pendulares de los extremos binaristas, de los 'versus' y las hegemonía excluyentes que se dieron en aquellas épocas, han dado lugar a una mirada más amplia, más inclusiva, que, pensamos, constituye ya un nuevo paradigma: el de la complejidad, la diversidad, el criterio de multiplicidad, que plantea la coexistencia de diversidad de modelos tanto en relación con las teorías como en los lugares de constitución subjetivas y en los modos de expresión de las configuraciones familiares. Esta es nuestra posición hoy. Y ha sido insustituible no sólo debido a la lectura de autores innovadores que pertenecen a

este paradigma como Piera Aulagnier (1975, 1979), Jessica Benjamin (1996, 1997), Jean Laplanche (2003), Edgar Morin (2000), Cornelius Castoriadis (1975, 1998), Cristina Corea e Ignacio Lewkowicz (1999), Giorgio Agamben (2001), Silvia Bleichmar (2006, 2011), por nombrar algunos, sino, como ya señalamos, a los recorridos que realizamos por diferentes investigaciones de campo desde la cátedra.

Investigamos organizaciones familiares de nuestro medio en la amplia gama de expresiones de la diversidad: familias con hijos adolescentes, con hijos pequeños, con un solo progenitor, con parejas del mismo sexo y en construcciones postdivorcio. Las expresiones de los entrevistados —los relatos de sus experiencias— y el permanente contacto con la clínica nos resguardó y nos resguarda de los dogmatismos excluyentes y nos permiten acceder a la profunda complejidad de la realidad. Desde esta conjunción, accedemos a considerar las operatorias necesarias para la constitución psíquica del recién nacido, diferenciadas de la soldadura de estas funciones con la persona concreta de quien ocupa un lugar del parentesco. Por eso, desde hace muchos años, insistimos en remarcar que sigue siendo fundamental cierta asimetría adulto-niño en algunos aspectos centrales —alguien debe hacerse cargo del cuidado, del amparo de la cría humana y del ejercicio de una regulación de los vínculos. Funciones que, en el mejor de los casos, podrán ser llevadas a cabo inicialmente, de manera privilegiada, pero no única, por una madre y un padre, una madre sola, un padre solo, una abuela, dos madres o dos padres, u otros, a condición de que quienes la ejerzan brinden ese amparo y regulación, en un movimiento de investidura libidinal y de mutualidad —al decir de Jessica Benjamin— que genere, a su vez, las condiciones de una respuesta en el ‘infans’, a predominio del deseo de vida.

Planteamos la importancia de que esas condiciones para la constitución psíquica, puedan estar presentes desde el comienzo de la vida en sus complejos registros y en el proceso de producción de subjetividad, que se irá configurando y complejizando a partir del acceso a lo simbólico, en la insoslayable doble faz de una construcción solidaria entre las significaciones sociales instituidas en los tiempos sociohistóricos a los que pertenecemos y la singularidad de su expresión. Singularidad como movimiento instituyente que marca lo fundamental de una creciente capacidad de optar, de pensar y desear de forma autónoma. Esta autonomía no podría lograrse sin el atravesamiento de otros vínculos más allá de los familiares.

Paralelamente, quisiera referirme a algo que menciona Elizabeth Roudinesco en el libro escrito con Jacques Derrida, *Y mañana, qué...* (2003), interrogante referido al futuro de aquello que llamamos familia. En uno de los capítulos, *Escoger la herencia*, la autora hace referencia tanto al campo intelectual, como al nivel familiar —donde el vínculo filiatorio supone esa rica amalgama de haber podido recibir algo, aceptarlo y realizar con lo recibido la propia síntesis o la propia creación. Esto exige un trabajo elaborativo de arreglo de cuentas con la historia singular que no fuerce a la renegación, o la desmentida, de la continuidad del vínculo filiatorio y, a su vez, una disponibilidad abierta para los actuales encuentros con otros, para la creación de nuevos sentidos y nuevas marcas, como expresión de la discontinuidad, vertiente ineludible de todo vínculo. Entonces, tanto en los vínculos como en

nuestra formación: ni reproducción mimética, ni autoengendramiento. ¿Qué quiero decir? Es importante mantener una actitud de respeto por lo que otros nos legaron, pero un respeto con juicio crítico para rescatar aquello que nos permite realizar nuevos aportes de conocimiento. También dejar de lado otros conceptos que pueden ser acordes a un momento histórico social, pero que han dejado de tener vigencia y que suelen plantearse con valor universal, o metafísico. En este sentido, ‘escoger la herencia’, o ser fiel, siendo infiel, como también señalan los autores, señala que no podríamos hacerle honor a Freud, ni a la teoría psicoanalítica en su conjunto, si no siguiéramos sus enseñanzas de ser rigurosos y seguir desarrollando los interrogantes que dejó abierto. Es el criterio que también guió tanto a Foucault, en su genealogía sobre la sexualidad y la locura, y a Derrida, en el trabajo de deconstrucción de conceptos freudianos, sin invalidar la teoría en su conjunto. Lo mismo cuenta para Lacan. Algo a tener en cuenta que señala Derrida, es que ‘el psicoanálisis no sólo ha sido y es resistido por la sociedad, sino que —en el momento actual— se resiste en sí mismo tanto a pensar los nuevos fenómenos, como a pensar los viejos con perspectivas novedosas, por lo que operaría de manera autoinmune’.

Es decir, con peligro de destruirse a sí mismo, y ser dejado de lado, si no acepta el desafío de renovarse, como expresa Silvia Bleichmar (2011), el psicoanálisis ha dejado de ser desestabilizante para otros campos del conocimiento. Esto es altamente preocupante, porque una de las funciones inherentes a todo campo disciplinar es la de desbalancear a otros. No como propósito, sino como efecto del peso de sus ideas innovadoras⁸.

En lo particular, debo mi formación en abordajes vinculares, a maestros como Isidoro Benstein (2004, 2007) y Janine Puget (2015). En estos encuadres fuimos encontrándonos con el carácter novedoso que surgen de las producciones conjuntas (en el conjunto familiar, de la pareja o fraterno). Lo que va configurando lo que llamamos en la teoría: la mirada vincular, como un nuevo paradigma dentro del psicoanálisis, o como una modalidad de abordaje dentro del nuevo paradigma de pensamiento, nueva ‘episteme’ que recorre el campo del saber de este momento. Esperamos que estos aportes teórico clínicos, como los que ya vienen realizando en las últimas décadas numerosos colegas, contribuyan a revitalizar el psicoanálisis -que no deseamos que sea dejado de lado, como señala Derrida.

Sintetizando y volviendo a nuestra posición teórica actual: 1) Pasamos de una visión estructuralista de la familia (lugares y funciones fijas), a pensar desde la complejidad, en la posibilidad de co-construcciones de esas funciones entre sus integrantes, y por fuera de las familias; y en funcionamientos en situación, en un momento histórico social determinado. 2) Escribimos nuestro libro sobre familia —junto a Hilda Abelleira en el año 2004. Transcurridos 15 años, sigue vigente mucho de lo desarrollado, pero hoy nos encontramos con formulaciones que complejizan y enriquecen la mirada sobre los vínculos.

⁸ Parte de estas conceptualizaciones, compusieron el seminario de posgrado teórico-clínico sobre abordajes vinculares dictado durante el 2019 en la Facultad de Psicología con Mariela González Oddera, Carolina Longas y Silvia Russo. Esta temática nos ocupa muy especialmente desde hace varias décadas.

Nos adentramos en las propuestas teóricas de autores ya señalados, tales como Morin, Deleuze y Guattari, como en desarrollos afines a nuestra posición encontrada en psicoanalistas extranjeros y de nuestro medio como Jessica Benjamin, Emilce Dío Bleichmar, Silvia Bleichmar y Ricardo Rodulfo. Conservando gran parte de lo heredado, como dijimos. Tanto de Freud, como aspectos de Lacan, y mucho de Castoriadis y Piera Aulagnier. En este punto quiero tomar un concepto muy importante utilizado por Deleuze: *Rizoma*. Desde la filosofía, Deleuze, junto a Guattari (1972, 1994) —quien lo acompaña en algunos tramos desde el campo ‘psi’— apela a aquella figura para 1) aportar una lectura de las mutaciones de la realidad y la cultura occidental en la que vivimos, a partir de la crisis de la racionalidad moderna, por su fracaso en producir un mundo mejor como se anunciaba (demostrado en las dos grandes guerras del SXX), y para 2) proponer un modo de pensamiento y un método que supere las mencionadas hegemonías excluyentes y los binarismos opositivos, productores de exclusiones y marginaciones. Como no dejaremos de señalarlo, las teorías portan valores con potencialidad para contribuir al crecimiento de nuestra visión del mundo, y de nosotros mismos como integrantes entre otros de este mundo. Por el contrario las teorías segmentan y pueden limitar nuestros modos de pensamiento.

Así es que tomamos algunos conceptos clave, que contribuyen a pensar los procesos de subjetivación y los vínculos. El rizoma se propone como un sistema cognoscitivo en el que no hay puntos centrales —es decir, no hay afirmaciones o proposiciones más fundamentales que otras, según categorías o procesos lógicos estrictos. Sin centros ni troncos desde donde surjan bifurcaciones, sino ramificaciones que se conectan unas con otras y se van extendiendo, nos lleva a no considerar lo blanco y lo negro puros, que no existen en la realidad dado que son abstracciones, sino atender a la multiplicidad de los matices. Encontramos esto muy afín con una de las conceptualizaciones freudianas sobre lo Inconsciente, al señalar que lo que existe en lo Inconsciente, es la diversidad que se expresa en múltiples dialectos, o aquello señalado por Derrida acerca de las ‘n posibilidades’ en relación a las elecciones sexuales.

El ‘rizoma’ se diferencia de la noción de ‘estructura’, que se define por un conjunto de puntos y de posiciones, de relaciones binarias entre estos puntos y de relaciones biunívocas entre esas posiciones. La trama o la red que supone el rizoma como concepto puede realizar conexiones entre un punto con otro punto cualquiera. Es un concepto que, de por sí, se inscribe dentro del pensamiento complejo, que intenta dialogar con lo real, incluyendo el azar y la incertidumbre en el seno de una organización. Ya lo habíamos señalado en el artículo original, pero vale remarcarlo, el concepto de complejidad:

- 1) Nos permite considerar tanto la organización psíquica como la familiar, como sistemas complejos abiertos a intercambios constantes (con los otros, con la realidad), donde tienen lugar tanto lo nuevo, lo acontecimental, como ciertos determinantes previos.
- 2) Reúne en sí la paradoja del orden, el desorden y la organización. En el seno de la organización, lo uno y las especificidades múltiples.

- 3) Como método epistemológico, propone que, en un estudio de una organización compleja (como son los vínculos familiares) se apunta a distinguir las especificidades, sin desarticularlas ni aislarlas, así como a producir acercamientos, descubriendo nudos problemáticos comunes, sin realizar enfoques reduccionistas u homogeneizantes (lo mismo es válido entre las disciplinas). Implica a su vez, el reconocimiento de un principio de incompletud y de incertidumbre, en relación a lo que podemos llegar a conocer (de nosotros mismos, del otro y de la realidad).

En síntesis, estos entrecruzamientos teóricos nos permiten sostener, en reformulación continua, la mirada psicoanalítica, en articulación con el pensamiento de la complejidad y el modelo vincular. Respecto a las teorías, permiten admitir la validez de diferentes corrientes psicoanalíticas y de otras. También habilita la nueva semantización de los pares de oposición: repetición / novedad, representación / presentación, intrapsíquico / intersubjetivo, lo uno / lo múltiple, asociación / conexión. No se consideran como opciones excluyentes, sino lo uno y lo otro en coexistencia. También nos permite poner énfasis en la subjetividad, como proceso de subjetivación en permanente movimiento. En consonancia, esta mirada genera la construcción de un modo específico de abordar los vínculos y la clínica.

En esta línea, siguiendo a los autores mencionados e incluyendo lo que décadas atrás sostenía Donald Winnicott (1971, 1980), quiero ampliar lo enunciado respecto a algunos conceptos nucleares del psicoanálisis. Por ejemplo, la necesidad de que el Complejo o Estructura Edípica deje de ser considerada como centro y eje de todo el dinamismo psíquico y sus avatares, poniendo en cuestión su permanencia y carácter universal. Ha sido necesaria su reformulación y su articulación con otras variables intervinientes en la economía psíquica. Por ejemplo, en la diversidad de los vínculos familiares de hoy y en otros lugares donde se teje la subjetividad, Ricardo Rodulfo percibe un reparto diferente de los deseos de dominio y de las rivalidades, surge la importancia del vínculo fraterno, el papel del semejante, del narcisismo trófico, el peso de los pares para la salida de la égida familiar. Incluso, al interior del funcionamiento edípico, consideramos de enorme valor tanto teórico como clínico, la lectura que hace Silvia Bleichamar —en afinidad con lo planteado por Laplanche, Aulagnier y Castoriadis. En primer lugar, entonces, se presenta la situación en sentido inverso: son los adultos cercanos del niño, encargados de su crianza, quienes implantan la sexualidad en el infante desde la propia pulsionalidad corporal y su Inconsciente sexual. Así mismo serán quienes propiciarán la organización sexual y amorosa del mismo en sus vertientes sublimatorias —desde su propia asunción a renunciar y acotar el goce sobre el cuerpo del niño como objeto— mostrando el respeto por su singularidad y el reconocimiento como sujeto. A este proceso refiere Bleichmar (2011), como el camino de construcción de legalidades y del sujeto ético. Esto es de fundamental importancia en la vida infantil, junto con los avatares de la sexualidad, el reconocimiento y valoración narcisistas y el jugar. Procesos que gravitarán en toda la vida adulta posterior.

Otro tema ya largamente cuestionado y revisado refiere a las fases del desarrollo libidinal, planteadas por Freud como sucesivas (oral, anal, fálica) y concatenadas siguiendo funda-

mentalmente una línea natural ligada al desarrollo madurativo biológico. Al respecto, sigue siendo un brillante aporte lo conceptualizado por Castoriadis (1975), hace varias décadas, en su voluminosa obra sobre 'la institución imaginaria de la sociedad', donde resalta de qué modo se concentran los movimientos libidinales del niño a partir del interés y las exigencias adultas en torno al control de esfínteres. Desde temprano (como dice Serrat 'con el café con leche y en cada canción...'), madre, padre y entorno cercano, son portadores en sus cuidados, no sólo de su propia sexualidad —consciente e Inconsciente—, de sus capacidades y limitaciones —afectivas y empáticas—, sino que en la modalidad de transmisión se vehiculizan las significaciones sociales predominantes en un tiempo socio-histórico determinado. La fragmentación de estas significaciones a las que hoy asistimos por las características disruptivas de la sociedad en que vivimos, contribuye a que esta transmisión sea más difusa e incierta, pero esto también ha dado apertura a la diversidad tanto en lo que se transmite, como en lo que el infante registra.

No podríamos hacer aquí una revisión de todos los conceptos que hasta hace unas décadas continuábamos utilizando sin ponerlos en cuestión. Digamos simplemente, que los cambios en las significaciones actuales sobre las relaciones entre los sexos, los efectos de las luchas feministas por sus derechos, las transformaciones en las relaciones de pareja y en la diversidad de presentaciones de la organización familiar, entre otras mutaciones, nos imponen la tarea de poner a trabajar —como lo diría Laplanche— los conceptos fundamentales enunciados por nuestros históricos autores de referencia, conservando el valor que poseen como creadores.

No podemos dejar de mencionar la importancia de haber abandonado los binarismos que generaron jerarquizaciones mutilantes: fálico / castrado, masculino / femenino, heterosexual / homosexual. Y arrojar luz sobre el desarrollo psicosexual del varón y de la niña, que ha de dejar de considerarse explicado desde las teorías sexuales infantiles del siglo pasado, cuando los progenitores transmitían la visión de la representación femenina en falta, porque realmente existía una valoración predominante de lo masculino ligado al poder y al dominio. Esa transmisión implantada por el adulto generaba la teoría infantil de quien tiene y quien no tiene, y todas las fantasías ligadas a la amenaza de castración, etc. Las luchas feministas y los cambios en los funcionamientos familiares y el lugar de la mujer en la sociedad han transformado esas significaciones, pese a que no se haya logrado aún a nivel social nivelar todos los derechos de varones y mujeres. En relación a la construcción psíquica sabemos con seguridad que esas transformaciones, van modificando los referentes identificatorios y el propio proceso, pero no tenemos aún la seguridad acerca de la forma que el mismo se hace efectivo en niños, niñas y niños de hoy.

En el nivel de las transformaciones en la clínica (pero que puede ser válida su consideración en la interpretación de los datos de las investigaciones) el concepto de multiplicidad también nos sirve para escuchar otros motivos en las determinaciones sintomáticas. No interpretar todo en función de un concepto central y hegemónico o la historia infantil como determinante. Mantengo la mente abierta para disponerme a escuchar otras conexiones entre lo que el paciente trae y se presenta en la sesión. Por ejemplo, una mujer se interroga si sus dificultades de con-

tención respecto a su hija adolescente pueden tener que ver con que piensa que su padre la abusó de niña. No descartamos esto, pero seguimos trabajando esas escenificaciones que hacen lazo con vivencias de desamparo experimentadas frente a ambos progenitores de poca presencia y a su historia fallida de pareja, con el padre de la joven.

Por un lado, los conceptos teóricos se articulan con la clínica a la que vamos transformando y la clínica —en un movimiento dialéctico— ilumina las conceptualizaciones aportando nuevos sentidos, obligándonos, en determinadas situaciones, a crear nuevos conceptos y denominaciones. Será cada situación, no antes, la que nos indique los movimientos a privilegiar. Cada sesión se define por el encuentro de ciertas líneas que se van configurando según la trama que se construya entre los partícipes de la escena. Entonces, en nuestra posición en la clínica, el punto más importante es considerar la situación de encuentro ‘entre’ terapeuta o analista y el consultante, como dos subjetividades en condiciones de co-construir un vínculo en situación, pero abierto a los acuerdos que entre ambos se vayan produciendo. La transferencia será pensada desde cada uno de los polos, pero donde dada la presencia de ambos en la situación, el vínculo terapéutico es algo más que la transferencia y la repetición de vivencias pasadas: lo recorre lo novedoso que en cada encuentro puede producirse, a nivel de lo afectivo, como de producción de un nuevo saber sobre sí y el otro. Tenemos en cuenta que nos acercamos al otro con nuestro bagaje previo de experiencias, vivencias y múltiples registros afectivos y representacionales. Pero la reciprocidad empática, las sintonías, el sentimiento de cercanía y confianza o de distancia, no son sólo actualizaciones de matrices inconscientes construidas, sino que se ponen en juego por la subjetividad singular de los que componen la escena, incluido el terapeuta.

Por su parte, la mirada y la práctica de los abordajes vinculares nos abrieron decididamente a construir otros sentidos respecto de la situación analítica, del vínculo con el otro y de los efectos de presencia, conjuntamente con las representaciones que puedan circular entre y sobre los involucrados. Hoy deberíamos hablar de presencialidades —como sugiere el psicoanalista vincular Gustavo Del Cioppo (2019)— dado que la presencia de los cuerpos en sesión ha sido reemplazada por esta presencia híbrida que compone la comunicación online.

Finalmente, en este nuevo tramo de la historia, nos enfrentamos a la fluidez de las significaciones y los vínculos. Zygmunt Bauman nos atraviesa con sus conceptualizaciones sobre la modernidad líquida, el amor líquido, que nos presentifican el nuevo desafío en nuestra tarea tanto clínica como teórica. Se impone la incertidumbre, lo imprevisible, lo inanticipable. Pero al menos, estamos sobreaviso. No hay pautas previas, por lo que en los vínculos afectivos como en la transmisión docente tendremos que tener en cuenta estas nuevas lógicas. Como también lo señalan de manera original Corea y Lewkowicz (1999), en la era de la fluidez, hay chicos y adolescentes frágiles con adultos frágiles, no chicos frágiles con instituciones de amparo. La solidez supuesta en un tercero se desfondó. Así, las situaciones pueden pensarse y armarse entre dos que se piensan, se eligen, se cuidan y se sostienen mutuamente. Ya no se trata de fragilidad por un lado y solidez por el otro: somos frágiles por ambos lados. Lo que significa que apostar al vínculo con los otros, es una verdadera tarea artesanal, por pura prepotencia subje-

tiva. Lewkowicz afirma que en las crisis y en tiempos de fluidez estamos convocados a crear en conjunto para que surja un 'nosotros'.

Por lo dicho, consideramos que a lo largo del tiempo del devenir de cada sujeto, como de los tiempos históricos, se imponen los procesos de construcción y deconstrucción, en definitiva: de transformación. No podemos pensar como inamovible la estructura psíquica que formulamos como invariante. Los actuales estudios neurocognitivos demuestran, por ejemplo, que el uso intenso y de contacto de los niños y jóvenes con las nuevas tecnologías, modifican su sensorialidad y emocionalidad. Sin que debamos evaluar esta modificación como un cambio negativo. Deberíamos considerarlos como efectos diferentes de los medios que estaban al alcance de niños y adolescentes de otras épocas. Pero estamos ante un cambio en la estructura psíquica, no sólo en la producción de subjetividad. Michel Serres, a sus 82 años, nos ha regalado una joya: *Pulgarcita*, referida a los pulgares veloces de los chicos en el celular. Está dedicado a su nieta y a todos los Pulgarcitos y Pulgarcitas de su generación. Es una mirada tierna, afectuosa y esperanzadora. Les transmito algunas frases, sólo para alentarlos a leerlo: 'El mundo ha cambiado tanto, que los jóvenes deben reinventar todo: una manera de vivir juntos, instituciones, una manera de ser y de conocer. Estos chicos habitan lo virtual. Pueden manipular diversas informaciones al mismo tiempo. No conocen, ni integran, ni sintetizan como nosotros. Ya no tienen la misma cabeza que nosotros, ni habitan el mismo espacio. Sin que nos diéramos cuenta, ha nacido un nuevo ser humano'. Lo promisorio que señala Serres es que, al tener todo el saber a la mano a través de Wikipedia o de Facebook, los jóvenes de hoy no necesitan acumular el saber. Así, esta generación, podría disponer de sus capacidades más libremente y habilitar otras menos transitadas, para la intuición, la creación y la invención.

Quisiera concluir con una pequeña anécdota acaecida recientemente en mi ámbito privado, que compartí en unas jornadas de la UBA. Toca el timbre una vecinita de 19 años que está cursando la que fuera la asignatura a mi cargo, hoy dictada por docentes con quienes formamos equipo. Por lo que algunos textos de mi autoría circulan entre los alumnos. Ya ha recurrido a mi ayuda porque sabe, vagamente, que soy o he sido docente de la carrera. Tiene que dar un parcial y está trabada —según comunica— con Piera Aulagnier y con los conceptos de algunos otros autores. Pregunto nombre del ayudante con que cursa. No lo recuerda. A partir de cierto tono de aburrimiento de su parte, empezamos a dialogar acerca de los interrogantes que trae a la consulta. —'Acá hay un concepto de un artículo de Delucca que tengo dudas'. Le digo: —'Bueno María, Delucca vengo siendo yo'. A lo que responde: —'¡¡¡Nooo!!!! no te puedo creer!!! Qué vergüenza'. Superado el bochorno, el intercambio se va animando. Al final me dice: —'Vos tendrías que dar clases en la Facultad. Qué bien explicás'. —'Bueno María, te cuento que estuve 35 años en la Facultad, precisamente como titular de esta materia'. —'¡¡¡Noooo!!! Soy de terror. Me quiero matar. Vos para mí, eras simplemente mi vecina Bibi'.

Lo que quiero marcar es que la alumna, aún adolescente, muestra una actitud de época, de desestimar la historia, de no saber ni interesarse por el apellido de su vecina docente, ni el nombre de quien todas las semanas trabaja con ella en la facultad, de mostrar inicialmente un desinterés por el conocimiento y un querer entender para zafar. Pero como en el diálogo yo me

voy apasionando con Piera Aulagnier y con lo que alguna vez escribí, ella también se enciende y piensa y produce. Eso es lo que rescato. Y a eso apuesto. A la posibilidad de construcción de un diálogo. A que la pasión se transmita, haga lazo y no sucumba. Como en la historia del fuego, pasar la posta. Y en algún momento, encienden el propio... ¡o mejor dicho, comparten el propio que ya lo tienen encendido!

Referencias

- Abelleira, H. y Delucca, N. (2004). *Clínica forense en familias. Historización de una práctica*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Agamben, G. (2001). *Infancia e Historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Manantial.
- Aulagnier, P. (1979). *Los destinos del placer: alienación, amor, pasión*. Barcelona: Argot.
- Benjamin, J. (1996). *Los Lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Berstein, I. (2004). *Devenir otro con otro(s)*. Buenos Aires: Paidós.
- Berstein, I. (2007). *Del ser al hacer*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2006). La deconstrucción del acontecimiento. En *Tiempo, historia y estructura*. Buenos Aires: Lugar.
- Bleichmar, S. (2011). *La construcción del sujeto ético*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Buenos Aires: Paidós.
- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Castoriadis, C. (1998). *Psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Corea, C. y Lewkowicz, I. (1999). ¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez. Buenos Aires: Lumen.
- Del Cioppo, G. (2019). Nuevas presencialidades: lo digital-virtual en los vínculos y en nuestra clínica. Recuperado en <https://www.youtube.com/watch?v=Zy5qqUI4iOw>
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1972). *El Anti-Edipo*. Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Mil mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Delucca, N. y Gonzalez Oddera, M. (2017). Acerca de la familia y la pareja: transformaciones y permanencias. *Revista Generaciones*, 6, 56-70.
- Delucca, N., Gonzalez Oddera, M., Longás, C y Russo, S. (2018). Conceptualizaciones para un modelo de abordaje vincular. I Congreso Internacional de Psicología. *Producción de conocimientos: desafíos emergentes y perspectivas de futuro*. Montevideo (Uruguay): Facultad de Psicología de la Udelar.

- Derridá, J. y Roudinesco, E. (2003). *Y mañana, qué...?* Buenos Aires: F.C.E.
- Dío Bleichmar, E. (1992). Del sexo al género. *Revista de la Asociación Escuela de Psicoterapia para graduados*, 18, 127-155.
- Dío Bleichmar, E. (1998). *La sexualidad femenina. De la niña a la mujer*. Buenos Aires: Paidós.
- García Reynoso, D. (1980). Juego, creación, ilusión. *Revista Argentina de Psicología*, 28, 27-41.
- Langer, M. (1976). *Maternidad y Sexo. Estudio psicoanalítico y psicosomático*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. (2003). *Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Morin, E. (2000). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Pichon-Rivière, E. (1971). *Del psicoanálisis a la psicología social* (Tomos I y II). Buenos Aires: Galerna.
- Prigogine, I. (1991). *El nacimiento del tiempo*. Barcelona: Tusquets.
- Prigogine, I. (1994). *Nuevos paradigmas. Cultura y Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Puget, J. (2015). *Subjetivación discontinua y psicoanálisis*. Buenos Aires: Lugar.
- Rodulfo, R. (2012). Los lugares donde se trama la subjetivación. En A. Grassi (Comp.). *Revista Generaciones, N° 1*. Buenos Aires: Eudeba.
- Rodulfo, R. (2012). *Padres e hijos*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. y Punta de Rodulfo, M. (1986). *Clínica Psicoanalítica en niños y adolescentes*. Buenos Aires: Lugar.
- Serres, M. (2014). *Pulgarcita*. Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1980). *Clínica psicoanalítica infantil*. Barcelona: Hormé.

CAPÍTULO 3

El problema del desarrollo infantil y sus vertientes temporales: algunas coordenadas

Andrea Mirc

Y, con su voz libre de toda directiva genética, con absolutamente nada que decir ni expresar, el niño podría, al contrario de cualquier otro animal, nombrar las cosas en su lenguaje y, de este modo, abrirse ante sí mismo una infinidad de mundos posibles.

Giorgio Agamben, *TEOLOGÍA Y LENGUAJE*

1. Introducción

Es ampliamente sabido, la modernidad construyó la infancia y la constituyó como uno de sus pilares más firmes. La noción de niño⁹ y su desarrollo cronológico y progresivo advienen referentes empíricos de un constructo subsidiario: la primera etapa de la vida humana. El desarrollo comenzó a consolidarse como una categoría explicativa capaz de dar cuenta del surgimiento del sujeto (al que aludiré, en el contexto de los propósitos de esta publicación, como psíquico). No llama la atención que, en esta nueva organización político-social, el estudio de las infancias consolidara su relevancia. No pudo ser de otro modo si tenemos en cuenta el surgimiento del positivismo y la pretendida búsqueda de la verdad universal sobre las que cabalga la conformación de la ciencia moderna.

Bajo las condiciones del horizonte histórico y epistemológico mencionadas, la Psicología Evolutiva construyó sus afirmaciones explicativas a partir de la descripción de características organizadas mediante el trazado de una línea abisal que separa lo normal, por un lado, y la amplia y profunda zona de los problemas del desarrollo infantil, por otro lado. El florecimiento de la Psicología Evolutiva se consolidó mediante el abordaje de problemas que gravitan en torno a la génesis, como ser: la relación entre lo innato y lo adquirido, la variabilidad cronológi-

⁹ La utilización del universal masculino no es ingenua, puesto que entre las urdumbres de la trama en la que reposó el proyecto moderno también encontramos la negación formal de las marcas sexo-genéricas concretas que subyacen a la noción de Sujeto. A pesar de este uso, aquí no se desconoce la pretensión masculinista de evadir la marca genérica género. En suma, en torno al Sujeto se generaliza un modelo pretendidamente neutro que oculta su marca genérica sustentada por una mirada androcéntrica y adultocéntrica.

ca del desarrollo del niño y la consideración de las fases del desarrollo individual (Talak, 2000). Asimismo, las claves para explicar la conducta humana fueron encontradas en una aproximación profundamente biológica. De allí las derivas de la orientación de las investigaciones de esta psicología, tan de cara a la psicología experimental (psicofisiología, mediciones antropométricas), naciente de la matriz evolucionista —principalmente en la versión de Darwin— y preocupada por los ‘desvíos’ que más tarde se formalizarían como trastornos del desarrollo.

Así, este saber psicológico se constituyó como disciplina autoproclamando su capacidad de explicar el desarrollo (del niño) a partir, fundamentalmente, del estudio de las leyes naturales que lo determinan. En las sombras de este proyecto —una de las tantas consagraciones de la racionalidad moderna— proliferó la producción de un individuo cincelado por dispositivos cuyos saberes se alimentan del poder normativo. Ya lo dijo Foucault (2002), el poder que articula estos saberes se inscribe en el cuerpo, lo construye, lo moldea y normaliza. Del mismo modo, la elucidación crítica del feminismo nos muestra la dimensión sexo-genérica de estos dispositivos de saber/poder (Preciado, 2008; Campagnoli, 2018), en los pliegues de cuyos discursos se imponen condiciones epistémicas (y políticas) que se traducen en la configuración histórica de nuestros objetos de conocimiento y en los contenidos y problemas teóricos gravitantes en torno a ese artefacto político profundamente naturalizado: el ‘niño’.

A pesar de las pretensiones de un conjunto significativo de intelectuales, el psicoanálisis no está exento de las impregnaciones políticas sobre las que se pliegan los discursos ideológicos. Aún la noción de lo inconsciente, y su consecuente ruptura epistemológica, no puede ser colocada al margen de las transformaciones históricas y, por lo tanto, ser declarada inmune a la égida de su época. Recordemos que el significado de égida, circulante en la mitología griega, señala una piel útil como coraza o escudo que protege y esconde. Obviamente, la producción conceptual del psicoanálisis —con mayor intensidad en sus primeros segmentos— no deja de reflejar las marcas del siglo XIX, impregnadas por saberes naturalistas. Aun así, digamos todo, el psicoanálisis ha permitido reformular concepciones en torno a: la historia, el desarrollo, la génesis y lo originario. Permitió pensar el valor de ‘lo infantil’ y, al mismo tiempo, delimitar su vinculación (problemática) con nociones sobre ‘la infancia’ en otros contextos semánticos —como la psicología. Estas articulaciones no son menores, pues el valor epistémico, teórico y político de cercar las coordenadas históricas de la aparición de nociones fundamentales del psicoanálisis en relación con un horizonte más vasto —como por ejemplo la historia de las infancias— es innegable (Laplanche, 1987).

Sin más, propongo considerar tres vertientes temporales en la consideración del problema del desarrollo, vertientes incrustadas en corpus teóricos cuya circulación y diseminación en el campo de la psicología nos enfrentan con la pertinencia de su abordaje:

1. El desarrollo infantil en el marco de los problemas centrales que interpelaron históricamente a la Psicología Evolutiva: el problema del origen, la psicogénesis, la variabilidad cronológica del desarrollo del niño y la consideración de las fases del desarrollo individual —vinculado con el sesgo biologicista en torno a la niñez.

2. El 'desarrollo emocional' en Margaret Mahler, Anna Freud y Erik Erikson — representantes de un modelo prototípico del desarrollo en el campo de la psicología.
3. La propuesta de 'cierto' psicoanálisis sobre la relación entre el desarrollo y 'el' psicoanálisis. Esta propuesta nos traslada desde el 'desarrollo emocional' hacia la constitución del psiquismo. También pone en tensión lo endógeno del psiquismo y la consideración de la dimensión socio-cultural.

Es preciso aclararlo, entre cada una de estas vertientes temporales hay diferencias conceptuales así como esfuerzos teóricos e ideológicos disímiles por dar respuesta a las preguntas sobre el desarrollo infantil. Pero sólo la inclusión del psicoanálisis —a partir de la potencia de algunas de sus conceptualizaciones— habilita y configura una ruptura en términos epistemológicos (aunque no exenta de sesgos) respecto de la franca matriz evolucionista informada en los saberes de la época. En este marco, este escrito persigue otro criterio —no consustanciado con 'lo evolutivo'— capaz de hacer justicia a la especificidad del aporte psicoanalítico. En suma, interesa la construcción de una mirada psicoanalítica sobre la niñez capaz de mantener vínculos fructíferos con el campo teórico de las ciencias sociales.

2. Psicogénesis y maduración

El marco evolucionista participó en la delimitación disciplinar de la psicología (evolutiva) y produjo al 'niño' como corolario teórico y político. Los abordajes centrales en torno a la (psico)génesis se propusieron explicar el origen de las manifestaciones conductuales bajo el supuesto de contigüidad entre lo biológico y aquel otro ámbito trascendente que — pese a las múltiples formas en que históricamente ha sido nominado— prefiero conceptualizar como 'lo psíquico'. La proliferación de conceptos se enfrentaron con el desafío de dar respuesta a preguntas tales como: ¿Cómo se experimentan a sí mismos los infantes?, ¿Cómo experimentan a los otros?, ¿Cómo unifican el carácter fragmentario de sonidos, movimientos, contactos, imágenes visuales, sensaciones y sentimientos para dar forma a la representación de totalidades?, ¿Cómo se construye la noción de objeto de conocimiento?, ¿Qué estatuto tiene el mundo exterior para el infante?, ¿Cómo se logra la objetivación de la realidad?

Un segmento de la psicología del niño de la década de 1940, entre cuyos representantes se encuentran Henri Wallon y Arnold Gessell, se ocupó, 'grosso modo', de:

- estudiar la conducta en relación con la vida mental,
- proporcionar una descripción y explicación del comportamiento humano,
- describir la secuencia de esta conducta durante el desarrollo o el crecimiento,
- estudiar los orígenes de las actividades del niño y describir sus procesos, poniendo en primer plano el punto de vista genético,

- informar sobre las conductas de crecimiento desde el punto de vista funcional y diferencial, es decir: considerar la vida mental formada por una serie de funciones y actividades. Funciones mnemónicas, lingüística, motriz, simbólica, que forman la base de la conducta del niño, y las variaciones psíquicas de un individuo a otro y de un sexo a otro, que llevan a la diferenciación de lo normal y lo patológico (Debesse, 1962)

Toda la bibliografía de la época al respecto muestra esta ‘unidad’ de la ciencia psicológica en la que el objeto ‘niño’ emerge desde el desarrollo de los comportamientos infantiles asequibles mediante la observación y registro fenomenológico. ‘Desarrollo’ muestra ser sinónimo de ‘crecimiento’ (Stone y Church, 1959), y toma como objetos de indagación la vida cognoscitiva, la vida afectiva, la vida social y el carácter, aglutinados en los, así denominados, ‘desarrollo motor’, ‘desarrollo emocional’, ‘desarrollo cognitivo’ y ‘proceso de socialización’. De allí se desprende la necesidad teórico-metodológica de caracterizar estos desarrollos en términos de sucesión y secuencia temporales. Así cobran profunda consistencia conceptos tales como ‘estadios’, ‘fases’ o ‘etapas’ que definen características esencialmente vinculadas con edades cronológicas. James Arthur Hadfiel (1962) decretó “la necesidad de reconocer las fases”. Sus argumentos son:

- Cada una de las fases hace una contribución específica al pleno desarrollo de la personalidad,
- Necesitamos conocer las fases del desarrollo para no tomar por anormal lo que es normal,
- Debemos tener conocimiento de las etapas del desarrollo para reconocer lo que es anormal tan pronto como se manifiesta.

Ilustremos esta primera vertiente temporal con la propuesta de Arnold Gesell. Él delineó un mapa para el desarrollo y el aprendizaje infantil. Identificó la relación entre el comportamiento y el sistema nervioso y documentó etapas predecibles o normativas de crecimiento. La rigurosa comparación arrojó variaciones menores respecto a la edad en la que podría surgir una habilidad, aunque esto no afectaba la secuencia o el patrón. Así, la teoría de Gesell se conoce como ‘teoría del desarrollo madurativo’. A pesar de los intentos contemporáneos por cuestionar la noción de etapas fijas, los psicólogos, educadores y pediatras aun hoy continúan utilizando — de forma más o menos explícita— las normas establecidas por Gesell para predecir cambios en el desarrollo. Sin dudas, bajo el horizonte histórico de su época, Gesell fue innovador. Realizó el primer estudio a gran escala del comportamiento de los niños. Su investigación utilizó tecnologías cinematográficas para documentar y encontrar patrones claros y ordenados en el desarrollo de unos 10.000 niños. Generó un extenso archivo de investigación que inspiró a teóricos influyentes del desarrollo infantil, incluidos Jean Piaget, Erik Erikson y Lev Vygotsky. Su concepto de un modelo escalonado de habilidades en crecimiento perduró durante varias décadas y hoy alimenta la noción de desarrollo progresiva en la que tanto insistió.

También fue el primero en demostrar que la edad de desarrollo de un niño puede ser diferente de su edad cronológica y así fundó las bases para futuras evaluaciones del desarrollo. Su aproximación positivista lo condujo a priorizar la descripción de fenómenos mediante técnicas de observación sofisticadas —como pantallas de visualización unidireccionales y métodos de grabación que no distraen a los niños y, afirmaba Gesell, permitían comprender el comportamiento natural de los niños.

Gesell afianzó con éxito una mirada normativa. Esta aproximación del desarrollo fundó parámetros con los que operar, aún en nuestros días, como una guía aproximada que permite delimitar las variaciones en los comportamientos y habilidades que se encuentran dentro de un rango normal. Esta trayectoria de crecimiento promedio, denominada como 'normal', sostiene vectores normativos de desarrollo y habilita la identificación de importantes diferencias individuales. Gesell señaló que:

Al evaluar las características del crecimiento, no debemos ignorar las influencias ambientales: medio cultural, hermanos, padres, comida, enfermedad, trauma, educación. Pero estos siempre deben ser considerados en relación con factores primarios o constitucionales, porque estos últimos determinan, en última instancia, el grado e incluso el modo de reacción al medio. El organismo siempre participa en la creación de su entorno (Gesell, en Ames e Ilg, 1976, p. 107-108).

El legado de Gesell perdura de forma implícita en las miradas sobre el desarrollo infantil. Sus aportes ofrecen seguridad al ofrecer pautas de observación objetivas sobre qué esperar cuando un niño está representado una variación significativa de la norma. La importancia de su trabajo no pierde vigencia seguramente porque aún hoy prevalece la certeza respecto de que las intervenciones, adquisiciones y logros del desarrollo en la primera infancia no son cualitativamente homologables a aquellas que acontecen en la edad adulta.

En este contexto semántico, la noción de desarrollo aplica al concepto 'niño'. Así, la 'niñez' adquiere estatuto epistémico propio, digno de estudio, puesto que irrumpe como emergente empírico de un periodo del cual es preciso extraer el conjunto de principios de conductas y leyes del desarrollo en los que se funda la edad adulta.

3. Desde el desarrollo madurativo hacia la adaptación y la identidad

A la luz de aportes provenientes del psicoanálisis posfreudiano, algunos teóricos y clínicos —entre quienes se destacan Anna Freud (1960), Erik Erikson (1950) y Margaret Mahler (1974)— hicieron el esfuerzo de enlazar el desarrollo evolutivo de la conducta con la especificidad de lo psíquico, esto es, para estos autores: las nociones de 'Yo' y 'desarrollo emocional'.

Aun así, cualquiera de estas versiones, mantuvieron el ideal normativo de conductas y mecanismos de adaptación esperables sobre los cuales fundar el individuo normal. Aún más, reconocen la niñez como periodo formativo de la personalidad humana en términos de 'desenvolvimiento humano'. El 'desarrollo' es definido, entonces, como el modo de adquisición de la conducta normal. En esta línea podemos considerar, fundamentalmente, los aportes teóricos de Anna Freud y su concepto de 'líneas del desarrollo' con su línea prototipo: "desde la dependencia hasta la autosuficiencia emocional y las relaciones objetales adultas" (Freud, A., 1960, p. 56). Otra exponente es Margaret Mahler y la noción de 'nacimiento psicológico'. También Erik Erikson y su diagrama de trabajo sobre las etapas de desarrollo psicosocial. En todos estos aportes conceptuales se mantienen los mismos presupuestos:

- A partir de la interpretación de los textos freudianos, el 'desarrollo' denota procesos temporalmente vinculados, así como cambios progresivos del funcionamiento adaptativo tendientes hacia la conformación del Yo.
- Se alude a una integración de los cambios constitucionales y aprendidos en la conformación de la personalidad de un individuo.
- Se refiere a los elementos dinámicos y unidireccionales del cambio.
- Este proceso es constante y arroja productos o logros.
- El tiempo está definido como regularidad rítmica que se integra a un proceso declarado normal, aunque incluye cambios previsibles por la constancia del cambio
- Atienden al problema de la unidad en la continuidad y la unidad en la discontinuidad (concepto de Yo - identidad), en el cual los procesos físicos y neurológicos (índices madurativos) son componentes importantes del desarrollo infantil, no determinantes pero sí condición necesaria de los logros psíquicos.

Si bien mantienen ordenamientos diferentes del desarrollo (con serie de fases secuenciales particulares y con puntos de partida que suministran el fundamento de todo el desarrollo ulterior), todas estas propuestas dan por supuesto que podemos evaluar cada nueva fase a partir de sus propios logros inmediatos. Asimismo es curioso notar que el término 'regresión' es interpretado en sentido temporal, es decir como un movimiento de retorno, en sentido inverso, desde un punto ya alcanzado hacia otro situado en fases previas —ya superadas— del desarrollo. Digámoslo de una vez, bajo estos términos, el 'desarrollo emocional' define y preestablece la personalidad como un proceso continuo y secuencial que parte del estatuto del niño como infante y, luego, se despliega en cada etapa subsiguiente del trayecto del crecimiento psicológico. Desde el punto de vista cualitativo todos los cambios devienen productos que, en forma de capas de conductas preexistentes, determinan la originalidad de las expresiones del nivel posterior. Al respecto, René Zazzo (1962) se interroga respecto a la pertinencia de dividir en periodos y etapas la naturaleza de las cosas y, especialmente, la naturaleza de la evolución psicológica del niño. La respuesta no es sencilla:

En resumen todo nos permite concluir que no es ilusoria la existencia de períodos y etapas. No solo lo comprobamos directamente sino que de este modo podemos explicar el determinismo. Sin embargo subsiste el peligro de una identificación demasiado apresurada de esas etapas, de una esquematización excesiva. Los desacuerdos evidentes entre psicólogos muy destacados, con respecto a la identificación de las etapas no es una prueba suficiente de la inexistencia de estas, tampoco el acuerdo prueba con certeza su existencia (Debesse, 1972, p. 55).

Ilustremos esta segunda vertiente temporal con la propuesta de Anna Freud (1960). Está claro que las líneas de desarrollo que la autora propone se conciben como:

1. Unidades de interacción entre el ello y el yo.
2. Líneas que implican diferentes órdenes del desarrollo.
3. Unidades similares a la organización de las fases libidinales o de las fases de organización de las funciones del yo.
4. Unidades que siguen procesos que en importancia, frecuencia y regularidad son iguales a las de las fases del desarrollo del yo.

Anna Freud buscó delimitar unidades de interacción, específicamente entre el yo y el ello, y también se propuso comparar estas interacciones y sus secuencias con la maduración de las etapas libidinales, por un lado, y con la evolución gradual de la función del yo, por el otro. El equipamiento del yo que subyace a la cognición, al habla y a la función motora está sujeto a una maduración discontinua, mientras que otras funciones del yo, como los mecanismos de defensa, la prueba de la realidad y la adaptación, parecen ser de aparición gradual. La organización de las fases libidinales y el momento de aparición de las etapas de desarrollo madurativo se volvieron igualmente importantes para Anna Freud —a medida que perseguimos los procesos de maduración es posible aprender más sobre las secuencias del impulso agresivo. Asimismo, cuando se refiere a la secuencia de un proceso de maduración, la autora asume que la matriz biológica es significativa. Así, su propuesta supone que desenredar las líneas de desarrollo nos ayudará a comprender la existencia de los vínculos entre las esferas psicológica y somática. Tal formulación se apoya en una particular interpretación sobre la fuente de la pulsión —algo así como una demanda biológica en la vida psíquica— sin hacer del psicoanálisis un dominio explicativo que responde a otro orden que la biología.

La psicología psicoanalítica de Anna Freud permanece excesivamente apegada al cronograma de los procesos de desarrollo —entendidos como maduración. En su propuesta cobran especial importancia la precocidad y el retraso, la detención, la fijación y la regresión en la progresión desigual en las diversas líneas evolutivas y las diferencias en las secuencias de maduración y desarrollo, pues todas estas ideas separan lo que ella entiende por desarrollo normal o patológico. Además, Anna Freud asume que las unidades de interacción deben caracterizarse por su regularidad, frecuencia y significado. Por tanto, espera que las diferencias individuales

en la alianza entre el ello y las expresiones del yo se consideren dentro del contexto de progresiones predecibles y ordenadas. Cabe recordar que pese a que Anna Freud definió las líneas de desarrollo en términos de Ello, yo y superyó vinculadas en unidades, su propuesta pierde espesor metapsicológico cuando cobran pesos nociones tales como maduración y adaptación.

La autora describió como prototipo para todas las líneas de desarrollo aquel trayecto que va desde la dependencia hacia la autosuficiencia emocional y las relaciones de objeto adultas. Esta línea incluye la unidad biológica entre madre-hijo, relaciones ambivalentes caracterizadas por ciertas actitudes del yo, las relaciones de objeto basadas en expresiones de fase preedípica y edípica y aquellas propias de la latencia, la preadolescencia y los modos adolescentes de interacciones con el objeto. También podemos encontrar las líneas que culminan en la independencia del cuerpo: desde la succión hasta la alimentación racional, desde mojar y ensuciar hasta el control de la vejiga y los esfínteres, de la irresponsabilidad hasta la responsabilidad en el manejo del cuerpo. Otra línea traza la secuencia que va desde el cuerpo hasta el juguete y desde el juego hacia el trabajo. Es obvio que estos pasos en las líneas propuestas involucran unidades psíquicas que reflejan vínculos que no distinguen especificidad de órdenes entre todos los componentes estructurales. Como fuere, cada una de estas líneas representa una combinación de todos los componentes estructurales. Cada uno intercepta o se correlaciona con los demás, específicamente con la dependencia-independencia. El énfasis está en las secuencias de progresión, el cronograma de aparición y consolidación, las variaciones de estos elementos dentro de un esquema normativo de desarrollo esperado o la desviación respecto de éste. La progresión se estudia con tanta atención como la regresión, no solo de los componentes pulsionales, sino también aquellos correspondientes al yo, y las graves consecuencias de cualquier desvío. En este contexto, la noción de discontinuidad y continuidad de la función psíquica es importante para Anna Freud. Aunque no profundiza este punto sí da por sentado que cualquier línea de desarrollo implica progresión y formación de estructuras psíquicas. Su modelo también sugiere que las nuevas estructuras reemplazan a las antiguas, se forman nuevas jerarquías y se depositan nuevas estructuras o preceden a nuevas funciones —aunque todas las experiencias pasadas todavía están disponibles y pueden ser recuperadas. Por lo tanto, Anna Freud parece instar a considerar los tirones progresivos y regresivos dentro de las líneas de desarrollo.

Anna Freud basa sus datos en observaciones de la conducta. Ella no entiende el concepto de líneas de desarrollo como un concepto metapsicológico, aunque tales líneas comprometen aspectos y consideraciones metapsicológicas. Después de todo, estas unidades de funciones y la correlación entre ellas revelan la capacidad del yo para unir, sintetizar, integrar y organizar nuevos niveles de desarrollo. Anna Freud enfatizó esta capacidad al dirigir su interés al desarrollo normal. Para ella tanto la patología como la normalidad se comprenden mejor en referencia a los procesos de desarrollo. Esto permite deslindar claramente las desviaciones, los puntos de fijación y la regresión del desarrollo. Por lo tanto, emplear el concepto de líneas de desarrollo conduce directamente al refinamiento de la actitud diagnóstica de la patología. Estas consideraciones han sido parte de una aproximación muy particular hacia la teoría psicoanalítica y

ha ofrecido un marco de referencia que, pese a sus potentes impregnaciones normativas, ha sido difundido significativamente y ha estructurado el estudio sistemático y la evaluación continua del niño en desarrollo imponiendo la marca de normalidad y sus variaciones aceptables.

Así, la noción de ‘desarrollo’ —y en particular el ‘desarrollo emocional’— nos enfrenta con un esfuerzo conceptual de la psicología posfreudiana por trasladar y aplicar una matriz analítica centrada en la edad cronológica, el desarrollo madurativo, fisiológico —motor y neurológico— a una psicología que tiene como horizonte conceptual la adaptación individual, la identidad del Yo y el proceso de socialización.

4. El psicoanálisis... ¿un esfuerzo que alcanza?

... la contemporaneidad es una relación singular con el propio tiempo, que adhiere a éste y a la vez toma su distancia; más exactamente es esa relación con el tiempo que adhiere a éste a través de un desfase y un anacronismo (Agamben, 2014, p. 18)

El esfuerzo de Freud por conceptualizar y teorizar una dimensión no reductible a lo biológico —el sello de la particularísima existencia del hombre— puede rastrearse a lo largo de toda su obra. Es cierto, sus primeros escritos muestran una clara explicación de lo psíquico bajo un modelo biológico fisicista de corte naturalista y sustancialista —*Tres ensayos de teoría sexual*, al menos en parte, es muestra de ello. Aun así, el psicoanálisis inaugura un origen para el ser humano donde el encuentro con el Otro encausa lo necesario para sobrevivir y ofrece lo suficiente para el despliegue de la actividad de representación —diferenciada, desde el encuentro inicial, de la actividad somática. Es cierto, la pregunta por el desarrollo es válida. Después de todo, el desarrollo involucra cambios del niño y sus primeras relaciones con el mundo, también se muestra consonante con las transformaciones de los montajes sensitivo-motores o perceptivo-motores de ese ‘equipamiento del lactante’. Pero aun así no puede desconocerse el movimiento absolutamente transformador efectuado por el psicoanálisis, a saber: impuso un límite al alcance del positivismo del siglo XIX y XX, pues delimitó aquella dimensión que transcurre por los primerísimos tiempos de constitución —no un tiempo cronológico, más bien aquella temporalidad lógica capaz de diseminarse en múltiples orígenes dispersos a lo largo del devenir. En algún sentido, el niño es relegado por el psicoanálisis al campo de la psicología, y conceptualiza ‘lo infantil’ como aquel tiempo de implantación de la sexualidad humana —allí donde anida lo pulsional.

El psicoanálisis freudiano considera el tiempo de organización del aparato psíquico estrechamente vinculado con una dimensión histórica desarticulada del determinismo lineal de cualquier proceso acumulativo. Freud cultiva conceptualmente una compleja dinámica temporal a la que llamó ‘nachträglich’ y que bien podemos denominar como ‘re-significación’ o, de acuerdo a la resonante captura francesa en nuestro medio, ‘après-coup’ (Laplanche, 1999). Estas con-

cepciones llevan en su núcleo la particularísima noción de acción diferida. Desde aquí resulta imposible afirmar un modelo teórico que sostenga, sin más, la existencia de transformaciones organizadas en fases delimitadas por cambios (no regresivos). Un modelo lineal de desarrollo supone una jerarquía donde las inscripciones, marcas y huellas infantiles se desarrollan en el nivel más bajo, y donde las nuevas fases, con sus logros y adquisiciones, agregan nuevos niveles a la jerarquía —relegando la infancia al subsuelo del edificio progresivo del desarrollo. Freud sugiere que ‘lo infantil’ subyace a todas las configuraciones posteriores. ‘Lo infantil’ está incrustado en la mirada arqueológica de Freud (1937). Es decir, se trata de un sustrato infantil, atemporal, lejos de cualquier registro cronológico. La organización psíquica lleva por debajo, aunque de forma extremadamente superficial, estas ‘primeras’ reliquias. No puede ser de otro modo, pues Freud (1915) describió el inconsciente como atemporal en tres sentidos:

1. Sus procesos no están ordenados temporalmente. Esta ausencia de ordenamiento temporal de las marcas inconscientes implica una dinámica imposible de ser ordenada bajo una narrativa temporal, lineal, cronológica.
2. Sus procesos no hacen referencia al tiempo. Las representaciones inconscientes pueden condensarse y desplazarse, pero su registro refiere a escenas que no se encadenan en una secuencia narrativa de hechos.
3. Sus procesos no están alterados por el paso del tiempo. Esto significa que solo podemos conceptualizar el ‘desarrollo’ de las transformaciones a lo largo del tiempo sucesivo en alianza con un proceso que opera en capas: las capas nuevas se agregan a las antiguas bajo una compleja dinámica de alteración y conservación.

La dinámica inconsciente debe comprenderse bajo el trabajo constante y omnipresente de la acción diferida. La ‘memoria’, sugirió Freud (1985), se vincula con una articulación temprana de procesos diferidos donde colapsan lo sucesivo de diferentes momentos de la vida y lo simultáneo de lo atemporal inconsciente. Por otra parte, la noción freudiana de acción diferida supone la acción de la represión. Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis (1983) afirman que aquello que sufre una transformación diferida no es simplemente toda experiencia vivida en general, sino aquella que en una primera instancia no pudo ser significada. Más allá del trauma sexual que en el contexto freudiano se vincula esta noción, podemos tomar esta ‘vertiente temporal’ como un principio general de la compleja dinámica psíquica radicalmente alejada de las vertientes temporales previas ligadas a la noción de desarrollo. El Yo —no aquel teorizado por Anna Freud, sino más bien aquel recortado analíticamente por Piera Aulagnier— puede remodelar, transformar, alterar, resignificar ‘la memoria’ de acuerdo con la experiencia actual e inmediata. Toda memoria es una forma de transformación —mediante el carácter retroactivo de la temporalidad inconsciente— donde lo ‘antiguo’ se reinscribe a la luz de las nuevas experiencias. Así lo cronológico cede paso a lo lógico. Nuestras huellas de memoria más ‘profundas’ no son isomórficas respecto a las huellas de memoria originales acontecidas. La ‘Nachträglichkeit’ no es un evento aislado, sino un proceso en juego en toda

la vida psíquica que no debemos dejar de lado a la hora de abordar críticamente cualquier modelo que sólo reconoce la linealidad del tiempo.

Entonces, esta vertiente temporal —que encuentra su especificidad en los anudamientos conceptuales entre lo inconsciente y la sexualidad— no es reductible a, ni puede ser encontrada en, la cronología que envuelve la dinámica temporal del desarrollo, pues su aparición es un acontecimiento no inscripto en un programa evolutivo (Laplanche, 1987). Como ya señalamos, pero no es ocioso recordar, desde sus primeras obras, Freud destaca la existencia de experiencias vividas sin efecto inmediato notable que pueden tomar un sentido nuevo desde que son organizadas, reinscritas ulteriormente en el psiquismo —lo que le permite a un acontecimiento existir. La primera experiencia de satisfacción marca ese inicio inaugural. Esa génesis en términos pulsionales no se conduce por un cauce biológicamente prefijado. Así, la experiencia de satisfacción estalla desde el inicio y lo orgánico es subvertido por los modos de inscripción de la sexualidad pulsional que atrapa al ‘infans’ en una red identificatoria, libidinal, discursiva, cultural, simbólica. Los límites entre estas dimensiones no son claros, eso que llamamos ‘invertimiento pulsional’ y ‘actividad de representación’ marcan el inicio de la simbolización.

Al decir de Jean Laplanche (1987), términos tales como: ‘historia’, ‘desarrollo’, ‘génesis’, se vuelven ‘sospechosos’. Aún más, el autor señala que el lugar de cada uno de ellos no corresponde al psicoanálisis. Al otorgarles un lugar fuera del psicoanálisis, Laplanche sitúa como imposible encontrar los fundamentos de la propuesta freudiana en el ‘desarrollo’. Tal es así que podemos señalar la relación ambigua que la organización psíquica tiene con el tiempo: se adhiere al tiempo cronológico por desfase, como el ‘origami’: plegamiento y dobleces de diferentes formas que hacen del tiempo cronológico figuraciones imprevistas, particulares, únicas, no predeterminadas. Habida cuenta de estas consideraciones, si para la psicología posfreudiana el ‘desarrollo emocional’ es el desarrollo del yo y la capacidad de adaptación, para la perspectiva que recupera los fundamentos del psicoanálisis el destino pulsional no será un aspecto del desarrollo sino la capacidad misma del ser humano de ingresar en una red de significaciones simbólicas.

El campo del psicoanálisis freudiano nos provee de herramientas conceptuales desde las cuales podemos revisar críticamente nociones tales como las de arcaísmo, fases, estadios o fijaciones. Respecto de éstas, la propuesta de ‘posiciones’ de Melanie Klein resulta consonante con la complejidad que el psicoanálisis propone, pues sugiere una organización estructural del tiempo no subsumible a la sencilla sucesión cronológica. En la dirección de esta ruptura epistemológica, aún vigente pese a encontrar su emergencia en los inicios del siglo pasado, resulta pertinente la recuperación de dos conceptos que irrumpen en los escritos freudianos: ‘invertimiento’ y ‘transposición’.

A pesar de lo señalado, no podemos obviar que Freud utiliza las nociones de ‘desarrollo’, ‘evolución’, ‘destino’, ‘fases’ para referir a la pulsión sexual. Si bien alguien podría alegar que la idea de la sexualidad infantil, incrustada en la vertiente económica de su metapsicología justifica, en cierto sentido, el concepto de desarrollo, la noción de ‘transposición’ recupera la vertiente tópica de lo psíquico, espacialidad que superpone el pasaje de un lugar a otro con la conser-

vación de los lugares (Rodríguez, 1990). Por otra parte, el psiquismo no puede dejar de establecer relaciones de 'invertimiento' (Aulagnier, 2004), pues una vez que acontece el encuentro inicial mundo-psique no se puede detener la condición de invertir. Desde mi punto de vista, lo que caracteriza a 'lo infantil' es la producción de objetos no existentes a partir de objetos existentes, no la instrumentación del mundo, ni su transformación, sino la verdadera creación productiva de un mundo específicamente humano. Puesto que la psique es indisociablemente flujo representativo, intencional y afectivo, la producción de subjetividad y la producción de una historia colectiva se anudan inextricablemente.

Revisar los múltiples planos teóricos que yacen en la propuesta psicoanalítica de Freud nos permite dar cuenta de la existencia simultánea de un modelo biológico del aparato psíquico, el cual subsiste en el fondo de toda su obra, junto con la existencia de un concepto que escapa radicalmente a dicho modelo pulsional del apuntalamiento: la sublimación, aquella actividad pulsional, ni auto-conservativa, ni sexual, que se convierte en 'la roca viva' de los textos freudianos. La sublimación se enlaza con el 'invertimiento' y la 'transposición', pero su potencia radica en que esta actividad derivada de la pulsión se sirve de la condición de desplazabilidad, en posibilitar la ruptura absoluta con la naturaleza y la conformación del pensamiento autónomo y de la cultura. La sublimación reúne aquellos aspectos que ninguna aproximación a la constitución psíquica, y sus transformaciones a lo largo del tiempo, debe obviar: la fuerza productora y creadora de la psique, en el revés de cuya trama encontramos la gesta de las significaciones que componen lo histórico-social.

Referencias

- Agamben, G. (2012). Por una filosofía de la infancia. En *Teología y Lenguaje. Del poder de Dios al juego de los niños*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Agamben, G. (2014). ¿Qué es lo contemporáneo? En *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Ames, L. e Ilg, F. (1976). *Your Four-Year-Old: Wild and Wonderful*. New York: Dell.
- Aulagnier, P. (2004). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Campagnoli, M. (2018). *Preciados feminismo. Una lectura de Preciado para la antropología filosófica*. Málaga: UMA.
- Debesse, M. (1962). *Psicología del Niño. Desde el nacimiento hasta la adolescencia*. Buenos Aires: Editorial Nova.
- Erikson, E. (1950). *Infancia y sociedad*. Bs.As. Ediciones Hormé.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, A. (1960). *Normalidad y patología en la niñez*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1895 [1979]). Proyecto de psicología. *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1895-1932). *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1915 [1979]). Lo inconciente. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1937 [1979]). Construcciones en el análisis. En *Obras Completas*, Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hadfield, J.A. (1962). *Psicología evolutiva de la niñez y la adolescencia*. Buenos Aires: ediciones Hormé.
- Laplanche, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1999). Notas sobre el apres-coup. En *Entre seducción e inspiración: el hombre*. Buenos Aires: Amorrortu editores
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1983). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Mahler, M. (1974). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.
- Preciado, P. (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.
- Rodríguez, J. (1990). De un lugar a otro. En Bleichmar, S. y otros. *Lecturas de Freud*. Buenos Aires: Lugar.
- Stone, L. J y Church, J. (1959). Niñez y adolescencia. *Psicología de la persona que crece*. Buenos Aires: Hormé.
- Talak, A. (2000). La psicología evolutiva en los primeros desarrollos de la psicología en la Argentina. Presentado en VII Jornadas de Investigación. Facultad de Psicología. UBA. [Disponible en: http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/Talak_Psicologia_evolutiva.htm].
- Zazzo, R. (1962). Evolución del niño de dos a seis años. En *Psicología del Niño. Desde el nacimiento hasta la adolescencia*. Buenos Aires: Nova.

CAPÍTULO 4

Freud y el problema del desarrollo

Ariel Martínez

1. Introducción

No cualquier análisis de fenómenos psicológicos merecerá el nombre de 'psicoanálisis'. Este último implica (...) reconducir una formación psíquica a otras que la precedieron en el tiempo y desde las cuales se ha desarrollado. (...) así el psicoanálisis, desde su mismo comienzo, se vio llevado a perseguir procesos de desarrollo (Freud, 1913a, p. 185).

Todo estadio evolutivo anterior se conserva junto a los más tardíos, devenidos a partir de él; la sucesión envuelve a la vez una coexistencia, y ello a pesar de que los materiales en que transcurre toda la serie de transformaciones son los mismos. Por más que el estado anímico anterior no se haya exteriorizado durante años, tan cierto es que subsiste, que un día puede convertirse de nuevo en la forma de manifestación de las fuerzas del alma, y aun en la única forma, como si todos los desarrollos más tardíos hubieran sido anulados, hubieran involucionado. Esta plasticidad extraordinaria de los desarrollos del alma no es irrestricta en cuanto a su dirección; puede designársela como una capacidad particular para la involución —para la regresión—, pues suele ocurrir que si se abandona un estadio de desarrollo más tardío y elevado no pueda alcanzárselo de nuevo. Ahora bien, los estados primitivos pueden restablecerse siempre; lo anímico primitivo es imperecedero en el sentido más pleno (Freud, 1915c, p. 287).

La vastedad de la teoría psicoanalítica guarda la potencia, nos dice Jane Flax (1995) de poner en valor un pensamiento fragmentario donde la ambivalencia nos exige tensar nuestra actividad de pensar en una epistemología del 'entre'. Esta ambivalencia, positivamente valorada, se traslada al vínculo entre la potencia del pensamiento freudiano y las narrativas del desarrollo impregnadas, en mayor o menor medida, por las derivas socio-culturales de la matriz del evolucionismo. En tanto pensamiento articulado a finales del siglo XIX, el psicoanálisis ofrece elementos que nos permiten proyectar una secuencia del desarrollo. Sin embargo algo de este pensamiento resiste a quedar completamente absorbido en las exigencias mínimas de cualquier modelo del desarrollo. Entonces, podemos arrastrar el psicoanálisis a

un relato linealmente progresivo, ordenado mediante cambios transformacionales, pero debemos pagar el precio de cierto epistemicidio que no hace justicia a los desbordes que se resisten a ser inteligidos. Nos interesa mostrar esta ambivalencia que hace del psicoanálisis un aporte muy próximo a un relato del desarrollo que nos enfrenta con las transformaciones del sujeto psíquico a lo largo del tiempo y, al mismo tiempo, con un aporte extremadamente alejado de esta pretensión. Nuestro desafío es considerar los aportes conceptuales freudianos en esta tensión ambivalente. Se intentará problematizar la noción de desarrollo desde un rastreo de ideas exclusivamente freudianas¹⁰. Luego las referencias se amplían para hacer lugar a una complejización en torno al tiempo.

2. El desarrollo en cuestión

Frecuentemente, el proceso de desarrollo se caracteriza como una secuencia temporal de etapas que implican cambio continuo y dirigido. Suele incluir los siguientes componentes¹¹:

- *Postulación de un estado final.* Muchas teorías del desarrollo especifican un estado final de la organización, un ‘terminus ad quem’, una descripción de las características finales del proceso de desarrollo.
- *Proceso de cambio.* El desarrollo supone cambio. Las características discretas están sujetas a transformaciones significativas, cambios cualitativos. Por lo tanto, típicamente, el desarrollo está en contraste con la repetición, o con los cambios cíclicos recurrentes.
- *Referencia prospectiva.* El desarrollo tiene una fuerte referencia prospectiva, está necesariamente orientado hacia el futuro. Los diversos momentos de desarrollo son precursores de etapas posteriores o últimas.
- *Movimiento progresivo.* El desarrollo es, de alguna forma, progresivo o acumulativo, aunque pueden ocurrir detenciones o reversiones.
- *Tiempo.* Un corolario de lo anterior es que el desarrollo implica cambios a lo largo del tiempo.

¹⁰ Este capítulo se sostiene en la exégesis y sistematización de producciones teóricas extranjeras. Particularmente, la primera parte es absolutamente deudora de Henri Zukier (1985) en diálogo con aportes de un amplio espectro de intelectuales: Zetzel (1955), Galatzer-Levy (1988), Wallerstein (1990), Thomä y Cheshire (1991), Gedo (1991), Wolff (1996), Abrams y Solnit (1998), Fajardo (1998), Mather y Marsden (2004), Honig (2005), Gilmore (2008), Haviland (2010), Scott (2012), Lombardi (2013), Bistoën Vanheule y Craps (2014), Loewenberg (2015), Tateo y Valsiner (2015), House (2017), Cairo (2017), Browning (2018), Hoffman (2018) y un conjunto pensadores —demasiado numeroso para enunciarlo aquí— nucleados en torno a la noción de *Deferred Action*.

¹¹ Se enfatizan aspectos clásicos del desarrollo señalados críticamente por Jessica Benjamin, Susan Buck-Morss, Rainer Döbert, Ed Elbers, Jürgen Habermas, Adrienne Harris, David Ingleby, Richard Lichtman, Gertrud Nunner-Winkler, Jacques Vonèche y Valerie Walkerdine, todos ellos reunidos en *Critical Theories Psychological development* que John Broughton edita en 1987. Interesa realizar un contrapunto con los aportes en torno al desarrollo más próximos al evolucionismo socio-cultural pregnante en el horizonte epistemológico bajo el cual Freud produjo sus escritos.

- *Integración jerárquica.* El desarrollo supone integración jerárquica, una explicación de cómo los elementos anteriores se incorporan en una organización mayormente integrada. Así, los elementos anteriores contribuyen, de alguna manera, al nuevo sistema emergente y, al mismo tiempo, se asimilan en las nuevas estructuras.
- *Proceso secuencial.* El desarrollo tiene lugar en una secuencia ordenada que tiende hacia estructuras o funciones más complejas.
- *Nuevas estructuras.* Un proceso de desarrollo debe especificar si la estructura en desarrollo es generativa, si produce novedad o cambio espontáneo.

Podríamos graficar la dinámica del desarrollo del siguiente modo:

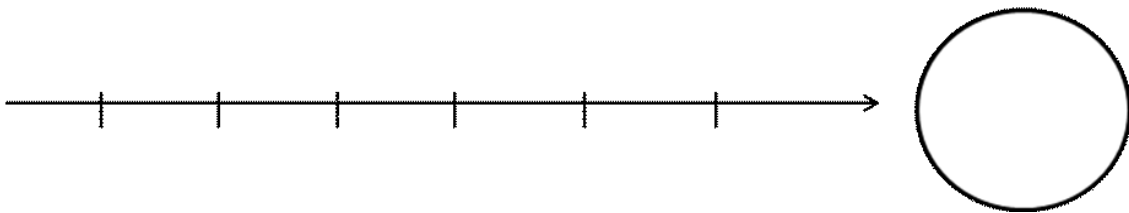


Figura 1. Esquemmatización del flujo temporal lineal, mono-causal, secuencial por etapas, finalista y teleológico.

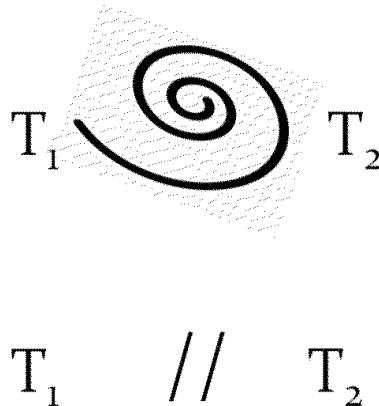


Figura 2. Esquemmatización que involucra la linealidad del tiempo sucesivo, donde se despliega lo plegado, y donde la linealidad del tiempo de la sucesión sustituye lo previo (Lewkowicz, 1997).

¿Cómo hacer dialogar estos aspectos o dimensiones del desarrollo con la teoría psicoanalítica? Al principio, puede parecer que las conocidas etapas psicosexuales constituyen un modelo de desarrollo en Freud. Esto, sin embargo, es engañoso puesto que suele ser una descripción parcial de sus ideas sin considerar la complejidad metapsicológica que, sin duda, complica las cosas cuando queremos asimilar su propuesta con un modelo del desarrollo lineal. Más bien la propuesta freudiana nos enfrenta con otros componentes que interjuegan de forma compleja con la dinámica clásica del desarrollo. Valiéndonos de la bibliografía indagada, aquí

los ordenamos del siguiente modo: *Acontecimientos originarios; Compulsión a la repetición; Deconstrucción retroactiva; Movimiento regresivo; A-temporalidad; Presencia de lo ~~previo~~¹²; Destinos del desarrollo; Dimensión sincrónica del cambio.*

2.a. Acontecimientos originarios

Las nociones de desarrollo cuentan con un punto de referencia, un ‘terminus ad quem’ situado al final del desarrollo, un ideal que quizá nunca llegue a alcanzarse. En el psicoanálisis, el punto de referencia es un ‘terminus a quo’, un comienzo dramático pero inevitable e indispensable, que se cierne, sin capacidad de determinación de forma absoluta, sobre el despliegue futuro. En el origen, y en cada origen, el psicoanálisis postula el trauma. Una de las tantas formas de abordar el trauma fue a partir de la muerte del padre, forma de figurar un acontecimiento del que luego el sujeto es “incapaz de borrar las huellas de esa influencia” (Freud, 1900a, p. 20), una encrucijada del desarrollo subjetivo. Sin embargo, Freud notó que la experiencia real a veces carecía de la sincronía o el impacto requerido para configurar un hito en el desarrollo. Freud reformuló el trauma y le otorga la universalidad, el acontecer en un tiempo idéntico y la potencia de un evento originario. Así, un incidente experimentado pasivamente se convierte en un crimen activo, un asesinato del padre deseado y cuya cristalización culposa y perenne en el drama edípico permite conducir al sujeto hacia el orden social y moral.

En este punto debe señalarse la concepción freudiana de vivencia de satisfacción. Citamos en extenso a Freud:

El aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos (...). Pero el apremio de la vida perturba esta simple función (...), lo asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales. (...). El niño hambriento llorará o pateará inerte. (...) Sólo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (en el caso del niño, por el cuidado ajeno), se hace la experiencia de la vivencia de satisfacción que cancela el estímulo interno. Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra

¹² Tachar los términos que indican una dimensión temporal pretérita es un recurso y una estrategia para enfatizar el aporte freudiano que aleja esta dimensión de cualquier consideración cronológica. Parfraseando a Lacan (1979), la psique lleva el pasado, siempre y en todo lugar, pegado a la suela de sus zapatos.

vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera (Freud, 1900b, p. 557).

Este primer encuentro es traumático. El trauma no solo es inevitable sino que también constituye un hito fundacional del desarrollo. Las pulsiones que el trauma implanta conformarán formas más complejas como efecto de la consolidación de arreglos para contener y poner bajo control los circuitos pulsionales. En otra faz del trauma, la cultura misma está inextricablemente ligada al sentimiento de culpa basado en el asesinato del padre. Freud postula el “propósito de situar al sentimiento de culpa como el problema más importante del desarrollo cultural, y mostrar que el precio del progreso cultural debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa” (Freud, 1930, p. 130), cuyo “carácter fatal e inevitable” (Freud, 1930, p. 128) reúne fuerza para incidir como hito fundamental en una mirada centrada en desarrollo. Por lo tanto, “la sociedad descansa ahora en la culpa compartida por el crimen perpetrado en común” (Freud, 1913b, p. 148) y con “aquella hazaña memorable y criminal (...) tuvieron comienzo (...) las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión” (Freud, 1913b, p. 144).

Desde que notó los intentos de seducción que sus pacientes narraban durante la temprana infancia, Freud se aferró al trauma como un importante polo de desarrollo. El tema se amplificó aún más cuando Freud desestimó la base fáctica del trauma. Las fantasías eran reflejo de un verdadero deseo de seducción por parte del niño. El deseo incestuoso era acompañado por un deseo de asesinar al padre para tomar su lugar. Esta compleja interpenetración de sucesos histórico-vivenciales y deseos se resuelven, finalmente, en la represión del deseo de los crímenes más significativos (el incesto y el parricidio), los cuales subyacen al complejo de Edipo y a los fundamentos de la sociedad misma. Freud consideraba este drama como el principal polo de desarrollo, es decir, la fuente principal de tensión que mueve el desarrollo ‘hacia adelante’ o, mejor dicho, hacia el cambio, en lugar de ser arrastrado hacia un estado final. Por este motivo Freud llegó a creer que en algún momento de la historia debió haber transcurrido en términos reales, como verdad objetiva y no solo psicológica. Por lo tanto,

la realidad psíquica [el deseo de matar al padre], (...) coincidió al comienzo con la realidad fáctica: (...) los primitivos hicieron realmente aquello que según todos los testimonios tenían el propósito de hacer (...) el neurótico está sobre todo inhibido en su actuar (Freud, 1913b, p. 162).

Entonces, nos dice, “no podemos prescindir de la hipótesis de que el sentimiento de culpa de la humanidad descende (...) del parricidio perpetrado por la unión de hermanos” (Freud, 1930, p. 126). El asesinato primordial del padre debía repetirse en generaciones posteriores. La realidad histórica del drama central del desarrollo, que había estallado en el nivel ontogenético, es reconstituida por Freud con mucha mayor fuerza y consecuencias, en el nivel filogenético.

2.b. Compulsión a la repetición

Por lo general, el desarrollo se describe en términos de cambios no recurrentes en una dirección prospectiva. Se caracteriza por reorganizaciones de estructuras ~~anteriores~~, en las que intervienen fenómenos cíclicos tales como perturbaciones o pausas en el proceso. En psicoanálisis, la dinámica principal del desarrollo es la repetición, y el carácter dominante es la permanencia. Las pulsiones, fuerza de empuje de la vida psíquica, son “la exteriorización de la inercia en la vida orgánica” (Freud, 1920, p. 36). El papel central de la repetición en el desarrollo surgió de las frecuentes observaciones clínicas de Freud de la compulsión a revivir o recrear eventos traumáticos, se trata de “vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones” (Freud, 1920, p. 20). Esta repetición no constituye un cumplimiento de deseo distorsionado por la actividad del proceso primario (inconsciente), y está más allá del principio de placer dominante en los territorios psíquicos donde la elaboración simbólica del trauma es factible. La compulsión a la repetición subraya un núcleo resistente en el modelo psicoanalítico a la narrativa del desarrollo, pues, en sentido estricto, las pulsiones no son agentes del cambio, por el contrario constituyen las principales fuerzas que arrastran a la permanencia.

Antes que la compulsión a la repetición, Freud había hecho de las historias de seducción infantil la piedra angular de la teoría psicoanalítica. Allí también se enfrentó con un modo repetitivo —que estorba nuestro interés, no el de Freud, de encontrar en su letra una narrativa del desarrollo. Pero mediante la clínica psicoanalítica Freud logró convertir este obstáculo, la fuerza de la repetición, aparentemente insuperable, en una fuerza capaz de promover el cambio. El proceso de transferencia, sin ir más lejos, descansa en la repetición de experiencias ~~previas~~: “todo ser humano (...) adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa (...). Esto da por resultado, digamos así, un clisé (o también varios) que se repite —es reimpresso— de manera regular en la trayectoria de la vida” (Freud, 1912, p. 97-98). Durante el proceso de análisis las investiduras libidinales se dirigen a la persona del analista, y esto reactiva prototipos ~~anteriores~~. Así, la transferencia “aparece siempre, en un primer momento, sólo como el arma más poderosa de la resistencia” (Freud, 1912, p. 102), antes de convertirse en “el principal recurso para domeñar la compulsión de repetición (...) transformarla en un motivo para el recordar” (Freud, 1914a, p. 156). Sólo notamos esta utilización estratégica de la resistencia cuando es posible admitir la compulsión en la transferencia, algo así como “la palestra donde tiene permitido desplegarse con una libertad casi total” (Freud, 1914a, p. 54).

La dinámica de la transferencia crea “un reino intermedio entre la enfermedad y la vida (...) una enfermedad artificial” (Freud, 1914a, p. 154). La función principal de esa enfermedad artificial es promover la irrupción de modalidades ~~previas~~ nunca elaboradas completamente, algo así como una escenificación, una recreación de huellas e inscripciones reprimidas que fuerzan al sujeto a elaborarlas, en suma: a historizar (Lewkowicz, 1997). Porque, como señala Freud respecto a la transferencia, “nadie puede ser ajusticiado *in absentia* o *in effigie*” (Freud, 1912, p. 105).

2.c. Deconstrucción retroactiva

Desde esta perspectiva, la noción de desarrollo (particularmente el desarrollo sexual) debe entenderse como una articulación retroactiva más que un hecho desplegado naturalmente. En otras palabras, ciertos eventos adquieren el sentido sexual en un desfase respecto de las vivencias discretas. El concepto de 'Nachträglichkeit' nos permite apreciar cómo los eventos sexuales no tienen significado en sí mismos, no tienen una importancia esencial, excepto aquel sentido que le es impuesto retroactivamente a través de operaciones complejas de reensamblajes representacionales a partir de los cuales emergen significados que involucran procesos psíquicos inconsciente a-temporales. La recuperación del ~~pasado~~ define un tópico nodal del psicoanálisis que circula justamente en torno a una ausencia señalada por Freud como 'absentia' o 'effigie'. El universo psicoanalítico se encuentra poblado por ausencias que atormentan, pero cautivan, un paisaje psíquico sembrado de asesinatos simbólicos y sus consecuencias, de objetos perdidos y sus sustitutos, modos de satisfacción a los que debimos renunciar, mociones pulsiones reprimidas, olvido de experiencias pasadas y cicatrices narcisistas, y aquella pulsión que nos insta a "restablecer un estado anterior" (Freud, 1920, p. 56). De algún modo, el psicoanálisis postula la paradoja de un padre "muerto [que] se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida" (Freud, 1913b, p. 145) y del dilema que se libra entre "la compulsión de repetir" y "el impulso de recordar" (Freud, 1914, p. 153). Para Freud, dicho de forma ligera, aquellos que no recuerdan su historia están condenados a revivirla, a repetirla. La ausencia es el campo por excelencia del psicoanálisis: la palestra de las pulsiones. El psicoanálisis está en búsqueda perpetua de la ausencia bajo la premisa de una posible recuperación del ~~pasado~~, o más bien por una presencia recuperada mediante trabajo elaborativo de lo reprimido que retorna. Cierta fascinación por la muerte, la deconstrucción y la disolución puede explicarnos por qué el psicoanálisis otorga relevancia al proceso de duelo como forma de elaboración —única forma psíquicamente posible de confrontar la ausencia y subyugar el ~~pasado~~. Freud señala:

El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto (...) el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma (...) cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consuma el desasimiento de la libido (...) una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido (Freud, 1917a, p. 242-243).

Así presenta Freud el trabajo de duelo. La elaboración de una ausencia es, por lo tanto, restitutiva y reparadora. Un núcleo ineludible en la dinámica del desarrollo transcurre por la pérdida, la ausencia, el abandono y la renuncia, sopesado por el apego libidinal a sustitutos emergentes en un amplio rango de equivalencias y enlaces inconscientes. La centralidad de

los procesos de identificación en el desarrollo atestiguan estas dinámicas de pérdida y restitución sustitutiva:

Con la liquidación del complejo de Edipo el niño se vio precisado a renunciar también a las intensas investiduras de objeto que había depositado en los progenitores, y como resarcimiento por esta pérdida de objeto se refuerzan muchísimo dentro de su yo las identificaciones con los progenitores (...) Tales identificaciones, en su condición de precipitados de investiduras de objeto resignadas, se repetirán luego con mucha frecuencia en la vida del niño (...) En el curso del desarrollo, el superyó cobra, además, los influjos de aquellas personas que han pasado a ocupar el lugar de los padres, vale decir, educadores, maestros (Freud, 1933, p. 59-60).

La centralidad de los orígenes para el psicoanálisis refleja la convicción de Freud de que el trauma conduce hacia el orden social: los efectos del trauma lanzan incesantemente al sujeto hacia su propio pasado, y así toma cauce una dinámica retroactiva y deconstructiva del, paradójico, desarrollo.

La preocupación de la teoría psicoanalítica por el pasado ya está presente en el papel de los recuerdos reprimidos en la etiología de las neurosis. Freud enfatiza que los “enfermos de histeria padecen de reminiscencias. Sus síntomas son restos y símbolos mnémicos de ciertas vivencias (traumáticas)” (Freud, 1910, p. 13). Como consecuencia, los “pacientes nos hacen la impresión de estar fijadas a un fragmento determinado de su pasado; no se las arreglan para emanciparse de él, y por ende están enajenadas del presente y del futuro” (Freud, 1917b, p. 250). Además, esta fijación al pasado es una característica esencial de la subjetividad. Freud describe una “una perturbación (...) de la memoria” (Freud, 1917b, p. 259). De ahí la noción paradójica de que la neurosis es inducida por la fuerza de los “recuerdos olvidados” (Freud, 1910, p. 20). El psicoanálisis, al menos en un segmento de su producción, intenta reintroducir estos recuerdos olvidados en la conciencia del paciente. La patología tiene sus raíces en el olvido: los recuerdos perdidos se imponen gracias, paradójicamente, a su presencia oculta. Por lo tanto, aliviar y recuperar el olvido solo puede lograrse mediante la redención de la memoria: “la tarea del tratamiento psicoanalítico puede considerarse (...) llenar todas las lagunas del recuerdo del enfermo, cancelar sus amnesias” (Freud, 1917b, p. 258). Si no es por la redención de la memoria y la recuperación del pasado, las historias del paciente y de la humanidad se convierten en crónicas del retorno de lo reprimido. Bajo la carga de los recuerdos olvidados, un paciente ejemplar se convierte, después de la muerte de su padre, en “copia fiel del padre (...) una reanimación de la identificación-padre” (Freud, 1939, p. 77). De manera similar, “todas las religiones posteriores demuestran ser unos ensayos de solucionar el mismo problema (...) todos ellos son reacciones de igual meta” (Freud, 1913b, p. 147). El desarrollo, aquí, debe lidiar con el pasado olvidado, reprimido, como una experiencia contemporánea susceptible de ser deconstruida.

Freud emplea el término 'Nachträglich' para referir a la asignación de un significado nuevo a rastros de memoria. Los rastros de memoria están sujetos, de vez en cuando, a nuevos arreglos en función de nuevas circunstancias, de una nueva transcripción (Freud, 1897). El uso ha ido amplificándose actualmente, y se utiliza para referir a la transferencia retroactiva de significado sobre eventos ~~pasados~~ a través de la lente del presente. Laplanche refiere a la 'Nachträglichkeit' en términos de dos escenas unidas por cadenas asociativas, pero separadas entre sí por una barrera temporal que las inscribe en dos esferas de significado diferentes (Laplanche, 2001, 2012).

Como fuere, el concepto freudiano de 'Nachträglichkeit' nos permite pensar la forma en que el plano permanente de lo asincrónico admite cambios y limita transformaciones radicales. Ya sabemos que Freud conceptualizó la persistencia del ~~pasado~~ en el presente y, de hecho, la porosidad de los tiempos ~~pasado~~ y presente. Freud no adoptó la comprensión convencional del tiempo como una sucesión cronológica en la que el ~~pasado~~, el presente y el ~~future~~ se suceden y se desplazan mutuamente. Sí le preocupó cómo, psíquica e históricamente, el ~~pasado~~ puede entenderse paradójicamente como un momento que aún no ha llegado. Se trata de un ~~pasado~~ que aún no ha finalizado, una oportunidad disponible para la actualización o alteración. En una carta a Fliess Freud señala: "tú sabes que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retratranscripción" (1897, p. 274), a esto Freud denomina efecto 'Nachträglich' en el orden del tiempo. Al respecto, Laplanche y Pontalis aportan la siguiente definición: "palabra utilizada frecuentemente por Freud en relación con su concepción de la temporalidad y la causalidad psíquica: experiencias, impresiones y huellas mnémicas son modificadas ulteriormente en función de nuevas experiencias (...). Entonces pueden adquirir (...) un nuevo sentido" (Laplanche y Pontalis, 1983, p. 280).

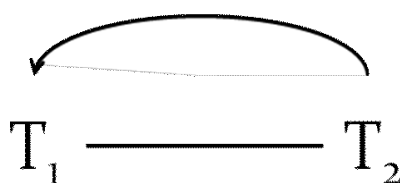


Figura 3. Esquema con que frecuentemente suele graficarse la 'Nachträglichkeit'.

La dinámica del inconsciente, aunque sobre un fondo invariable, trae consigo la potencia transformadora para aquellas zonas de la subjetividad que se ubican más allá de aquel núcleo resistente. No todos los aspectos de la subjetividad pueden integrarse en el flujo secuencial del tiempo que distingue entre el ~~pasado~~ y el presente. La 'Nachträglichkeit' es posible si la permanencia del inconsciente opera como condición del cambio. 'Nachträglichkeit' supone que la atemporalidad, y por consiguiente la indestructibilidad del inconsciente es posibilidad para una transformación subjetiva que arrastra un vacío (figurativo y relativo) hacia una plenitud (figurativa y relativa) de sentido. Así, la 'Nachträglichkeit' implica una conexión diferida de la experien-

cia y el significado, lo cual supone la existencia de una brecha entre la experiencia y su representación como significado totalizador. No existe, así, un final preestablecido, sino la apertura múltiples posibilidades. Los procesos psíquicos inconscientes pueden crear brechas que suspenden la totalización del significado por un lapso de tiempo, subjetivamente variables, un período de latencia que hace posible la creación de un nuevo significado 'Nachträglich'.

Esta compleja estructura temporal se compone de (al menos) dos escenas separadas en el tiempo, algo así como una temporalidad bifásica de la memoria —que Freud vincula con la producción del trauma. Su concepción del trauma escenifica la acción diferida y se aleja de cualquier forma simple de determinismo lineal. La posibilidad de que lo actual altere el sentido de lo ~~previo~~, tornándolo traumático, requiere de período de latencia antes de que la alteración del significado pueda tener lugar y, fundamentalmente, la capacidad inconsciente del aplazamiento temporal del significado. El efecto 'Nachträglichkeit' posibilitado por el aplazamiento del significado, se vincula con la naturaleza bifásica de la sexualidad humana. Estas oleadas de la sexualidad abren brechas temporales que alejan la construcción de la subjetividad de procesos puramente lineales. El inconsciente asedia el flujo temporal irreversible mediante impactos traumáticos que marcan discontinuidades y alejan la experiencia subjetiva de cualquier linealidad posible.

Así, la producción bifásica del trauma, vinculada con la 'Nachträglichkeit', nos enfrenta con dos escenas de valor causal anudadas por lazos que se despliegan eficazmente desde el ~~pasado~~ hacia el presente y desde el presente hacia el ~~pasado~~. Imaginemos una primera escena infantil en la que un niño está expuesto a alguna acción, generalmente sexual, por parte de un adulto. El sentido sexual de la experiencia es ignorado por el niño, debido a que su organización psicosexual infantil no le permite inteligir la escena en esos términos. Años más tarde, después de la segunda oleada de la sexualidad, ocurre una segunda escena en la que se suscita aspectos que se vinculan asociativamente con la primera escena. A partir de allí se produce la respuesta traumática, en la que el sujeto reacciona afectivamente del modo que hubiese sido esperable durante la primera escena. El mismo Freud (1985) nos ofrece el ejemplo de Emma, quien entra a una tienda a comprar dulces, y quien atiende la toca a través de su ropa mientras sonríe. Emma, aún no incluida en el mundo de la sexualidad adulta, no comprende lo que está haciendo y, por lo tanto, su respuesta emocional no es traumática. Varios años más tarde, luego de la pubertad, Emma entra en una tienda de ropa y ve a dos empleados de la tienda riéndose juntos. Emma se siente atraída por uno, es asaltada por abrumadores sentimientos de excitación sexual y horror, y sale corriendo de la tienda. Según Freud, fueron los detalles triviales del segundo encuentro los que desencadenaron el recuerdo de la sonrisa y el abuso del vendedor de dulces. Solo en la actualidad de la segunda escena, luego del advenimiento de la pubertad, Emma cuenta con los elementos necesarios para comprender el significado sexual de la primera escena. Al significar el recuerdo como una agresión sexual emerge la perturbación emocional extrema que, en sentido estricto, es una respuesta apropiada para la primera escena, pero fue imposible para ella experimentarla entonces. Sólo posteriormente, cuando es capaz de dimensionar el tenor sexual, adjudica retroactivamente el significado a la

primera escena y responde traumáticamente, aunque, en sentido estricto, su respuesta es inapropiada a la segunda escena.

'Nachträglichkeit' nos atrapa permanentemente en encuentros perdidos. La disposición del sujeto nunca coincide con las experiencias escénicas. El sujeto ingresa en la escena 'demasiado pronto' o bien 'demasiado tarde'. La característica distintiva de 'Nachträglichkeit' es la apertura de los sentidos inconscientes. Las vivencias actuales proyectan sentidos retroactivamente y así altera el sentido bajo el que fue registrada psíquicamente la primera escena. Por otro lado, el contenido de la primera escena se proyecta hacia el presente para inundar la escena actual. Alterar sentidos ~~previos~~ implica, después de todo, transformar el espectro de significación del presente. Esta incongruencia temporal que nos desfasa en un 'demasiado antes' o en un 'demasiado después' es condición para esa una nueva comprensión (Freud, 1895, 1897), esas nuevas ideas permitiéndole entender qué es una agresión sexual (Laplanche, 2012). La diferencia entre la escena 'demasiado temprana' y la escena 'demasiado tarde' es la brecha de diferencia donde anida la extraordinaria temporalidad de un presente que rearticula el ~~pasado~~. En el primer momento estructural de la 'Nachträglichkeit', llegar demasiado pronto a la experiencia escénica significa habitar un mundo de significantes sin las claves que nos permiten acceder a sus significados. El segundo momento estructural implica comprender el significado después de la primera experiencia escénica. Los sentidos a partir de los cuales registramos las experiencias siempre son superficiales, pues es posible suplementarlos retroactivamente con capas de significación que anexan una densidad que jamás totalizan o clausuran sus posibilidades. La segunda escena nos abre el significado de lo que ha sucedido antes, algo así como una iluminación retroactiva de la propia historia.

La 'Nachträglichkeit' dirige la flecha del tiempo, simultáneamente, en dos direcciones. El tiempo se presenta no como una secuencia lineal, sino como una dinámica que produce nuevos significados. Laplanche nos recuerda que, si solemos pensar que el ~~future~~ es una apertura a todas las posibilidades y que el ~~pasado~~ está clausurado como aquello irremediamente perdido, el psicoanálisis nos enfrenta con que el ~~pasado~~ está abierto a rearticulaciones que nos permite volver a trazar las posibilidades de proyectarnos a un ~~future~~ que, a priori, se encuentra clausurado bajo los sentidos cristalizados en nuestras escenas tempranas. Los residuos de las escenas tempranas en conexión con las vivencias actuales suscitan la eficacia del trauma, el cual desencadena la temporalidad distorsionada de la 'Nachträglichkeit'. Los efectos del trauma sexual no provienen del evento original, tampoco completamente de la memoria del evento. Para incrementar la complejidad de la cuestión, Laplanche señala que el registro psíquico de la escena no persiste ni en un estado consciente ni, exactamente, en un estado reprimido, más bien permanece a la espera en una especie de limbo. Aún más, esta inscripción no está relacionada con el resto de la vida psíquica (Laplanche, 2001). Por este motivo sus efectos traumáticos no pueden atenuarse completamente mediante la elaboración psíquica del yo, a través de la integración en una red de sentidos que vuelva completamente inteligible aquello traumático. Los efectos traumáticos de las inscripciones, y sus insalvables desfases, continúan trabajando dentro del mundo psíquico al liberar, una y otra vez, la respuesta primaria, traumática, que ha-

bría sido apropiada como respuesta a la primera escena. El trauma psíquico abrumba porque, como Freud (1985) explicó en el *Proyecto de psicología*, el yo está armado contra el daño que viene del exterior, sus defensas apuntan al 'mundo externo', pero el rastro de memoria ataca al yo desde 'adentro'. Entonces el yo es tomado por sorpresa por la memoria y no por la percepción. El yo es tomado por asalto, sorprendido, superado, se encuentra desarmado y sometido al proceso traumático. Los efectos traumáticos tienen lugar una y otra vez, entonces, porque el trauma psíquico, emulado desde el registro psíquico, actúa como un cuerpo extraño que continúa su trabajo mucho después de su ingreso a la psique (Laplanche, 2001).

Si bien, como hemos señalado, el concepto psicoanalítico de la 'Nachträglichkeit' fue acuñado por Freud para conceptualizar la temporalidad que involucra de forma distintiva la producción del trauma, llama la atención que James Strachey lo ha traducido como acción diferida, lo que tiende a minimizar la potencia y alcance conceptual, como si la 'Nachträglichkeit' se limitara a un simple diferimiento temporal o a un período de latencia. Sin embargo, más que el impacto diferido de los eventos ~~pasados~~ en las circunstancias presentes, la 'Nachträglichkeit' se refiere al impacto del presente en el ~~pasado~~, lo que sugiere que la temporalidad psíquica no solo se despliega linealmente hacia adelante sino también hacia atrás, retroactivamente. Es cierto que este concepto implica una reacción diferida o retardada que, más tarde, reaviva o despierta nuevas experiencias, estímulos o traumas. Pero es claro que Freud rechazó definitivamente la causalidad lineal del tiempo de desarrollo convencional con su concepto de 'Nachträglichkeit'. Como señala André Green este carácter retroactivo agita la memoria inconsciente y los afectos asociados a ella, dándole nueva vida y significado (Green, 2000).

Según la lógica que gobierna la temporalidad subjetiva relativa a la dinámica inconsciente, tiene sentido y relevancia hablar de causas presentes cuyos efectos acontecen en el ~~pasado~~. Jean Laplanche ha hecho de 'Nachträglichkeit' o 'l'après-coup' el centro de su explicación de la subjetividad. Laplanche nos deja en claro que el tiempo de la sexualidad nunca es cronológico lineal. Psicoanalíticamente hablando, la sexualidad y el desarrollo son nociones inconmensurables. Laplanche (2001) señala que la forma en que Freud demuestra que ciertos acontecimientos de la infancia pueden inscribirse de manera relativamente difusa en alguna parte, sin adquirir todo su sentido e incluso sin tener prácticamente sentido alguno para el sujeto; quedar allí en estado de huellas informes, para posteriormente cristalizar, adquirir sentido y esclarecer retrospectivamente todo el ~~pasado~~. La potencia conceptual de esta dinámica temporal queda cristalizada en todas sus posibilidades en la lectura pública que Olga Orozco realizó en el Instituto de Cooperación Iberoamericano durante agosto, 1991:

En mi primer libro *Desde lejos* (...) intento rescatar los refugios y las intemperies de una infancia latente a lo largo de todas mis edades, no como un pasado sino como un presente activo, ya que ha crecido conmigo y ha dejado su sello en todos mis asombros y ha sido contagiada, a la vez, por todos mis descubrimientos.

Sin bien esta dinámica a-temporal se compone de elementos indestructibles integrados en un orden sincrónico, como veremos, no por ello están exento de cierta posibilidad de cambio. En la voz poética de Brenda Shaughnessy (2011) se trata de una “finitud infinita, e infinitamente expansiva” (p. 30).

2.d. Movimiento regresivo

La regresión temporal es un tema central de la teoría psicoanalítica ante la dinámica del desarrollo. Para el psicoanálisis, paradójicamente, el desarrollo es esencial y radicalmente regresivo. La regresión a modos tempranos de funcionamiento ante fuertes presiones externas aparece descrita por Freud. La regresión ocurre hacia puntos de fijación constituidos en momentos ~~previos~~ del desarrollo. Estos sitios ~~pasados~~ de concentración libidinal constituyen polos hacia los cuales la libido retrocede regularmente cuando estos puntos ejercen una fuerte atracción. Así, los puntos de fijación no son simplemente modos de adaptación más primitivos ante situaciones de conflicto. Más bien, la fijación implica que estas organizaciones parciales ya concentran energía libidinal, lo que requiere una represión activa para evitar la irrupción de estos puntos ~~tempranos~~ en el presente.

La regresión es constitutiva de la experiencia de la vida psíquica, no una expresión patológica. Es sabido que una de las principales fuerzas que motorizan la actividad psíquica reside en la dinámica propia del cumplimiento de deseos, y la regresión es el camino para lograrlo. Freud señaló que “procesos parciales de nuestro pensamiento normal corresponden a una marcha hacia atrás dentro del aparato psíquico desde algún acto complejo de representación hasta el material en bruto de las huellas mnémicas que está en su base” (Freud, 1900b, p. 536). La dinámica regresiva se ejemplifica con el trabajo de los sueños, durante el cual los procesos psíquicos se mueven en una “dirección inversa” (Freud, 1900b, p. 536), cuando “la ensambladura de los pensamientos oníricos es resuelta, por la regresión, en su material en bruto” (Freud, 1900b, p. 537). Freud identifica dos modos diferentes y contemporáneos de funcionamiento del aparato mental: los procesos primarios, caracterizados por la inmediatez de la descarga y por una asociación típica del pensamiento regresivo; y los procesos secundarios que llegan a inhibir a los primarios. En todo momento, Freud insiste en la primacía y eficacia de los procesos primarios en la dinámica general de la vida psíquica. Citamos en extenso a Freud:

Se nos impone la tarea de investigar en su desarrollo la relación (...) del hombre, con la realidad, y de tal modo incorporar el significado psicológico del mundo exterior real-objetivo. (...) Procesos psíquicos inconscientes (...) los juzgamos los más antiguos, los primarios, relictos de una fase del desarrollo en que ellos eran la única clase de procesos anímicos. La tendencia principal a que estos procesos primarios obedecen (...) se define como el principio de placer-displacer (...). Estos procesos aspiran a ganar placer; y de los actos que pueden suscitar displacer, la actividad psíquica se retira. (...)

Suponiendo ahora que el estado de reposo psíquico fue perturbado inicialmente por las imperiosas exigencias de las necesidades internas. (...) lo pensado (lo deseado) fue puesto de manera simplemente alucinatoria (...). Sólo la ausencia de la satisfacción esperada (...) trajo por consecuencia que se abandonase ese intento de satisfacción por vía alucinatoria. (...) En lugar de él, el aparato psíquico debió resolverse a representar las constelaciones reales del mundo exterior y a procurar la alteración real. Así se introdujo un nuevo principio en la actividad psíquica; ya no se representó lo que era agradable, sino lo que era real, aunque fuese desagradable. (...) La descarga motriz, que durante el imperio del principio de placer había servido para aligerar de aumentos de estímulo al aparato anímico (...), recibió ahora una función nueva, pues se la usó para alterar la realidad con arreglo a fines. Se mudó en acción. (...) La suspensión (...) de la descarga motriz (de la acción) fue procurada por el proceso del pensar, que se constituyó desde el representar. El pensar fue dotado de propiedades que posibilitaron al aparato anímico soportar la tensión de estímulo elevada durante el aplazamiento de la descarga. (...) Al establecerse el principio de realidad, una clase de actividad del pensar se escindió; ella se mantuvo apartada del examen de realidad y permaneció sometida únicamente al principio de placer. Es el fantasear, que empieza ya con el juego de los niños y más tarde, proseguido como sueños diurnos, abandona el apuntalamiento en objetos reales. (...) La sustitución del principio de placer por el principio de realidad no implica el destronamiento del primero, sino su aseguramiento. Se abandona un placer momentáneo, pero inseguro en sus consecuencias, sólo para ganar por el nuevo camino un placer seguro, que vendrá después (Freud, 1911, p. 228).

Por otra parte, las concepciones tradicionales del desarrollo enfatizan la formación de estructuras y funciones cada vez más complejas que pueden declinar o degenerarse al final del curso evolutivo. Tal degeneración, si ocurre, significa la detención del proceso de desarrollo. La muerte y la desintegración de las estructuras marcan el triunfo de las fuerzas que se contraponen a la dinámica del desarrollo. Esta concepción se encuentra en las antípodas del psicoanálisis. Para Freud, la muerte no es interrupción del proceso de desarrollo sino su culminación. Es el único fin hacia el cual tiende y se dirige implacablemente todo el desarrollo de la vida. Esta concepción se articuló cabalmente con la introducción de la pulsión de muerte en *Más allá del principio de placer* (1920). Esta noción encontró gran resistencia, e incluso algunos de los seguidores más cercanos de Freud trataron de explicarlo en términos de tragedias personales en la vida de Freud: la muerte repentina de su hija Sophie en enero de 1920, su cáncer de mandíbula o, en términos más generales, la conmoción de la Primera Guerra Mundial y el colapso del imperio Austro-Húngaro. Sin embargo la noción de pulsión de muerte no es un injerto extraño e idiosincrásico en el marco psicoanalítico, más bien constituye la culminación y formalización de algunos elementos centrales de la teoría psicoanalítica. La pulsión de muerte es, después de todo, la fuerza última que motoriza la compulsión a la repetición, el impulso que proporciona el ímpetu para la repetición ya articulado por Freud mucho antes.

Esta concepción de muerte no se localiza en un último segmento temporal del desarrollo, sino es un principio lógico del desarrollo que acompaña lo principiado en todas sus transformaciones. Así, la muerte se articula original y primordialmente, y proporciona la base y la fuerza impulsora del desarrollo. La fuerza de la atracción inversa, propia de la versión psicoanalítica del desarrollo, opera un cambio sutil sobre la función de la compulsión a la repetición. A pesar de su naturaleza repetitiva y conservadora, la compulsión a la repetición no busca conservar un estado existente del desarrollo o perpetuar fijaciones ~~anteriores~~. La compulsión a la repetición no significa recurrencia sino cambio. No indica la detención del desarrollo en formas o ciclos vacuos, sino la desaparición del desarrollo, la disolución de todo lo adquirido hasta el momento. En la versión psicoanalítica del desarrollo, la muerte es el primero y principal momento de la vida que imprime dinámica al desarrollo. La compulsión a la repetición, como expresión de la pulsión de muerte, busca incansablemente dismantelar el 'status quo', restaurar un estado ~~previo~~ de cosas: la muerte. Esta tracción hacia ~~atrás~~ es fundamental, no solo es inherente a la pulsión de muerte sino a todas las pulsiones: "un carácter universal de las pulsiones (...) una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior" (Freud, 1920, p. 36). Este estado ~~anterior~~ de cosas —la muerte— es el principio y la meta del desarrollo:

Las pulsiones (...) se empeñaban meramente por alcanzar una vieja meta (...) un estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira a regresar por todos los rodeos de la evolución (...) la meta de toda vida es la muerte (Freud, 1920, p. 38).

La muerte es la fuente y la fuerza motriz del desarrollo:

El camino hacia atrás, hacia la satisfacción plena, en general es obstruido por las resistencias en virtud de las cuales las represiones se mantienen en pie; y entonces no queda más que avanzar por la otra dirección del desarrollo, todavía expedita, en verdad sin perspectivas de clausurar la marcha ni de alcanzar la meta (Freud, 1920, p. 42).

El impulso destructivo está presente en cada pulsión, "todas las mociones pulsionales (...) consisten en tales mezclas o aleaciones de las dos variedades de pulsión [Eros y Tánatos]" (Freud, 1933, p. 97). Una lectura apresurada podría llevarnos a pensar que Eros neutraliza a Tánatos. Freud presenta ambas pulsiones como una "gigantomaquia" (Freud, 1930, p. 118), pero enfatiza constantemente la primacía de la pulsión de muerte: "esta nos aparece como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona". Su manifestación, la compulsión de repetir, opera más allá del principio de placer, y es "más primitivo, más elemental, más instintivo que el principio de placer que anula" (Freud, 1920, p. 23). Incluso el Eros es abrumado y parece diluirse en tanto pulsión de autoconservación. Dentro del organismo mismo, solo funcionan las fuerzas conservadoras. Eros funciona fuera del organismo en

un esfuerzo por unir organismos vivientes separados entre entidades cada vez más grandes. Por ejemplo, a nivel de la cultura, Eros “quiere reunir a los individuos aislados, luego a las familias, después a etnias, pueblos, naciones, en una gran unidad: la humanidad” (Freud, 1930, p. 117). No existe una pulsión inherente al vivir, el desarrollo orgánico debe atribuirse al “influjo de fuerzas perturbadoras externas (...) “que forzaron a la sustancia aún sobreviviente a desviarse más y más respecto de su camino vital originario, y a dar unos rodeos más y más complicados, antes de alcanzar la meta de la muerte” (Freud, 1920, p. 36, 38). Las “las pulsiones de auto-conservación” simplemente operan para “asegurar el camino hacia la muerte peculiar del organismo y a alejar otras posibilidades de regreso a lo inorgánico que no sean las inmanentes”, ya que “la vida pulsional en su conjunto sirve a la provocación de la muerte” (Freud, 1920, p. 39).

Freud nos ofrece el carácter paradójico de las pulsiones respecto al desarrollo. Por un lado, es la fuerza impulsora del desarrollo, por otro lado es inherentemente anti-desarrollo. Freud señala:

Esta manera de concebir la pulsión nos suena extraña; en efecto, nos hemos habituado a ver en la pulsión el factor que esfuerza en el sentido del cambio y del desarrollo, y ahora nos vemos obligados a reconocer en ella justamente lo contrario, la expresión de la naturaleza conservadora del ser vivo (Freud, 1920, p. 36).

Naturaleza conservadora significa cambios que siguen una dirección inversa, hacia atrás. Freud constantemente enfatiza los límites del desarrollo como puro despliegue vital de un impulso netamente progresivo. Freud comentó, irónicamente contra Jung, su propia concepción regresiva o inversa del desarrollo:

A muchos de nosotros quizá nos resulte difícil renunciar a la creencia de que en el ser humano habita una pulsión de perfeccionamiento que lo ha llevado hasta su actual nivel de rendimiento espiritual (...) y que, es lícito esperar, velará por la transformación del hombre en superhombre. Sólo que yo no creo en una pulsión interior de esa índole, y no veo ningún camino que permitiría preservar esa consoladora ilusión (Freud, 1920, p. 41).

2.e. A-temporalidad

En el contexto de la teoría psicoanalítica, las nociones de repetición, retorno e indestructibilidad de las primeras inscripciones de las experiencias tempranas reflejan apartan la realidad psíquica de los efectos de la dimensión del tiempo prospectivo —uno de los principales vectores de desarrollo. La dinámica regresiva de la vida psíquica no significa una reversión del movimiento temporal, sino, fundamentalmente, su suspensión. Es imposible negar ‘avances’ en el desarrollo, pero las fuerzas anteriores, preservadas y no erosionadas por el paso del tiempo

cronológico irrumpen continuamente y llegan a dominar la escena psíquica. Por lo tanto, la a-temporalidad caracteriza la concepción psicoanalítica del modo en que las transformaciones se incrustan en una concepción de desarrollo.

La a-temporalidad es señalada claramente al final de la *Interpretación de los sueños*: “en el inconsciente, a nada puede ponerse fin, nada es pasado ni está olvidado” (Freud, 1900b, p. 569). Los procesos inconscientes “son atemporales, es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el trascurso de este ni, en general, tienen relación alguna con él” (Freud, 1915a, p. 184). Desde aquí surge una nueva forma de olvido activo no vinculado con procesos temporales sino inconscientes:

suele creerse que es el tiempo el que vuelve inciertos y deslíe los recuerdos (...) respecto del olvido no se pueda hablar de una función directa del tiempo (...) En el caso de las huellas mnémicas reprimidas, se puede comprobar que no han experimentado alteraciones durante los más largos lapsos. Lo inconsciente es totalmente atemporal (Freud, 1901, p. 266).

Entonces, la suspensión del tiempo o el vacío de tiempo que envuelve las manifestaciones del inconsciente los despoja de cualquier significado diacrónico. En relación con la interpretación de los sueños Freud señala: “desde hacía mucho yo solía, con mis pacientes, interpretar sueños de años anteriores, que me contaban incidentalmente, como si fueran de la noche pasada, y lo hacía con el mismo procedimiento e idéntico éxito”, después de todo “habiendo transcurrido tanto tiempo (...) los sueños eran aún vivencias frescas” (Freud, 1900b, p. 516). Para el psicoanálisis, el tiempo del inconsciente es una ficción psicológica que no podemos dejar de proyectar cuando intentamos abordar su lógica específica.

No es posible obviar, en este punto, la famosa *Nota sobre la ‘pizarra mágica’* o el block maravilloso que Freud escribió en 1925. Allí explica la compleja forma en que se depositan los ‘recuerdos’ o huellas mnémicas en una superficie que, como la pizarra mágica¹³, los conserva incólumes y, al mismo tiempo, la capacidad de recepción de la superficie de escritura resulta inagotable. En los dispositivos de registro —en los que solemos apoyar nuestra memoria— que usan tinta sobre un papel, o tiza sobre una pizarra, en ambos casos la “capacidad ilimitada de recepción y conservación de huellas duraderas parecen excluirse (...) o bien es preciso renovar

¹³ Freud describe la pizarra mágica como “una tablilla de cera o resina de color oscuro, (...) hay sobre ella una hoja delgada, transparente, fija (...) [estos] dos estratos (...) pueden separarse entre sí, salvo en ambos márgenes trasversales. El de arriba es una lámina transparente de celuloide, y el de abajo, un delgado papel encerado, también transparente. Cuando el aparato no se usa, la superficie inferior del papel encerado adhiere levemente a la superficie superior de la tablilla de cera. Para usar esta pizarra mágica, se trazan los signos sobre la lámina de celuloide de la hoja que recubre a la tablilla de cera (...) se produce por mediación de la hoja que sirve de cubierta. El punzón, en los lugares que toca, hace que la superficie inferior del papel encerado oprima la tablilla de cera, y estos surcos se vuelven visibles, como una escritura de tono oscuro, sobre la superficie clara y lisa del celuloide. Si se quiere destruir el registro, basta con tomar el margen inferior libre de la hoja de cubierta, y separarla de la tablilla de cera mediante un ligero movimiento. De ese modo cesa el íntimo contacto entre papel encerado y tablilla de cera en los lugares rasgados (...) y no vuelve a establecerse cuando ambas se tocan de nuevo. Ahora la pizarra mágica ha quedado libre de toda escritura y preparada para recibir nuevos registros” (Freud, 1925, p. 244-245).

la superficie receptora, o bien hay que aniquilar los signos registrados” (Freud, 1925, p. 243-244). Aún más interesante, Freud nos dice: “nuestro aparato anímico opera lo que ellos no pueden: es ilimitadamente receptivo para percepciones siempre nuevas, y además les procura huellas mnémicas duraderas —aunque no inalterables” (Freud, 1925, p. 244). Freud encuentra que la pizarra mágica reúne el modo en que funciona el aparato psíquico, cuenta con “una superficie perceptiva siempre dispuesta [percepción consciente que no genera huellas duraderas] y huellas duraderas de los caracteres recibidos [sistema mnémico inconsciente donde las huellas tienen lugar permanente]” (Freud, 1925, p. 244). Nuestro registro mnémico, al igual que la lámina encerada conserva la nitidez de las marcas, “huella duradera de lo escrito, legible con una iluminación adecuada” (Freud, 1925, p. 245). Como si no fuera ya interesante lo que nos ofrece Freud hasta aquí para pensar el modo de registro inconsciente de marcas preservadas, también nos permite pensar la forma en que la representación de la temporalidad depende de la independencia entre formas de funcionamiento de nuestro aparato, y del registro indestructible en uno de ellos. Al finalizar su ensayo Freud nos dice: “conjeturo, además, que en este modo de trabajo discontinuo del sistema P-Cc [Percepción-Consciencia] se basa la génesis de la representación del tiempo” (Freud, 1925, p. 247). La a-temporalidad del inconsciente es el telón de fondo sincrónico a partir del cual podemos recortar el fluir diacrónico del desarrollo — también el límite a la posibilidad de historización del yo, a la posibilidad de simbolizar la insistencia traumática del acervo pulsional. El asalto de la a-temporalidad del inconsciente permite, después de todo, al yo representarse a sí mismo incrustado dramáticamente en el carácter perecedero que entraña toda sucesión temporal.

2.f. Presencia de lo previo

Las concepciones tradicionales de desarrollo se centran en el modo en que se transforman e incluyen elementos, componentes y modos de funcionamiento previos en la nueva organización, más compleja y global. Esta complejización creciente es factible gracias a la posibilidad de incorporar lo previo a lo nuevo. La mirada psicoanalítica nos enfrenta con la compulsión a la repetición y con la pulsión de muerte, dinámicas que recrean insistentemente el ~~pasado~~, un retorno a objetos y metas ~~previas~~. Este ~~pasado~~ no necesita ser alcanzado o resucitado, pues siempre persistió, en su forma original, en el revés del presente. El tiempo cronológico, sobre el cual cabalga el desarrollo, no lo transforman ni lo afectan, así quedan inalterados muchos elementos ~~antiguos~~. El ~~pasado~~ está exento de tiempo, es “indestructible” (Freud, 1900b, p. 608), “virtualmente inmortal” (Freud, 1933, p. 69), por lo tanto, no puede ser descartado o borrado, tampoco integrado o subsumido en otras estructuras más complejas. La vida psíquica conserva sus elementos ~~antiguos~~, preservados en lo inconsciente. Elecciones de objetos, metas pulsionales, inscripciones, huellas mnémicas de las experiencias más ~~tempranas~~ subsisten inalteradas.

Desde un punto de mira psicoanalítico, el pasado determina —aunque no de forma absoluta— el presente y moldea el futuro en gran medida, esto se debe, precisamente, a que todas las experiencias tempranas decisivas en la constitución psíquica no dejan, simplemente, marcas indelebles, más bien se conservan en su forma original:

de las formaciones anímicas infantiles nada sucumbe en el adulto a pesar de todo el desarrollo posterior. Todos los deseos, mociones pulsionales, modos de reaccionar y actitudes del niño son pesquisables todavía presentes en el hombre maduro (...). No están destruidos, sino situados bajo unas capas que se les han superpuesto (...). Así, se convierte en un carácter del pasado anímico no ser devorado por sus retoños, como lo es el histórico; persiste junto a lo que devino desde él, sea de una manera sólo virtual o en una simultaneidad real (Freud, 1913a, p. 186).

Así, bajo la forma espacial, topológica, en que Freud figura el inconsciente para nuestra comprensión, las marcas y huellas configuran un registro acumulativo de experiencias. Freud se ha esforzado por esquematizar este tipo de registro psíquico sucesivo (pero no sometido a la sucesión temporal) y en capas que se combinan, desfiguran y retranscriben constantemente. Se trata de una memoria inconsciente a-temporal, constituida a partir del registro de experiencias que se preservan y al mismo tiempo son susceptibles de ser transformadas, e incluso muestra eficacia psíquica en sus efectos. En todos ellos las percepciones están en la base de la inscripción y el registro psíquico de estas huellas mnémicas son inconscientes.

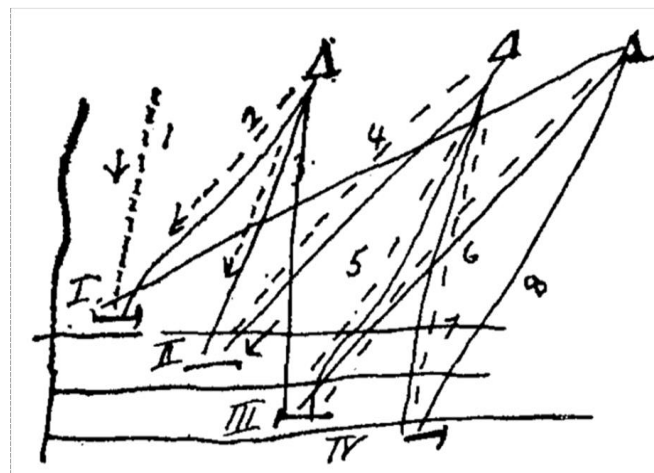


Figura 4. Esquema freudiano presente en el Manuscrito M (Freud, 1897).

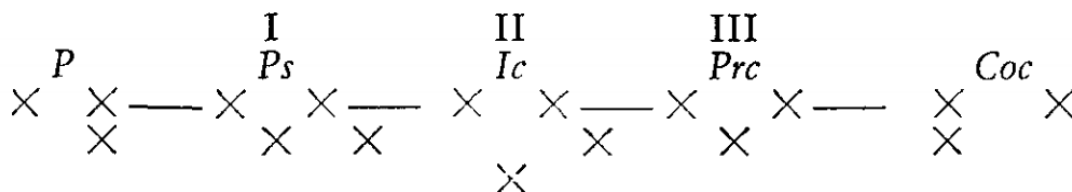


Figura 5. Esquema freudiano presente en la Carta 52 (Freud, 1897).

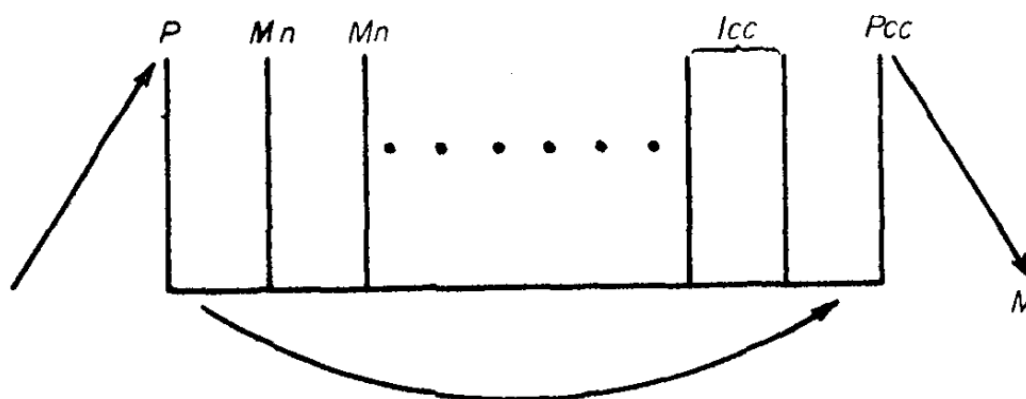


Figura 6. Esquema freudiano del peine invertido presente en la Interpretación de los sueños (Freud, 1900b).

Los residuos psíquicamente eficaces de este pasado mental se manifiestan constantemente en nuestro despliegue subjetivo, somos el retorno del infantilismo psíquico. El soñar nos muestra de forma hiperbólica esta fuerza determinante —no de manera absoluta— del inconsciente: “el soñar en su conjunto es una regresión a la condición más temprana del soñante, una reanimación de su infancia, de las mociones pulsionales que lo gobernaron” (Freud, 1900b, p. 542). La presencia del pasado también se extiende al pasado colectivo. Las reliquias vivas de la historia ontogenética y filogenética pueden extraerse de la napas subterráneas cuando deconstruimos la estructura del presente. Estas reliquias, afirma Freud, permiten vislumbrar la humanidad primitiva. En *La interpretación de los sueños* nos dice: “tras esta infancia individual, se nos promete también alcanzar una perspectiva sobre la infancia filogenética” (Freud, 1900b, p. 542). Así Freud nos señala la indestructibilidad del pasado: “este futuro que al soñante le parece presente es creado a imagen y semejanza de aquel pasado por el deseo indestructible” (Freud, 1900b, p. 608). Sin embargo el pasado no parece configurar una fuente de determinismo inexorable. La posibilidad de investir psíquicamente un tiempo futuro debe concebir la posibilidad de un desajuste, de una no coincidencia. El futuro no consta de un reencuentro con el pasado —mal que le pese a nuestra economía narcisista. Freud nos habla de un enfrentamiento con un “eco de esta fase del desarrollo” (Freud, 1905, p. 208). Se trata de ecos, lo que parece darnos un espectro de posibilidades y de improvisación, aunque siempre en un campo de restricciones constitutivas (Butler, 2008).

2.g. Destinos del desarrollo

Cuando el psicoanálisis rompió el vínculo innato entre una pulsión y su objeto amplió el alcance de las secuencias y direcciones del desarrollo, reducido por las estrechas concepciones biológicas de corte positivista. Las únicas regularidades del desarrollo que Freud describe refieren a la secuencia de las tres modalidades principales de satisfacción sexual, conocidas como fases del desarrollo libidinal. Estas etapas psicosexuales involucran exclusivamente cambios en las catexias. En este segmento de su teoría, Freud ofrece una explicación descriptiva del

espectro de fluctuaciones posibles e impredecibles (destinos azarosos) de las pulsiones sexuales sin ningún esquema determinista. Los desplazamientos o intercambios de libido ocurren a lo largo de caminos inciertos, y no siguen un patrón determinado o prefijado. No hay regularidades en el cambio: “las pulsiones pueden experimentar en el curso de su desarrollo (...) destinos de pulsión de esa índole, los siguientes: El trastorno hacia lo contrario. La vuelta hacia la persona propia. La represión. La sublimación” (Freud, 1915b, p. 122). Los destinos de las pulsiones dependen de la influencia de las “tres polaridades, (...) actividad y pasividad (...) yo y mundo exterior (...) placer-displacer” (Freud, 1915b, p. 134), ellas refieren a diversas modalidades de transformación de las pulsiones.

Este esquema freudiano deslinda un modelo de desarrollo que vincula simultáneamente constancia e imprevisibilidad. Los cambios de las catexias libidinales son impredecibles, mientras que las pulsiones nunca cambian, no se ven afectadas por el tiempo cronológico. Las pulsiones y sus destinos no discurren a partir de una organización puramente determinista desplegada en etapas discretas, más bien señalan derivas de un flujo constante de fuerzas escurridizas, aunque indestructibles. Lo más próximo a una perspectiva del desarrollo en el pensamiento psicoanalítico refiere a un modelo que no explica reglas, sino espectros de transformación. Las transformaciones en este nivel ocurren a nivel sincrónico —el nivel diacrónico se adosa, más bien, secundaria e inevitablemente debido a la cronología que impregna nuestra mirada. Las transformaciones de la organización psíquica —que no desconoce las territorialidades de lo inconsciente— son sincrónicas y lleva adherida a sí la anterioridad lógica de su principio (‘arché’), algo muy alejado de la causalidad que segmenta el tiempo cronológico y linealmente en un antes y un después.

2.h. Dimensión sincrónica del cambio

El psicoanálisis no carece de una narrativa transformacional. Podemos encontrar permutaciones, intercambios y sustituciones que transcurren en el carácter sincrónico y contingente de la organización psíquica. Freud ofrece ecuaciones de concatenación:

La formación de síntoma es un sustituto de algo diverso, que está interceptado. Ciertos procesos anímicos habrían debido desplegarse normalmente (...) y a cambio de ello (...) ha surgido el síntoma. Por tanto, ha ocurrido algo así como una permutación; si se logra deshacerla, la terapia de los síntomas neuróticos habrá cumplido exitosamente su tarea (...) El hallazgo (...) es todavía hoy la base de la terapia psicoanalítica (...) Nuestra terapia opera del siguiente modo: muda lo inconsciente en consiente; y sólo produce efectos cuando es capaz de ejecutar esta mudanza (Freud, 1917b, p. 256).

El psicoanálisis nos enfrenta a operaciones elementales de transformación de una organización sincrónica que alterna un ~~pasado~~ y un presente estructuralmente coexistentes. El

psicoanálisis, tan conocido como una psicología profunda —aunque extremadamente superficial— explica en su narrativa las transformaciones y las modalidades del cambio a partir de la irrupción de un ~~pasado~~ —aunque extremadamente actual. Por lo tanto, en el marco psicoanalítico, la organización psíquica se encuentra poblada de contenidos que representan, evocan o derivan de ausencias. El psicoanálisis derrumba, de algún modo, las secuencias y dimensiones cronológicas del tiempo. Los análisis de los sueños realizados por Freud colapsan la temporalidad en algo así como una ficción hermenéutica —un ‘como sí’ los hechos hubieran acaecido en un ~~pasado~~ que, como tal, es inexistente en la sincronía del inconsciente.

Con todo, la teoría psicoanalítica requiere de una narración que incluya al yo y sus transformaciones, y necesita conceder que estos cambios pueden discurrir, aunque muy incómodamente, en una perspectiva del desarrollo. Sólo así podemos arrastrar los cambios que postula la teoría hacia una continuidad temporal entre el ~~pasado~~ y el presente. Para tal fin Freud apela a equivalencias, sustituciones, reemplazos, analogías. Freud nos dice que una pulsión es el “representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo” (Freud, 1915b, p. 108), aún más: “una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante (...) tampoco en el interior de lo inconsciente puede estar representada si no es por la representación” (Freud, 1915a, p. 173). También nos dice que un síntoma es un “retoño del cumplimiento del deseo libidinoso inconsciente” (Freud, 1917b, p. 328), del mismo modo sueños, síntomas, fallidos, lapsus de memoria, chistes, todas son formaciones sustitutivas de las primeras experiencias que configuran ‘prototipos’. El super-yó se configura a partir de una identificación con el padre, quien es tomado como modelo. El superyó es “un residuo de las primeras elecciones de objeto del ello (...) y conservará el carácter del padre” (Freud, 1923, p. 36), y “cobra, además, los influjos de aquellas personas que han pasado a ocupar el lugar de los padres, vale decir, educadores, maestros, arquetipos ideales” (Freud, 1933, p. 60). También, el proceso de identificación es “una asimilación de un yo a un yo ajeno” (Freud, 1933, p. 58). En la transferencia terapéutica “se crean versiones nuevas de aquel viejo conflicto” (Freud, 1917b, p. 413). El terapeuta sirve al paciente como “sustituto de los progenitores” (Freud, 1940, p. 181) o de otros ubicados en una “series psíquicas”, “imago” (Freud, 1912, p. 98).

Freud nos ofrece una organización psíquica sincrónica como un reino de permutaciones y sustituciones encadenadas bajo el supuesto de conexiones subyacentes a las que tempranamente presentó como “falso enlace” (Freud y Breuer, 1893-1895, p. 88). Las conexiones están lejos de ser superficialmente evidentes. Solo la interpretación puede revelar las identidades y las correspondencias debajo de la superficie. La temporalidad, las secuencias narrativas de la historia y del desarrollo, son contenidos manifiestos que enmascaran un orden de cosas sincrónico, eterno e idéntico (realización de deseo). Un único tema invariante subyace y anima toda la actividad humana: el esfuerzo por la satisfacción del deseo, que surgió como el hilo conductor que promueve transformaciones. Los dilemas del deseo y su dinámica se convierten en motor de la historia singular y cultural. Los caminos y desvíos hacia la gratificación hacen de

los fenómenos piezas de permutaciones posibles, cada elemento es un doble con correspondencias, el producto de una transferencia o reemplazo. El psicoanálisis no reconoce comienzos esencialmente originales, solo conductos que infunden movilidad en el plano diacrónico. Los elementos no parecen tener identidades intrínsecas, solo identificaciones y transformaciones. Paradójicamente, nada nuevo acontece pero todo puede cambiar. Existen contenidos distintivos y constitutivos, contenidos derivados, en un juego de permutaciones. La serie de permutaciones despoja a cada elemento de su identidad intrínseca, todos ellos gravitantes de la permanencia invariable de lo sincrónico.

El padre tiene una función poderosa en psicoanálisis, figura peculiar e inespecífica. Su autoridad no proviene absolutamente de una figura concreta, más bien de una función que abre un medio, o conducto, para la transmisión de contenidos primordiales. Una vez más, las permutaciones enlazan eslabones nuevos en una cadena de transmisión muy ~~antigua~~. Así, el esquema de desarrollo freudiano no está plagado de cambios sin grandes interrupciones. La secuencia de cambios propio de los modelos del desarrollo pueden imponerse desde la mirada externa no informada psicoanalíticamente, pero en rigor, la dinámica del psicoanálisis marca, más bien, una serie de transformaciones sobre un telón de fondo sincrónico de continuidad y permanencia.

3. Cuando la repetición (de lo inconsciente) engendra cambio (no lineal)

André Green señala la multiplicidad de focos en las conjugaciones del tiempo. Lo inconsciente “esta fuera del tiempo, es indeseable, inalterable, se conserva intacto, insensible a los ultrajes de los días que se suceden (...) la marca del pasado no ha dejado ninguna arruga” (Green, 2000, p. 55). A tal punto Green abraza la indestructibilidad de lo inconsciente que llega a afirmar que éste “puede fingir las apariencias del cambio” (Green, 2000, p. 55). Consideramos que esta lectura, muy frecuente, de lo inconsciente no logra despojarse de matrices lineales del tiempo. Así, la a-temporalidad es plenamente significada como lo opuesto de la temporalidad (lineal), y, así, no es posible pensar las transformaciones (radicalmente otras respecto al modo en que las imaginamos) —transformaciones que pueden acontecer en la permanencia de la repetición. Afirmaremos que lo inconsciente guarda en sí la potencia del cambio y la transformación como emanación de la permanencia.

Sylvie Le Poulichet (1996) señala que la lógica de los procesos psíquicos se entrecruza con el paso del tiempo de formas que exceden ampliamente la representación consciente. La autora señala claramente la dinámica inconsciente a-temporal, ajena a la temporalidad. Nos dice:

Es posible considerar que yo tengo una representación del tiempo en la cual cuento, desde un punto de vista aparentemente inmóvil, sucesiones que se ordenan en pasado, presente y futuro. Pero simultáneamente y sin que yo lo

sepa, los procesos inconscientes abren 'devenires' anónimos, desprovistos de síntesis, y que no pasan para nadie: no pueden, por lo tanto, 'devenir' pasados (p. 39-40).

Es nuestra representación del tiempo la que debe establecer relaciones de alianza con el carácter anónimo de los devenires inconscientes, espacio a-temporal donde anida nuestra historia sin tiempo. La historización, en tanto trabajo de subjetivación del tiempo, implica la simbolización de su vasallaje con las irrupciones de aquel orden cuyas transformaciones y movimientos no pueden ser fijados bajo ninguna localización, sedimentación o cronología. Le Poulichet se interesa por aquel punto donde nuestro tiempo de vigilia se confronta con el azar: un cruce que atestigua la forma en que el inconsciente afecta transversalmente, y es afectado, por la sucesión de los acontecimientos. Esta colisión entre dos registros, entre un devenir anónimo y un 'esto me ocurre ahora', genera la posibilidad de que el reino de la repetición a-temporal contenga, en su repetición, el cruce un encuentro. El inconsciente no puede no repetirse, pero en bajo ciertos acontecimientos tal repetición no debe ser entendida como copia. La dinámica sincrónica de lo inconsciente es condición, entonces, para una repetición que, paradójicamente, es siempre nueva, aunque permanente. La representación del tiempo es condición de la reflexividad del yo, en tanto "el saber del yo por el yo" (Aulagnier, 2004). El yo mismo, y su actividad historizante, se autoconstruye a sí mismo, de forma continua, sobre aquel lugar nuevo emergente de los múltiples encuentros entre temporalidades heterogéneas. Cada uno de estos encuentros configura un origen, produce singularidad, recreación del yo.

La paradójica dinámica inconsciente nos enfrenta con la paradójica referencia a procesos a-temporales. Le Poulichet señala al respecto que el juego libre de la energía característica de los procesos primarios, donde todo deviene y nada cesa, no puede devenir pasado. La dinámica incesantes de la pulsión, presencia moviente, configura una masa acontecimental que no cesa. Del lado de los procesos inconscientes nada cesa y nada desaparece. Del lado del yo los acontecimientos pueden resultar pasados, ordenados, representados mediante el examen de realidad. Le Poulichet ubica dos tiempos, el que pasa y el que no pasa. Ambos tiempos son requerimiento de la subjetividad y su peculiar modo de transformación. La historización, en parte, es posible porque el yo, al representar el tiempo, asigna a los acontecimientos un orden temporal. Los procesos inconscientes dejan a los acontecimientos en la insistencia de lo que no cesa. Este tiempo que no pasa es crucial para el proceso de historización, allí se produce la insistencia permanente de los acontecimientos que no devienen pasados, pero que, sin embargo, no permanecen inmóviles e idénticos. Es gracias a que los acontecimientos pueden transformarse y desplegarse en los procesos inconscientes, bajo el sello de indestructibilidad, que yo puede anudar un tiempo sin historia y una historia sin tiempo. Mediante la historización, el yo se rescata a sí mismo de un devenir anónimo.

Cuando Freud afirma que durante el trabajo de análisis "lo deseable es una imagen confiable, e íntegra en todas sus piezas esenciales, de los años olvidados de la vida del paciente" (Freud, 1937b, p. 260), nos enfrenta con una operación que lejos de intentar completar una

versión del pasado ofrece espacio para una narración sobre el pasado que resulta historia historizada historizante para el yo. Mediante el trabajo de historización, el yo se resitúa con respecto a un pasado que, en ese mismo acto se (re)construye. Este proceso es condición de posibilidad para proyectarse en la apertura psíquica de un tiempo futuro. Historizar implica un trabajo psíquico activo y singular por parte del yo, a partir del cual se producen nuevos sentidos desde la elaboración simbólica, mediante representaciones de aquello que tal dinámica acontecimental que no cesa de producirse, aquel tiempo que no pasa. En relación con el trabajo historizante del yo, Piera Aulagnier señala:

es una necesidad de su funcionamiento situarse y anclar en una historia que sustituye un tiempo vivido-perdido por la versión que el sujeto se procura merced a su reconstrucción de las causas que lo hicieron ser, que dan razón de su presente y hacen pensable e investible un eventual futuro (Aulagnier 2003, p 15).

La configuración y proyección en un tiempo futuro se apoya en una reconstrucción siempre parcial, fragmentaria, selectiva, continua y cambiante. Pero el yo (re)construye una versión de sus orígenes, de su propio pasado enunciado y anticipado por los otros, en suma: debe anclarse en referencias permanentes y estables que aseguren la continuidad y la transformación a lo largo del tiempo. La permanencia de la historia sin tiempo de lo inconsciente, signada por la pura repetición, asegura un punto estable para que el sujeto no se diluya en la vertiente dinámica de un puro flujo temporal sin historia. En aquel cruce el yo se articula en su proceso de historizar, condición ineludible para su despliegue, y así construye una distancia irreductible y estructurante entre un tiempo pasado y un tiempo actual, o futuro anticipado. La actividad historizante del yo despliega trabajos de subjetivación de experiencias que suplementan la trama actual de representaciones construidas acerca del pasado —en el revés de cuyas representaciones late la insistencia repetitiva del tiempo que no pasa, marcas de nuestra pura historia, paradójicamente, a-temporal.

Ante la a-temporalidad del inconsciente donde no hay ~~pasado~~, Piera Aulagnier nos deja en claro el requerimiento ineludible: construir un pasado para que la historización, y la existencia misma del yo, sean posibles. Pero este origen que el yo necesita representarse no debe diluirse sin más en perspectivas del desarrollo. André Green señala críticamente: “la tendencia a reducir el modelo temporal complejo de Freud al mero punto de vista genético (...), el concepto (...) de ‘Nachträglichkeit’ (...) hace estallar los modelos temporales clásicos” (Green, 2000, p.21). Aún más, en relación al origen, Sylvie Lepoulichet nos dice:

el origen es lo que uno no cesa de deducir cuando se actualiza un tiempo de recomposición, y ello hasta el punto de producirse en un tiempo reversivo. El origen es este momento fuera del tiempo, inaprensible, que excede a todo comienzo. Lo que toma figura de origen es la interpretación del comienzo, autorizando la constitución de una historia que no es ni el pasado ni lo vivido. Y

si algo 'nuevo' se inscribe una y otra vez en una vida, es por cuanto el origen, simultáneamente, se recompuso (Le Poulichet, 1996, p. 84).

Es claro, en la lógica de los procesos psíquicos, se trastorna la relación causal clásica a tal punto que "los efectos continúan componiendo sus propias causas" (Le Poulichet, 1996, p. 89). Piera Aulagnier (2004) toma la dinámica temporal de la 'Nachträglichkeit' y nos ofrece una esquematización respecto al devenir del yo mediante recomposiciones de sus orígenes y sus proyectos. Nos muestra cómo el trabajo de historización del yo intenta, como condición de su devenir, hacer frente a la tarea titánica de lidiar con una de las manifestaciones de los procesos psíquicos inconscientes: "el no-lugar del origen" (Le Poulichet, 1996, p. 92). El trabajo de 'construir(se) un pasado' (Aulagnier, 1991) que despliega el yo es el intento de construir y mantener la certeza de un origen pasado para poder devenir en un tiempo futuro.

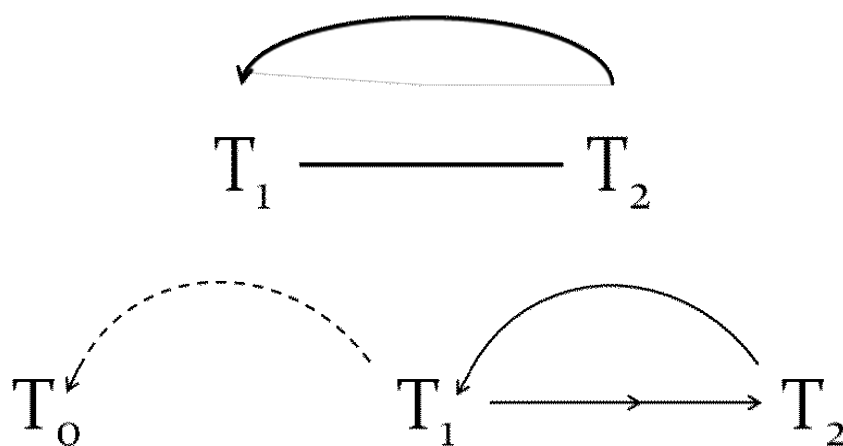


Figura 7. Esquema adaptado del original perteneciente a Piera Aulagnier (2003).

Esta modalidad de transformación que el psicoanálisis esboza no puede, por obra de lo inconsciente, quedar absolutamente contenida dentro de las pautas y ritmos temporales del desarrollo. Aun así, la dimensión a-temporal de los procesos psíquicos inconscientes, y su ritmo pulsional repetitivo, operan como telón de fondo para una dinámica que no excluye los cambios pero no renuncia a la permanencia. Preferimos interpretar las transformaciones que acontecen en la escena psíquica, impulsada y contenida al mismo tiempo por la repetición, bajo el término derrideano de 'différance' (Derrida, 2003). Si es posible pensar el devenir de un yo que historiza y, así, en alianza con lo acontecimental, escapa de las garras del determinismo, esto se debe al zócalo de la 'différance' inconsciente. Después de todo, el inconsciente mismo, en su repetición, gesta la potencialidad de cambio y deviene, él mismo, acontecimiento. No existe posibilidad de un devenir historizado sin que el territorio de lo inconsciente en su pura permanencia dinámica guarde la potencia de gestar el azar, esto es, devenir maza acontecimental que se lanza al asalto de un tiempo otro. La subjetividad se articula y deviene en el (des)encuentro de tiempos heterogéneos —dirá

Sylevie Le Poulichet. La subjetividad acontece en los intersticios de lo que André Green denominó como heterocronía. La 'différance' inconsciente es la anterioridad lógica del devenir. El diferir es condición necesaria pero no suficiente del devenir historizado e historizante del yo.

La repetición de lo inconsciente no debe identificarse con puro determinismo. Aquella repetición ocurre a-temporalmente, por este motivo su repetición no debe pensarse como distancia entre momentos temporales uniformes en cuanto a su extensión espacial. Esta dinámica a-temporal no distancia sus momentos de repetición produciendo una linealidad temporal. Se trata de una actualización que no puede espacializarse. Esto es la 'différance' derrideana, la cual se opone a una identidad distintiva previa a la repetición. Entre momento y momento de la actualización repetitiva emerge la potencia de un 'entre' momentos, y este 'entre' es al mismo tiempo un 'fuera'. Allí convergen un tiempo y un espacio no tematizable. Este intervalo y su a-temporalidad se vuelven condición de una temporalidad discontinua, es constitutiva del yo y, al mismo tiempo, constitutiva de la imposibilidad de su clausura. La 'différance' es condición del devenir, pues la potencia acontecimental que yace en la repetición aplaza cualquier autoidentidad que confine al sujeto al destino teleológico de una línea temporal lineal no perturbada por esta elasticidad del inconsciente. La construcción a lo largo de este diferir repetitivo supone reconocer una (a)temporalidad no reducida al tiempo (lineal). Freud postula una (a)temporalidad que no requiere de una espacialización del tiempo. Por el contrario, pensar una construcción en términos de desarrollo implica una temporalidad atendida a la espacialización. La construcción que se desprende de la mirada freudiana nos lleva a dar prioridad a la modalidad temporal sin ser espacializada —una a-temporalidad si la consideramos desde las miradas ancladas en el tiempo de la sucesión.

Como aporte que alimenta nuestra perspectiva de buscar modelos de cambios que hagan justicia al punto de mira freudiana —más allá de la captura restrictiva de los modelos que arrastran la matriz evolucionista—, Judith Butler nos aporta:

La noción de temporalidad no debería construirse como una sencilla sucesión de 'momentos' distintos, igualmente distantes entre sí. Semejante representación espacial del tiempo reemplaza a cierto modelo matemático del tipo de duración que no permite hacer tales metáforas espaciales. Los esfuerzos por describir o nombrar este lapso tienden a caer en el mapa espacial (...). Por lo tanto, es importante subrayar el efecto de sedimentación que implica la temporalidad de la construcción. Aquí, los llamados 'momentos' no son unidades equivalentes y distintas de tiempo, porque el 'pasado' sería entonces una acumulación y un congelamiento de tales 'momentos' que finalmente los harían indistinguibles. El pasado deberá consistir además en aquello negado en la construcción, deberá abarcar las esferas de lo reprimido (...). Aquello que no está incluido -que ha sido dejado en el exterior por la frontera- como fenómeno constitutivo del efecto sedimentado llamado 'construcción' será tan esencial para su definición como lo que ha sido incluido; esta exterioridad no es distinguible como un

'momento'. En realidad, la noción de momento quizás no sea otra cosa que una fantasía retrospectiva del dominio matemático impuesto a las duraciones interrumpidas del pasado (Butler, 2008, p. 30).

Para el yo es preciso negar aquel momento (no cronológico, no pasado) de origen y construir un pasado a la medida de su construcción en devenir. El primer momento de la escena que graficamos espacialmente al presentar la 'Nachträglichkeit' no es una unidad de tiempo equivalente al segundo momento. Se trata de la anterioridad lógica (a-temporal) la duración ininterrumpida del pasado. Graficar esta complejidad intrincada en el cambio y transformación que ofrece Freud implica espacializarla. Pero, incluyendo esta crítica, apostamos a que contribuya a la comprensión del fenómeno bajo estudio: un devenir subjetivo motorizado por la fuerza acontecimental de los cambios que se gestan en la a-temporalidad de la repetición de lo inconsciente.

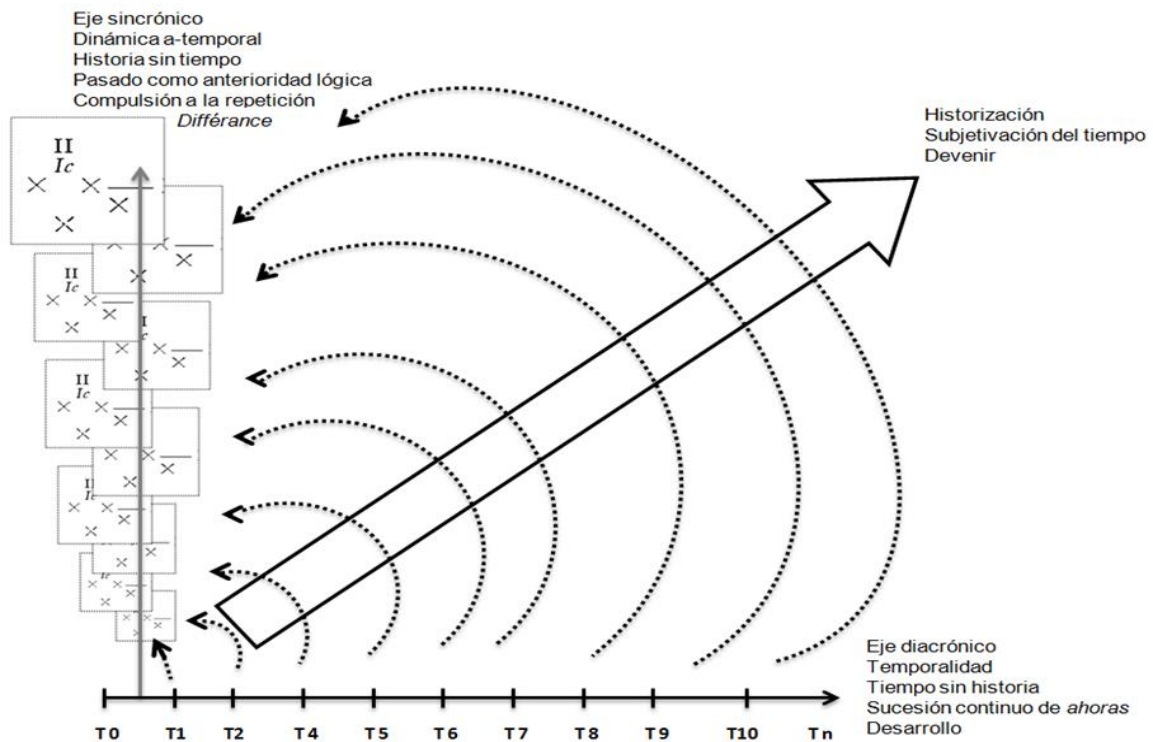


Figura 8. Devenir como despliegue entre lo sincrónico y lo diacrónico.

Esta forma de transformación psíquica, vinculada con trabajo elaborativo historizante del yo, que pone en acción la forma en que permanencia y cambios se entrelazan más allá del puro determinismo y de la mera linealidad, se plasman claramente en el trabajo de duelo.

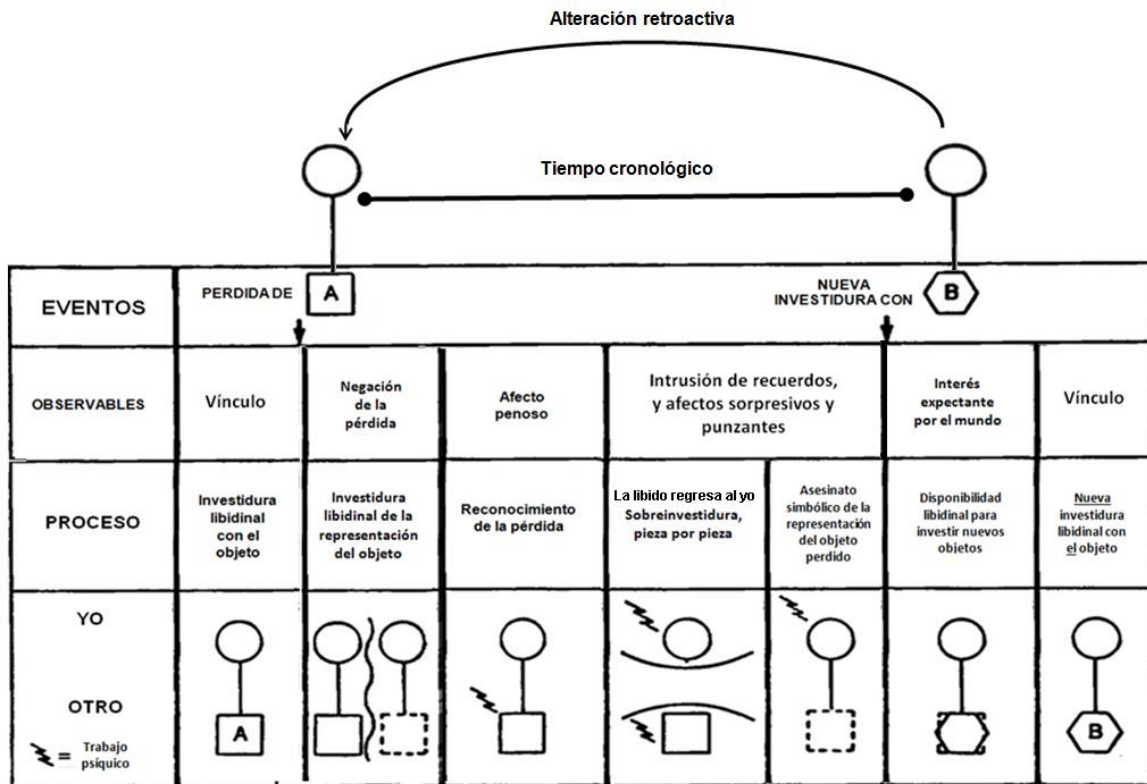


Figura 9. Esquema sobre los momentos del trabajo simbólico de Duelo. Aunque ha sido modificado para hacer justicia a las ideas freudianas, el original pertenece a M. J. Horowitz (1988).

El cambio que posibilita el devenir del yo no se gesta necesariamente a partir de una novedad ‘exterior’ que ingresa y modifica a lo inconsciente. Bajo la dinámica de la ‘Nachträglichkeit’ una escena vivencial refracta ecos de la repetición inconsciente. Este anudamiento temporal inaudito es acontecimental —entendiendo por acontecimiento la potencia de la repetición inconsciente que en su diferir gesta transformación sin perderse a sí mismo. Esta ‘différance’ que marca la iterabilidad, el diferir de lo inconsciente que al repetirse se actualiza —entre actualización y actualización yace la posibilidad acontecimental del cambio en la permanencia—, es agudamente sospechada por André Green:

Freud, para caracterizar el proceso, emplea el verbo ‘reproducir’ (...). Freud dice indistintamente que el [sujeto] repite o que reproduce. Lo que parece querer significar es que el carácter inelaborable de lo que se repite es tal que, al reproducirse, es como si, no habiendo sido nunca, tuviera lugar *cada vez como si fuese la primera*. Una vez, luego otra, cada vez la misma, y cada vez otra. O incluso como si la idea de un acontecimiento anterior hubiese perecido en el acto, de modo que su reproducción significa simultáneamente que lo que tiene lugar se produce *ab novo* y, de no ser este el caso, que la nueva edición es tan sólo una versión apenas modificada de la precedente, ‘olvidada’ no obstante como perdida. En todos los casos, lo que se repite-reproduce vive y muere *in situ*, para él está cerrado todo futuro y, por lo tanto, toda ‘representación’. Nada más que una serie indefinida de ‘representaciones’ sin

pasado ni porvenir. No cabe ninguna duda, reproducir es lo contrario de representar (Green, 2000, p. 60-61).

La insistencia repetitiva-reproductiva de lo inconsciente es dinámicamente productiva y permanente, y de ningún modo se presta a la dinámica temporal del desarrollo. Cualquier flecha del tiempo no hace justicia a los cambios de la vida psíquica, que son “pluridireccionales” (Green, 2000, p. 53).

4. Complejizaciones en torno al tiempo

No es posible derivar desde los aportes del psicoanálisis una perspectiva del desarrollo sin mutilar y resignar sus aportes fundamentales. Si nos aproximamos a partir de una reflexión metateórica al problema del tiempo, podemos apreciar que cualquier perspectiva que incluye la noción de desarrollo supone la transformación de fenómenos en nuevas formas. Para el psicoanálisis el tiempo puede ser eliminado a la hora de interpretar o comprender la dinámica de lo inconsciente. El psicoanálisis parece no considerar la temporalidad como un atributo intrínseco a los elementos que componen la organización psíquica.

No hay cambios en los elementos que constituyen lo inconsciente. Sin embargo existen procesos orientados hacia el ~~future~~ a partir de la rearticulación del ~~pasado~~, aunque operan sobre una dimensión en la que el tiempo se puede invertir debido a la a-temporalidad de lo inconsciente. En este registro no existe desarrollo que pautе condiciones ~~previas~~ de una transformación futura. La noción tiempo irreversible no tiene lugar en la a-temporalidad de lo inconsciente. El axioma del tiempo reversible, es decir la a-temporalidad freudiana superpuesta a la espacialidad tópica de lo inconsciente, es heterogéneo respecto al tiempo irreversible de la experiencia yoica en curso. No todas las territorialidades de la subjetividad son subsumibles a un modelo del desarrollo, pues el tiempo no cuenta como un componente inherente del contenido de lo inconsciente.

Luca Tateo y Jaan Valsiner (2015) propone una dimensión vertical del tiempo, entendiendo que la temporalidad implica diferentes capas que proporcionan tanto concepciones metateóricas del tiempo como la experiencia de la temporalidad como vivencia subjetiva profundamente arraigada. Estos autores señalan que podemos considerar la relación del tiempo y los entes de dos maneras diferentes. El tiempo puede considerarse condición a priori en la que los organismos viven, sin poder prescindir de él. No hay posibilidad de existir fuera del elemento tiempo. Esta es una mirada estática del tiempo, un tiempo sin cambio, un tiempo reversible y, en algún sentido, una a-temporalidad (Imagen 10 A). La segunda forma de entender el tiempo implica el punto de vista del desarrollo. En este caso, el tiempo se entiende como algo sobre lo que construir, una dimensión irreversible (Imagen 10 B).

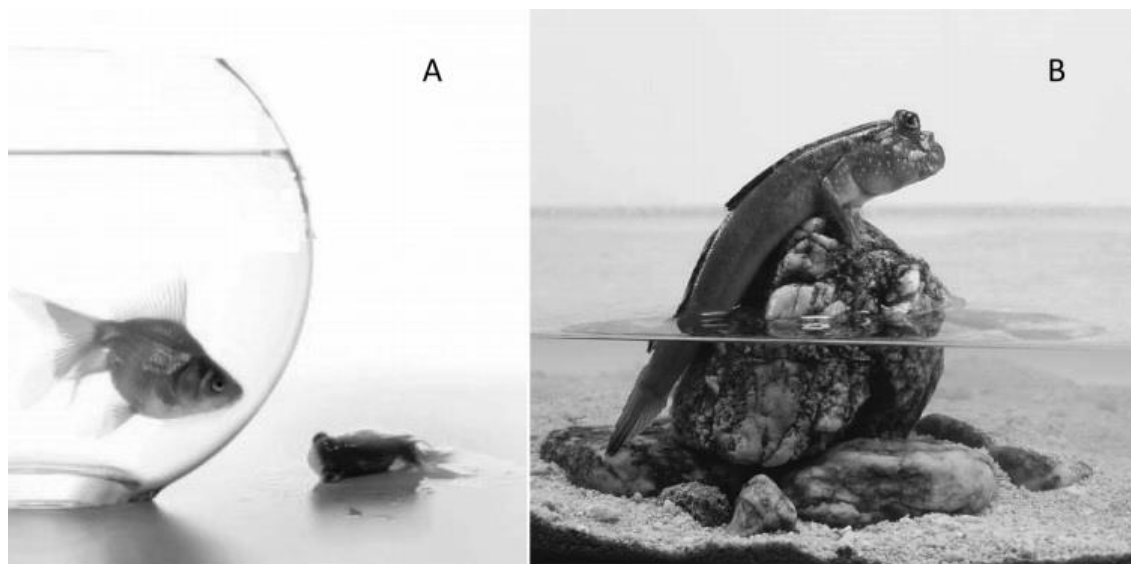


Figura 10. Formas de concebir el tiempo. Original perteneciente a Tateo y Valsiner (2015).

La primera de estas concepciones es correlativa a la noción de a-temporalidad del inconsciente freudiano. Allí encontramos, paradójicamente, una dinámica encriptada en un contexto estático. No podemos someter lo inconsciente a un proceso en desarrollo que implique un antes y un después. Por lo tanto, si, en la comprensión de Vygotsky, el tiempo no es una métrica externa para comparar diferentes caminos de desarrollo individual sino una dimensión constitutiva del desarrollo donde los procesos biográficos e histórico-culturales se entrelazan para determinar la gama de vías potenciales de desarrollo (Tateo y Valsiner, 2015), entonces el inconsciente freudiano configura una vacuola a-temporal en la vertiente temporal de tal dimensión. El cruce de estas dos dimensiones abre un registro complejo a la hora de pensar las transformaciones del sujeto atravesado por el inconsciente (a-temporal) a lo largo del tiempo. Subyace a estas consideraciones la búsqueda de una posible relación entre la universalidad de los procesos y elementos a-temporales de lo inconsciente y la singularidad de la experiencia historizada e historizante de los cambios propios del tiempo irreversible del yo.

Por otra parte, sólo somos capaces de significar el tiempo a partir de horizontes de significado mediados históricamente. Solo podemos experimentar el tiempo a través de conjuntos de prácticas y artefactos construidos socialmente. En la modernidad el sentido general sobre el tiempo refiere a una secuencia infinita de 'ahoras', una secuencia cuantitativa e indiferenciada de intervalos. El tiempo es entonces una construcción semiótica compleja que vincula la experiencia singular con una construcción social. Esta construcción es interpretable solo si está enmarcada por un sistema social de símbolos. Tateo y Valsiner (2015) detectan, al menos, tres capas de tiempo diferentes e interactivas: el individual, el intersubjetivo y el social. Aún más, el tiempo puede ser entendido como una realidad externa o como una experiencia en la que interactúan múltiples capas. La propuesta freudiana por pensar la a-temporalidad del inconsciente no implica excluir el tiempo de la psique, sino dimensionarlo en esta superposición compleja. El tiempo se experimenta como un fenómeno subjetivo singular, también implica una dimensión compartida a nivel intersubjetivo, esto es inconcebible por fuera de

una articulación bajo un horizonte social específico y, finalmente el tiempo se historiza, en todos aquellos niveles, convirtiéndose en un patrimonio que traza el contexto de experiencias futuras. Todas estas capas coexisten en la experiencia del tiempo. Podemos ir más allá y delinear la complejidad multiestratificada del tiempo donde se entrelazan varias dimensiones del tiempo, a las que denominamos *a-temporalidad*, *micro-temporalidad*, *meso-temporalidad*, *eso-temporalidad* y *macro-temporalidad*:

- La *a-temporalidad* del inconsciente y sus procesos sincrónicos. En este registro cobra especial relevancia la noción de 'Nachträglichkeit', la cual contrarresta cualquier noción esencialista y normativa del desarrollo. Freud señala un mecanismo que, literalmente, altera las marcas subjetivas del pasado, lo que, al mismo tiempo, causa efectos nuevos e inesperados en el presente. Freud rompe con una visión cronológica y determinista del tiempo subjetivo que sólo considera la dimensión de la sucesión o diacronía (Bistoën, Vanheule y Craps, 2014). Esta dinámica no aloja la posibilidad de la temporalidad irreversible, puesto que los cambios que ocurren en su seno operan sobre un orden sincrónico. Los cambios que allí se suscitan no son transformacionales, es decir no producen un cisma capaz de establecer un antes y un después —algo imposible en una tópica a-temporal. Cabe destacar que en este registro (a)temporal ubicamos el aporte de Cornelius Castoriadis (2007) respecto a la 'imaginación radical'. Este aporte nos permite pensar el modo en que todos los registros temporales se encuentran inter-implicados. La 'imaginación radical' nos enfrenta con el registro metapsicológico del tiempo en niveles macro-temporales, en cuyo juego de magmas de significaciones imaginario-sociales se articula la subjetividad. La (a)temporalidad disruptiva es motor de transformación y creación en varios niveles inter-penetrados (que abarcan un espectro desde lo biográfico hasta los socio-cultural).
- La *micro-temporalidad* de la experiencia subjetiva en su vertiente singular historizante. Involucra el registro inmediato de aceleraciones y ralentizaciones en función de necesidades y expectativas. Aquí se encuentra el yo y sus trabajos de historización y elaboración que le permiten subjetivar el tiempo vivido. Freud señaló que la idea de la muerte es incompatible con la a-temporalidad del inconsciente. La relación de la conciencia con el tiempo, sin embargo, involucra la finitud y la muerte. La existencia del tiempo aplica límites a la existencia humana, la hace mortal. Freud sugiere que no hay nada intrínseco a la identificación que corresponda a la idea de tiempo, pero encuentra el origen de esta idea en la discontinuidad del funcionamiento del 'sistema percepción-conciencia'. Freud encuentra un vínculo más claro entre el tiempo y el duelo, una experiencia ante la cual la dimensión del tiempo se abre paso como indispensable. Un trabajo clave para comprender la apreciación de Freud de la importancia del tiempo es *La transitoriedad*. Allí afirma que "el valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo" (Freud, 1916, p. 309). Ante su li-

mitación temporal, el hombre debe aceptar su revuelta contra el duelo cuando se enfrenta con la naturaleza efímera de la belleza. Aunque el tiempo está conceptualmente vinculado a los límites, la fugacidad y la muerte, Freud subraya su conexión decisiva con la vida, lo ubica como “el punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia” (Freud, 1914b, p. 88). Sin embargo es, justamente la castración, lo que permite al yo el acceso a este orden temporal que Piera Aulagnier (2003, 2004) teoriza como ‘proyecto identificatorio’ —imposible de ser pensado sin su anterioridad lógica: el proceso identificatorio. Después de todo, como señala Joan Scott: “el tiempo es una creación compleja, una dimensión subjetiva construida, no un dato cronológico” (2012, p. 68).

- La *meso-temporalidad*, y su registro intersubjetivo, refiere a la interacción y la construcción consensual de aquel tiempo que sólo se vuelve factible en una trama de mutualidad —donde la ajenidad radical del otro hiere el imperio absoluto de la representación envolvente, narcisista de ‘lo mismo’ (Irigaray, 2007). Toda temporalidad subjetiva se experimenta singularmente en los ritmos particulares de la potencia constitutiva del otro humano. Para que la comunicación y el intercambio de la experiencia sea posible, el micro-tiempo debe articularse e integrarse en un meso-tiempo (también con los demás niveles) intersubjetivamente sincronizado. La dinámica temporal solo es posible a través de la mediación de la intersubjetividad. Es el impacto del otro lo que, finalmente, desencadena el flujo del tiempo. Entonces, la experiencia subjetiva del micro-tiempo se conforma, y da forma al cambio, en aquel intercambio intersubjetivo y en aquella sincronización de la experiencia que Jessica Benjamin denominó como entonamiento emocional, aquella terceridad energética o terceridad semiótica que marca ritmos e invoca una legalidad no reductible a la Ley simbólica del Padre (Martínez, 2019). Esta alternancia de identificación y ajenidad es característica del desarrollo de la trama temporal.
- La *eso-temporalidad* y su dimensión social del tiempo, refiere a las prácticas y artefactos que median la experiencia (inter)subjetiva. La construcción intersubjetiva del tiempo se inscribe en un eso-tiempo más amplio, es decir el tiempo socialmente construido, incluidas las prácticas y artefactos relacionados con el tiempo y la convención (dispositivos de medición, organización social en torno a segmentaciones arbitrarias del tiempo como edades, calendarios, relojes). Este nivel configura un marco de referencia ineludible aun cuando el sujeto no es directamente consciente de ello. Vivimos en una cultura que adora el emblema del reloj del dios del tiempo. Por ejemplo, la invención del reloj imprime una mediación simbólica ineludible en la experiencia del tiempo. Su dinámica mecánica imposibilitó una concepción orgánica del día, en cuyo contexto nuestras instituciones, incluidos nosotros mismos, hubiesen sido muy diferentes.

La novela de Michel Tournier (1992) nos presenta a Robinson Crusoe, un personaje que nos enfrenta con la posibilidad de comprender virtualmente (algo así como un experimento

mental) esta dimensión del tiempo. Robinson quiere escapar de una isla y cuando el bote que construye no sirve a su propósito cae en un estado de desesperación y regresión en el que incluso las cosas más básicas, como ir al baño, se suspenden. Luego, movido por una vergüenza abyecta, comienza a ordenar su vida. Sus primeros esfuerzos transcurren por comenzar un calendario y fabricar una clepsidra (reloj de agua) para regular sus días. La sensación de un tiempo que se escurre entre las manos fue contrarrestada por la sensación de recuperar la posesión del tiempo y, por tanto, de sí mismo. Al principio, el goteo del reloj de agua le asegura que el tiempo ha sido domesticado. Pero finalmente su consuelo se vuelve ominoso porque el goteo inexorable de agua desgasta la piedra. Es una imagen aterradora de desintegración engendrada por el mismo sistema de medición del tiempo —pequeños fragmentos del ser perdidos poco a poco. Una noche, Robinson se olvida de llenar el reloj y duerme hasta tarde. Cuando se da cuenta de que el tiempo se ha detenido, declara para sí mismo un feriado y emprende una exploración de un año que culmina en un sentido transformado del tiempo y de sí mismo. Así es como describe ese nuevo sentido. Su vida cambia ante un nuevo sentido del paso del tiempo, su velocidad e incluso su duración. Antes, todos los días, las horas y los minutos transcurrían dejando atrás una acumulación de logros y desperdicios que configuraban su historia. Pero ahora, el ciclo de tiempo se ha fusionado con el momento, haciendo que cada instante esté separado y fresco. Sin semejante reflexión sobre el papel subjetivo de esta dimensión temporal, el yo aporta inteligibilidad al mundo y significa su propia experiencia a partir de esta mediación de la cual no puede despojarse sin perderse a sí mismo.

La *macro-temporalidad* configura un profundo marco histórico-cultural más amplio en el que se produce y circula la experiencia, representa los procesos histórico-culturales, los sentidos instituyentes de la experiencia humana. En este registro temporal se deslizan las significaciones imaginario-sociales que instituyen el tiempo como diacrónico y lineal en tanto ‘imaginario social’ —entendido como aquella capacidad colectiva de creación indeterminada. Esta potencia de lo colectivo —lógica no reductible a la sumatoria indefinida de individualidades— se plasma en instituciones tales como “normas, valores, lenguaje, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas, y, desde luego, el individuo mismo, tanto en general como en el tipo y la forma particulares que le da la sociedad considerada” (Castoriadis, 2005, p. 67). Aquí incluimos la temporalidad en tanto instituida por significaciones socialmente sancionadas y por procedimientos creadores de sentidos concomitantes. El carácter imaginario de estas significaciones nos da la pauta de una temporalidad lineal y diacrónica, tal como preferimos interpretarla, no como una emanación o reflejo de un atributo ontológico de la realidad, abiertas a la transformación de sentidos. La experiencia humana del tiempo depende de las impregnaciones y de las articulaciones de estas significaciones.

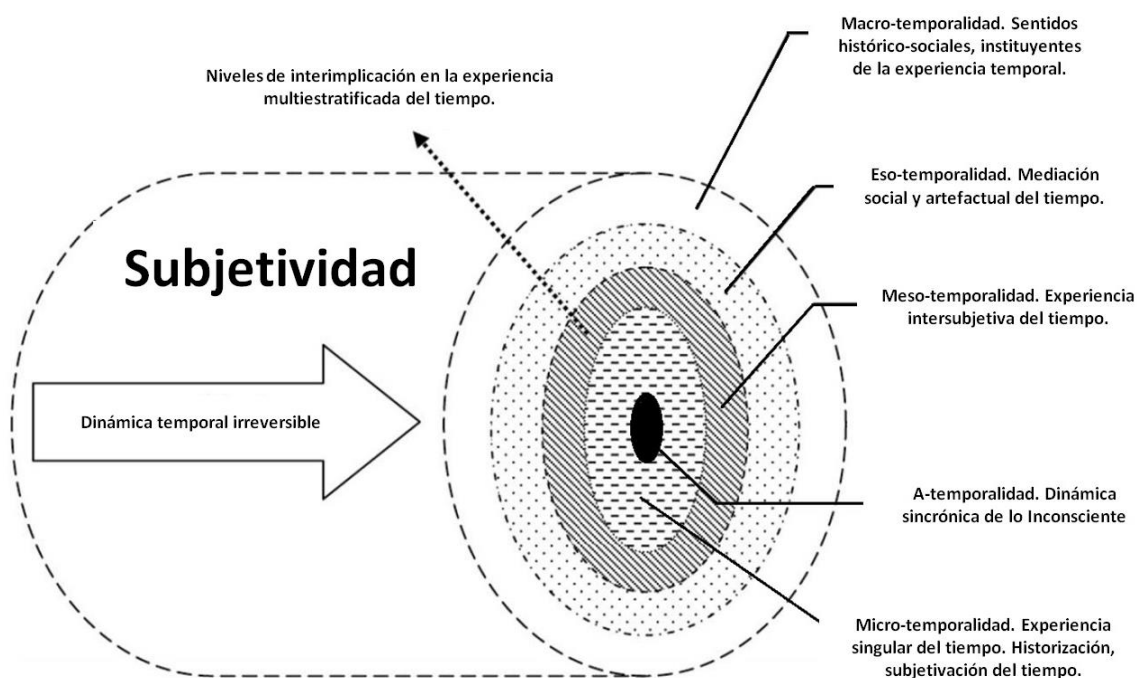


Figura 11. Niveles temporales. Esquema intervenido a partir del original perteneciente a Tateo y Valsiner (2015).

Todas estas dimensiones contribuyen a la definición del flujo temporal y a la construcción de la relación entre **pasado**, presente y **future**. En tensión con la a-temporalidad del inconsciente, el tiempo irreversible parece configurar una dinámica temporal fundamental en la que ningún evento se repite de manera invariable y lo nuevo tiene lugar sólo en articulación con lo previo.

Tomando como punto de partida el aporte de Tateo y Valsiner (2015), esta comprensión del tiempo nos señala una construcción subjetiva en múltiples niveles. Éstos involucran al sujeto en su singularidad, la historización y la experimentación del tiempo acontece en el campo de la subjetividad, que podemos graficar como un sistema concéntrico de elementos contextuales que —a pesar de ser constitutivos— se encuentran cada vez más amplificados bajo articulaciones que complejizan la experiencia directa. Así, es posible delimitar una a-temporalidad, una micro-temporalidad, una meso-temporalidad, una eso-temporalidad y una macro-temporalidad. Los diferentes niveles se vinculan entre sí, en esa intersección generan conjuntamente la experiencia subjetiva de un tiempo irreversible en vínculo paradójico, ambivalente y complejo con la a-temporalidad de la dimensión inconsciente. Este registro, donde se suspende la dimensión temporal, muestra ser resistente a cualquier noción de desarrollo. Señala un núcleo subjetivo sincrónico e invariable, un límite a la posibilidad de subjetivar e historizar la temporalidad en su dimensión irreversible. Se trata de una invariante con la que se debe establecer alguna relación de alianza para cambiar, a pesar de la permanencia.

Todos los registros se integran en la subjetividad¹⁴. En algún sentido están ‘dentro’ de la subjetividad, pero al mismo tiempo, no hay núcleos esenciales, por lo que todos estos registros están ‘afuera’. O, en sentido estricto, la noción misma de subjetividad burla la diferencia del ‘adentro’ y el ‘afuera’, como si los registros temporales se integraran en una banda epistemológica de ‘Möebius’. En este sentido debemos pensar en los anudamientos entre el tiempo sin historia y la historia sin tiempo —tal como afirman, aunque bajo otras claves, Täteo y Valsiner (2015).

5. Reflexiones finales

Las pretensiones freudianas de consagrar el psicoanálisis como una disciplina legítima en su época no pudieron evitar, más bien todo lo contrario, las impregnaciones del evolucionismo. Así, una perspectiva del desarrollo se cuele e impregna en varios segmentos de las consideraciones freudianas, y se filtran en vastos comentarios que pueblan sus escritos, por nombrar uno: “En el individuo que crece, su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas, del desarrollo” (Freud, 1909, p. 217). Pero a pesar de las huellas de la época en sus ideas, Freud ha herido la racionalidad moderna que enaltece la idea de un sujeto ‘adulto’ y ‘normal’. Nos muestra como este ideal es el producto precario de un desarrollo nunca clausurado, abierto a revisión continua de momentos, vivencias y registros previamente transcurridos. En las tempranas profundidades de la subjetividad, continuamente revisitadas, Freud señaló dramas, hitos, fijaciones y complejos que, si bien no petrifican la subjetividad en la pura permanencia, sí exigen, como requerimiento de cualquier cambio, una transfiguración espacial y temporal que reactualiza lo pasado en presente, y lo profundo en superficie.

¹⁴ Tal como se desarrollará en el capítulo 10, cabe aclarar que evitamos hacer jugar aquí el registro de lo biológico como ámbito ontológicamente sujeto a la temporalidad lineal propia del desarrollo. Interpretar la existencia de un sustrato corporal biológico sujeto a tiempos lineales del desarrollo implica la imposición normativa de los sentidos esotemporales al cuerpo. A partir de concepciones contemporáneas que abogan por una subjetividad incardinada abogamos por una continuidad ontológica entre cuerpo y psique. Esto sólo implica el peligro del determinismo biológico si continuamos refiriendo a la biología como si fuera determinista y plana (aspectos hoy en día desestimados). El cuerpo involucra profunda y superficialmente la dimensión inconsciente, por lo tanto es terreno de proliferación acontecimental en su productividad repetitiva, aunque iterativa, propia de la dinámica señalada respecto a los procesos psíquicos. Es posible encontrar argumentos dentro del campo del psicoanálisis, no sólo freudiano, sino de Dolto (2005) en su concepción sobre la *imagen inconsciente del cuerpo* y en Piera Aulagnier (1992, 2004) en su concepción de *pictograma* en relación con las *fuentes somáticas de la vida psíquica*. Así, una mirada epistemológica y ontológicamente renovada nos permite afirmar que: a) la (a)temporalidad de lo inconsciente también libra una disputa de órdenes temporales en eso que llamamos *cuerpo*, imposible de ser reducido a los términos del desarrollo; b) la existencia de la materialidad viva que compone nuestra subjetividad no es lineal ni responde a un orden determinado (Hird, 2004; Barad, 2007, sólo por nombrar algunas); c) la biología se encuentra fantasmaticada a tal nivel que es imposible mantener el dualismo cuerpo-psique (Wilson, 2015); d) nuestra vida corporal/psíquica puede ser pensada como un afluente dinámico de una temporalidad radicalmente discontinua capaz de disputar significaciones instituidas en el registro de la macro-temporalidad. Aún más, actualmente ni siquiera la materia viva, como los metales, muestra comportamientos lineales y predictibles (Deleuze y Guattari, 2004; Bennett, 2010, De Landa, 2015), algo ya esbozado por Freud al referir que la compulsión de la repetición, vinculada con la pulsión de muerte, se vincula con lo inorgánico que, de hecho, también integra nuestra “vida” corporal.

Es en extremo dificultoso poder nominar como desarrollo la forma en que Freud postula los cambios. Bien podríamos pensar que en uno de los extremos del desarrollo se encuentra la pulsión —concepto que cabalga entre lo intrínseco y el otro, entre lo anímico y lo somático. Freud diferencia la economía de las pulsiones del instinto sexual —noción de corte naturalista que pretende explicar por sí misma la forma en que los objetos y los fines sexuales se encuentran contenidos inherentemente en la propia naturaleza biológica. De este modo, Freud interrumpió los anudamientos innatos entre sexualidad y sus objetos y fines. Asimismo amplió considerablemente los dominios de la sexualidad más allá de la irrupción, durante la pubertad, de los genitales y de la función reproductiva, pues la dinámica placer-displacer es inaugural de la temprana organización psíquica —articulada en lo que Freud denomina vivencia o experiencia de satisfacción. A criterio de Freud, la pulsión es una fuerza de empuje constante no definida por un objeto en particular, y su meta es, simple y únicamente, la descarga de tensión —incluso cuando en momentos posteriores del ‘desarrollo’ el magma pulsional continúa su dinámica bajo una identidad sexual vinculada estrechamente con un objeto sexual. Freud nos dice:

Si no solemos decir que la pulsión sexual singular ama a su objeto, y en cambio hallamos que el uso más adecuado de la palabra ‘amar’ se aplica al vínculo del yo con su objeto sexual, esta observación nos enseña que su aplicabilidad a tal relación sólo empieza con la síntesis de todas las pulsiones parciales de la sexualidad bajo el primado de los genitales y al servicio de la función de la reproducción (Freud, 1915b, p. 132).

Aun así, la polivalencia original y parcial de las pulsiones se mantiene bordeando objetos parciales que pueden sustituirse entre sí por estar localizados en un rango de equivalencia. Debido a que el fin sexual no es establecido de manera innata, Freud postula que “la disposición a las perversiones es la disposición originaria y universal de la pulsión sexual de los seres humanos” (Freud, 1905, p. 211) y, así, la sexualidad infantil “perversa polimorfa” (Freud, 1905, p. 214) se prolonga en la vida sexual ‘normal’ y ‘adulta’. La asunción de continuidades entre lo normal y lo perverso, y la polivalencia pulsional y las identidades sexuales, también puede detectarse en un hito nodal del desarrollo: el complejo de Edipo, donde el deseo incestuoso se encuentra anudado a las elecciones de objeto extrafamiliares. Este círculo de continuidad que imbrica lo normal y lo patológico se ancla en el carácter contingente del objeto de la pulsión, de allí se desprende la variabilidad de la vida sexual que torna irrelevante cualquier reproche moral.

Freud presenta una superposición y coexistencia de estratos que nos alejan de la idea de cuadrícula con límites claros entre antes y después, normal y patológico, pulsión, identidad. Al mismo tiempo Freud parece ofrecer ideas que alientan una indeterminación inicial. Sin un punto de inicio a partir del cual se despliegue la totalidad, contamos con múltiples orígenes —que no refieren a tiempos cronológicamente previos— que guardan la potencia del cambio. Freud ofrece la idea de retroacción o ‘Nachträglichkeit’, acción diferida, una forma compleja de (a)temporalidad donde los eventos cronológicamente futuros controlan el significado o

registro psíquico de los eventos cronológicamente pasado. O, más bien, donde la fuerza acontecimental puede alterar la anterioridad lógica que sostiene las experiencias. Nada más alejado de un modelo causal positivista. La potencia de las ideas freudianas a la hora de pensar aportes a una noción de ‘desarrollo’ señala una variabilidad imposible de ser contenida por esta categoría.

Ante la potencia de esta idea no es admisible postular un modelo único de desarrollo universal. En cambio, el psicoanálisis se plantea la tarea de explicar por qué la sexualidad y la identidad no son naturales. Freud explicó que “entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, que corrámos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto” (Freud, 1905, p. 134), lo que significa que la historia libidinal e identificatoria de cada sujeto no es una evidencia biológica. Es más, la dimensión de lo inconsciente abre una vacuola (a)temporal que permite entender el modo en que el yo experimenta —no sin trabajo de historización y apropiación subjetiva— el decurso de una historia en términos de pasado, presente y futuro, en vez de un ritmo natural incesante y cíclico donde la temporalidad en su sentido metafísico no puede reflexivamente ponerse en cuestión. Justamente porque, como intentamos sugerir y argumentar, ni aún en la esfera de lo inconsciente anida un determinismo férreo, es que la historia historizada tiene lugar. La noción de ‘Nachträglichkeit’ nos coloca frente a una explicación lógica del tiempo que permite pensar un tipo de cambio —no el del desarrollo, que, en su carácter universal y determinista, lejos está de abrazar el cambio y la transformación— que da lugar a la contingencia que anima la historización.

Esto resulta paradójico si pensamos en las versiones mal digeridas que invocan el cliché de la culpabilización de los deseos y conflictos de la ‘infancia’ por el sufrimiento ‘adulto’. La infancia deviene una categoría que cobra especial consistencia epistemológica en el psicoanálisis freudiano porque, considerando todo lo desplegado hasta aquí, efectivamente los deseos infantiles son fuente de conflicto. Pero infantil aquí significa, nuevamente, la anterioridad lógica de los momentos constitutivos de la subjetividad que envuelve aquel tiempo que no pasa. En un sentido, profundamente psicoanalítico, el sujeto nunca ‘crece’, ni ‘madura’, ni se ‘desarrolla’. Lejos de negar la fuerza de la historia, esta consideración ofrece su condición de posibilidad. La dinámica sincrónica de lo inconsciente es condición de cambio. Si las miradas ancladas en el ‘desarrollo’ ofrecen determinismo y universalismo bajo las mascaradas del cambio, el psicoanálisis freudiano nos explica un cambio capaz de devenir historia subjetiva bajo la apariencia de determinismo y universalidad.

El tiempo de los procesos psíquicos no es evolutivo, sino retroactivo. Cuando Freud señala que “el histérico padece por la mayor parte de reminiscencias” (Freud y Breuer, 1893-95, p. 33), nos dice que sufren de su pasado. Luego añade que “no de los recuerdos mismos, sino de las fantasías construidas sobre la base de ellos, dependen sobre todo los síntomas histéricos” (Freud, 1900b, p. 488), lo que significa que lo inconsciente ha cambiado, literalmente, lo vivenciado en el pasado. El psicoanálisis no como tiene objetivo ‘recuperar’ el pasado, sencillamente porque este pasado es lógico, no experiencial o cronológico. Este tipo de tem-

poralidad compleja emerge en frases tales como: “el hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro” (Freud, 1905, p. 203). El punto es que la causalidad y la historia son piezas de una dinámica de cambio anclados en un funcionamiento complejo que se apoya en la ‘Nachträglichkeit’.

Es cierto, aun así Freud explica las transformaciones desde el polimorfismo perverso inicial hasta las formas finales, integradas, de la sexualidad. La noción de desarrollo se filtra en el psicoanálisis, pero jamás encuentra un sitio cómodo. Existen cambios y transformaciones que marcan un antes y un después, pero el modelo freudiano de psique no admite de forma tan sencilla una teoría del cambio vinculada con la idea de linealidad, secuencialidad y determinismo. Así, el psicoanálisis lidia con la idea de desarrollo de manera problemática, Freud se adhiere pero también se aparta radicalmente de los conceptos establecidos en su época.

Ofrecemos tapas de libros dedicados a psicología del desarrollo como ocasión para reflexionar respecto a cuál de ellas nos acerca la mirada psicoanalítica, y de cuál nos aleja:

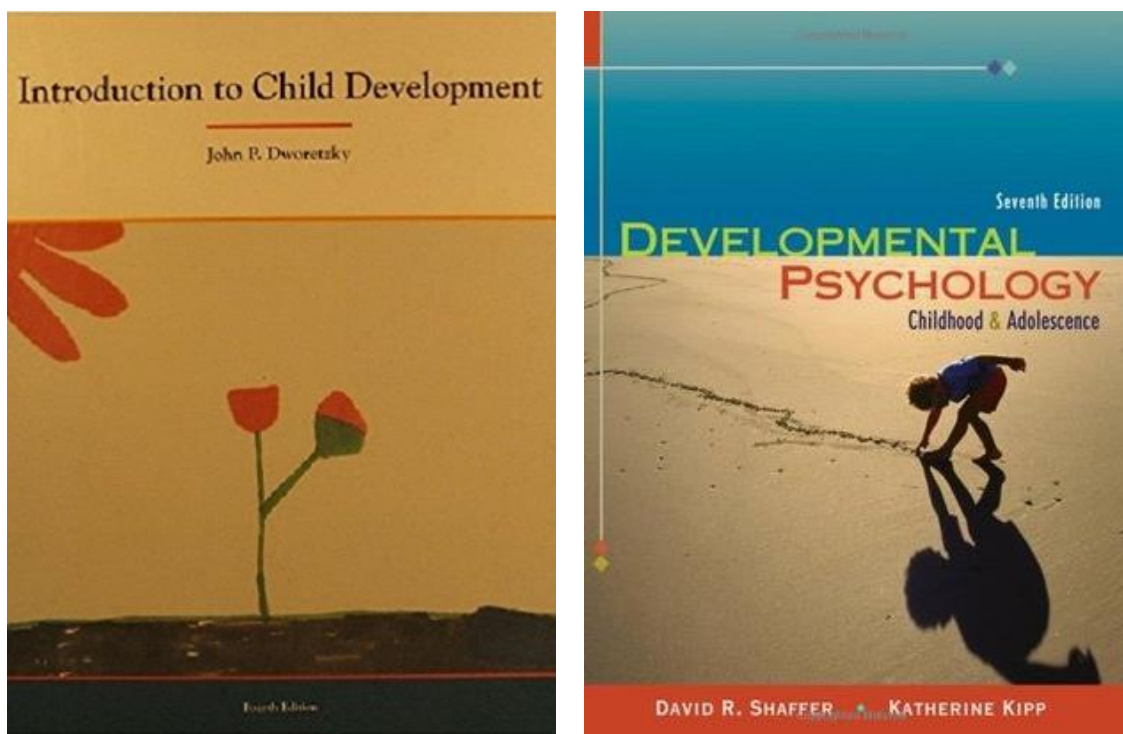


Figura 12. Portadas de libros dedicados a Psicología del Desarrollo.

Finalmente, cabe señalar que, el espacio tenso, paradójico y problemático que se abre en psicoanálisis y psicología del desarrollo nos enfrenta con el desafío ubicar en un ‘entre’ extremadamente incómodo pero productivo si estamos dispuestos a renovar nuestras miradas epistemológicas. Sin dudas el territorio es sinuoso y, probablemente, el trayecto no ha sido aquel que sepa evitar del mejor modo las sinuosidades del recorrido. Por tal motivo ofrecemos un mapa para un retorno hacia un encuentro, novedoso, con lo ya plasmado en la permanencia de la letra.

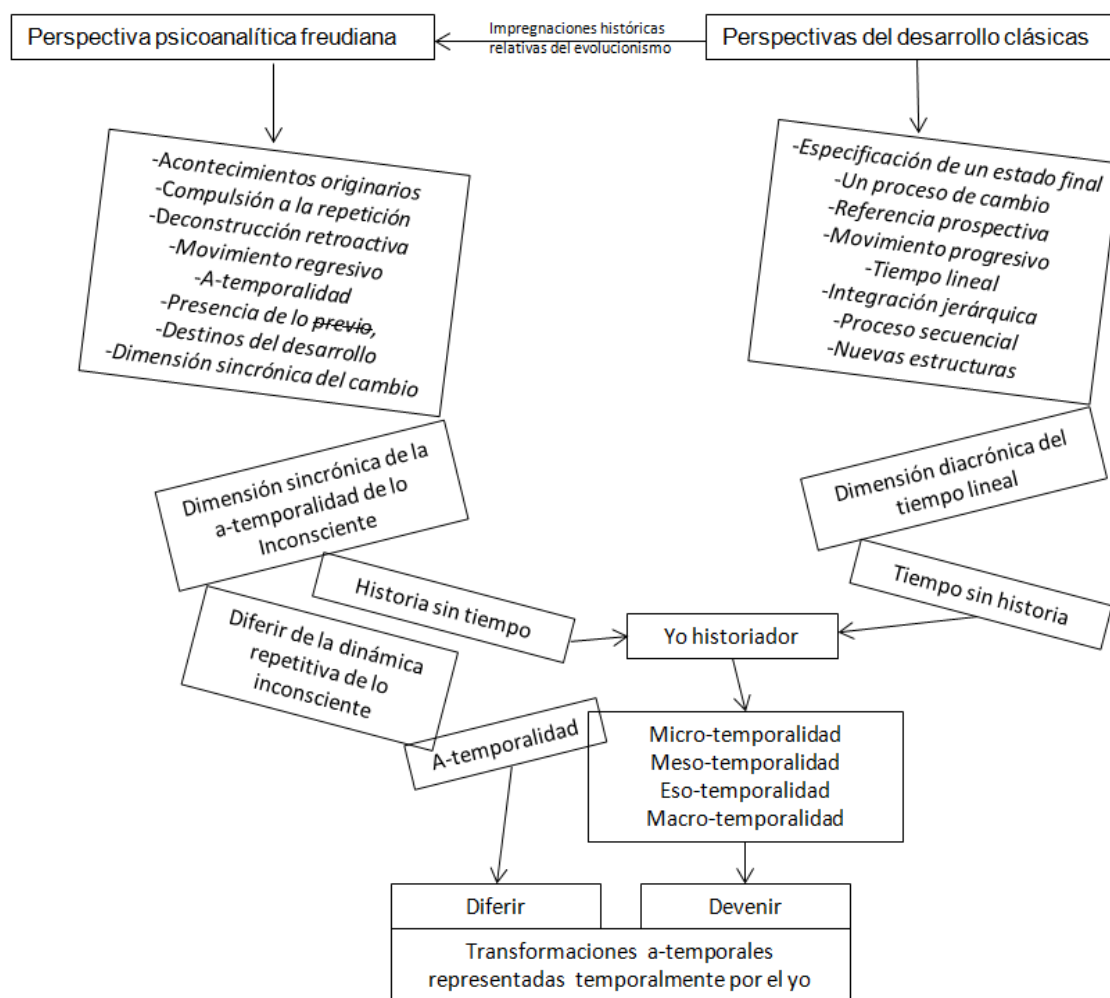


Figura 13. Semblanza del recorrido propuesto.

Referencias

- AAVV. (1999). Deferred Action. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 47(1), 213-225.
- Abrams, S., y Solnit, A. J. (1998). Coordinating Developmental and Psychoanalytic Processes: Conceptualizing Technique. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 46(1), 85-103.
- Aulagnier, P. (1991). Construir(se) un pasado. *Revista de Psicoanálisis APdeBA*, 13(3), 441-497.
- Aulagnier, P. (1992). Fuentes somáticas y discursivas de nuestras representaciones de la realidad. *Psicoanálisis con niños y adolescentes*, 2, 7-25.
- Aulagnier, P. (2003). *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Del discurso identificante al discurso delirante. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (2004). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Barad, K. (2007). *Meeting the universe halfway: Quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Durham, NC: Duke University Press.
- Bennett, J. (2010). *Vibrant matter: A political ecology of things*. Durham, NC: Duke University Press.

- Bistoën, G., Vanheule, S. y Craps, S. (2014). Nachträglichkeit: A Freudian perspective on delayed traumatic reactions. *Theory & Psychology*, 24(5), 668-687.
- Broughton, J. (ed.) (1987). *Critical Theories Psychological development*. New York: Plenum Press.
- Browning, D. L. (2018). Laplanche on Après-Coup: Translation, Time, and Trauma. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 66(4), 779-794.
- Butler, J. (2008). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Buenos Aires: Paidós.
- Cairo, I. (2017). It's About Time: Temporality in Analysis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 65(2), 317-326.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Castoriadis, C. (2005). *Los dominios del hombre*. Barcelona: Gedisa.
- De Landa, M. (2015). The New Materiality. *Architectural Design*, 85(5), 16-21.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004 [1980]). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Derrida, J. (2003). *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Dolto, F. (2005). *La imagen inconsciente de cuerpo*. Buenos Aires: Paidós.
- Fajardo, B. (1998). A New View of Developmental Research for Psychoanalysts. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 46(1), 184-207.
- Flax, J. (1995). *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos Fragmentarios*. Madrid: Cátedra.
- Freud, S. (1895 [1979]). Proyecto de psicología. *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1897 [1979]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. *Obras completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900a [1979]). La interpretación de los sueños. En *Obras Completas*, Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900b [1979]). La interpretación de los sueños (segunda parte). En *Obras Completas*, Tomo V. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1901 [1979]). Psicopatología de la vida cotidiana (Sobre el olvido, los deslices en el habla, el trastocar las cosas confundido, la superstición y el error). En *Obras Completas*, Tomo VI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905 [1979]). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1909 [1979]). La novela familiar de los neuróticos. En *Obras Completas*, Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1910 [1979]). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. En *Obras Completas*, Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1911 [1979]). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras Completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912 [1979]). Sobre la dinámica de la transferencia. En *Obras Completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1913a [1979]). El interés por el psicoanálisis. En *Obras Completas*, Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1913b [1979]). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En *Obras Completas*, Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914a [1979]). Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis). En *Obras Completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914b [1979]). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915a [1979]). Lo inconciente. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915b [1979]). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915c [1979]). De guerra y muerte. Temas de actualidad. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916 [1979]). La transitoriedad. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917a [1979]). Duelo y melancolía. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917b [1979]). Parte III. Doctrina general de las neurosis. En *Obras Completas*, Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920 [1979]). Más allá del principio de placer. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923 [1979]). El yo y el ello. En *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925 [1979]). Nota sobre la «pizarra mágica». En *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926 [1979]). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En *Obras Completas*, Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930 [1979]). El malestar en la cultura. En *Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933 [1979]). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras Completas*, Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1937a [1979]). Análisis terminable e interminable. En *Obras Completas*, Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1937b [1979]). Construcciones en el análisis. En *Obras Completas*, Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1939 [1979]). Moisés y la religión monoteísta. En *Obras Completas*, Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1940 [1979]). Esquema del psicoanálisis. En *Obras Completas*, Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. y Breuer, J. (1893-95 [1979]). Estudios sobre la histeria. En *Obras Completas*, Tomo II. Buenos Aires: Amorrortu.
- Galatzer-Levy, RM (1988). Events theory. *Revista de la Asociación Americana de Psicoanálisis*, 36 (2), 532-535.
- Gedo, J. E. (1991). Between Proximity and Reductionism: Psychoanalytic Theory and Occam's Razor. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39(1), 71-86.
- Gilmore, K. (2008). Psychoanalytic Developmental Theory: A Contemporary Reconsideration. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 56(3), 885-907.
- Green, A. (2000). *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Haviland, B. (2010). After the Fact: Mourning, Melancholy, and 'Nachträglichkeit' in Novels of 9/11. *American Studies*, 55(3), 429-449.
- Hird, M. (2004). *Sex, gender, and science*. New York: Palgrave Macmillan.
- Hoffman, L. (2018). The Past in the Present, the Present in the Past: Introduction to Panel on Reconstruction from Today's Two-person Perspective. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 66(3), 473-478.
- Honig, R. G. (2005). Psychoanalysis and Developmental Theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4), 1383-1388.
- Horowitz, M. (1988). *Introduction to Psychodynamics: a New Synthesis*. New York: Basic Books.
- House, J. (2017). The Ongoing Rediscovery of Après-Coup as a Central Freudian Concept. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 65(5), 773-798.
- Irigaray, L. (2007). *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal.
- Lacan, J. (1979). *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Laplanche, J. (2001). *Entre seducción e inspiración: el hombre*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (2012). *El après-coup*. *Problemáticas VI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1983). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Le Poulichet, S. (1996). *La obra del tiempo en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lewkowicz, I. (1997). Historización en la adolescencia. *Cuadernos APdeBA*, 1, 109-126.
- Loewenberg, P. (2015). Time in History and in Psychoanalysis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 63(4), 769-784.
- Lombardi, R. (2013). Death, Time, and Psychosis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 61(4), 691-726.
- Martínez, A. (2019). La terceridad semiótica: Una crítica feminista a la Ley Simbólica del Padre en Psicoanálisis. *Aquila*, 9(21), 55-96.
- Mather, R., y Marsden, J. (2004). Trauma and Temporality: On the Origins of Post-Traumatic Stress. *Theory & Psychology*, 14(2), 205-219.
- Sandler, J. y Sandler, A. -M. (1987). Past unconscious, present unconscious, and the vicissitudes of guilt. *International Journal of Psycho-Analysis* 68, 331-342.
- Scott, J. (2012). The incommensurability of psychoanalysis and history. *History and Theory*, 51, 63-83.

- Shaughnessy, B. (2011). Nachträglichkeit — after Kaja Silverman. *Women's Studies Quarterly*, 39(3/4), 29-30.
- Tateo, L., y Valsiner, J. (2015). Time Breath of Psychological Theories: A Meta-Theoretical Focus. *Review of General Psychology*, 19(3), 357-364.
- Thomä, H. y Cheshire, N. (1991). Freud's Nachträglichkeit and Strachey's "deferred action": Trauma, constructions and the direction of causality. *International Review of Psycho-Analysis*, 18:407-427.
- Tournier, M. (1992). *Viernes o los limbos del pacífico*. Madrid: Alfaguara.
- Wallerstein, R. S. (1990). Freud Reappraised: A Fresh Look at Psychoanalytic Theory. *Revista de la Asociación Americana de Psicoanálisis*, 38(3), 836-839.
- Wilson, E. (2015). *Gut Feminism*. Durham: Duke University Press.
- Wolff, P. H. (1996). The Irrelevance of Infant Observations for Psychoanalysis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(2), 369-392.
- Zetzel, E. R. (1955). The Concept Of Anxiety In Relation To The Development Of Psychoanalysis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 3(3), 369-388.
- Zukier, H. (1985). Freud and Development: The Developmental Dimensions of Psychoanalytic Theory. *Social Research*, 52(1), 3-41.

CAPÍTULO 5

Black hole: el deseo y lo monstruoso

Lucía Vazquez

En la obra de Charles Burns (1955), *Black Hole* (*Agujero negro* en español, publicada en 12 partes entre 1995 y 2005), puede leerse el despertar sexual de los personajes y su crecimiento en general como un evento sobrenatural y horroroso, codificado como una metamorfosis monstruosa. Esto puede vincularse con la teoría que Freud (1905) desarrolla en sus tres ensayos sobre una teoría sexual; en el tercero de sus ensayos, que él llama *Las metamorfosis de la pubertad*, explica los cambios físicos que suceden a nivel corporal y que suponen transformaciones a nivel de la sexualidad. En una clara referencia a las ETS, lxs jóvenes de esta historia se exponen a contagiarse del “mal” cuando tienen relaciones sexuales. La mutación es aleatoria, no para todxs tiene la misma forma, puede ser más o menos visible y así permitirles, o no, continuar con su vida *normal*. Las metamorfosis convierten en monstruos a los chicxs y esto lxs vuelve, por un lado, rechazables —al punto de quedar en los márgenes de sus casas, de la escuela, de sus grupos de amigxs—, dejan de ser cuerpos que importan y pasar a ser cuerpos abyectos en términos de Judith Butler (2010). Pero también se vuelven cuerpos deseables, por lo *raro* y misterioso. Sus mutaciones les permiten, también, tener una sensibilidad alternativa, distinta, que también se intensifica con el sexo.

La historia se ambienta en los suburbios de Seattle, a mediados de los noventa. Un grupo de jóvenes en edad todavía escolar (15/16 años) vive sus primeros encuentros sexuales. Tenemos cuatro protagonistas, cuyas historias se van entrelazando. Está Chris, la chica hermosa que, tras tener sexo con Rob una noche, se contagia y luego se va a vivir al bosque con él —cuando la presión social por no ser “normales” ya es insostenible, pero también siguiendo la fantasía adolescente de escapar del mundo y las leyes de los adultos—. Rob tiene una boca en su garganta, que a veces gime y hace ruidos, pero otra habla —y tiene “poderes”, como anticipar el futuro. Keith, un compañero de escuela que está enamorado de Chris, pero no consigue conectar con ella, y cuando finalmente lo hace también conoce a Eliza, una chica que tiene una cola y con quien tiene sexo, “contagiándose” también. A Chris se le sale la piel y a Keith le aparece una especie de renacuajos en el cuerpo, como pequeñas colitas. Las dos historias de “amor”, la de Chris y Rob y la de Keith y Eliza, van en paralelo y se cruzan cuando Chris se aloja en la casa de unos amigos de su padre que él cuida. Ocurre algo horrible en esa casa, en la que también terminan alojando-

se otros chicos y chicas “deformes”: alguien entra con un arma y mata a varios. Keith luego de esto decide también escapar, pero al Sur, junto con Eliza. Hay un quinto personaje, Dave, uno de los marginales del bosque, que tiene toda la cara deformada. Hacia el final nos enteramos de que él asesinó a Rob en el bosque y a varios de sus amigos en la casa de Keith, porque también estaba enamorado de Chris, lo que cristaliza la idea de que ser deseable/sensual puede ser negativo para la chica —que termina mal. Eliza, también hipersexualizada, confiesa en un momento a Keith que sufrió una violación en grupo. Los cuerpos femeninos, con o sin deformación, se viven especialmente como fuente de placer o de castigo. Pero en todos los casos los cuerpos son origen de placer y también del displacer, y esto creemos que puede leerse desde la nueva etapa en la sexualidad, según Freud, en la que lxs jóvenes pasan del autoerotismo a la elección de un objeto otro.

Hay dos espacios predominantes, la escuela —sitio de la vida social que casi no aparece representada—, y el bosque, donde lxs chicxs van a tomar cerveza, fumar porro, tener sexo y, avanzada la historia, a vivir cuando ya no tienen lugar en sus casas paternas. Solo un hogar tiene protagonismo, pero es una casa abandonada por los adultos en la que se refugian varios de estxs jóvenes que, deformadxs, se habían ido al bosque. Quienes deben vivir con las “deformidades” más avanzadas no pueden más que huir allí, lugar de retiro social, en el que o bien no hay reglas o las hay, pero en otros términos. Recuerda a la película *The lobster* (2015, Yorgos Lanthimos), en la que los personajes que no hayan podido emparejarse como corresponde son enviados al bosque para luego ser cazados (y es obvio en nuestro idioma el juego de palabras). Es un lugar de libertad, pero también de mucha peligrosidad. Esta doble valoración también aparece asociada a los cuerpos adolescentes. El bosque es el lugar alternativo a la sociedad, donde los chicos y las chicas son más “libres” pero también están más expuestxs, a los elementos, a las carencias, a sus propias violencias. Al final, tanto Keith como Chris se alejan de todo, el chico acompañado de la resiliente Eliza, y Chris sola, cerca del mar, en el que al final se meterá para —creemos— ya no salir, de cara a las estrellas.

Las deformidades son de todo tipo, algunas más visibles que otras. La alteración de distintas partes de los cuerpos constituye esta de-formidad, que deviene en monstruosidad. Keith, cuando se encuentra con las y los chicos del bosque dice “miré las caras que me rodeaban (...) algunas eran normales, otras deformes” (Burns, 2017, p. 181). Antes había pensado “intenté mirarles, pero no era fácil. Algunos me resultaban familiares, quizá fueran niños que iban a mi misma escuela. Otros estaban tan hechos polvo que me habría sido imposible reconocerles” (Burns, 2017, p. 179). Sabemos que muy probablemente estos jóvenes se hayan transformado a partir de un contagio por vía sexual, que es la única forma en que vemos la transmisión del “virus”. Podemos leer la iniciación sexual como un ritual de crecimiento que aleja a los chicos y a las chicas para siempre de su forma anterior, la de ser niñxs.



Imagen 1. Extraída de <https://www.morbidofest.com/archivos/28299>.

Según la psicóloga Arminda Aberastury (1991) el paso de la niñez a la adolescencia implica tres duelos: “Los cambios psicológicos que se producen en este periodo y que son el correlato de cambios corporales, llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo. Ello sólo es posible si se elabora lenta y dolorosamente el duelo por el cuerpo del niño, por la identidad infantil y por la relación con los padres de la infancia” (p. 15). Entendemos duelo como el proceso psíquico que hacemos cuando hemos perdido algo o a alguien; es el *trabajo* que hace nuestra psiquis y a veces nuestro cuerpo por tratar de comprender lo incomprensible: que algo no existe más. Se duelan, en el paso a la adolescencia, el cuerpo infantil, el rol infantil y a los padres infantiles. Hay cosas que los adolescentes ya no pueden hacer porque no son niños; los padres dejan de idealizarse como en la primera infancia y se muestran llenos de defectos. Pero el primer duelo, el del cuerpo, es el que determina los otros con más fuerza; podemos asumir que hemos crecido por la edad (están los ritos de iniciación que se ocupan culturalmente de marcar esto) pero es el cuerpo

el que no deja lugar a dudas de que ya no somos niños. Las transformaciones monstruosas que se viven en el paso a la adolescencia implican duelar el cuerpo infantil, esa forma que teníamos cuando éramos niños, asociada más a lo inocente —aún no “corrompido” por el sexo o las drogas, por ejemplo— y este es el duelo que está más vinculado con la historia de *Black Hole*. Luego de su mutación, Chris se mira al espejo y dice “Dios, mírame. No debería tener este aspecto. Parezco normal pero no lo soy. Soy un *monstruo*” (Burns, 2017, p. 137). Ella sabe que su cuerpo no es el mismo, y aunque no sabemos si la de Rob era su primera vez sí podemos observar que se infecta cuando concreta el deseo: él le gusta, ella avanza, van a tomar vino al cementerio y tiene sexo. Hay algunos elementos que permiten pensar que los personajes rompen reglas, las transgreden para seguir su deseo y por eso son ‘castigados’.



Imagen 2. Extraída de <https://werewolfshow.blogspot.com/2008/10/entrevista-charles-burns-en.html>.

La contratapa de la edición de la obra de Burns de *La cúpula ilumina*:

Tardamos cierto tiempo en tomar conciencia de ello, pero finalmente descubrimos que la epidemia solo afectaba a los adolescentes. La llamaron ‘la plaga de los quinceañeros’ y se manifestaba a través de síntomas de lo más impredecibles. Para algunos no fue demasiado dramático: apenas unos bultos, tal vez un sarpullido. Otros, en cambio, se convirtieron en monstruos a los que les crecían nuevos apéndices. Pero no eran solo síntomas pasajeros, una vez contraías la infección, quedabas convertido en aquello para siempre.

El campo semántico de la enfermedad (síntoma, infección) orbita toda la historia y vincula directamente el crecer con estar enfermo. La inserción genérica (el terror/horror) in-

tensifica el efecto: contraer la enfermedad (crecer) puede convertirte en un monstruo, y la transformación es irreversible.

Pero hay algo más, Aberastury luego suma un cuarto duelo a su teoría, el de la bisexualidad infantil. Este consiste básicamente en comenzar a construir un objeto de deseo en el otro, es decir, a desear a otros y otras. Entonces crecer es también encontrarse con el deseo sexual orientado a otro que no soy yo, a alguien desconocido, ajeno, diferente. Para Freud existe una sexualidad infantil, que existe desde que el Otro con quien el bebé entra en contacto, lo alimenta, lo cuida, etc., aquí se funda la sexualidad infantil. Lo biológico se encuentra anudado a la pulsión, que a diferencia de la necesidad biológica nunca se satisface. Lo interesante es que esta sexualidad infantil se organiza en zonas del cuerpo en donde la pulsión se satisface, pero aún antes de que existe un yo, una identidad. Las metamorfosis que implican la pubertad también cambian la pulsión sexual. La adolescencia sería en sí el trabajo que lxs sujetxs realizan para elaborar esos cambios, y el duelo es el principal. Según María Cristina Rother de Hornstein (1992) las operaciones que impone la adolescencia a la psique —de ‘metabolización’, ‘transformación’ y ‘renegociación’— son singulares en cuanto dependen de cómo se experimenten los cambios físicos inéditos hasta el momento. El deseo sexual de los personajes de *Black Hole* se vincula literalmente con la mutación que, por un lado lxs hace desconocer y rechazar su propio cuerpo, pero por otro les da nuevas posibilidades, asociadas con el placer, como la cola de Eliza. Uno de los problemas en el texto es que casi cualquier experiencia placentera parece tener una consecuencia negativa, lo cual resulta muy disciplinante, tanto para los personajes como para lxs lectores. Si ubicamos a *Black Hole*, con sus imágenes horrorosas, en el género de terror podemos pensar que se activa un mecanismo parecido al de las películas llamadas *slasher* (del anglicismo *slash*: cuchillada) en las que el asesino/psicópata por lo general irrumpe en medio de una reunión o fiesta entre adolescentes que tienen sexo y/o consumen drogas. No sabemos cómo se infectaron los chicos y las chicas que viven en el bosque, pero los personajes que nos cuentan su historia se asocian a dos aspectos que nos permiten la relación: rompen reglas (se drogan, tienen sexo premarital sin protección) y lo hacen fuera de la supervisión de los adultos.

Lo *siniestro* se vincula también con todo lo que podemos observar en *Black hole*. Lo siniestro es, básicamente, lo que, familiar, se vuelve extraño. Freud lo plantea, en 1919, como una vivencia contradictoria donde lo extraño se nos presenta como conocido y lo conocido se torna extraño. Ese sentimiento que, siendo familiar y conocido, regresa a nosotros con una sensación de extrañeza y contenido terrorífico que nos produce angustia. En un primer momento, Freud define lo siniestro como aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido y familiar desde hace mucho tiempo; plantea lo siguiente ¿cómo es posible que lo familiar devenga siniestro, terrorífico y en qué condiciones ocurre? En *Black hole* sería el propio cuerpo lo que resulta siniestro para los personajes. Crecer se asemeja a una película de terror. “No me pasa nada (...) es que anoche me vio la regla y tengo unos dolores de *miedo*” dice Chris a sus amigas (Burns, 2017, p. 47, resaltado mío). Si *Heimlich* es lo íntimo, conocido, familiar y *Un-Heimlich* es lo desconocido, clandestino y terrorífico, en *Black Hole* el cuerpo se torna definitivamente *unheimlich*. Territorio de transgresión, desconocido, origen

del peligro, espacio a ser explorado. Una sensación que se experimenta de manera doble: ocurre al conocer el cuerpo de otro u otra y al desconocer y re-conocer el cuerpo propio que se presenta como ajeno, porque ya no es el cuerpo infantil-familiar.



Imagen 3. Extraída de <https://www.nerdteam30.com/dont-wake-me-til-its-done/fade-to-black-white-under-the-plague-moonlight-a-review-of-charles-burns-black-hole>.

Chris es una de las chicas más lindas de la escuela, como muchos de los chicos del lugar, el último tiempo ha sufrido transformaciones. Su secreto es que luego de tener sexo con Rob comienza a perder la piel. Rob también tiene lo suyo, una boca se abre en su garganta. En el momento de mayor intimidad Chris la descubre y le causa horror. Ver desnudo, al otro, tal cual es, lleva sorpresas indeseables. Como si se planteara en términos de lo que 'cuesta' cumplir el deseo, en este caso sexual. Cuando logran concretarlo, la transformación se contagia y es significativo que resulte en Chris en un cambio de piel. Su cuerpo ya no el mismo ni lo será jamás, perdió su piel de niña y ahora está *marcada*. El título de la historia también permite una lectura asociada con lo sexual. En el primer capítulo está Keith abriendo una rana en la clase de biología y tiene una especie de visión de lo que vendrá, el agujero que se abre en el pie de Chris cuando camina por el bosque, alejada del resto, en vínculo también con lo prohibido. A Chris se le abre la piel y el agujero negro, que conduce a visiones a veces eróticas y a veces terroríficas, se hace literal. Conocerse en la intimidad con el otro es descubrir la monstruosidad del cuerpo ajeno, descubrimiento que después pasa al propio cuerpo. Keith, cuando está enamorado de Chris, la recuerda en la clase de biología, "Entonces ella era tan encantadora y tan perfecta" (Burns, 2017, p. 281). En ese momento aún no la había visto desnuda, "fue horrible verla así" (Burns, 2017, p. 280). Aunque sean aceptados, en un acto de amor, la mirada de los otros puede ser más fuerte y la vulnerabilidad en la que se encuentran al ser monstruos los pone en peligro y hasta puede costarles la vida. Si se aceptan y quieren vivir libres deben alejarse de todo lo conocido, y esto también metaforiza el crecimiento. Sumergirse en lo nuevo, en lo que desconocido es la única forma de *intentar* ser feliz después de la transformación. Como adelantamos, algunos personajes parecen lograrlo, pero la mayoría, no. Porque crecer, además de ser monstruoso, es terrorífico y muy peligroso.

Para ir concluyendo, si bien en una primera lectura es fácil vincular las transformaciones que sufren chicos y chicas con las enfermedades de transmisión sexual, incluyendo el virus del VIH, creo que es más profundo todavía. No se trata solo de la sexualidad sino de la transgresión que en sí mismo implica el crecimiento, el paso de la niñez a la adolescencia. El agujero negro es lo desconocido que se abre, ese vacío que se genera cuando se rasga la piel de la normalidad, de lo familiar, de lo conocido. Puede ser también espacio de exploración, de conocimiento, pero sobre todo es metáfora de lo siniestro, lo peligroso, lo que 'absorbe' a los protagonistas. Un agujero negro es *una región finita del espacio en cuyo interior existe una concentración de masa lo suficientemente elevada y densa como para generar un campo gravitatorio tal que ninguna partícula material, ni siquiera la luz, puede escapar de ella*. ¿No es eso también el crecimiento, y, por supuesto, el deseo y su peligrosa fuerza?

Referencias

- Aberastury, A. (1991). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. México: Paidós.
- Burns, C. (2017). *Agujero negro (Black hole)*. Barcelona: La cúpula.

- Butler, J. (2010). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1905 [1979]). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1919 [1979]). Lo ominoso. *Obras Completas*, Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rother de Hornstein, M. C. (1992). La pubertad ¿un traumatismo? Lo traumático en la infancia. *Diarios clínicos*, 5, 71-78.

SEGUNDA PARTE

Posestructuralismo: un segundo pliegue deconstructivo

CAPÍTULO 6

A vueltas con el problema de la infancia

Ariel Martínez

1. La mirada de Erica Burman: el lastre normativo de la disciplina

La publicación de *La deconstrucción de la Psicología Evolutiva* (1998) de Erica Burman¹⁵ nos trasladó hacia reflexiones histórico-políticas respecto al campo de estudio señalado en el título de su obra, nos enfrentó con la necesidad de incorporar este proceso de reflexión en nuestras investigaciones y, aún más, nos interpeló en términos éticos respecto a nuestro compromiso y responsabilidad en la producción de conocimiento. La pregnancia de claves foucaultianas de pensamiento se expresa en el creciente consenso de un número notable de intelectuales que sostienen que, cuando abordamos su estudio, lejos de simplemente describir cómo ‘son’ los niños, también los producimos. Este punto es relevante porque ha impulsado una fuerte tradición crítica que cuestiona las nociones fundamentalmente sustanciales de la niñez y la infancia. Esta mirada crítica se alimenta, indudablemente, de interrogantes más amplios sobre la naturaleza del conocimiento y el status ontológico de la verdad —vectores que circulan en las miradas teóricas críticas que no todas las disciplinas son capaces de soportar.

Los aportes críticos provenientes del feminismo y del pensamiento postcolonial se integran al abordaje que Burman realiza de la psicología del desarrollo. Desde aquellas coordenadas, la autora desplaza el enfoque hacia la suspicacia ideológica respecto a la función que la psicología del desarrollo cumple dentro de los arreglos de poder propios de cada cultura. En última instancia, nos invita a sospechar y no aceptar acríticamente esta disciplina como fuente objetiva capaz de informarnos cómo son los niños. En la misma línea, en lugar de preguntarnos cómo se traducen, difunden e impactan las ideas de la psicología del desarrollo en el campo social, podemos interrogarnos por el modo en que estas ideas forman parte de un conjunto implícito de prácticas que gobiernan la infancia a partir de la producción de discursos que aseguran extraer la verdad de la realidad objetiva. Del mismo modo, en lugar de preguntarnos las particularidades de aquellos niños que muestran desajustes con el niño idealizado, podemos preguntarnos cómo desafían esos niños ‘desviados’ las nociones hegemónicas de niñez.

¹⁵ De aquí en más todas las referencias a esta autora encuentran su anclaje en *La deconstrucción de la Psicología Evolutiva* (1998), salvo que se indique lo contrario.

Sin duda, estas preguntas inauguradas por Burman configuran un punto de partida para el análisis propuesto. La autora señala que el enfoque de la psicología que toma por objeto al niño individual (o a la díada madre-hijo) clausura la importante gama de instituciones sociales que participan activamente dando forma a los sentidos que operan en la producción de la infancia. La compleja conexión entre instituciones queda oculta tras la retórica tendiente a afianzar la universalidad de la familia y del sujeto de la psicología del desarrollo, y que al mismo tiempo naturaliza la conexión entre la madre y el niño. Estos discursos funcionan frecuentemente para disminuir la responsabilidad del estado por los niños y, al mismo tiempo, refuerzan las relaciones desiguales entre varones y mujeres dentro de las familias al privilegiar el papel y la responsabilidad de la madre en el bienestar, e incluso en la supervivencia, del niño. La naturalización de la díada madre-hijo, la noción muy limitada de la familia y el tipo de socialización que reproduce, oculta relaciones de poder inherentes a formas particulares de entender a los niños y sus necesidades, también clausura las formas alternativas en que el cuidado (y el riesgo) de los niños puede ser entendido. Es evidente a esta altura que la retórica que produce la infancia, y el espectro invisibilizado de categorías que gravitan de forma constitutiva en torno a ella, son incapaces de contener la realidad concreta de otras existencias abyectas (sexo-genérica y étnicamente) cuyas formas de organizar la crianza no son nominadas bajo los términos familia, ni utilizan los términos propios de los lugares del parentesco para autodenominarse. Quedar por fuera es efecto de la violencia epistémica que impone la fuerza de los marcos de inteligibilidad normativa.

Burman nos enfrenta con la ardua tarea de no imaginar la familia como lugar natural para el desarrollo del niño. La autora señala que, probablemente, el supuesto más profundo y generalizado en la psicología del desarrollo es la necesidad de la familia. Esta idea excluye otras formas de organizar la crianza, y otras instituciones, incluida la escuela y el estado, que participan en la vida de los niños imponiendo el peso de las normas sociales o ampliando los márgenes de reconocimiento. Al atender a la producción social y política del niño, Burman nos permite leer la separación entre el niño ideal y el niño imaginado, y la vida cotidiana de los niños concretos. Este desmontaje constituye una operación fundamental, pues deja al descubierto que lejos de abordar y reflexionar sobre las presentaciones de la infancia en el arco de su multiplicidad, la psicología del desarrollo se desliza convenientemente para describir/prescribir lo que la infancia debería ser. Así, en la superposición entre descripción y prescripción, se (re)produce el niño normal y anormal.

Aún en contextos donde las políticas estatales hacen imposible el sostenimiento de la familia en toda la franja poblacional, las teorizaciones y las tecnologías se traducen como prácticas de intervención continúan operando a partir de la producción de la familia como sitio natural para los niños. Probablemente esta estrategia se arraigue en la naturalización de la díada madre-hijo, que late en el corazón de la fantasía de vida familiar arraigada en las estructuras y prácticas que cabalgan sobre un conjunto poblacional concretamente marcado —por ejes de poder, tales como la clase, sexo-género, étnica, localización geopolítica, edad, etc.— y universalizado a la totalidad de la población bajo el constructo pretendidamente neutro de Sujeto.

Como señala Burman, las estructuras económicas que sostienen los flujos de riqueza a nivel mundial participan en la producción de los modelos de familia valorados por las disciplinas, incluso cuando se considera que la política y la economía están fuera de las experiencias de la infancia y de la construcción de conocimiento respecto a ella.

Como fuere, Burman critica fuertemente la relevancia de la noción normativa de infancia y familia que opera de forma natural en las teorizaciones. Aún más, la autora no sólo observa la relevancia cultural de tales constructos hegemónicos, también considera el surgimiento histórico de la psicología evolutiva en un momento de fuerte colonización en el que las nociones lineales de desarrollo se vinculaban a logros, y donde el niño devino representante del salvaje subdesarrollado. Estas ideas nociones también impregnaron el psicoanálisis de Sigmund Freud. Paul Gordon (2001) ha señalado que Freud compara al adulto 'neurótico' no solo con un niño sino con los 'primitivos'. De hecho, lo que se considera su principal trabajo antropológico, *Tótem and Tabú* (1913), lleva por subtítulo *Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*. Freud afirmó que tanto neurótico como salvajes compartían la creencia en la omnipotencia de los pensamientos y en la magia. En su *Doctrina general de las neurosis* (1917) escribe sobre “los primitivos que sobreviven en nuestros días” (p. 305) que, como resultado de su ignorancia e impotencia, temen “sienten angustia frente a todo lo nuevo, aun frente a cosas familiares que hoy no nos la provocarían” (p. 369-370).

Del mismo modo, Freud teorizó la noción de un supuesto instinto gregario vinculado con “acciones extremas, accesible sólo a las pasiones más groseras y los sentimientos más simples” cada límite en la expresión de la emoción” (Freud, 1921, p. 81), Freud no se sorprendió al encontrar evidencia de esto entre los ‘salvajes’. Bien podemos interrogarnos respecto a qué es lo que fundamenta tal utilización, pues Freud no tubo experiencia etnográfica con otras culturas o pueblos, por lo que su conocimiento antropológico era, como cualquier aficionado, a partir de lecturas. Aun así, en sintonía con el espíritu de la época, no dudó al formalizar ideas tales como que las inhibiciones sexuales son menores entre las razas con bajo nivel de civilización, o incluso en los estratos inferiores de las razas civilizadas, allí, sin embargo encontramos menos neurosis. La contraparte del padecimiento subjetivo propio de la neurosis redundaba en una pérdida extraordinaria de la aptitud para el logro cultural (Freud, 1930). Es preciso señalar que Freud escribe en el contexto europeo del siglo XX. Allí los representantes de los niveles más altos de la civilización se encontraban en los múltiples campos de batalla, mientras tanto Freud escribía sobre las supuestas inhibiciones sexuales de aquellos a quienes llamó ‘salvajes’ (Gordon, 1993). Freud, el fundador del psicoanálisis, a pesar de sus grandes pretensiones de ser un hombre de ciencia, compartió muchos de los prejuicios no examinados de su tiempo. Como corolario, debe quedar claro que sea lo que fuere la infancia no debemos identificarla con ‘lo primitivo’ —tanto por motivos teóricos como políticos.

Este tipo de señalamientos van en la misma dirección que aquellas claves de lectura que ofrece Burman. A criterio de la autora, la comparación entre el niño, el hombre prehistórico y el ‘salvaje’ presupone una concepción del desarrollo, de progreso individual, unilineal, dirigido hacia una jerarquía ordenada donde ‘progreso’ es un término clave que opera coagulado, de

forma inadvertida, desarrollo individual, social y nacional. Así, Burman (2008) ubica el auge de la psicología evolutiva en su contexto histórico y nos muestra las formas en que se desarrolló y se alió con los sistemas de clasificación racial y con nociones de desarrollos unilineales que están en el corazón de la colonización. Es desde este contexto que tiene lugar la exitosa empresa del movimiento imperial de universalizar una fantasía propiamente occidental sobre la infancia. Las líneas hegemónicas de la psicología evolutiva son producidas, justamente, en una faz normalizadora obsesionadas por aquellas otras infancias que caen por fuera de los marcos etno-hetero-normativos. La autora detecta, desde allí la imperiosa necesidad de considerar las consecuencias de los legados coloniales aún en curso, de forma más o menos matizada, en la tensión de las disputas de poder geopolíticas que trazan y delimitan el mundo global.

Una de las ideas claves de Burman refiere a la producción del niño, aunque arraigada en un conjunto particular de condiciones históricas propias del contexto europeo, ha impactado en un rango de prácticas cotidianas difusas en varios rincones del mundo mediante la expansión imperialista de occidente. La pregnancia de tal expansión arraiga más hondamente cuando se traduce en dispositivos de producción subjetiva, mediante la psicologización de la vida cotidiana. Burman argumenta convincentemente la forma en que las ideas psicológicas invaden y configuran una serie de prácticas íntimas, cotidianas y personales, cuyas raíces sociales e históricas son eclipsadas por el artificio ideológico de la neutralidad del conocimiento teórico objetivo. La delimitación de la infancia no es ajena a esta discusión, incluso la autora nota que el constructo estado-nación que representa una identidad social significativa se apoya en las nociones prevalecientes del niño que definen la infancia como separada de las actividades económicas y políticas.

En estos términos, Burman nos permite comprender la disyunción entre el niño imaginado por los intereses normativos y el niño real. Esta producción normativa del niño está lejos de ser inocente. La expectativa de vulnerabilidad de aquellos niños que no se ajustan a la norma se traduce en una serie de respuestas e intervenciones que marginan aún más a aquellos niños reales vulnerables a las violencias simbólicas y materiales. Es por esto que no debemos descuidar el conjunto particular de condiciones históricas que sustentan a los niños concretos ocultos tras el universal. Para Burman (2008), el niño de la psicología evolutiva ha sido moldeado en el legado de los marcos occidentales de Reino Unido y Estados Unidos. Numerosos plexos normativos sobre los derechos del niño, aún en países del denominado 'tercer mundo', establecen una noción de infancia basada en los valores de la psicología evolutiva (occidental). El niño universal es producto emergente tanto de los relatos psicológicos en torno al desarrollo como de los relatos occidentales de la constitución de estado-nación. Al universalizar una imagen ideal de infancia la vida real de niños localizados en otra gama de posibles condiciones de existencia vulnerables queda localizada en el blanco de intervenciones normativas. Desafortunadamente, el modo de volver inteligibles estas infancias sólo es posible bajo marcos de sentido cuyo propósito se vincula más con el arte de gobernar que con las necesidades concretas y situadas de esos niños vulnerables.

Como no podía ser de otra manera, la figura de la infancia ha sido un foco emergente en las reflexiones del campo del feminismo. Sin embargo, llama la atención de pensadoras como Karin Lesnik-Oberstein (2000) la poca literatura que examine rigurosamente la visibilización de los complejos lazos entre los supuestos que manejamos sobre la infancia y la organización social patriarcal. Por otra parte, también señala la necesidad prioritaria del feminismo de desafiar y alterar los marcos falocéntricos, teóricos y prácticos, que equiparan intereses de mujeres y niños, diseminados en la cultura como un signo de impotencia y condición inferior que requieren de continua supervisión, protección y rescate masculino (Burman, 2008). Esta aproximación bajo claves feministas no sólo anuda la infantilización de las mujeres y la feminización de la infancia, sino que inaugura el interrogante respecto a los procesos y mecanismos que instalan y mantienen el estado de dependencia, representacional y concreto, así como la naturalización de ambas condiciones.

La construcción de los sentidos en torno a la infancia como una pieza clave de la matriz normativa de género, y la consecuente instauración de la diferencia y jerarquía entre los sexos, puede rastrearse en el modo en que las mujeres continúan siendo construidas como medios indispensables para la continuidad cultural en virtud de su potencialidad para la reproducción biológica. Los aportes clásicos de feministas como Shulamith Firestone (1976) y Adrienne Rich (1996), y actualmente Celia Roberts (2013), han resistido a esta presunción y han expuesto las presiones políticas e ideológicas que se ejercen sobre las mujeres para responder a dicho mandato. Estos complejos anudamientos entre reproducción biológica y cultural no sólo han convertido a las mujeres en las guardianas morales y físicas de la infancia como símbolo ideológicamente saturado de la generación siguiente, sino que ha avalado la objetivación de las mujeres como blanco de políticas sociales, a pesar de sus voces, deseos y voluntad. Es así como la potencialidad de las mujeres para gestar y parir se ha utilizado para garantizar la vigilancia y regulación de su sexualidad (Rich, 1996). Teniendo en cuenta todo esto, no sorprende que gran cantidad de pensadoras feministas hayan centrado sus esfuerzos en desafiar el lugar asignado a las mujeres en relación con los niños, incluso a costo de descuidar los enfoques feministas sobre la infancia 'per se'.

En diversos campos disciplinares nos enfrentamos, actualmente, a diversas propuestas teóricas que localizan al niño como un actor social competente (James, 2007). Tales aportes contrastan con los modelos de déficit y dependencia propios de la psicología evolutiva. Desde hace ya varias décadas, la mayor parte de intelectuales feministas han incluido en sus producciones una crítica profunda de la marca colonial de la construcción de los sujetos subalternizados (Mazzei y Jackson, 2012). Esta mirada, advertida por aportes poscoloniales, permiten advertir el niño como actor social competente la apoteosis del individualismo masculino occidental en la forma del sujeto unitario y racional tal como surgió junto con la modernidad (Flax, 1995), desde allí es necesario denunciar las exclusiones y rectificar las opresiones que se desprende la imposición de este modelo.

En la teoría cultural reciente, la figura del niño ha surgido no sólo como un foco teórico emergente sino como el sitio de una intensa disputa política. Varias intelectuales han ad-

vertido la capacidad generativa excepcional de la figura del niño en múltiples campos discursivos. La teoría feminista atestigua, actualmente, una serie de debates epistemológicos en torno al niño en términos de signo, metáfora y figuración. Para Claudia Castañeda (2002), la figura del niño se caracteriza por su potencialidad mutable que articula los deseos y proyecciones de los adultos.

Es claro, el niño funciona como espejo para los adultos. En términos más generales la infancia funciona como espejo de proyecciones culturalmente específicas. Esas proyecciones podrían decirnos mucho más acerca de las fantasías contemporáneas, que de cualidades universales intrínsecas a la infancia. Pensemos en el niño/a en un momento preverbal —‘infans’—, algunos aportes teóricos conceptualizan su dependencia en términos de ‘desamparo’ —claramente se trata de un relato hipotético saturado de sentido. Es decir, cuando atribuimos impotencia al niño, estamos más próximos a suponer que, yo fuéramos así o estuviéramos en esa situación, nos sentiríamos impotentes. La representación de tales estados se produce dentro de contextos culturales y lingüísticos específicos. La pregnancia y el significado del desamparo emergen dentro de un juego de lenguaje particular. Atribuir deseos de omnipotencia a la vida ‘interior’ del niño se vuelve ideológica y epistemológicamente muy problemático si evitamos reflexionar al respecto. El deseo de omnipotencia es algo que los sujetos occidentales contemporáneos podrían adjudicar a un bebé como ansiedad ante la situación de dependencia y necesidad que proyectan en aquel estado. Sin embargo, no podemos suponer que nuestros relatos retrospectivos y nuestra experiencia infantil sean idénticos. Incluso lo que podemos sentir como experiencia primaria está habilitado y restringido por su promulgación en el lenguaje.

En términos generales, podría señalarse que existe un claro proyecto, iniciado en el Renacimiento (y muy bien resumido en el famoso dibujo de Da Vinci) que ha insistido en poner al hombre en el centro. Un occidente en creciente secularización reclama poderes de creación atribuidos previamente a Dios. Este contexto histórico evoca un malestar que alimenta un deseo y una expectativa particular de control y, al mismo tiempo, instala una concepción esencialista que delimita lo humano bajo los términos de autocreación, dominio y voluntarismo. Su modo privilegiado de subjetividad —un individualismo abstracto, desencarnado y auténtico— hace del desamparo una vibrante obsesión intensamente pregnante y aterradora.

En cuanto a delimitar la categoría de niño como una figuración cultural, varias autoras señalan que, más allá de que todas las categorías, incluida la del adulto, pueden ser deconstruidas para exponer la inestabilidad de sus contornos o fronteras, cuando nos referimos a la niñez le suponemos, específicamente, el carácter de mutabilidad. Así, la capacidad de transformación ha sido establecida como elemento distintivo de lo que un niño es: nunca es completo en sí mismo. Castañeda (2002) sugiere que es este estado incompleto, y la inestabilidad que lo acompaña, lo que hace del niño un objeto político privilegiado para disputar sentidos, pues no está completamente formado y, por lo tanto, está abierto a la reconstrucción. Esta potencialidad atribuida a la infancia corresponde a una serie de sentidos articulados a partir de la convergencia de discursos psicológicos y económicos evolucionistas. Los discursos

Los característicos de la psicología evolutiva se anudan con una noción de desarrollo que supone un fuerte modelo teleológico que guía las transformaciones y, por lo tanto, el niño es figurado como un adulto en formación.

Jane Flax (1995) se interesa por el modo en que proyecciones adultas alimentan la representación sobre la infancia. Esta concepción se vincula con lo que Susan Stewart (1993) refiere como miniaturización de la infancia a tal punto que, la imaginación y la fantasía adulta modelan y proyectan la infancia como un 'sí mismo' diminuto y claramente enmarcado, localizado al otro lado del túnel que alegoriza el trayecto lineal en que se suceden las transformaciones. Con todo, el niño se constituye narrativamente como una metáfora muy potente capaz de figurar a un adulto en miniatura no sólo en un sentido morfológico y físico, sino también porque se proyecta retrospectivamente como contenido que integra un segmento o un capítulo previo, en miniatura y ficticio, en cada historia de vida. La infancia se instala como la parte, en potencia, que representa, y contiene, el despliegue del todo. La infancia configura un microcosmos que condensa lo que está por ser desplegado, incluso, como ya se ha señalado, la encarnación de las fantasías adultas proyectadas. Es así como su poder figurativo parece ser usufructuado por narrativas más amplias que unen la historia y la biología. Este eslabonamiento no es menor, pues, a partir de él, la infancia se vuelve un epicentro fundamental en las relaciones lineales y deterministas entre pasado, presente y futuro —constitutivas de las narrativas convencionales del devenir progresivo y teleológico.

Por otro lado, tanto Burman como Castañeda toman una postura crítica al rechazar el imperativo teleológico del desarrollo evolutivo y el uso de las narrativas hegemónicas sobre la infancia en proyectos globalizadores. Tomando el eje Norte-Sur como indicador de una distribución desigual del poder a nivel geopolítico, es posible advertir que el modo en que los estudios sobre la infancia desplegados en el norte global no han tenido en cuenta, en el grueso de los casos, la mirada feminista, y tampoco han utilizado la potencia heurística de la transversalidad del género como categoría de análisis. Esto señala el escaso lugar que los saberes producidos en el Norte asignan a las reflexiones que se centran críticamente en la infancia. Es así que el Norte globalizado y sus políticas de desarrollo internacional (Burman, 1998) operan sobre el supuesto de desarrollo infantil que inscribe una infancia modélica e ideal, blanca y de clase media, culturalmente masculina, tal como lo indica la trayectoria normativa de desarrollo desde la irracionalidad a la racionalidad y desde la dependencia a la independencia y la autonomía (Burman, 2008). En el Sur, por otra parte, seguramente debido al llamado estado de subdesarrollo otorgado eufemísticamente, gran parte del trabajo sobre la infancia se ha vinculado con, e incluso llevado a cabo por, los debates feministas locales.

A partir del carácter normativo de la idea de progreso que impregna tanto el desarrollo infantil como el desarrollo del llamado Tercer Mundo, las autoras señalan que la retórica que organiza los discursos sobre el desarrollo económico mundial, subyacente a los arreglos geopolíticos globales, modelan e impregnan las narrativas disciplinares sobre el desarrollo infantil, como una estrategia y un artilugio ideológico para naturalizar la dependencia y el colonialismo en sus diferentes versiones. De allí surge la importancia de ubicar la infancia en las particularidades de

su despliegue discursivo, y dimensionarla como signo móvil al servicio de múltiples intereses, incluso de los flujos transnacionales que impulsan la globalización neoliberal.

Al problema respecto de la linealidad del tiempo, es posible anexarle aquel que refiere a los universales (Butler, 2011). Es preciso situar al psicoanálisis en contextos históricos específicos y leerlos contingentemente y no ontológicamente (Butler, 1992). Las afirmaciones sobre la infancia particularmente sospechosas son aquellas que suelen ser invocadas con la intención de revelar la 'naturaleza humana', pues, tal como sugieren un gran número de pensadoras posmodernas, el deseo de justificar el poder normativo y normalizador a menudo motiva tales afirmaciones. El impacto del giro epistemológico realizado por la teoría queer, de la mano de Michel Foucault (2008), nos permite sospechar de la validez o verosimilitud de determinados géneros narrativos vinculados a la infancia, especialmente cuando son descriptos como universales, objetivos y sustanciales. Enunciados teóricos de estas características nos invitan, en este contexto crítico, a indagar las funciones discursivas y políticas subyacentes. Nos dice Foucault que la verdad sólo puede emerger y ser reconocida dentro de sistemas delimitados de premisas, reglas y procedimientos. Así, la verdad emerge como tal en el contexto de un conjunto de supuestos epistémicos que le confieren existencia discursiva. Lo que cuenta como conocimiento, y los criterios apropiados para evaluar las demandas de conocimiento, requieren de teorías y prácticas contextualizadas vinculadas con la idea de 'conocimiento situado' actualmente circulante. Tales teorías y prácticas dan lugar a efectos de verdad, es decir, hallazgos o creencias particulares que pueden funcionar como verdades dentro y debido a un contexto específico. Esto genera problemas si consideramos la concepción de verdad que legitima conocimiento.

Es preciso advertir los ejes de poder que, en tanto coordenadas subyacentes, operan en la producción del niño y del desarrollo normal. Esto nos permite interrogarnos sobre los dispositivos que operan a la hora de normalizar tipos particulares de sujetos e invisibilizar, patologizar, inferiorizar o excluir otros. A partir de este espectro de herramientas, Burman (1998) advierte que la psicología evolutiva ha presentado conceptos que pretenden explicar un desarrollo universal respecto de un sujeto modélico, aunque en rigor se trata de descripciones que producen tipos particulares de sujetos. Las descripciones proporcionan un lenguaje universal, y también prácticas de intervención, a través de las cuales los niños son producidos históricamente como objetos/sujetos de interés, estudio e intervención. Desde este punto de vista, el 'niño normal' es tipo ideal producido mediante constructos conceptuales saturados de ideología que comparan poblaciones y jerarquizan las diferencias imponiendo como modelo universal un conjunto de características particulares que, convenientemente, coincide con los rasgos idealizados/universalizados. El 'niño normal', entonces, configura un particular que los arreglos de poder elevan al rango de universal. Tal niño, debe considerarse una ficción o un mito (Burman, 2008).

La producción discursiva del 'niño normal' ha implicado, para la psicología evolutiva, la proyección de una trayectoria o línea del desarrollo. Estos tipos ideales han sido claves, justamente, porque se han traducido en tecnologías disciplinares de comprensión e intervención a la hora, por ejemplo, de detectar niños problema, o trazar programas de apoyo para la crianza.

Recurrir a una ciencia que explique las claves últimas del desarrollo es una pieza clave para legitimar tales intervenciones. Es preciso aclarar que el hecho de postular líneas del desarrollo oculta el supuesto de que sólo algunas particularidades (tan contingentes como las que integran la noción de anormalidad) son consideradas apropiadas para el desarrollo normal. Entonces, el discurso del desarrollo subsidiario a la psicología evolutiva posiciona a ciertos niños, con aval científico, como atípicos.

Los argumentos de Burman lo dejan en claro, la psicología evolutiva, por otra parte, parece sedimentarse en la producción de una abstracción del sujeto así como del vínculo entre madre y niño —quienes constituyen una unidad analítica y política. Lindsay O'Dell (2010) utilizan la denominación de 'abstracción seleccionada' para dar cuenta de la carga ideológica de esta producción. Partiendo de los discursos heteronormados imperantes, el hecho de que la importancia adjudicada a los cuidados involucra la maternidad, y por tanto a mujeres, se agrava con las miradas abstractas propias de las teorías del desarrollo que aíslan a mujeres y niños de su localización contextual concreta. La abstracción naturaliza a las mujeres como cuidadoras, especialmente de niños pequeños, y oculta las codificaciones de clase, sexo-genéricas, etarias y étnicas en torno a los modos de brindar cuidados a otros vulnerables. Los discursos que objetivamente señalan los cuidados necesarios que despliega una 'buena madre' están encriptados culturalmente y privilegian las prácticas de maternidad de mujeres blancas de clase media por sobre otras. Por ello, Burman señala la necesidad de desmontar la naturalización de las mujeres como cuidadoras dentro de la teoría del desarrollo. Su análisis constituye un golpe deconstructivo al discurso dominante sobre el desarrollo sostenido por la psicología evolutiva. Esta naturalización impide atender a otras formas en que la atención y cuidados se despliega a lo largo de la vida, incluidas la posibilidad de que varones ejerzan los cuidados de niños, o el cuidado que tanto varones o mujeres suelen ejercer fuera de sus roles parentales, como el cuidado de familiares envejecentes, que caen por fuera de concepciones tradicionales de desarrollo.

Burman no duda en considerar la categoría de género como uno de los marcadores de diferencia más significativos. Por ello todo su trabajo en un intento por transversalizar los desarrollos teóricos de la psicología evolutiva con esta perspectiva. Este propósito nos permite detectar el modo en que la teoría, muchas veces, justifica la situación socialmente inferiorizada de las mujeres. Sólo por nombrar un ejemplo evidente: el anudamiento histórico de las mujeres con las prácticas de cuidado (generalmente no remunerado y subcalificado) —aunque no está de más aclarar que la subordinación de las mujeres no se reduce a la imposición normativa de la maternidad y el cuidado de niños concomitante que se le adjudica. Este destino social signado por género alimenta no sólo las divisiones jerarquizantes y la distribución desigual del poder entre los sexos, también se traduce en afirmaciones teóricas y prácticas institucionales concretas. No es ocioso recordar que las ideas psicológicas se traducen directamente tecnologías de intervención, estándares de conductas esperables y criterios de normalidad y salud mental. La psicología evolutiva y sus versiones del desarrollo configuran un objeto particular de análisis crítico feminista debido a que en este campo disciplinar se configuran parámetros que afectan directamente la vida de las mujeres —incluso prescribiendo sus conductas.

La autora lo deja claro, existe el supuesto, y también la expectativa implícita, de que las mujeres sean cuidadoras de niños y adultos mayores. Por ello pone en el centro de atención en los intrincados nudos entre los valores familiares que se encuentran en el corazón mismo de las propuestas teóricas sobre el desarrollo, y las políticas sobre el cuidado familiar. La idea de 'hogar', poco examinada en su faz ideológica, encubre el mandato de género respecto a los cuidados adjudicados a las mujeres. Burman esgrime con maestría la forma en que el género se infunde dentro de la psicología evolutiva a tal punto que es imposible abstraerlo de la idea de desarrollo. El género se naturaliza en estratos profundos, y esto se hace evidente cuando el género funciona como vector clave de diferencia. Incluso aquellas reflexiones enfocadas en los múltiples ejes de diferencia no reciben un lugar prioritario en los abordajes teóricos, más bien son tratadas de forma simplificada o, en el peor de los casos, denostadas por extra-disciplinares. La consecuencia de esto se expresa en la desvaloración de la diferencia que no se ajusta al ideal universalizado.

Las teorías que postulan una idea universal —ideológicamente invisibilizado— del desarrollo no examinan el modo en que la diferencia cuenta y opera concretamente en los constructos conceptuales que se proponen como neutros y objetivos. Para visibilizar esta dinámica es necesario advertir que las localizaciones subjetivas responden a una compleja intersección de diversos ejes de diferencia. Por tanto no es posible exigir que un niño blanco de clase media y un niño inmigrante perteneciente a un pueblo originario e intermediario lingüístico de sus padres se deslicen del mismo modo por una línea de desarrollo considerada normal. La dinámica de poder en juego se explicita cuando nos disponemos a imaginar cuál de los dos casos sería inteligible en el marco de las teorías que postulan la pretendida normalidad y su alcance universal. Entonces, la universalización de un modelo de infancia, en particular, y de sujeto, en general, forma parte de los efectos disciplinarios que operan a partir de la abstracción del niño de su contexto y de los espacios sexo-generizados y racializados por los que circula.

La complejidad que opera en la construcción discursiva de la infancia se hace más inmensa cuando Burman se detiene en el modo en que se construye y aborda los peligros que entraña Medio Oriente en los informes de prensa que circulan en el norte global hegemónico. Estos medios de prensa utilizan habitualmente imágenes de niños muertos y gravemente heridos. La representación de niños vulnerados alimentó poderosamente un llamado colonialista de 'rescate' que recicla una intención belicosa sin límites. La autora discute la representación de niños en estos informes, así como en otras campañas mediáticas que, en niveles subyacentes, se preocupan por retratar a niños dañados como símbolo de la transgresión o alteración del curso naturalizado del niño sujeto a un desarrollo que no reconoce el impacto de conflictos políticos —los mismos que operan en la definición misma de niñez. Estos discursos apelan a emociones complejas de los espectadores, por lo que son imágenes muy poderosas y difíciles de criticar. Estos discursos que se libran en un campo de disputas discursivas y afectivas también se traducen directamente en la práctica, la política y el desarrollo internacional que involucra directamente a los niños maltratados y aquellos afectados por los conflictos armados. Burman detecta la estrategia que instala referentes icónicos de cierta particularización de algunas infan-

cias como un momento de vulnerabilidad quebrantadas, alteradas o perturbadas —subsidiarias a mantener el modelo ideal y universal de infancia. La idea de desarrollo y de infancia que la psicología evolutiva promulga debe ser críticamente tensada con consideraciones del desarrollo económico y político global.

Los estudios queer, en la mirada de Lee Edelman (2014), nos brindan otra lectura crítica respecto a la fuerza discursiva del niño. El autor denomina ‘futurismo reproductivo’ al intenso trabajo figurativo en torno al niño. Edelman busca socavar el conservadurismo alimentado por innumerables propuestas políticas que pretenden diseñar un futuro altruista de cara a la próxima generación. Esta fantasía de un mundo mejor nos permite pensar en el futuro como espacio discursivo y político, cuyo emblema de valor incuestionable es, justamente, el niño. Entonces, este ‘futurismo reproductivo’ enmarca los términos de la legitimidad política, “términos que imponen un límite ideológico al discurso políticos como tal, preservando en este proceso el privilegio absoluto de la heteronormatividad al hacer impensable la posibilidad de una resistencia queer ante este principio organizador de las relaciones colectivas, dado que la deja fuera del terreno político” (2014, p. 18-19). Esta perspectiva nos permite advertir cómo quienes no aceptan ingresar a las instituciones heteronormadas como el matrimonio, e incluso eligen no engendrar ni estar a cargo de la crianza de niños, configuran, dentro de la retórica política, un conjunto poblacional que no luchan por los niños y, por lo tanto, figuran “el lugar de la pulsión de muerte del orden social” (2014, p. 20). Lee Edelman nos insta a resistir la “compulsión de apostar por nuestra propia futuridad en la forma privilegiada del Niño” (2014, p. 36). Esto es: una política, queer, que rechaza la tentación de estar alineado con el futuro a través de la reproducción. La propuesta aquí es figurativa y la política de la perturbación discursiva está investida de una fuerza particular. Codificado como el significante del futuro, el niño se convierte en una naturalización del acoplamiento heterosexual.

La mirada posestructuralista permite deslindar la psicologización como un proceso clave relacionado con la comprensión de la infancia. La psicologización refiere a la incitación a inscribir los análisis de la subjetividad en coordenadas individuales descontextualizadas. Los saberes producidos tanto por la psicología como por el psicoanálisis no suelen ubicar las claves explicativas en la dimensión socio-histórica, tampoco dan cuenta de las condiciones contextuales e históricas de surgimiento de sus conceptualizaciones. Así estas disciplinas se han convertido en una maquinaria de producción de saberes inapelables en torno al sujeto que, desde un punto de vista foucaultiano, constituyen instrumentos fundamentales de la gubernamentalidad (Rose, 2012). Por lo tanto, la psicologización alimenta un enfoque explícito que instrumentaliza el dominio de lo individual y sedimenta nuevas prácticas neoliberales que destituyen las lógicas colectivas de transformación y, por otra parte, evaden la reflexión crítica sobre las condiciones de producción de las subjetividades. Las disciplinas que ceden ante el neoliberalismo infunden complicidad encubridora al no fomentar la tarea crítica de desmontar los supuestos a partir de los cuales operan.

Como ya hemos señalado con Shulamith Firestone, los vínculos entre el pensamiento feminista y el estudio de la infancia son problemáticos y complejos. Algunas líneas del feminismo

crítico de la psicología, fundamentalmente quienes asumen una perspectiva antidesarrollo, han propuesto como estrategia exponer los saberes que esta disciplina produce como un texto culturalmente formulado y situado. Esto interrumpe la eficacia del cientificismo y de afirmaciones realistas ingenuas que apela a observables para anclar afirmaciones generalizadas y legitimar normas y modelos que, más bien, son el resultado de producciones e interacciones contextuales específicas. Esta aproximación antipsicológica de la infancia —cuando entendemos por psicología los saberes producidos por los marcos epistémicos positivistas subsidiarios de un realismo ingenuo— considera de gran utilidad algunos aportes del psicoanálisis tamizados a la luz de la mirada posestructuralista, pues contribuyen a pensar el sujeto como una escenificación psíquica del poder normativo (Butler, 2001). Desde allí es posible develar el tropo de la infancia y sus potentes efectos naturalizantes que invisibilizan los procesos de su producción histórica. Si la imagen del niño funciona como significante de la autenticidad y potencia del ser, tal vez sea por ese motivo que se colocan allí las claves de los discursos del desarrollo y los momentos constitutivos fundamentales de la subjetividad.

2. Nota final: la infancia como obstáculo epistemológico

Ya lo ha señalado, el tropo de la infancia opera, directa o indirectamente, en el corazón mismo de la psicología que se propone pensar las transformaciones de sus constructos a lo largo del tiempo. Y es por ello que las ideas de Claudia Castañeda (2002) adquieren relevancia para la operación deconstructiva que aquí interesa. Más que producir conocimiento ‘sobre’ la infancia, la autora revisa sitios donde la figura del niño se convierte en un espacio al mismo tiempo ausente y productivo que los investigadores e intelectuales (adultos) obturan con teorías construidas que reflejan su propia subjetividad. El trabajo de Castañeda se basa, fundamentalmente, en la teoría de Donna Haraway (2004) sobre los objetos ‘semiótico-materiales’, centrándose en cómo los cuerpos de los niños pueden convertirse, material y semióticamente, en sitios donde los adultos construyen ‘la diferencia’.

El tropo de la infancia es protagonista en la biología evolucionista del siglo XIX, sobre todo se mantiene presente en la conocida expresión: ‘la ontogenia recapitula la filogenia’. Castañeda argumenta que la figura infantil permitió a los científicos de la época, incluidos Charles Darwin, Herbert Spencer y Robert Dunn, potenciar narrativas en las que el niño era visto como un teatro corporal donde se podía observar que la historia humana se desplegaba en el desarrollo individual en un lapso comprimido de tiempo. Esta narración sobre el desarrollo permitió a los científicos encarnar las teorías de las diferencias humanas de raza, clase, sexualidad y género en la figura infantil.

De este modo, Castañeda ilustra cómo la consideración del niño se involucra productivamente en la literatura de estudios poscoloniales, feministas y culturales. Así, Castañeda se interesa por la ‘figuración’ del niño, un proceso simbólico y material especialmente importante en términos de las formas en que los cuerpos del niño se entienden en la ciencia, el naciona-

lismo y otros discursos poderosos. En este espectro, su interés es examinar las formas en que el niño es aprovechado para proyectos culturales y políticos que a menudo están completamente fuera de lo que generalmente se considera propiamente la esfera de la infancia.

Castañeda considera las figuraciones teóricas del niño, quien se convierte en un 'recurso, un espacio o forma a través del cual el sujeto (adulto) se re-produce. Ella lee que varios teóricos franceses, entre ellos Michel Foucault, consideran que la infancia es un espacio vacío en devenir, un espacio no clausurado ontológicamente bajo la fijeza del 'ser', sino pura posibilidad. También nota que, por ejemplo, el trabajo de Valerie Walkerdine vacía las subjetividades de las niñas reales y las completa con las figuraciones (adultas) de su propia infancia. El opera como una figura vacía para ser llenado con interpretaciones adultas, incluso como una sorprendente, caótica y salvaje figura de la naturaleza. La figura del niño conforma una zona de construcción vacía para las teorías sobre lo humano, la subjetividad y la adultez, por lo tanto las narrativas en torno a la infancia son claves como eje de poder que construye diferencia.

Los aportes de Castañeda son sugerentes porque permiten pensar los procesos a partir de los cuales la niñez se constituye culturalmente como una clase particular de entidad, y cómo estas entidades participan de un esquema y diagrama de poder más amplio que se libra en los circuitos de intercambio transnacionales, incluidas las diásporas, el colonialismo, el poscolonialismo y la ciencia misma. Así, la categoría 'niño' se ha convertido, en los discursos occidentales, en un sitio para el funcionamiento de varios sistemas de valor, pues se ha definido convencionalmente en oposición al adulto, como un ser en proceso de constitución, capaz de ser moldeado como un reflejo de, y, en última instancia, capaz de reproducir, el mundo adulto. Entonces, la condición de lo infantil, escribe, encuentra su valor en la potencialidad.

El estudio analítico de Castañeda no aborda los contextos reales de los niños, ni las representaciones que ellos tienen de sí mismos -aunque se lamenta que las representaciones de los propios niños no fundamenten estudios filosóficos y científicos sociales de construyen la figura del niño. Su aporte contribuye a reflexionar sobre cómo las culturas producen y utilizan a los niños dentro de sistemas particulares (y políticamente relevantes) de representación. Una clave conceptual empleado aquí es la figuración de Haraway que le permite pensar la relación entre lo semiótico y lo material. La autora analiza como las representaciones del niño que se construyen en textos científicos angloparlantes —que han circulado por todo el mundo— deben situarse en el desarrollo de las disciplinas científicas del siglo XIX. Todo relato lúcido de la historia del niño en la ciencia nos conduce, es el caso de Castañeda, a un análisis crítico de la ciencia y de cómo el poder opera allí poniendo en juego ejes tales como la raza, el género y la sexualidad, en la figuración del niño.

La biología de mediados del siglo XIX diferenciaba al niño negro del niño blanco en términos de potencial intelectual, potencial sexual e incluso potencial de crecimiento físico. Así, el niño se convirtió en una herramienta para justificar las desigualdades, pues las semillas de la desigualdad adulta fueron adjudicadas a otro constructo saturado ideológicamente: la 'naturaleza'. Los niños eran considerados más próximos a la naturaleza que los adultos. En esta misma línea, su mirada posestructuralista le permite argumentar el modo en que niño continúa siendo tratado como algo

en proceso, algo que todavía no es. Por lo tanto, el niño nunca es una entidad en sí misma, más bien siempre existe al servicio de algún otro sujeto. La falta de auto-representaciones de los niños hace que sea aún más difícil concebir una figuración alternativa del niño.

Las nociones del cuerpo en desarrollo, la evolución y la raza se unieron en las discusiones científicas en torno al niño. Castañeda inicia un proyecto importante al examinar las formas en que las construcciones discursivas se incrustan políticamente en 'el niño', para ello se utilizan discursos científicos y disciplinares autorizados que reciclan el sexismo, el racismo y el clasismo. Castañeda es un ejemplo claro de una actitud deconstructivista, pues en una cultura académica que todavía tiene resquemores por abordar críticamente el tropo del 'niño', ella no teme en correr el velo ideológico y asume que, afrontar la crítica del niño, es un paso hacia la construcción política de un futuro promisorio.

En la misma dirección, las ideas deconstructivistas de Burman son especialmente potentes cuando el foco de sus reflexiones apunta a la psicología evolutiva, cuyas condiciones ideológicas de emergencia disciplinar no suelen explorarse. Sus producciones configuran un cuerpo teórico vivo en expansión, que vuelve de forma crítica sobre sí mismo, que discute tópicos tales como el desarrollo infantil, y el desarrollo humano en general, con argumentos políticos, teóricos, epistemológicos y metodológicos que reconocen los intereses subyacentes de una disciplina cuya producción de saberes no es ingenua. La relevancia de su pensamiento también reside en señalar críticamente la relación existente entre la producción teórica y las intervenciones que se realizan en los múltiples contextos de aplicación práctica. El espectro que configura su andamiaje crítico se alimenta de la perspectiva de Michel Foucault, el feminismo, ciertos psicoanálisis, el pensamiento poscolonial, la teoría crítica de la raza, la teoría queer, los estudios sobre discapacidad, entre tantos otros marcos críticos. Nuestra pensadora tensiona de forma fructífera posiciones interpretativas y hermenéuticas que no descuidan los compromisos políticos feministas con posturas genealógicas desestabilizadoras. Cabe destacar el valor ético-político de su compromiso como intelectual, pues combate la violencia epistémica, y sus consecuencias en la vida concreta de quienes habitan una franja poblacional densamente poblada, que se (re)produce con la imposición de modelos universales excluyentes. Como a pocos intelectuales, el compromiso feminista de Burman la conduce a la lucha política por ampliar los márgenes de reconocimiento hacia quienes caen por fuera del sujeto modélico. Nuestra pensadora sabe que esta crítica epistemológica sólo encontrará frutos políticamente favorables si se consideran los discursos populares y las agendas políticas que se reproducen en el territorio disciplinar de la psicología.

Referencias

- Burman, E. (1998). *La Deconstrucción de la Psicología Evolutiva*. Madrid: Visor.
- Burman, E. (2008). *Developments: Child, Image, Nation*. Hove and New York: Routledge.
- Butler, J. (1992). Problemas de los géneros, teoría psicoanalítica y discurso psicoanalítico. En L. Nicholson (Comp.). *Feminismo/Posmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria.

- Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.
- Butler, J. (2011). Replantear el universal: la hegemonía y los límites del formalismo. En J. Butler, E. Laclau & S. Žižek. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castañeda, C. (2002). *Figurations: Child, Bodies, Worlds*. Duke University Press.
- Edelman, L. (2014). *No al futuro: la teoría queer y la pulsión de muerte*. Madrid: Egales.
- Firestone, S. (1976). *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista*. Barcelona: Kairós.
- Flax, J. (1995). *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*. Madrid: Cátedra.
- Foucault, M. (2008). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad Vol 1*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1913 [1979]). Tótem y Tabú. *Obras Completas*, Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917 [1979]). Doctrina general de las neurosis. *Obras Completas*, Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921 [1979]). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930 [1979]). El malestar en la cultura. En *Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gordon, P. (1993). Souls in Armour: Thoughts on Psychoanalysis and Racism. *British Journal of Psychotherapy*, Vol 10(1), 62-76.
- Gordon, P. (2001). Psychoanalysis and racism: the politics of defeat. *Race y Class*, 42(4), 17-34.
- Haraway, D. (2004). *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio.HombreHembra@_Conoce_Oncoratón@_Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC.
- James, A. (2007). Giving Voice to Children's Voices: Practices and Problems, Pitfalls and Potentials. *American Anthropologist*, 109(2), 261-272.
- Lesnik-Oberstein, K. (2000). The Psychopathology of Everyday Children's Literature Criticism. *Cultural Critique*, 45, 222-242.
- Mazzei, L. y Jackson, A. (2012). Complicating Voice in a Refusal to 'Let Participants Speak for Themselves'. *Qualitative Inquiry*, 18(9), 745-751.
- O'Dell, L., Crafter, S., Abreu, de, G., y Cline, T. (2010). Constructing 'normal childhoods': Young people talk about young carers. *Disability & Society*, 25(6), 643-655.
- Rich, A. (1996). *Nacemos de mujer: la maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Cátedra.
- Roberts, C. y Connell, R. (2016). Feminist theory and the global South. *Feminist Theory*, 17(2), 135-140.
- Roberts, C. (2013). Evolutionary psychology, feminism and early sexual development. *Feminist Theory*, 14(3), 295-304.
- Rose, N. (2012). *Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. La Plata: UNIPE.
- Stewart, S. (1993). *On Longing: Narratives of the Miniature, the Gigantic, the Souvenir, the Collection*. London: Duke University Press.

CAPÍTULO 7

Psiquismo y trama social. Piera Aulagnier a la luz de Judith Butler

Guillermo Suzzi

1. Introducción: la formación del sujeto en las tramas de lo social

Actualmente el psicoanálisis se encuentra frente a la necesidad de responder a la exigencia ético-política que supone contemplar en mayor medida las condiciones invivibles y precarias de las franjas poblacionales que la norma social excluye. En esta dirección, cada vez más, el corpus psicoanalítico resulta objeto de críticas que señalan sus limitaciones para hacer lugar a ciertos elementos teórico-políticos que permitan connotar a lo psíquico bajo términos que atribuyan protagonismo al poder y a la escena social. Entre ellas, se destacan miradas que toman como blanco tanto a la pregnancia de un particular determinismo biológico adjudicado a la teoría freudiana como al apego que existe dentro del ámbito psicoanalítico hacia marcos teóricos de impronta estructuralista. En pocas palabras, se trata de señalar que, ya sea bajo la figura de la ley simbólica o la determinación biológica, el carácter universal y no permeable por lo histórico de los componentes teóricos obstaculiza la nitidez con la que se presenta la dimensión política en la esfera psíquica. Dicho de otro modo, si los constructos teóricos psicoanalíticos son independientes de cualquier condición histórica específica, lo son también de cualquier arreglo de poder y proceso político. Sin perder de vista los matices de este escenario, actualmente es posible reconocer un conjunto de vertientes críticas que apuntan a la problematización del carácter a-histórico y universal que adoptan los postulados psicoanalíticos en determinados contextos semánticos.

Frente a este panorama, resulta relevante considerar el modo en que la esfera social pierde protagonismo y potencia epistemológica dentro del edificio psicoanalítico. Después de todo, si lo histórico-político no alcanza a determinadas zonas teóricas, es lo social lo que resigna participación en esos espacios. En función de ello, se abren interrogantes sobre el estatuto que adquiere tal dimensión en la ontología del sujeto psíquico, y por los modos en que, ya sea explícita o subyacentemente, resulta frecuentemente excluida o relegada. En este sentido lo histórico-social suele ser invocado bajo la idea de época, en alusión al marco o contexto sobre el que se afirma un sujeto localizado más allá de sus dominios. Asimismo, el canon psicoanalítico muestra múltiples estrategias que ejemplifican el modo insidioso en que lo social resulta secundario o subsidiario con respecto a lo intrapsíquico —dimensión que de

modo simultáneo y como resultado de la misma operación es delineada como ontológicamente independiente de los decursos sociales.

De cara a este escenario emerge el interés por llevar a cabo reflexiones sobre los supuestos onto-epistemológicos que arraigan en suelo psicoanalítico, así como explorar propuestas teóricas que se muestren consonantes con este propósito. En particular, se torna relevante la búsqueda de producciones específicas que se aproximen a la teoría psicoanalítica con un prisma capaz de introducir la dimensión política a la esfera del sujeto psíquico al comprometer su ontología con coordenadas histórico-sociales específicas (Martínez, 2017). Sin dudas, ciertas producciones de impronta posestructuralista hacen posible esta exploración debido a su rechazo a la concepción de sistemas aislados, autónomos, autosuficientes y, por lo tanto, universales, así como a su intención de realizar revisiones epistemológicas que pongan en consideración los vínculos entre poder, conocimiento y subjetividad (Bach, 2010). Lo psíquico, por lo tanto, no escapa a esta mirada que encontramos en diferentes circuitos intelectuales a lo largo de las últimas décadas. En esta dirección, desde el campo del feminismo, los estudios de género y la teoría queer se han producido numerosas aproximaciones al campo del psicoanálisis, dando lugar a lecturas en las que resuenan los problemas e intereses que hemos delimitado. Tal es el caso de Judith Butler, quien se ha interesado frecuentemente por la teoría psicoanalítica.

El pensamiento de Butler posee un lugar central en los debates contemporáneos que abordan la sexualidad y las identidades sexo-generizadas. En particular, es reconocido el vuelco epistemológico que su obra imprimió a este campo temático a comienzos de la década de los noventa tras la publicación de *El género en disputa* (2007). En ese contexto la producción temprana de Butler testimonia el desarrollo de una de una mirada hiperconstruccionista, con fuertes cuestionamientos al esencialismo presente en diversas teorías y núcleos de producción intelectual. Asimismo, tras las ideas de Michel Foucault y su noción de poder productivo (Foucault, 1990), es notable el rechazo de Butler a la idea de un sujeto preexistente a las normas culturales, connotado en términos sustanciales y naturales. Por ello, si bien ataca la noción de sujeto, la marca posestructuralista que revela su pensamiento no la conduce a desecharla, sino a que “suspendamos todo compromiso con aquello a lo que el término, ‘el sujeto’, se refiere, y que consideremos las funciones lingüísticas a las que sirve en la consolidación y el ocultamiento de la autoridad” (Butler, 2001, p. 32). Por lo tanto, en lugar de un abandono del sujeto, se trata de un movimiento deconstructivo sobre su carácter neutro con respecto a los arreglos de poder del campo social que lo hacen posible. En definitiva, tal como afirma Butler, su intención de atacar la universalidad del sujeto no supone de deshacerse de sus fundamentos, sino de exponer el carácter contingente de los mismos (Butler, 2001).

Si bien en su obra resultan frecuentes las referencias a la teoría psicoanalítica y las recontextualizaciones de sus componentes, se destaca entre ellas el título de *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción* (Butler, 2001). Allí el psicoanálisis se torna fuente de recursos teóricos para pensar la formación del sujeto, mientras la subjetividad es comprendida como el sitio donde persisten las condiciones de poder a través de la reiteración de normas. Al intentar explicar cuál es la forma psíquica que adopta el poder, Butler se concentra en el mecanismo

de la identificación, sobre el que pivotea buena parte de sus argumentos. La identificación, entonces, se torna el punto de contacto entre los dos núcleos que busca reunir Butler: el pensamiento freudiano y el pensamiento foucaultiano. De este modo, es la identificación la que permite articular la norma social hegemónica y la formación de subjetividad, el poder y la interioridad psíquica. Nos encontramos así de cara a la preocupación teórica por el modo en que el sujeto se ve obligado a repetir los términos que impone la socialidad para obtener existencia y legitimidad en el campo social.

Por otra parte, dentro del terreno del psicoanálisis, existen propuestas que buscan incluir a lo histórico-social en un plano metapsicológico. En particular, resultan pertinentes los aportes de Piera Aulagnier, quien brinda insumos teóricos específicos en torno al lugar de esta dimensión en la constitución psíquica al interesarse por la relación sujeto-discurso. *La violencia de la interpretación* (2007) proporciona una reformulación del modelo metapsicológico de Freud mediante la introducción de elementos y categorías originales para abordar teóricamente la aparición del Yo en la escena psíquica. Bajo este propósito, uno de los 'items' que incluye Aulagnier en sus formulaciones acerca de los orígenes de la vida psíquica es el papel del conjunto social que acoge al infans como un nuevo miembro. Teniendo en cuenta el contexto teórico que instala Butler, la idea de 'contrato narcisista' hace posible indagar, en torno al problema de la formación del sujeto, la potencia y los límites de su pensamiento a la hora de delimitar vectores para incluir lo social en la ontología del sujeto psíquico —y, por lo tanto, colaborar en la construcción de una perspectiva onto-epistemológica capaz de responder a exigencias ético-políticas actuales y urgentes.

2. El espectro conceptual de Piera Aulagnier: el contrato narcisista

Retroactivamente, serán estos retoños del principio de realidad, testigos de la presencia, de la alteridad y del discurso del representante del Otro, los que constituirán una instancia y delimitarán su topos en la psique.

Piera Aulagnier, LAVIOLENCIA DE LA INTERPRETACIÓN

Si la obra de Aulagnier introdujo una perspectiva psicoanalítica original sobre los orígenes del psiquismo, solidaria a una reformulación de la metapsicología freudiana, esta ha sido gestada junto a una mirada que se dirige privilegiadamente hacia el encuentro entre la psique y el medio que la rodea. De hecho, nos dice la autora, vivir no es otra cosa que experimentar continuamente lo originado en una situación de encuentro con lo heterogéneo. A propósito del encuentro entre el recién nacido y su propio medio, esto quiere decir que la psique se halla sumergida desde el inicio en un espacio que le es heterogéneo y que es gracias a esa heterogeneidad que es animada la actividad de representación. Incluso, propone Aulagnier, la representación de los efectos del encuentro con lo heterogéneo da origen a la actividad psíquica. Así,

desde el punto de vista de esta actividad, “la psique y el mundo se encuentran y nacen uno con otro, uno a través del otro; son el resultado de un estado de encuentro al que hemos calificado como coextenso con el estado de existente” (Aulagnier, 2007, p. 30). En consecuencia, el espacio exterior a la psique se configura a través de su propia actividad de representación. En un primer momento, se trata de su propio espacio corporal y el espacio psíquico que la rodea, especialmente el espacio psíquico materno. Desde allí el encuentro opera entre la psique y los elementos que esta puede metabolizar mediante sus sistemas de representación, los que remodelan todo existente exógeno de acuerdo a sus condiciones. Sin embargo, la propia realidad de aquello externo a la psique hace irreductibles todas sus propiedades a los remodelamientos de la actividad psíquica. Bajo estas coordenadas, Aulagnier ofrece una sofisticada explicación sobre el modo en que el exceso de información no metabolizable propio de cada encuentro pone en marcha transformaciones que, en el caso del infans, dan lugar a nuevos sistemas de representación y desembocan en el advenimiento del Yo. En particular, adquiere protagonismo en ella la voz materna, cuyo flujo de sentidos anticipa —de modo paradigmático— la capacidad que posee la psique infantil.

La idea de anticipación cobra relevancia al referirse a los enunciados propios del discurso materno y al efecto que imponen, puesto que se dirigen a “aquel de quien se espera una respuesta que no puede proporcionar” (Aulagnier, 2007, p. 33). Así, la actividad psíquica de metabolización y el efecto de anticipación impuesto por los enunciados maternos resultan vitales para el trayecto constitutivo del Yo. Para Aulagnier, se trata de comprender su aparición en la escena psíquica a partir de la localización del sujeto en un espacio hablante que le provea al Yo un hábitat adecuado. En esta dirección, pese al énfasis puesto en el vínculo del infans con las figuras parentales y el medio familiar, Aulagnier se distancia del canon psicoanalítico al adoptar como premisa “la imposibilidad de analizar la función del Yo sin considerar el campo sociocultural en el que está inmerso el sujeto” (Aulagnier, 2007, p. 18). De hecho, el medio familiar, protagonizado por la psique materna, constituye para Aulagnier un eslabón intermedio entre la psique infantil y el campo social del que resulta un fragmento y al que inicialmente representa metonímicamente como su totalidad. La voz materna se torna así mediadora, portavoz del discurso ambiental y transmisora de límites, conminaciones y prohibiciones propias del sistema cultural. En consecuencia,

El orden que gobierna los enunciados de la voz materna no tiene nada de aleatorio y se limita a dar testimonio de la sujeción del Yo que habla a tres condiciones previas: el sistema de parentesco, la estructura lingüística, las consecuencias que tienen sobre el discurso los afectos que intervienen en la otra escena. Trinomio que es causa de la primera violencia, radical y necesaria, que la psique del infans vivirá en el momento de su encuentro con la voz materna (Aulagnier, 2007, p. 34).

La potente noción de violencia que presenta Aulagnier se encuentra entonces ejemplificada de modo paradigmático en la anticipación que el discurso materno impone a la psique infantil.

La violencia primaria “designa lo que en el campo psíquico se impone desde el exterior a expensas de una primera violación de un espacio y de una actividad que obedece a leyes heterogéneas al Yo” (Aulagnier, 2007, p. 34). En consecuencia, si el carácter instituyente que posee esta primera imposición desde el exterior delimita a la violencia primaria en términos de necesidad, como resultado, la constitución del Yo depende del material psíquico que acarrea la voz materna. Este no puede más que exceder las posibilidades de respuesta de la psique infantil, por lo que es la propia voz materna la que debe formularla. Por lo tanto, el carácter necesario del efecto anticipatorio que la respuesta materna posee es solidario a la imposibilidad del Yo infantil para contraponer enunciados propios. Evidentemente el Yo que conceptualiza Aulagnier no emerge de manera autónoma en un medio familiar que le sirve de hábitat. Por el contrario, su constitución depende de enunciados identificatorios que son proyectados sobre el cuerpo del infans y que tienen como condición el hecho de que “la psique materna y su discurso que se anticipa al Yo, impone a la psique una interpretación del mundo que implica una violencia para él y permite, así, la organización de un espacio al que el Yo pueda advenir” (Aulagnier, 2007, p. 110). La violencia primaria, de este modo, se torna condición necesaria para la conformación de la matriz identificatoria que posibilita el advenimiento del Yo.

En este contexto, Aulagnier se refiere al papel de prótesis de la psique materna. No puede ser de otro modo, es a través de la actividad de la psique materna que la psique infantil encuentra una realidad ya modelada y por lo tanto representable. El material que encuentra la psique infantil se torna así estructurante debido al modelado previo que llevó a cabo la psique materna —esto es: de acuerdo a las exigencias de la represión y bajo la marca del principio de realidad y el discurso. Al tener a su cargo la comunicación de dos espacios psíquicos, la voz materna adscribe a la función de portavoz. Por lo tanto,

Este término define la función reservada al discurso de la madre en la estructuración de la psique: portavoz en el sentido literal del término, puesto que desde su llegada al mundo el *infans*, a través de su voz, es llevado por un discurso que, en forma sucesiva, comenta, predice, acuna al conjunto de sus manifestaciones; portavoz también, en el sentido de delegado, de representante de un orden exterior cuyas leyes y exigencias ese discurso enuncia (Aulagnier, 2007, p. 113)

Como queda claro, la función de portavoz no solo designa el modo en que necesariamente se habla por el infans, permite también reafirmar el carácter no aleatorio de los enunciados que le son proyectados al hacerlo, así como el lugar de eslabón intermedio que posee la escena familiar en la relación entre la psique infantil y el conjunto social. Relación que, sin embargo, debe abordarse a través de un concepto específico. De este modo, “el ‘contrato narcisista’ designará lo que constituye el fundamento de toda posible relación sujeto-sociedad, individuo-conjunto, discurso singular-referente cultural” (Aulagnier, 2007, p. 19). En consecuencia, si tenemos en cuenta el modo en que Aulagnier señala que no es posible explicar el efecto del discurso parental si no se tiene en cuenta la ley a la que está sometido y el discurso que por

ello impone, los fundamentos que constituye el contrato narcisista participan en el plano meta-psicológico. En otras palabras, la constitución psíquica a la que se refiere no puede explicarse al margen de un determinado conjunto social. Y, en particular, el trayecto constitutivo del Yo no puede ser concebido exclusivamente en relación a la presencia y la actividad de la psique materna ni a los saberes y veredictos parentales, sino que debe incluir necesariamente la participación del conjunto social.

En esta dirección, es la figura del coro la que le permite a Aulagnier dar forma a la noción de contrato narcisista. Imaginado como un pacto de intercambio entre el sujeto y el grupo social, este último se compone a partir sujetos que comparten lengua e instituciones rectoras y que conforman el conjunto de las voces presentes, las cuales pronuncian determinados enunciados. Estos enunciados, aunque dependen de cada cultura, deben cumplir con una función presente en todo conjunto. Ya sean míticos, sagrados o científicos, una serie de enunciados debe dar cuenta de la realidad del mundo, la razón de ser del grupo social y el origen de sus modelos, es decir, albergar y ofrecer los fundamentos del grupo social. Se trata de 'enunciados del fundamento' que, al ser apropiados a modo de 'palabras de certeza', operan en la formación del sujeto produciendo anudamientos constitutivos entre el campo social y el espacio psíquico. Desde allí, la idea de contrato narcisista refiere a un acuerdo en el que existen compromisos y demandas mutuas entre el niño y el conjunto social. En palabras de Aulagnier:

El contrato narcisista tiene como signatarios al niño y al grupo. La catectización del niño por parte del grupo anticipa la del grupo por parte del niño. En efecto, hemos visto que, desde su llegada al mundo, el grupo catectiza al 'infans' como voz futura a la que solicitará que repita los enunciados de una voz muerta y que garantice así la permanencia cualitativa y cuantitativa de un cuerpo que se autorregenerará en forma continua. En cuanto al niño, y como contrapartida de su catectización del grupo y de sus modelos, demandará que se le asegure el derecho a ocupar un lugar independiente del exclusivo veredicto parental, que se le ofrezca un modelo ideal que los otros no pueden rechazar sin rechazar al mismo tiempo las leyes del conjunto, que se le permita conservar la ilusión de una persistencia atemporal proyectada sobre el conjunto y, en primer lugar, en un proyecto del conjunto que, según se supone, sus sucesores retomarán y preservarán (Aulagnier, 2007, p. 164).

De esta forma el sujeto se procura reconocimiento por parte del conjunto al retomar como propios sus enunciados. Simultáneamente, el conjunto busca asegurar su inmutabilidad y permanencia acogiendo al nuevo miembro bajo el compromiso de repetir los fragmentos de discurso que le son ofrecidos. Resulta relevante notar que tal acuerdo —y por lo tanto el enlace que forja entre el sujeto y el campo social— involucra necesariamente aspectos libidinales. Es en este sentido que tanto el papel de prótesis como la función de portavoz en la que Aulagnier ubica a la psique materna se tornan piezas clave de la adscripción del sujeto al conjunto social. Después de todo, es en estos componentes del vínculo madre-infans y en la inauguración de la historia libidinal e identificatoria del sujeto que posibilitan donde se hacen presentes los térmi-

nos que provee el conjunto social. Así, el deseo y el discurso parental que de acuerdo con Aulagnier organizan el microambiente familiar no son el resultado de la actividad de espacios psíquicos socialmente aislados. Por el contrario, la voz materna y la proyección sobre el cuerpo del infans de enunciados identificatorios y dones libidinales que anticipan el lugar del Yo, poseen un valor estructurante para la psique debido a su inclusión en las leyes del conjunto. El conjunto social, de este modo, participa en la regulación de la circulación libidinal e identificatoria propia de los primeros vínculos constitutivos.

Aulagnier afirma que el sujeto encuentra en el conjunto un soporte necesario para la libido narcisista gracias a una precatectización del niño por parte del grupo social. Para el sujeto, entonces, se trata de que “una verdad [que] encuentre sitio en él esté garantizada por el asentimiento del conjunto de las voces” (Aulagnier, 2007, p. 162). Esto se hace posible gracias a la existencia de un modelo ideal “que atraiga hacia sí una parte de la libido narcisista de los sujetos” (Aulagnier, 2007, p. 164). Para ello existen diferentes razones. Por un lado, el grupo anticipa el lugar del futuro sujeto como una voz futura que hará propios sus enunciados y encuentra en ese mismo sujeto que allí se constituye un eslabón para la autorregeneración continua del conjunto. Por otro lado, al catectizar al grupo y sus modelos ideales, el sujeto encuentra a cambio “el derecho a ocupar un lugar independiente del exclusivo veredicto parental, que se le ofrezca un modelo ideal que los otros no puedan rechazar sin rechazar al mismo tiempo las leyes del conjunto” (Aulagnier, 2007, p. 164). Del mismo modo, la autonomía necesaria para el funcionamiento del Yo no resulta posible si la dimensión temporal-histórica del sujeto se articula con el saber parental oficiando como garante exhaustivo y suficiente. Es decir, el sujeto encuentra junto con su adscripción al conjunto social no solo una certeza acerca del origen escapa al exclusivo veredicto parental, sino también la posibilidad de continuidad en un tiempo venidero donde una nueva voz retomará el discurso donde se halla su mismidad.

Ahora bien, como deja en claro Aulagnier, el contacto del infans con el conjunto es posible sólo a través de la mediación que realiza la pareja parental. Estos, por su parte, poseen una determinada relación con el campo social y con sus enunciados, por lo que no resultan fieles o neutrales traductores del discurso del conjunto. Lo valorizado y lo desacreditado del mismo, la calidad e intensidad de la catectizaciones hacia el conjunto social y sus modelos, así como el acuerdo o rechazo con respecto a las cláusulas del contrato narcisista demarcarán la singularidad del advenimiento del Yo que allí se articula. Por otra parte, desde el campo social pueden formularse cláusulas que restrinjan el acceso al conjunto de diferentes maneras. La mirada de Aulagnier considera de ese modo la ruptura del contrato narcisista tanto bajo la responsabilidad de la pareja parental como de parte del propio conjunto social. En el primer caso, se trata de una negativa o imposibilidad de comprometerse en el contrato. En el segundo, cabe la posibilidad de que se trata de un conjunto que se niega a aceptar a estos sujetos como miembros con pleno derecho. En este caso, la realidad social y por ende la realidad histórica se muestran capaces de redoblar la violencia con la que se apresa al sujeto. Desde la noción de contrato narcisista, puesto que el sujeto se constituye como tal en los dominios de lo social, el recono-

cimiento que le es brindado no alude a un sujeto dado de antemano sino, justamente, a aquel que existe a través de ese reconocimiento. Así, la mirada de Aulagnier nos advierte: la imposibilidad de acceder al contrato narcisista bajo la responsabilidad del propio conjunto social supone entonces un redoblamiento de la violencia tal que pone en jaque la existencia social como semejante y la constitución psíquica que con ella se torna posible.

3. El espectro conceptual de Judith Butler: mecanismos psíquicos del poder

Los límites a la liberación deben entenderse no sólo como autoimpuestos, sino, de manera más fundamental, como condición previa para la formación del sujeto. (...) el sometimiento consiste precisamente en esta dependencia fundamental ante un discurso que no hemos elegido pero que, paradójicamente, inicia y sustenta nuestra potencia.

Judith Butler, MECANISMOS PSÍQUICOS DEL PODER

Como hemos señalado, si bien en el segmento inicial de la obra de Butler resultan frecuentes las referencias a la teoría psicoanalítica, es en *Mecanismos psíquicos del poder* donde se reconoce el intento de articular la filosofía foucaultiana y el pensamiento freudiano en la búsqueda de una conceptualización que permita explicar el modo en que el poder configura una interioridad psíquica (Martínez, 2013). Tras este propósito, cobra protagonismo la reflexión acerca de la noción de poder que instala el pensamiento de Foucault. Este, como es sabido, señala que el poder no debe ser comprendido mediante la visión descendente clásica, es decir, sólo como algo que recae sobre el sujeto de manera represiva. Asimismo, nos advierte Foucault, no debe entenderse como algo que se posee ni como una entidad estable, coherente y unitaria. Por el contrario, situado en relación a condiciones históricas específicas de emergencia, debemos considerar al poder en su existencia capilar y tentacular, como algo que se ejerce al interior de relaciones que se entraman en forma de red. No se trata, entonces, sólo de una fuerza negativa y represiva, sino que conforma una realidad positiva y productiva, es decir, capaz de crear y fabricar, incluso desde las extremidades y desde abajo (Revel, 2009). En esta dirección, Butler se preocupa por hacer lugar a una noción de poder en la que este no es visto sólo como aquella fuerza que somete al sujeto, sino que constituye, de forma simultánea, aquello de lo que el sujeto depende para su existencia y aquello que lo forma. En palabras de la autora,

Estamos acostumbrados a concebir el poder como algo que ejerce presión sobre el sujeto desde fuera, algo que subordina, coloca por debajo y relega a un orden inferior. Esta es ciertamente una descripción adecuada de una parte de las operaciones del poder. Pero si, siguiendo a Foucault, entendemos el poder como algo que también forma al sujeto, que le proporciona la misma

condición de su existencia y la trayectoria de su deseo, entonces el poder no es solamente algo a lo que nos oponemos, sino también, de manera muy marcada, algo de lo que dependemos para nuestra existencia y que abrigamos y preservamos en los seres que somos (Butler, 2001, p. 12).

Tal como advierte Butler, la mirada productiva sobre el poder que configura el pensamiento foucaultiano hace lugar a la ambivalencia a la hora de delimitar la idea de sujeto. Así, el término sujeto aloja tanto el sentido de sujeción como el de subjetivación, el de devenir subordinado al poder como el de devenir sujeto. Sin embargo, Butler no adhiere a la crítica que Foucault hace del psicoanálisis y considera que este no explora la doble faz del poder en tanto subordinación y producción, como tampoco atribuye protagonismo a lo psíquico y a los mecanismos específicos que forman a este sujeto en la sumisión. Por lo tanto, propone, la formación del sujeto y el sometimiento psíquico a través de los efectos del poder deben abordarse como dos caras de la misma moneda bajo el propósito de “elaborar una teoría de la psique para acompañar la teoría del poder” (Butler, 2001, p. 13). En esta dirección, si el poder no sólo actúa para oprimir a los sujetos sino también para formarlos, para comprender en qué consiste esa formación torna imprescindible un rechazo al dualismo ontológico que separa lo político y lo psíquico.

En este contexto la obra hegeliana resulta de interés para Butler debido a un gesto filosófico presente en *Fenomenología del espíritu*. Señala así que, en el contexto de la dialéctica del amo y el esclavo, la resolución de la libertad mediante una autoesclavización pone de relieve la emergencia del Amo, en un principio “externo” al esclavo, en la propia conciencia de este. El esclavo, entonces, se libera del Amo solo para verse inmerso en un mundo de normas e ideales en el que la libertad desemboca en autocensuras éticas. Para Butler, esta precursora imagen hegeliana pone de relieve el problema sobre el modo en que el poder asume una forma psíquica y hace necesaria la figura del tropo o giro. La formación del sujeto instala entonces una situación dilemática, solidaria a una paradoja referencial, puesto que obliga a referirse a aquello que aún no existe como tal. La figura de darse la vuelta, de este modo, conduce a una premisa tropológica a la hora de pensar cómo el poder acoge a sus súbditos a partir de una subordinación fundacional. De acuerdo con Butler,

Esta figura forma parte de la explicación de cómo se produce el sujeto, por lo cual, en sentido estricto, no existe un sujeto que se dé la vuelta. Por el contrario, la vuelta parece funcionar como inauguración tropológica del sujeto, como momento fundacional cuyo estatuto ontológico será siempre incierto. Por ello, parece difícil, si no imposible, incorporarla a la descripción de la formación del sujeto. ¿De qué o de quién se dice que se da la vuelta, y cuál es el objeto de la misma? (Butler, 2001, p. 14).

Si para Butler la norma no ingresa a un espacio psíquico preconfigurado, sino que es a través de su proceso de internalización que se produce la propia distinción entre lo psíquico y lo social, esto se logra a través de mecanismos específicos. Es frente a este escenario dile-

mático configurado por la inauguración tropológica del sujeto y por un “retorcimiento ontológicamente tan incierto” (Butler, 2001, p. 14), en el que “el sujeto se inicia mediante una sumisión primaria al poder” (p. 12), que apela al concepto de identificación freudiano. Butler retoma los desarrollos freudianos sobre la identificación interesada por el vínculo con la investidura o la relación de objeto. Efectivamente, Freud conceptualizó a la identificación ya sea como respuesta a la pérdida de un objeto amado, como reemplazo de la relación de objeto o como condición para que el Ello resigne sus objetos (Freud, 1915, 1921, 1923). En todos los casos, la consecuencia de esta mirada es que la identificación implica una modificación del Yo y que el Yo se compone de identificaciones. Por lo tanto, “Si el yo se compone de identificaciones, y la identificación es el desenlace del deseo. Entonces el yo sería el residuo del deseo, el efecto de una serie de incorporaciones que (...) rastrean un linaje de vinculaciones y pérdidas” (Butler, 2001, p. 116). Estas vinculaciones y pérdidas, argumenta Butler, se encuentran fundadas en prohibiciones y restricciones que resultan constitutivas. De este modo entiende que el mecanismo de identificación posee un funcionamiento tropológico. Se trata del pliegue o punto donde el poder se vuelve contra sí mismo, la vuelta que anuda psique y poder al constituir por excelencia el mecanismo psíquico del poder a partir del cual el sujeto se apega a la subordinación y se forma en la sumisión. La identificación aparece así enmarcada en relación a la presencia de restricciones y demandas simbólicas vinculadas a los esquemas normativos. Así, frente a la pregunta por los orígenes del sujeto en el análisis de los efectos reguladores y productivos del poder, Butler se refiere a la identificación primaria con el sometimiento. Después de todo, “no se trata simplemente de que el reconocimiento del otro sea necesario y la subordinación confiera una forma de reconocimiento, sino más bien de que uno/a depende del poder para la propia formación” (Butler, 2001, p. 20), es decir, se trata de una subordinación fundacional a través de este tropo de estatuto incierto en términos ontológicos, aquel que, al pensar la formación del sujeto, obliga a referirse a aquello que aún no existe. Y más aún, se trata de que “dicha formación es imposible sin la dependencia y que la postura del sujeto adulto consiste precisamente en la negación y reescenificación de esa dependencia” (Butler, 2001, p. 21).

La simultánea formación y subordinación del sujeto, conduce a Butler hacia la idea de que el sujeto esta apasionadamente apegado a su propia subordinación y a la consideración de que ningún sujeto emerge sin un vínculo apasionado con aquellos de los que depende de modo esencial. Emerge de esta manera la pregunta acerca del deseo por la norma y el sometimiento refiriéndose a un deseo previo de existencia social que el poder regulador usufructúa apelando a las dependencias primarias. De este modo,

Si es imposible que el sujeto se forme sin un vínculo apasionado con aquéllos a quienes está subordinado, entonces la subordinación demuestra ser esencial para el devenir del sujeto. En tanto que condición para devenir sujeto, la subordinación implica una sumisión obligatoria. Por otra parte, el deseo de supervivencia, el deseo de «ser», es un deseo ampliamente explotable. Quien promete la continuación de la existencia explota el deseo de supervi-

vencia. 'Prefiero existir en la subordinación que no existir': ésta sería una de las formulaciones del dilema (donde también hay un riesgo de 'muerte') (Butler, 2001, p. 18).

Evidentemente, el carácter formativo del poder no debe entenderse en términos conductistas, ni ligado a un propósito estricto, sino al modo en que las categorías sociales garantizan una existencia social reconocible y perdurable, aunque conlleven sometimiento. En este sentido, al verse obligado a obtener el reconocimiento de su existencia en términos que no son de su creación, el sujeto busca fuera de sí las categorías sociales que conllevan tanto subordinación como existencia, resultando la subordinación el precio por la existencia. Esta búsqueda que deriva del deseo de reconocimiento explotada por el poder bajo la forma de existencia implica un alto grado de vulnerabilidad ante el Otro. Sin embargo, aunque el sometimiento está a la base de la formación del sujeto, el poder no se asume reproduciéndose de manera mecánica y, por ello, corre el riesgo de adoptar formas diferentes. El sometimiento y las formas psíquicas que adopta no se limitan a reflejar el poder social, aunque estén vinculados de forma apasionada. Por lo tanto, el poder no produce unilateralmente a los sujetos ni actúa solo a través de la coerción explícita, sino que lo hace mediante un camino más insidioso. El carácter topológico del sujeto impone asimismo que la norma que adopta una forma psíquica se torne ella misma vulnerable al cambio psíquico e histórico, tal como las categorías sociales que imponen vulnerabilidad al sujeto. Butler deja en claro su posicionamiento crítico frente al estructuralismo al señalar que estas formulaciones se oponen al postulado de lo Simbólico en tanto normatividad lingüística que limita lo social. Si el poder no es sólo aquello externo y anterior al sujeto, sino que las condiciones de poder dependen de la reiteración para poder persistir y el sujeto es, precisamente, el sitio de esta reiteración, las estructuras de subordinación no resultan estáticas. Por el contrario, Butler considera que la reiteración de las condiciones del poder invierten su dirección al asumir una forma presente ya que confieren a los actos del sujeto un carácter activo y productivo en la reiteración de sus propias condiciones.

Si para Butler, tal como hemos mencionado, las dimensiones libidinal y erótica juegan su papel en las identificaciones constitutivas que forman al sujeto subordinado al poder, estas no tienen lugar al margen de ciertos esquemas normativos. Bajo la idea de matriz de inteligibilidad heterosexual (Butler, 2007), esta condición permite aproximarse a dichos esquemas normativos topándose con la imposición heterosexista que opera regulando las identificaciones. De acuerdo con Butler, dicha matriz delimita y edifica el campo de inteligibilidad cultural de las identidades sobre el supuesto del sexo binario, en otras palabras, se trata de "la rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos" (Butler, 2007, p. 292). La inteligibilidad, entonces, depende de la vinculación necesaria y causal entre sexo, género y deseo de acuerdo con los términos del binarismo de género. Como tales, estos requisitos para la inteligibilidad en el marco de la matriz heterosexual no son otra cosa que condiciones para el reconocimiento y, por lo tanto, para la existencia y la formación del sujeto.

4. Hacia otro horizonte onto-epistemológico

Tal como hemos señalado, desde un espectro amplio de intereses y posturas, las miradas de impronta posestructuralista que protagonizan los debates centrales de la escena académica contemporánea han tomado frecuentemente como blanco de sus críticas al psicoanálisis. En particular, tanto a nivel local como internacional, se destacan los cuestionamientos que encuentran en lo psíquico un límite a la ontología social del sujeto —y por lo tanto a la apertura del sujeto hacia la contingencia histórica y el acontecer político. Frente a este escenario complejo emerge la necesidad examinar epistemológicamente el edificio psicoanalítico como también la de poner en marcha la construcción de perspectivas teóricas interesadas en atribuir protagonismo a la dimensión política en la conceptualización del sujeto psíquico. En esta dirección la obra de Aulagnier se muestra consistente con tal propósito debido al protagonismo que atribuye a lo social en su abordaje de la formación del sujeto y los orígenes de la vida psíquica. De este modo, el recorrido presentado permite considerar la potencialidad que guarda el pensamiento de Aulagnier atendiendo al punto de vista que adopta Butler en su intento de, mediante la exploración de la interioridad psíquica, sopesar el carácter vacío del sujeto que atribuye a la conceptualización de Foucault. Debido a su impacto académico y a su intención cabal de aproximarse a la teoría psicoanalítica con un prisma posestructuralista, la obra de Butler constituye un insumo privilegiado para nuestro propósito. Asimismo, en particular, si bien Butler no ubica una referencia explícita en el pensamiento de Aulagnier, el modo en que esta aborda teóricamente la constitución subjetiva en las tramas de lo social permite establecer vinculaciones conceptuales en torno al problema de la formación del sujeto.

Los aportes teóricos de Aulagnier, especialmente la noción de contrato narcisista, se presentan como un recurso teórico potente para poner en consideración el modo en que la dimensión político-histórico-social participa en los procesos de constitución psíquica. Como hemos mencionado, las formulaciones de Aulagnier funcionan a modo de referencia implícita o subyacente en el intento de Butler de conceptualizar la forma y los mecanismos psíquicos que adopta el poder. Así, resulta posible advertir que las conceptualizaciones butlerianas se hacen eco de las propuestas por Aulagnier e incluso se articulan en figuras propias de la psicoanalista italo-francesa. Sin embargo, las coordenadas posestructuralistas y foucaultianas propias del pensamiento de Butler alejan la posibilidad de una homologación.

Desde este punto de mira la noción de contrato narcisista, junto con el edificio conceptual que le da forma, permiten establecer que no hay constitución psíquica ajena a la dimensión social. Butler, por su parte, rechaza de manera contundente el dualismo ontológico que separa lo psíquico de lo social. Esto significa que lo social no solo participa de la constitución psíquica —tal como podemos afirmar junto con Aulagnier— sino que es en lo social donde se encuentra el origen de lo psíquico. En palabras de la autora,

la producción de lo psíquico como ámbito independiente no es capaz de borrar el origen social de su producción. La 'institución' del yo no es capaz de

vencer completamente su residuo social, puesto que desde el principio ha tomado prestada su 'voz' de otro lugar, su voz es la reconversión de un 'planto' social en autojuicio psíquico (Butler, 2001, p. 212).

Esta afirmación deja claro que si bien, a diferencia de Foucault, Butler se interesa por la interioridad psíquica, esta no se corresponde con la que encontramos en el pensamiento de Aulagnier. En este caso, la postura butleriana evidencia su impronta posestructuralista al intentar exorcizar el esencialismo presente en una ontología del sujeto psíquico que escape a lo social. Una comprensión de este tipo resulta inconveniente para Butler, pues si la ontología psíquica no responde a los decursos sociales resulta viable establecer fundamentos del sujeto universales, a-históricos y, por lo tanto, necesarios. Absorber la interioridad psíquica bajo la ontología social, por el contrario, resulta consistente con una mirada centrada en el poder productivo y con el propósito de mostrar y tornar contingentes los fundamentos del sujeto. En otras palabras, una realidad subjetiva entendida como radicalmente abierta a la contingencia propia de los arreglos de poder que ordenan histórica y políticamente el campo social no admite una interioridad psíquica independiente de los mismos. La voz, figura que Aulagnier utiliza para dar forma a la metáfora del coro que compone el conjunto social al forjar el contrato narcisista como también a la vehiculización de enunciados identificatorios y dones libidinales propia del microambiente familiar, es recuperada en este caso por Butler para reafirmar su postura. Desde su punto de vista, centrado ahora en el Yo, puesto que este desde el principio ha tomado una voz desde otro lugar, le es imposible escapar a su origen social. Sin embargo, como señala la propia Butler, debido a que el Yo logra constituirse gracias a vínculos apasionados con otros de los cuales se depende para sobrevivir, su origen debe localizarse de manera anterior a la aparición de esta instancia en la escena psíquica. Así, lo que en términos de Aulagnier conforma el espacio al que el Yo puede advenir reconduce el problema para ambas autoras —aunque de manera diferente— al origen de la vida psíquica. Ambas, en cierto sentido y de diferente forma, tropiezan con el mismo obstáculo. Butler, por un lado, plantea que resulta necesario referirse a aquello que aún no existe, lo que la conduce a proponer la inauguración tropológica del sujeto en el contacto con el Otro. Allí tiene lugar una identificación primaria con el poder que, como vimos, conlleva una subordinación inaugural gestada en el pliegue que instala la identificación al conectar —y simultáneamente fundar— dos espacios diferentes. Este escenario tropológico, admite, resulta ontológicamente incierto. Aulagnier, por otro lado, en torno a una preocupación epistemológica antes que ontológica y concentrada en la idea de encuentro entre la psique y el mundo, también señala el límite que halla en una reflexión acerca de la aparición del sujeto en el mundo. Desde su punto de vista,

La inevitable violencia que el discurso teórico impone al objeto psique del que pretende dar cuenta se origina en la necesidad de disociar los efectos de este encuentro, que aquel puede analizar sólo en forma sucesiva y, en el mejor de los casos, en un movimiento de vaivén entre los espacios en los que surgen tales efectos. Reconocer este 'remodelamiento' del ser y del ob-

jeto que la teoría exige no lo elimina: la concordancia exhaustiva entre el discurso analítico y el objeto psique es una ilusión a la que debemos renunciar (Aulagnier, 2007, p. 30).

Más allá de las diferencias señaladas y los obstáculos en común delimitados, resulta claro que bajo la mirada que cada una de las autoras delinea la constitución psíquica no es ajena a la esfera subjetiva. En consideración de Aulagnier, es la violencia primaria impuesta por el discurso y el deseo parental la que hace posible el advenimiento del Yo y con ello la consolidación del contrato narcisista. De este modo la mirada de Butler se torna valiosa a la hora de considerar desde el terreno del psicoanálisis la vulnerabilidad frente a las condiciones que impone la socialidad. Ya se ha mencionado que el contrato narcisista supone que el sujeto debe repetir a cuenta propia los enunciados del conjunto a cambio de reconocimiento. Es posible, frente a ello, tener en cuenta la siguiente consideración de Butler:

Vulnerable ante unas condiciones que no ha establecido, uno/a persiste siempre, hasta cierto punto, gracias a categorías, nombres, términos y clasificaciones que implican una alienación primaria e inaugural en la socialidad. Si estas condiciones instituyen una subordinación primaria o, en efecto, una violencia primaria, entonces el sujeto emerge contra sí mismo a fin de, paradójicamente, ser para sí (Butler, 2001, p. 39-40).

Desde una mirada butleriana entonces, las condiciones para el reconocimiento —que podemos ubicar en el sistema de demandas y contraprestaciones del contrato narcisista— crearán simultáneamente una alienación primaria e inaugural en la socialidad. Asimismo, ello supone la creación un ámbito de riesgo para el sujeto, ya que si las normas no son repetidas “correctamente” este se expone a sanciones y amenazas sobre su propia existencia. De este modo, la consideración de la faz punitiva del poder presente en el pensamiento de Butler ofrece un prisma novedoso para aproximarse a los riesgos señalados por Aulagnier acerca de la posibilidad de ruptura del contrato narcisista. Así, si una imposibilidad de adscribir al conjunto social configurada desde el propio grupo supone un redoblamiento de la violencia que recae sobre el sujeto, la consideración de los arreglos de poder que imantan el campo social permite vincular esta violencia a esquemas normativos específicos. En este sentido, la función que Aulagnier atribuye al modelo ideal del conjunto no puede dejar de lado el modo en que el proceso de formación del sujeto es solidario a una “producción simultánea de una esfera de seres abyectos” (Butler, 2002, p. 19), ni el modo en que el campo de los sujetos posee un exterior constitutivo formado por estos seres abyectos que no alcanzan el estatuto de sujetos, quienes habitan un “sitio temido de la identificación” (p. 20).

Como parte de la consideración de los esquemas normativos a los que alude la mirada butleriana, entonces, cobra protagonismo la ya mencionada matriz de inteligibilidad heterosexual. Su conceptualización, junto al interés por los vínculos apasionados con el poder, le permite a Butler conectar la idea foucaultiana de ideal regulador, como determinante de las formas

posibles e imposibles de amor, a la existencia de un repudio básico que establece las formas que es posible adoptar para cualquier vínculo. Tal repudio refiere paradigmáticamente al vínculo homosexual, estando a la base de la organización de la identidad heterosexual la pérdida del objeto homosexual. Masculinidad y feminidad se convierten para Butler en las huellas de un amor perdido y no llorado, formadas a través de identificaciones dolorosamente negadas que producen la identidad heterosexual melancólica. Dentro de la matriz heterosexual, los marcos culturales se refuerzan mediante este repudio de manera constante, ya que se ordenan a través de la melancolía de género. Junto con Freud, Butler considera que la melancolía encierra una preservación del objeto perdido en la esfera psíquica. Al retirar las cargas libidinales del objeto perdido, estas recaen sobre el yo organizando sus identificaciones. El Yo resulta entonces de la sedimentación de identificaciones que promueven los objetos amados y luego perdidos toda vez que estos recaen sobre el Yo y se tornan identificaciones constitutivas. A partir de aquí es que Butler señala que en las culturas heterosexuales el vínculo con el objeto homosexual se pierde desde el inicio como posibilidad legítima, forjando de este modo una identificación melancólica constitutiva al recaer sobre el Yo. Paradójicamente la preservación del objeto perdido en la esfera psíquica a través de la melancolía es el resultado del mecanismo que forma parte de su rechazo, puesto que las cargas libidinales son retiradas del objeto y vueltas sobre el Yo para que estén disponibles para acoger nuevos objetos. Por lo tanto, la melancolía niega y preserva el objeto perdido internalizándolo a través de la identificación melancólica, lo que permite a Butler postular que las identificaciones constitutivas del Yo, dentro de la matriz heterosexual, derivan de la internalización del objeto prohibido del vínculo homosexual. Se articula por esta vía, la de la identificación, la norma social hegemónica y la formación de subjetividad, dado que “la sanción actúa, no para prohibir el deseo existente, sino para producir ciertos tipos de objetos y excluir otros del campo de producción social” (Butler, 2001, p. 36). Los objetos pueden entonces no solo estar destinados a la destrucción, sino que pueden acarrear para el sujeto el peligro de la propia destrucción, aunque, paradójicamente, “persistir en el propio ser significa, entonces, estar entregado desde siempre a unas condiciones sociales que no son nunca del todo creación propia” (Butler, 2001, p. 39).

Esta explicación sobre el modo en el que el Yo se ve forzado a comprometerse con términos normativos específicos que emanan de la matriz de inteligibilidad heterosexual permite considerar que la propia consecución del contrato narcisista supone para el sujeto la imposición coercitiva de la norma social hegemónica. Así, el redoblamiento de la violencia que Aulagnier atribuye a aquel conjunto social que imposibilita la adscripción de un sujeto como uno de sus miembros no debe reducirse a la dimensión intrapsíquica ni a la historia individual. Esta, como nos muestra Butler, debe necesariamente enlazarse a un horizonte onto-epistemológico en donde se encuentre la pregunta acerca de la producción histórica del sujeto y la relación entre poder y formación de la subjetividad. Si el pensamiento de Aulagnier nos permite comprender que lo social impacta en el plano metapsicológico y que ello se hace posible gracias al ejercicio necesario de violencia, es junto con Butler que podemos advertir como la violencia recrudece sobre quienes no se ajustan a los términos normativos. Resulta claro entonces que, a la hora

de abordar la realidad de los márgenes poblacionales y las localizaciones de sujeto que no gozan de pleno reconocimiento y legitimidad en el campo de los sujetos, la producción de conocimiento psicoanalítico debe atender a la exigencia ético-política que supone no redoblar la violencia epistémica que recae sobre ellos. A propósito de la psicosis, la propia Aulagnier parece advertirnos con sus palabras: “el discurso psicótico enfrenta a los otros con la no evidencia de lo evidente: rara vez se le ha perdonado esto. También enfrenta con la categoría del poder: poder del discurso, poder de la realidad, poder de la psique, poder de la violencia del campo social” (Aulagnier, 2007, p. 303).

5. Palabras finales

Resulta un imperativo ético la inclusión de esta dimensión política. Estos aportes y el enlace aquí presentado se muestran como una vía posible, al menos en el plano teórico, para lograr la ampliación del panorama referencial con el que contamos en rechazo de la ilegitimidad impuesta sobre las existencias no ajustadas a los marcos normativos. A partir del recorrido propuesto advertimos que este compromiso ético-político implicado en el rechazo de la producción de patologización, inferiorización y exclusión de sujetos no alineados con la norma hegemónica reclama construir una perspectiva capaz de cuestionar los obstáculos onto-epistemológicos para la proliferación de localizaciones de sujeto (Martínez, 2018). Asimismo, el panorama construido busca poner de relieve la relevancia de la búsqueda de una mayor comprensión del modo en que la violencia se presenta en la esfera subjetiva. Esto, como vimos, requiere dar cuenta de su compleja y estrecha conexión con el alto grado de vulnerabilidad hacia el Otro que se desprende de la inclusión de lo social en la ontología psíquica. Después de todo, tal como nos dice Butler:

si nos hemos de oponer a los abusos de poder (lo cual no significa oponerse al poder mismo), antes debemos determinar en qué consiste nuestra vulnerabilidad ante ellos. El hecho de que los sujetos se constituyan en una vulnerabilidad primaria no exonera los abusos que padecen; por el contrario, muestra de manera nítida cuán fundamental puede ser su vulnerabilidad (Butler, 2001, p. 31).

Referencias

- Aulagnier, P. (2007). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bach, A. (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblos.
- Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.

- Butler, J. (2001). Fundamentos contingentes: el feminismo y la cuestión del "postmodernismo". *La ventana*, 13(1), 7-41.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1917 [1979]). Duelo y melancolía. En *Obras Completas*, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1921 [1979]). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1923 [1979]). El yo y el ello. En *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires, Amorrortu
- Foucault, M. (1990). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Martínez, A. (2013). El grano de arena en el centro de la perla: Registros de la identificación y formación del sujeto en Judith Butler. EN: M. L. Femenías; V. Cano y P. Torricella (Eds.). *Judith Butler, su filosofía a debate*. (pp.213-240). Buenos Aires FFyL/UBA.
- Martínez, A. (2017). No se nace mujer y jamás se llega a serlo: Dimensiones corporales / figuraciones de género. *En letra*, 4(8), 4-3.
- Martínez, A. (2018). *Identidad y cuerpo en la trama del sujeto sexo-generizado. Del psicoanálisis norteamericano a Judith Butler*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Revel, J. (2009). *Diccionario Foucault*. Buenos Aires: Nueva Visión.

CAPÍTULO 8

Sexualidad y género: diálogo teórico-crítico con la mirada psicoanalítica

Tomás Gomariz

1. Introducción

El presente capítulo propone un abordaje crítico de dos núcleos problemáticos de la teoría psicoanalítica freudiana, la feminidad y la sexualidad infantil, a partir de las contribuciones de los estudios de género modernos y de líneas conceptuales posestructuralistas (principalmente, los estudios queer y gay-lésbicos)¹⁶. Se busca establecer un diálogo entre campos del conocimiento que debaten de manera diversa con las categorías de cuerpo, género y sexualidad, y configurar un terreno fértil para formular consideraciones críticas sobre las conceptualizaciones psicoanalíticas tendientes a un ahistoricismo y un universalismo no cuestionados. Las transformaciones socio-políticas ponen en jaque la actualidad del psicoanálisis, siendo preciso emprender una actividad reflexiva que, lejos de desestimar las propuestas freudianas, sea capaz de señalar sus sesgos a partir de herramientas provenientes de otros campos.

En una primera parte, el debate sobre la feminidad se libra en torno a la categoría de género, para lo cual se retoman —sin abandonar la consideración de textos freudianos fundamentales— los aportes de dos referentes del psicoanálisis contemporáneo que dialogan con la potencia heurística del constructo, al cual invocan en adhesión o en oposición: Emilce Dio Bleichmar y Silvia Tubert, psicoanalistas argentinas que nutrieron los debates locales sobre la compleja intersección psicoanálisis/estudios de género. Dilucidar las miradas de ambas psicoanalistas en torno al cuerpo permite trazar caminos diferentes, y poco explorados, sobre el modo en que la superficie textual de Freud elide o presenta de manera latente aspectos subjetivos que hoy podemos vincular genealógicamente al constructo sistema sexo/género (Rubin, 1986, p. 97). La propuesta transcurre por indagar, en primer lugar, la pertinencia del concepto de género respecto del corpus psicoanalítico, a partir de la constatación del vacío epistémico

¹⁶ El capítulo fue presentado originalmente como Trabajo Integrador Final para la obtención del título de Licenciatura en Psicología (UNLP). Su realización se encuadra en la participación en grupos de lectura y estudio (*La irrupción del cuerpo en la Teoría Queer contemporánea* y *Quiasmo: grupo de estudio sobre Nuevos Materialismos*, ambos coordinados por Ariel Martínez) y de lo indagado en el marco de una Beca de Estimulo a la Vocación Científica otorgada por el Consejo Interuniversitario Nacional.

que tiñe la formación de grado del psicólogo en torno a estas temáticas que progresivamente se evidencian como fundamentales en el campo de las ciencias humanas y sociales.

Tal como mencionan especialistas en el tema, la teoría feminista fundada a partir de los movimientos de liberación de las mujeres gestó las condiciones de visibilización de la opresión de la 'mujer'. La inclusión del concepto 'género' permitió elucidar el carácter ahistórico, universalista y esencialista de la categoría mujer, a la par que posibilitó pensar su subordinación por fuera del campo de la naturaleza (Burin y Meler, 1998, 2000). Tal como se ha destacado, puede pensarse que a la tradición de pensamiento inaugurada por *El segundo sexo* de Simone De Beauvoir (2007) subyace el denominado fundacionalismo biológico (Glynos, 2000; Nicholson, 1994). Mientras que el biologicismo equipara el "ser mujer" con el despliegue de determinantes contenidos en el cuerpo entendido en términos esencialistas —tal es el caso de Luce Irigaray (2009)—, el fundacionalismo biológico extrae las determinaciones del campo del cuerpo, localizándolas en lo social. Sin embargo, ninguna de las perspectivas enunciadas critica al sexo como organizador; no cuestionan la naturalidad del cuerpo sino que conciben al sexo en clave anatómica, en relación con los cuerpos de "varones y mujeres", impasibles de transformación. Esta base 'natural' se encontraría recubierta por el género, entendido como el conjunto de significados socioculturales que diferencian varones y mujeres (Fernández, 2003). Si bien esta perspectiva abre la posibilidad al accionar político (puesto que se podría disputar en la esfera político-social para conmovir los sentidos asociados tradicionalmente a la feminidad y la masculinidad), establece al mismo tiempo cierta mimesis que vincula un determinado género con un determinado cuerpo, por lo que no cualquier género puede recubrir cualquier sexo, sino que el género se erigiría como binario en función del dimorfismo sexual entendido como un hecho fáctico, inmutable e incuestionable.

Serán los estudios queer originados a fines de la década del ochenta los encargados de problematizar y desestabilizar la naturalidad que es adscrita a la categoría de sexo, introduciendo una torsión respecto del fundacionalismo biológico. Una de las principales referentes de la teoría queer y el construccionismo social, Judith Butler (2007), postulará que se codifica al sexo dimórficamente porque las estructuras discursivas que la cultura posee son binarias. Para esta autora, entonces, no hay cuerpo por fuera de lo discursivo, sino que el género instituye el sexo como hecho natural y no construido. Lejos de toda ontologización del dimorfismo sexual, se asume que el sexo es un constructo cultural, un artefacto discursivo, que es decodificado de manera dimórfica como efecto de las estructuras binarias de género que organizan la cultura occidental (Fausto-Sterling, 2006). Las posturas hiperconstruccionistas de la teoría queer se encontraron rápidamente con la resistencia de las intelectuales provenientes del campo feminista, en la medida en que "renunciar a una noción corporal de lo femenino implica quitar anclaje material al concepto central que da sustento a los reclamos políticos que le dieron origen" (Martínez, 2011, p. 137).

La propuesta butleriana se erige al modo de una línea posible dentro de los estudios queer, que puede ser inscripta en una genealogía que encuentra como principal referente a Michel Foucault. Esta perspectiva es reconocida por cuestionar la idea de una identidad anclada en

fundamentos sustanciales extra-discursivos, consideración que se liga a una noción de cuerpo y de sexualidad inescindible de los esquemas culturales que las producen y tornan inteligibles. Sin embargo, el campo de los estudios queer reconoce expresiones teóricas no reductibles al pensamiento foucaultiano: tal es el caso de la propuesta de Guy Hocquenghem (2009) — contemporáneo a Foucault—, que en su señalamiento de una dimensión no modelada por las exigencias del discurso, inaugura una genealogía alternativa de la teoría queer. El presente capítulo, en una segunda parte, presenta el debate Foucault-Hocquenghem a propósito de la conceptualización propiamente psicoanalítica de la sexualidad, en un intento de re-escenificar la tensión entre materialidad y significación. Cabe señalar que si bien ambas vertientes teóricas se aproximan al problema de la sexualidad a partir de consideraciones sobre el psicoanálisis, cada una le confiere un lugar diferencial en la discusión: mientras que Foucault lo concibe como una tecnología reaccionaria que ha contribuido activamente a la producción de saber-poder propia del dispositivo de la sexualidad, Hocquenghem realiza una original y controvertida apropiación de los constructos freudianos con el propósito político de subvertir la norma heterosexual. Así, tomando distancia de la perspectiva foucaultiana, que proclama la ubicuidad del discurso y la consiguiente imposibilidad de apelar a una dimensión que se afirme con independencia del mismo, Hocquenghem retoma la noción freudiana de pulsión y propone la categoría de ‘deseo homosexual’ como aquello que emerge por fuera de la representación. Desde su visión, la teoría de Freud permite identificar aspectos de la sexualidad humana no sujetos a las constricciones que impone el discurso, y que albergan la potencia para perforar los marcos epistémicos heteronormados a partir de los cuales se articulan los cuerpos. El debate Foucault-Hocquenghem, que supone una puesta en cuestión del estatuto ontológico de la dimensión pulsional, nos remite —en última instancia— a una contienda sobre la condición misma del psicoanálisis como disciplina, que es preciso tomar en consideración.

2.a. La feminidad: el ‘continente oscuro’ del psicoanálisis¹⁷

El abordaje de la sexualidad femenina se encuentra relegado en la obra freudiana, algo que es preciso contemplar a la luz de las coordenadas espaciotemporales en las que tuvo lugar la producción de lo que serían los cimientos del edificio psicoanalítico (Glocer Fiorini, 2015): la Viena finisecular, burguesa, victoriana, en la que circulaban ideas tradicionales sobre la familia; mientras que el varón se erigía como ordenador, proveedor y habitante de lo público, la mujer se encontraba replegada en la intimidad de la esfera doméstica, recluida en el ámbito privado y ajena a las revoluciones artísticas, técnicas y científicas que por otro lado tenían lugar a principios del siglo XX. La impronta positivista que se evidencia por momentos en la letra freudiana parece recrudecerse en su aproximación al desarrollo psicosexual específico de las mujeres,

¹⁷ Aspectos parciales de esta primera parte del análisis fueron presentados en Gomariz (2020).

abundando las definiciones maniqueas que abrevan en concepciones firmemente arraigadas en el sentido común de la época. En las tempranas conceptualizaciones del psicoanálisis se transparenta una determinada 'episteme' (Fernández, 1992), una forma de pensamiento fundada en los parámetros y códigos de la Modernidad. Sin embargo, cabe destacar que el ingenio freudiano produjo torsiones que permitieron ir más allá del pensamiento típicamente positivista, al contribuir al descentramiento del sujeto moderno (que con la noción de inconsciente pasa a estar signado por la escisión, la división subjetiva y deja de ser la sede de la racionalidad ilustrada), o incluso mediante el concepto mismo de pulsión, un concepto fronterizo, en una zona espectral entre lo psíquico y lo somático, que no puede ser adscripto puramente ni a uno ni a otro (lo que contribuye a desmontar lógicas de pensamiento binarias, dualistas).

Nos encontramos, entonces, con teorías sobre lo femenino en las que la mujer emerge definida por la negatividad, por lo que no es, por lo que no tiene, por lo que 'le falta', algo que ha sido denunciado con asiduidad por los feminismos. La mujer, así, se constituye como lo otro de un sujeto masculino universal (De Beauvoir, 2007): el hombre como sujeto cognoscente, la mujer como objeto de conocimiento (del hombre). En esta lógica, lo femenino queda homologado a lo otro, a la alteridad, conservando una conexión con lo corporal, con aquello que se afirma más allá de las exigencias del discurso, algo de lo que han dado cuenta —a su modo— las distintas corrientes al interior del psicoanálisis, independientemente de las considerables diferencias que se reconocen entre ellas. De esta forma, tanto en las teorizaciones posfreudianas (inglesas y norteamericanas) como en las lacanianas más ortodoxas, pareciera reescenificarse la oposición cultura *versus* naturaleza a partir de la presentación de pares antinómicos: hombre-mujer, sujeto cognoscente-objeto de conocimiento, mente-cuerpo, representación-materialidad. Lo femenino, así, queda emplazado en el lugar de lo irrepresentable, de lo carente de significante, como aquello extranjero al orden simbólico y cuya aprehensión ofrece resistencias. En la obra freudiana, son reiteradas las oportunidades en las que el psicoanalista vienés exhibe una dificultad para cercar las vicisitudes de la constitución psíquica femenina. Al comienzo de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), Freud sostiene que la vida amorosa masculina “es la única que se ha hecho asequible a la investigación, mientras que la de la mujer permanece envuelta en una oscuridad todavía impenetrable” (Freud, 1905, p. 137). En *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1908), escribe: “Debido a circunstancias externas e internas poco propicias, las comunicaciones que siguen se refieren predominantemente al desarrollo sexual de uno de los sexos, a saber, el masculino” (Freud, 1908, p. 189). Esta opacidad no parece esclarecerse con el correr de los años, al punto de que en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926), llega a postular:

Acercas de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark continent* {continente negro} para la psicología (Freud, 1926, p. 199).

Como consecuencia de esta dificultad, constatamos que los primeros esfuerzos realizados por Freud para aprehender la especificidad de la vida psíquica femenina se afirmaron a condición de suponer una plena analogía o paralelismo entre el desarrollo del varón y el de la mujer. Esto lo conduce a postular —por ejemplo— una “natural” primera inclinación de la niña por el padre, del mismo modo que los apetitos infantiles del varón se orientan a la madre (Freud, 1900), algo que revisitará al postular su tesis sobre la masculinidad primaria de la niña, que encuentra un primer antecedente en *Tres ensayos* al plantear que el primer objeto sexual del niño (independientemente de su “sexo”) y que deviene “paradigmático para todo vínculo de amor” (Freud, 1905, p. 203) es el pecho materno. La niña se vería constreñida, como se detallará a continuación, a realizar un cambio de objeto que le permita alcanzar el complejo de Edipo “normal”, trocando el deseo hacia la madre por el deseo hacia el padre. De la misma forma, es esperable que tenga lugar en la niña un cambio de zona erógena u órgano sexual rector, pasando del clítoris (que incentiva un placer activo —y por ende, masculino— por la vía de la masturbación clitoriana) a la vagina (en tanto órgano propiamente femenino, receptivo y reproductivo, al cual debe transferirse la estimulabilidad erógena del clítoris conforme a la oleada represiva de la pubertad).

Freud llegará a entrever la existencia de una disimetría entre los sexos en lo que respecta al desarrollo normativo del complejo de Edipo (Freud, 1925). Tal como se mencionó, mientras que en el varón el Edipo y su sepultamiento están en cierto sentido asegurados (o, al menos, facilitados), para la niña la tarea es más difícil, viéndose obligada a recorrer un trayecto más complejo y prolongado en el tiempo, que exige el cambio de objeto y zona erógena. Cabe señalar que Freud logra advertir esta disimetría a partir de la preconización del monismo fálico, que se constituye como el paroxismo del falocentrismo que se le ha imputado en reiteradas oportunidades (Tubert, 2001). Conforme a esta tesis, se asume que durante la fase fálica (Freud, 1923a) el niño y la niña no reconocen más que un solo órgano genital, el masculino¹⁸, representándose la diferencia sexual en términos de fálico-castrado (a diferencia de lo que acontecería una vez alcanzada la organización genital puberal, que supondría pleno conocimiento de la vagina por parte de la mujer, así como una cabal representación de la antinomia femenino-masculino). La primacía asignada por Freud al falo parece arrastrar cierto resabio de la creencia en un ‘sexo único’ que imperó en el contexto europeo hasta el siglo XVII (Laqueur, 1994). Desde la óptica de Laqueur, el pensamiento occidental desde la Antigüedad grecorromana hasta la Ilustración se encontraría dominado por una representación monista del sexo, por la cual se concibe al sexo masculino como el único existente, siendo el sexo femenino una versión atrofiada de aquel. En esta línea, Freud nos dice a propósito del clítoris:

¹⁸ Esta consideración, de fundamental importancia para el corpus psicoanalítico, es formulada por Freud a partir del caso Hans (1909). En este historial clínico, un niño fóbico elabora la teoría por la cual asume que todo y todos (incluidas las mujeres) poseen un “hace-pipi” semejante al propio. Es interesante destacar la operatoria de un deslizamiento del registro de la teoría infantil a la teoría del analista, en tanto Freud eleva esta singular ocurrencia al estatus de un paradigma, universalizándola.

La anatomía ha discernido en el clítoris, dentro de la vulva femenina, un órgano homólogo al pene, y la fisiología de los procesos sexuales ha podido agregar que ese pene pequeño, y que ya no crecerá, se comporta de hecho en la infancia de la mujer como un pene genuino y cabal (Freud, 1908, p. 193-194).

A partir de la tesis desplegada en el artículo de 1923 tiene lugar una reformulación en la conceptualización del complejo de Edipo, que en lo sucesivo se presentará necesariamente articulado al complejo de castración (con la forma particular que este adquiere para cada sexo). El Edipo, entendido como “el conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto a sus padres” (Laplanche y Pontalis, 2013, p. 61) desempeña un papel fundamental en la estructuración del psiquismo, incidiendo directamente en la elección de objeto de amor, el acceso a la genitalidad y la constitución de las diferentes instancias psíquicas (en especial, el superyó).

En el varón, los deseos incestuosos están dirigidos a la madre, configurándose deseos hostiles (e incluso de muerte) hacia el padre. Tras la visión de los genitales femeninos, que son interpretados como una ausencia de pene, cobra valor y eficacia simbólica una amenaza de castración recibida con anterioridad como respuesta del adulto a su masturbación infantil que suponía al mismo tiempo la invocación de fantasías incestuosas. El niño asume que puede correr el mismo riesgo que la niña, cuyo órgano ha sido amputado. Temiendo el castigo por sus deseos incestuosos, el niño desarrolla angustia de castración (la forma en la que emerge el complejo de castración en el varón), teniendo lugar el sepultamiento del Edipo en un intento de preservar el órgano narcisísticamente investido. Conforme a la resolución “esperable”, el varón se identifica con el padre, renuncia a la madre y dirige su deseo hacia otra mujer.

En el niño, entonces, es la angustia de castración la que promueve la declinación del Edipo, al propiciar su sepultamiento y la consiguiente emergencia del superyó como heredero y monumento recordatorio (Freud, 1923b, 1924). En la niña, por su parte, es la envidia del pene (forma que adopta el complejo en la mujer tras la constatación de la castración consumada) la que —por el contrario— inicia el proceso, al promover el desplazamiento del deseo de la madre (primera destinataria de las mociones pulsionales infantiles, en tanto otro primordial que oferta el pecho) al padre. La niña, al confrontarse con la diferencia sexual, desarrolla un sentimiento de hostilidad hacia la madre por “hacerla castrada”, dirigiéndose al padre en busca del órgano del que fue privada. Mediante el establecimiento de las correspondientes ecuaciones simbólicas, se trueca el deseo de pene por el deseo de hijo, por lo que la niña deseará parir un hijo del padre y, en lo sucesivo, parir un hijo de otro hombre¹⁹. Al decir de Freud:

¹⁹ Esta constituye una de las orientaciones posibles del desarrollo de la mujer (Freud 1933), y la única “verdaderamente femenina” (al suponer la realización de la mujer por la vía de la maternidad), siendo las otras dos la inhibición o frigidez y la homosexualidad.

Con la transferencia del deseo hijo-pene al padre, la niña ha ingresado en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad a la madre [...] experimenta ahora un gran refuerzo, pues deviene la rival que recibe del padre todo lo que la niña anhela de él (Freud, 1933, p. 119).

Al faltar el motivo principal que en el varón fuerza a superar el complejo de Edipo (la angustia de castración), en la mujer no se produce un verdadero sepultamiento del mismo, sino que “permanece dentro de él por un tiempo indefinido, sólo después lo deconstruye y aun entonces lo hace de manera incompleta” (Freud, 1933, p. 120), lo que conduce a que tenga lugar en ella la constitución de un superyó débil, que determina un menoscabo en su sentido de justicia y una menor aptitud sublimatoria. Se reniega, así, de la capacidad de la mujer para realizar aportes o contribuciones sustanciales a la cultura, resultando nuevamente forcluida del terreno de la significación, de las ideas, de la ciencia, en tanto ámbitos que la ontología moderna se ha encargado de estatuir como propiamente masculinos.

En este punto, es preciso recuperar el pensamiento de Karen Horney (1970), considerada retrospectivamente la primera psicoanalista en tender puentes entre el psicoanálisis y lo que podríamos pensar como el campo teórico-político del feminismo, quien realiza una crítica al falocentrismo freudiano por el cual se concibe a la niña “como un pequeño varón” (Freud, 1933, p. 109). Más allá de ciertos resabios biologicistas que se transparentan por momentos en la superficie textual de la propuesta de la autora, nos encontramos con una novedosa²⁰ apelación a factores sociales y culturales al problematizar las diferencias psicológicas entre varones y mujeres. La psicoanalista se basa en las contribuciones del filósofo y sociólogo Georg Simmel, quien avanza sobre la idea de que “toda nuestra civilización es una civilización masculina” (Horney, 1926, p. 59), y que es precisamente la importancia mayor que se le concede al varón lo que configura una relación de amo y esclavo entre los sexos, cuyo corolario es un profundo sentimiento de inferioridad en la mujer. Desde la óptica de Horney, ese sentimiento de inferioridad, lejos de ser primario e inherente a la niña en tanto “castrada”, está socialmente construido y reforzado. De la misma forma, el anhelo de parir un hijo (primero del padre, luego de otro hombre) no es efecto de la equivalencia simbólica por la cual la niña pretende suplir la falta de pene, sino de una identificación con la madre. Horney llegará a plantear, incluso, la existencia de una “envidia de la maternidad” (Horney, 1926, p. 64) que experimentaría el niño al tomar conocimiento de que carece de esa capacidad biológica. Asimismo, la psicoanalista cuestiona el monismo fálico al plantear que la niña posee un conocimiento temprano de sus genitales, y que la idea freudiana de la fase fálica (que, para ambos sexos, lo que cuenta es únicamente el órgano genital masculino) obedece a una mera transposición de las representaciones del niño (su ingenua suposición de que tanto las niñas como los niños tienen pene) que son elevadas al estatuto de la teoría. De idéntica manera, la hipótesis por la cual se asume que la propia niña

²⁰ Sobre todo si consideramos el momento histórico de producción de sus ensayos más importantes, en las décadas de 1920 y 1930.

cree haber tenido un pene que perdió por castración no es más que una generalización de la representación que el varón posee de la niña como un “niño castrado”, que ha sido objeto de un castigo que también pende sobre él.

2.b. Psicoanálisis y género: Emilce Dio Bleichmar

A pesar del determinismo biológico que a primera vista parece impregnar las teorizaciones psicoanalíticas en la versión de su padre fundador, pueden reconocerse ciertos puntos de fuga. En este sentido, nos encontramos con una llamativa afirmación freudiana sobre la imposibilidad de conferir significados precisos a los conceptos de masculinidad y feminidad, que lo lleva a admitir que “la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto” (Freud, 1925, p. 276). Referentes de los estudios de género como Emilce Dio Bleichmar sostienen que, si bien ‘género’ no es un concepto psicoanalítico, Freud “sí consideró al par feminidad/masculinidad de forma equivalente al concepto actual de género” (Dio Bleichmar, 1996, p. 100). La autora advierte que la dimensión del género está contemplada en las teorizaciones de los psicoanalistas, aunque con otra terminología, teniendo lugar una invisibilización de la categoría de la que se desprenden diversas consecuencias epistémicas y ético-políticas. Aboga, entonces, por la inclusión del concepto de género en el psicoanálisis en tanto constructo que permite jerarquizar el papel de lo político, lo histórico y lo social en la estructuración del psiquismo, algo que despertó cuestionamientos por propiciar con este movimiento una ‘sociologización’ del psicoanálisis (Tubert, 2003).

A los fines de situar las principales contribuciones de Dio Bleichmar respecto de la intersección psicoanálisis y estudios de género, se recupera *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad* (1997), texto ineludible de su producción en el que introduce el interrogante que orientará su teorización: “¿en qué se funda la predisposición de la mujer a la histeria?” (Dio Bleichmar, 1997, p. 15). La psicoanalista elucida la tensión —latente en la obra freudiana— entre un distanciamiento respecto del naturalismo etimológico (que históricamente emparentó a la histeria con el ‘útero’), y su reintroducción (al sostenerse que, al fin de cuentas, es la diferencia anatómica de los sexos la encargada de trazar el destino diferencial de hombres y mujeres). Postula que remitir la etiología de la histeria al “destino supuestamente fijado por la naturaleza a la mujer” (Dio Bleichmar, 1997, p. 16) se constituye como uno de los puntos más cuestionables de la teorización freudiana, al fundarse en principios anquilosados que es preciso someter a revisión. Esta tarea la llevará a abocarse a la problematización del estatuto de las categorías de feminidad y masculinidad en los textos psicoanalíticos clásicos.

Basándose en investigaciones del psiquiatra Robert Stoller, Dio Bleichmar presenta una de las tesis fundamentales del texto por la cual asevera que —tal como lo demuestran los casos de transexualismo— la estructuración del núcleo de la identidad de género femenina o masculina, es decir, la certidumbre inquebrantable e inamovible de ser ‘varón’ o ‘mujer’, sería previa al

reconocimiento por parte del niño de la diferencia anatómica de los sexos. En ese sentido, plantea que, en el caso de la transexualidad femenina, la identidad femenina se sostiene únicamente "por la convicción del niño y el deseo de la madre, y que se opone con tanto rigor al empuje del cuerpo, a la anatomía, a las hormonas, al deseo sexual que emanaría 'naturalmente' de este suelo biológico" (Dio Bleichmar, 1997, p. 17)²¹. Esto le permitirá postular que "la feminidad/masculinidad no se hallan *exclusivamente* bajo la égida de la anatomía, de lo biológico para su organización, no sólo en el caso del transexual, sino de todo ser humano" (Dio Bleichmar, 1997, p. 17, énfasis añadido). De esta forma, si bien la psicoanalista jerarquiza la eficacia de las experiencias tempranas en la estructuración de la identidad de género, no deja de conferirle cierto lugar a la anatomía, lo que se constituye como un remanente de la inspiración que encuentra en Stoller, quien no desmerece el papel de las influencias biológicas y hormonales en este proceso.

Dio Bleichmar enfatiza la importancia de introducir el concepto de género en el interior del psicoanálisis en un intento de resolver gran parte de las aporías que la teoría debe enfrentar, con la pretensión de propiciar la "eliminación de todo remanente de naturalismo dentro del campo de la revolución freudiana" (Dio Bleichmar, 1997, p. 18). En este movimiento, sin embargo, recupera la categoría de género ('gender') transferida de la gramática a las ciencias médicas en 1947 por el psicólogo infantil John Money. Tal como ha sido indagado y convincentemente argumentado, a esta categoría moderna y 'moneysta' de género subyacen concepciones naturalizadas en torno al cuerpo (Preciado, 2014), que reencontramos en los postulados de la psicoanalista. La autora apela a las ciencias biológicas al momento de operar una línea de clivaje entre los constructos de género y sexo, emergiendo en sus planteamientos una conceptualización del cuerpo en clave anatómica, concibiéndolo al modo de un existente incuestionablemente dimórfico.

La autora sostiene que "bajo el sustantivo género se agrupan todos los aspectos psicológicos, sociales y culturales de la feminidad/masculinidad, reservándose el sexo para los componentes biológicos, anatómicos y para designar el intercambio sexual en sí mismo" (Dio Bleichmar, 1997, p. 32, énfasis de la autora). De esta forma, al aceptar el constructo moderno de género e introducirlo al interior del psicoanálisis, incorpora a este corpus teórico una categoría que se constituye en las dicotomías propias de la racionalidad occidental, y por las cuales se asume que es posible trazar con claridad las fronteras entre aquello que corresponde al terreno de la biología (el cuerpo, el sexo) y lo que debe ser adscrito al campo de lo social (el género). Naturaleza y cultura, biología y sociedad, materia y significación, se constituyen, desde esta perspectiva, como dos esferas que se comportarían al modo de vacuolas entre las cuales no existe ningún tipo de interpenetración.

A este respecto, es preciso señalar que la psicoanalista dice servirse de estudios empíricos "desligados de connotaciones ideológicas" (Dio Bleichmar, 1997, p. 19), asumiendo la presunta

²¹ Cabe preguntarse por el estatuto ontológico que la autora parece conferirle al "deseo sexual", al alinearlo a la anatomía y las hormonas, como manando del mismo sustrato material.

neutralidad y objetividad de las investigaciones enraizadas en la biología, que meramente se encargarían de reflejar un orden de cosas fáctico e irrefutable (y no de construirlo como tal). En esta línea, se recupera una de las referencias retomadas por la psiquiatra y psicoanalista:

Money y los hermanos Hampson (1955) demuestran cómo dos niñas, ambas hembras en el programa genético, gonadal y endócrino, con su *estructura sexual interna normal*, por padecer durante la gestación del síndrome adrenogenital, nacen con sus órganos sexuales externos masculinizados. Una de las niñas es rotulada *correctamente* como hembra, mientras que a la otra —*engañosamente* varón por la enfermedad— se le asigna el sexo masculino. A los cinco años, la designada hembra se considera y es considerada por su familia una niña, y la que creyó ser varón, un varón (Dio Bleichmar, 1997, p. 19, énfasis añadido).

La autora le confiere a la ‘estructura sexual interna’ un estatuto definitorio, a juzgar por su caracterización de ciertas rotulaciones como ‘correctas’ o ‘engañosas’. Apriorísticamente, reduce la dimensión sexuada del cuerpo a dos únicas posibilidades exhaustivas y mutuamente excluyentes: ‘macho’ (‘varón’, en la cita recogida) o ‘hembra’, que se encontrarían contenidas o cifradas en la estructura sexual interna. Toda otra variación que no parezca ajustarse —y por lo tanto cuestione— al dimorfismo sexual, será considerada falsa o engañosa por enmascarar el sexo “verdadero”, y en consecuencia, pasible de ser patologizada. De esta forma, el cuerpo emerge en su teorización ligado al lugar que tiene el sexo en el constructo sistema sexo-género: cabalgando entre el biologicismo y el fundacionalismo biológico. Aunque por momentos se transparentan en sus postulados algunas consideraciones netamente biologicistas, Dio Bleichmar se vale de la noción de género para localizar las determinaciones del ser varón o mujer en lo social. En última instancia, el género remitiría a la dupla de significados sociales culturalmente instrumentados para dar sentido a un sustrato biológico cuya configuración dimórfica se pretende natural, prediscursiva e impasible de transformación. Esta base, entonces, admitiría sólo dos posibilidades anatómicas que se encontrarían miméticamente recubiertas por representaciones socioculturales igualmente binarias (Fernández, 2003).

Finalmente, cabe preguntarse por las consecuencias que supone para el corpus psicoanalítico la incorporación —de la mano de la categoría de género— del discurso de la diferencia sexual como hecho natural, permanente e inmutable. De acuerdo con este discurso fundado en la racionalidad moderna, sería posible establecer con facilidad los límites entre lo que corresponde al terreno de lo biológico y lo que pertenece al campo de lo cultural. Mientras que el sexo se inscribe bajo la fiscalización de la biología, erigiéndose al modo de un existente prediscursivo, el género —que Money ha llegado a concebir en términos de ‘sexo psicológico’ (Preciado, 2014, p. 90)— emerge como su contraparte cultural. Así, el género aparece remitiendo a los dos significados sociales (varón/mujer) que simplemente se encargarían de recubrir los dos sexos posibles (macho/hembra), al modo de representaciones culturalmente instrumentadas para dar sentido a un incuestionable sustrato biológico. El constructo de género, entonces, si

bien permite subvertir el monismo fálico freudiano (heredero de la ya mencionada creencia en un sexo único), lo hace a costa de introducir al psicoanálisis la codificación dimórfica del cuerpo. De esta forma, el cuerpo anatómico no deja de emerger como marco referencial normativo, lo que conduce a que se continúe emplazando en el campo de lo patológico o anormal la no alineación entre la identidad de género y el cuerpo que correspondería “naturalmente”, así como también aquellas morfologías corporales que no se ajustan al dimorfismo sexual.

2.c. Psicoanálisis y diferencia sexual: Silvia Tubert

Silvia Tubert hace hincapié en la necesidad de someter el concepto de género a un análisis crítico desde una perspectiva psicoanalítica, entendiendo que se trata de un constructo fundamentalmente sociológico. Sostiene que la categoría, si bien en un principio ha permitido ampliar los horizontes epistémicos, actualmente ha devenido estéril, erigiéndose su uso indiscriminado al modo de un escollo que amenaza con simplificar la complejidad de los debates contemporáneos. Postula que la incorporación de la noción de género al psicoanálisis supone reinstalar la dicotomía naturaleza-cultura y el dualismo cuerpo-mente que han marcado el pensamiento moderno occidental, y advierte que esta oposición no comporta un carácter esencial sino que es efecto de una operación cultural: “se trata de una categorización construida que, por un lado, separa artificialmente dimensiones de la sexualidad humana que están íntimamente relacionadas entre sí, a tal punto que no se pueden precisar los límites entre ambas” (Tubert, 2003b, p. 362). En este punto, la psicoanalista retoma los aportes de Judith Butler (2007), que desde una postura hiperconstruccionista señala que el sexo, lejos de constituir una realidad natural y precultural, no es sino un artefacto discursivo efecto de una operación que lo instituye como lo no construido. Butler denuncia la no ruptura del fundacionalismo biológico respecto del biologicismo, en tanto ambos comparten la aceptación del dimorfismo sexual como un hecho esencial e incuestionable. La filósofa invierte el orden de los términos en disputa y señala que codificamos el sexo dimórficamente porque las estructuras discursivas que poseemos son binarias. En términos de Tubert: “no tiene sentido definir al género como la interpretación cultural del sexo si el sexo mismo se entiende como una categoría del género” (Tubert, 2003a, p. 9).

La autora señala que Dio Bleichmar se equivoca al sostener que Freud consideró el par femineidad/masculinidad de manera equivalente al concepto actual de género, y que, incluso si fuera válida esta equiparación, sería necesario preguntarse por el sentido de intentar introducir una nueva categoría teórica ajena al corpus original. En lo sucesivo, sostiene que la noción de género no supone un aporte significativo al marco teórico del psicoanálisis, en tanto el mismo Freud se ha anticipado a situar aquello que la ‘perspectiva de género’ busca introducir al modo de una novedad: que la masculinidad y la femineidad se constituyen como construcciones teóricas de contenido incierto. Para Tubert, Dio Bleichmar fracasa en su intento de rescatar al psicoanálisis de un reduccionismo biologicista al enaltecer un constructo fundamentalmente socio-

lógico que preserve la idea de sexo subyacente, en la medida en que su adscripción se realiza sobre el fundamento que provee la diferencia sexual anatómica. En una nota al pie, nos dice:

El cuestionamiento del supuesto biologismo de Freud no le impide a esta autora [Emilce Dio Bleichmar] emplear términos como «macho (hombre biológico)» y «hembra (mujer biológica)» [...] Si Dio rechaza el biologismo, ¿qué sentido tiene fundar la crítica a la idea de la masculinidad de la niña en el hecho de que el cerebro humano, embriológicamente, es un cerebro «hembra»? (Tubert, 2003, p. 364, nota al pie).

La autora postula que, al tratarse de una categoría fundada en la oposición binaria de dos términos mutuamente excluyentes (el conjunto de todos los hombres y el conjunto de todas las mujeres), se terminan invisibilizando aquellos existenciaros que no se inscriben en una u otra posibilidad, así como también la diversidad al interior de las dos únicas opciones viables (crítica que, como veremos a continuación, resultaría igualmente válido instrumentar respecto de la noción de diferencia sexual que Tubert defiende).

Asimismo, señala que al recuperarse una noción que refiere al 'género social' concebido en oposición al 'sexo biológico', se diluye la dimensión subjetiva y propiamente psicoanalítica, enablándose un debate en la tensión naturaleza-cultura en el que no hay lugar para los avatares del deseo inconsciente. Así, se pierde de vista lo que a su criterio constituye el objeto de estudio propio del psicoanálisis: la constitución del sujeto inconsciente en tanto sujeto sexuado, a partir del modo en el que se posiciona ante la diferencia de los sexos. La psicoanalista cuestiona el uso abusivo de la categoría de género, que supone atribuir una importancia desmedida a los factores sociales, lo que terminaría diluyendo la especificidad de lo psíquico y, en ese sentido, la especificidad disciplinar del psicoanálisis (que quedaría asimilado a la psicología, la sociología o la estética).

Tubert entiende que concebir la existencia de una "feminidad genérica", de una clase conformada por todas las mujeres, encubre la singularidad del sujeto, punto hacia el cual se orienta el interés teórico y clínico de la propuesta psicoanalítica al menos en su versión lacaniana. Al decir de la autora, "el género [...] permite al sujeto refugiarse en una identidad colectiva para defenderse de la angustia ante el deseo, que lo remite a su absoluta singularidad" (Tubert, 1996, p. 36). Ante esto, privilegia la categoría de "diferencia entre los sexos". En el planteo de Tubert, feminidad y masculinidad no tienen una significación unívoca ni invariable, sino que se trata de términos relacionales que sólo cobran sentido en relación con la diferencia sexual. Esta diferencia se afirmaría con independencia del orden de las identificaciones (registro imaginario en el que se jugarían las vicisitudes en torno a la identidad de género) y de la cuestión anatómica, siendo efecto de una operación simbólica de división que establece dos lugares opuestos. La masculinidad y la feminidad constituyen, entonces, posiciones simbólicas, subjetivas, que se configuran con relación al falo como ordenador. El falo, para la teoría lacaniana, no equivale al pene en tanto órgano, sino que se trata de un significante privilegiado. Se retoma, así, lo esbozado por Freud a propósito de la fase fálica pero reconceptualizado en términos

simbólicos: sería entonces el falo (y no el pene) un significante que poseería una importancia crucial para ‘ambos’ sexos, en tanto representa la incidencia de una interdicción en la orientación del deseo. El falo como significante simboliza la prohibición que opera sobre todo sujeto, no existiendo un equivalente “hembra” del mismo. Para Lacan, “no hay [...] simbolización del sexo de la mujer en cuanto tal” (Lacan, 1955-1966, p. 251), y es esta asimetría del significante lo que conduce a la asimetría del complejo de Edipo en hombres y mujeres. Nuevamente se inscribe una carencia del lado de la mujer, lo que define su posición por la negatividad y explica al mismo tiempo su proclividad a la histeria (en tanto está constreñida a identificarse virilmente a un hombre portador de pene para aproximarse a la Otra mujer, en un intento de dar respuesta al “enigma” que —una vez más— constituye la feminidad).

En un intento de resguardar al psicoanálisis de ser arrasado por lo histórico-social, Tubert preconiza la dimensión de la diferencia sexual como un aspecto que se pretende por fuera de la contingencia, la historicidad y la politicidad del campo social. La diferenciación entre lugares antitéticos, exhaustivos y mutuamente excluyentes adquiere el carácter de un imperativo estructural y estructurante que no admite ningún tipo de cuestionamiento, al presentarse como una necesidad lógica de lo simbólico. Así, se le asigna un estatuto simbólico a la Ley diferenciadora, lo que permite esconder su carácter político y contingente detrás de una máscara de neutralidad, universalidad y atemporalidad (Martínez, 2019). Cada sujeto, al estructurarse como sexuado, debe situarse en relación con una división preexistente. Si bien Tubert reconoce que a los lugares que resultan de esta división bipartita se adscriben rasgos contingentes y profundamente históricos (sobre lo que culturalmente se entiende por ser varón o mujer), al mismo tiempo advierte, aunque sin profundizar, que “esos lugares no se nos muestran como espacios vacíos —como sostiene Lacan— y su contenido no es exclusivamente imaginario” (Tubert, 2003b, p. 381). Con esta acotación, la autora sugiere que algunos de los atributos que se corresponden con la masculinidad y la feminidad en tanto lugares que preexisten al sujeto que adviene al mundo (así como la existencia misma de sólo dos lugares) no son productos sociales sometidos a la dinámica del acontecer histórico, sino rasgos estructurales que, como tales, comportan un grado de necesidad y perpetuidad. Así, se adscribe a cada una de las posiciones subjetivas reconocidas determinados contenidos representacionales, lo que provoca la reintroducción de formas prototípicas y fuertemente estereotipadas con la complejidad añadida de que se las remite —en última instancia— a un orden estructural impasible de transformación.

2.d. Reordenamiento del primer debate

Sin pretensiones de simplificar el debate, podría concebirse a las autoras como exponentes de dos de las líneas del psicoanálisis que han conocido mayor desarrollo tras el primer impulso freudiano. A este respecto, Gayle Rubin sitúa que a pesar de la presencia de pasajes en los que Freud sugiere con claridad que la sexualidad debe ser remitida a determinantes

de orden psíquico y no biológico, la ambigüedad de su estilo y algunas de sus conceptualizaciones “dejan abundante espacio para las interpretaciones biológicas que tanta popularidad han alcanzado en el psicoanálisis norteamericano” (Rubin, 1986, p. 121) y que reencontramos en los postulados de Dio Bleichmar. Esta autora, si bien aboga por la incorporación de la categoría de género en un intento de desentramar la teorización psicoanalítica del extravío biologizante (Laplanche, 1998) en el que ha recaído, al mismo tiempo le otorga a la biología un carácter determinante al momento de corroborar o refutar hipótesis del psicoanálisis, apelando a investigaciones genéticas, neurológicas y endocrinológicas, y fundándose en exponentes como John Money y Robert Stoller. Tubert, por su parte, podría ser inscrita en la tradición francesa que “ha tendido a ‘des-biologizar’ a Freud” (Rubin, 1986, p. 121), siendo su principal referente Jacques Lacan quien “insiste en que Freud nunca quiso decir nada sobre la anatomía, y que la teoría de Freud era en cambio sobre el lenguaje y los significados culturales impuestos a la anatomía” (Rubin, 1986, p. 121). En esta línea, Tubert sitúa que la teorización freudiana “revela cómo el funcionamiento del cuerpo no se explica totalmente por su condición de organismo, sino que requiere ser considerado asimismo como un espacio psíquico o, más bien, simbólico.” (Tubert, 2003, p. 9).

Si bien Dio Bleichmar y Tubert arriban a conclusiones prácticamente opuestas respecto de la pertinencia de la inclusión de la categoría de género en el corpus psicoanalítico, ambas acaban encriptando la novedad de los aportes de Freud en reduccionismos esencialistas con los que se termina aprisionando y diezmando la potencia del psicoanálisis en la versión de su creador. Mientras que Dio Bleichmar incurre en un esencialismo biologicista (que reinstaura el anudamiento entre sexualidad y biología que la propia obra freudiana en cierto sentido habría contribuido a subvertir), Tubert recae en un ahistoricismo radical subsidiario de un estructuralismo a ultranza al jerarquizar la noción de diferencia sexual que, tal como se ha argumentado, no hace más que trasponer un nuevo binarismo al reinstalar convencionalismos respecto de lo masculino y lo femenino (con el agravante de que estas posiciones son remitidas a un orden estructural inconmovible que únicamente admite dos modalidades antitéticas). Tubert rechaza el carácter sociologizante de la categoría de género, al mismo tiempo que denuncia sus extravíos biologicistas, pero introduce un binario simbólico reciclado por la idea de diferencia entre los sexos. Sin embargo, en su propuesta sugiere un vector de análisis potente e irreductible a las vicisitudes del género y las lógicas de la sexuación, que caracteriza como objeto de indagación propio del psicoanálisis: la sexualidad pulsional. Al decir de la psicoanalista:

La sexualidad, es decir, los destinos de las pulsiones, los objetos del placer, las condiciones eróticas, es múltiple, y no pueden dar cuenta de ello ni la dualidad de los sexos ni la de los géneros. Aunque la ambigüedad del deseo pueda fijarse en función de las diferencias, conserva su inestabilidad, su dimensión de cuestionamiento permanente (Tubert, 2003b, p. 399).

La sexualidad emerge como una dimensión multívoca, inaprehensible y profundamente conflictiva, que no es considerada en los abordajes “o se presenta encubierta, de manera

sintomática, bajo la denominación espuria de género” (Tubert, 2003b, p. 402), en un movimiento que atenta contra su potencia heurística y política. Tubert retoma al psicoanalista Reimut Reiche, quien plantea que el término género adquirió una centralidad en la escena académica a costa de reprimir, en sentido epistemológico, al concepto de pulsión. Desde el punto de vista del deseo inconsciente —dirá Tubert— la sexualidad se dispersa en múltiples formas, caracterizándose por un verdadero polimorfismo que se burla del binarismo de género y el dimorfismo sexual anatómico. La pulsión sexual no sabe de identidades, de géneros, de posiciones, ni de diferencias: es una pura exigencia de satisfacción de la excitación corporal, que en todo caso se erige como fuente de angustia para un sujeto que, situado desde su yo, padece la indeterminación y la multiplicidad que entraña su polimorfismo (Tubert, 2003b). Desde esta perspectiva, los abordajes que gravitan en torno al concepto de género y la lógica de las identidades persiguen el objetivo tácito de desterrar a la sexualidad y su carácter problemático, ambivalente y contradictorio.

3.a. La sexualidad en *Tres ensayos*: del polimorfismo perverso al altruismo de la pulsión

Fueron las observaciones clínicas realizadas por Freud sobre la influencia de factores sexuales en la etiología de las neurosis actuales (neurosis de angustia y neurastenia) y de las psiconeurosis de defensa (histeria, representaciones obsesivas, fobias, psicosis alucinatoria y paranoia), las que lo condujeron a formular una propuesta teórica cabal sobre la sexualidad. Las tesis freudianas centrales sobre la sexualidad humana, que constituyen la columna vertebral de la disciplina psicoanalítica, se encuentran plasmadas fundamentalmente en *Tres ensayos de teoría sexual*. Si bien la sexualidad parece constituir un interés para Freud desde los inicios mismos del psicoanálisis, en un primer momento la importancia de la misma quedaba reducida al papel que desempeñaba en la causación de las distintas variedades de neurosis y psicosis. La primera consideración freudiana respecto de la sexualidad infantil, entonces, se circunscribía a los efectos traumáticos que podrían derivarse de la seducción ejercida tempranamente por un adulto (Freud, 1893, 1985). El abandono de la teoría de la seducción por la teoría de la fantasía (Freud, 1897a), así como el descubrimiento del complejo de Edipo en su autoanálisis (Freud, 1897b, 1897c), llevarán a Freud a anoticiarse de la existencia de una pulsión sexual en la infancia, que no obedece a una ‘seducción’ ejercida por el adulto (o, al menos, no en la manera que había concebido hasta ese momento), y que contraría la opinión popular por la cual se asume que la sexualidad está ausente en los niños y que sólo adviene con el embate puberal teniendo como fin último la reproducción.

En el primer ensayo, Freud se aboca a las llamadas ‘aberraciones sexuales’, que se erigen al modo de desviaciones respecto del objeto (aquello mediante lo cual la pulsión busca alcanzar su meta) y respecto del fin o meta pulsional (la acción específica hacia la cual esfuerza la pulsión y que permite alcanzar una satisfacción parcial por medio de la resolución de la tensión

interna). Dentro del primer grupo reconoce aquellas orientaciones que poseen un objeto distinto a la persona adulta del “sexo opuesto”: la inversión u homosexualidad, la pedofilia, la zoofilia o bestialismo y el fetichismo²². Dentro del segundo grupo, reúne aquellas modalidades que rehúyen de la práctica coital en tanto meta sexual “normal”: por un lado, las transgresiones anatómicas, que suponen la intervención en el acto sexual de partes del cuerpo que no pertenecen estrictamente al aparato sexual, como el ano o la mucosa bucal; por el otro, las fijaciones de metas sexuales provisionales, es decir, la tendencia a detenerse en actos preliminares que pasan a configurar nuevas metas sexuales que pueden reemplazar a las “normales”: el placer de tocar y mirar —el voyeurismo y su contraparte, el exhibicionismo—, el sadismo y el masoquismo. Freud logra avizorar que gran parte de estas transgresiones constituyen ingredientes o complementos de la vida sexual denominada normal, lo que nos impediría calificarlas como patológicas o perversas. Reservará esta consideración para aquellas transgresiones que no se presentan como un componente más de la vida sexual sino que se afirman con exclusividad y fijación, al punto de que llegan a suplantar la meta y el objeto sexual normativos. El carácter perverso no tendría que ver, en la mayoría de los casos, con el contenido de la transgresión sino más bien con su proporción.

A lo largo del segundo ensayo, el autor avanza sobre la idea de que los gérmenes de todas las perversiones podrían ser rastreados en el niño, quien evidencia una “disposición perversa polimorfa” (Freud, 1905, p. 173) al llevar a la práctica las transgresiones mencionadas (ejercicio que resultaría escindido del recuerdo del adulto por el influjo de la represión). La disposición a todas las perversiones, lejos de ser algo extraordinario o atípico, sería común a todos los seres humanos, poniéndose de manifiesto particularmente en la niñez al no haberse constituido aún los diques anímicos. La perversión adulta, entonces, supondría el desarrollo hiperpotente de mociones pulsionales ya presentes en la infancia, que escaparían a la sofocación o represión propiamente neurótica.

El psicoanalista recorta el acto de mamar con fruición (o chupeteo) como práctica paradigmática de la infancia, en tanto nos permite inteligir las características de las exteriorizaciones sexuales en los primeros tiempos de la constitución psíquica. En primer lugar, se trata de una sexualidad ‘autoerótica’: la pulsión no se dirige a otra persona sino que se satisface en el propio cuerpo, pudiendo prescindir del otro. El niño puede procurarse una satisfacción sin recurrir a un objeto, lo que pone de manifiesto la absoluta contingencia del objeto de la pulsión (con el que únicamente a posteriori se establecería una suerte de ‘soldadura’). En segundo lugar, toda exteriorización sexual nace ‘apuntalándose’ en las funciones que sirven a la conservación de la vida y sólo más tarde se independizaría: así, la satisfacción de la zona erógena oral sería, en principio, indisoluble de la satisfacción de la necesidad de alimento. Sólo secundariamente adquiriría autonomía, abandonando el objeto exterior (el pecho), y volcándose a un ejercicio

²² Este último, emplazado originalmente por Freud en el ‘segundo grupo’, en verdad podría ser localizado en la intersección de ambos, en tanto supone una desviación respecto del objeto que, por tratarse de una parte del cuerpo poco apropiada al fin sexual o incluso de un objeto inanimado, determina también una aberración respecto de la meta, al obstaculizar o imposibilitar la unión sexual-genital.

autoerótico en un intento de repetir la satisfacción sexual vivenciada y ahora anhelada. En tercer lugar, Freud destaca que las exteriorizaciones sexuales infantiles se afirman bajo el imperio de una única 'zona erógena'. El autoerotismo constituye un primer momento en el que las pulsiones se satisfacen cada una por su cuenta, sin que exista una verdadera coordinación. Se trataría de un estado anárquico que precede a la constitución del yo, al narcisismo, a la unificación corporal y a la convergencia de las pulsiones parciales sobre un objeto común. Al decir de Laplanche y Pontalis: "[el autoerotismo] debe concebirse como una excitación sexual que nace y se satisface en el mismo lugar, a nivel de cada zona erógena tomada aisladamente" (Laplanche y Pontalis, 2013, p. 41). El autoerotismo, entonces, no sólo refiere a la posibilidad de prescindir del objeto para la satisfacción, sino que designa también una primera fase del desarrollo libidinal signada por la fragmentación corporal, la falta de integración y la anarquía pulsional. En definitiva, la vida sexual infantil es esencialmente autoerótica y sus pulsiones parciales aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta, sin evidenciar conexión entre sí.

En un agregado del año 1915 (ausente, por lo tanto, en la obra original), Freud plantea que las pulsiones parciales, que durante el autoerotismo funcionan independientemente, tienden a unificarse a lo largo del desarrollo en diferentes organizaciones libidinales. Introduce una distinción entre las organizaciones pregenitales (la fase oral y la fase sádico-anal), la organización genital infantil (que agrega años más tarde, en 1924, y que se corresponde con la fase fálica descrita anteriormente) y la organización genital adulta. Llama 'pregenital' a las organizaciones en las que los genitales no desempeñan el papel principal sino que se encuentran subordinados a la zona oral y a la zona anal, respectivamente. La organización propiamente genital, a la que se arribaría con la pubertad, supondría la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales, encontrándose el placer al servicio de la reproducción. Entre una y otra organización pulsional se intercala el período de latencia, momento del desarrollo libidinal que es efecto de la operatoria de la represión sobre los deseos incestuosos y los contenidos representacionales del complejo de Edipo, y que se caracteriza por el atemperamiento de las mociones pulsionales (amorosas y hostiles) dirigidas hacia los padres. Así, las aspiraciones sexuales originales darían paso a la corriente tierna que en lo sucesivo recaerá sobre los primeros objetos de amor. Con la pubertad, el sujeto se ve constreñido a renunciar a los objetos infantiles y a reemprender la corriente sensual (que ha permanecido 'latente' hasta ese momento) con aquellos nuevos objetos que provea el medio exogámico.

Tal como ha advertido Laplanche (1998), la radicalidad que las ideas freudianas exhiben en el primero y en el segundo de los ensayos se va diluyendo conforme avanza el escrito. Esta afirmación es válida no sólo para la obra original (que data del año 1905), sino también respecto de los agregados que Freud ha introducido como notas al pie en las sucesivas re-ediciones (al punto de que la última edición, de 1924, podría considerarse un escrito diferente). Si bien el psicoanalista comienza sus *Tres ensayos* señalando el carácter poco fiable —y casi fantástico— de la opinión popular en torno a la sexualidad, a continuación no hace más que reintroducirla. Así, nos encontramos con un tercer ensayo que se encarga de preconizar una concepción de sexualidad ligada al destino reproductivo que dictaría el instinto, en las antípodas de la

anarquía, el polimorfismo y la antisocialidad que atribuye a la sexualidad infantil en los primeros capítulos. El esfuerzo que Freud realiza inicialmente para derribar la concepción adaptativa y armoniosa de la sexualidad da paso a su restablecimiento, teniendo lugar un verdadero “extra-vío instintual” (Laplanche, 1998, p. 31).

El primer ensayo contribuye a desmontar la idea de que la sexualidad humana se encuentra guiada por una finalidad predeterminada (la reproducción), en tanto se encarga de documentar todas aquellas transgresiones sexuales que están pura y exclusivamente al servicio de la consecución de placer. El segundo ensayo da cuenta del mismo propósito pero en los primeros tiempos de la constitución psíquica, en donde las llamadas “aberraciones” no constituirían una excepción sino la regla. Al decir de Laplanche, “[la sexualidad infantil] se trata de una sexualidad profundamente perversa, incluso tal vez más perversa —o, al menos, menos regulada, menos unificada— que en el adulto: lo que Freud llama una «perversidad polimorfa»” (Laplanche, 1998, p. 33). Por el contrario, el tercer ensayo versa sobre los cambios puberales que conducen a la vida sexual infantil a su configuración normal y definitiva. Con el advenimiento de la pubertad tiene lugar la subordinación de las zonas erógenas al primado de los genitales y la unificación de las pulsiones parciales que en lo sucesivo cooperan para alcanzar una nueva meta sexual. La pulsión, lejos del carácter antisocial que Freud le atribuye en los primeros capítulos, “se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se vuelve, por así decir, altruista” (Freud, 1905, p. 189). La nueva meta sexual, definida por la centralidad que adquieren los genitales a partir de la maduración, establece para cada sexo una función específica y complementaria, que remite al acoplamiento pene-vagina necesario para la procreación. Asimismo, con la pubertad, todas aquellas actividades mediante las cuales el niño se procuraba la satisfacción pasan a constituir un “placer previo” (Freud, 1905, p. 192), en oposición al “placer final” que proveería la actividad sexual-genital por la vía de la excitación de los genitales y la descarga o vaciamiento de los productos genésicos que la maduración habilita. Freud no demora en denunciar los peligros de este placer previo que, de afirmarse con intensidad, dejaría de ser “preparatorio” y sustituiría la meta sexual normal (tal es el caso de muchas perversiones, que suponen la fijación a actos preliminares y no reproductivos).

En radical oposición a los capítulos anteriores, el último ensayo describe un retorno no sólo a la genitalidad sino también a las exigencias heterosexuales del instinto, discrepancia que Laplanche remite a la coexistencia en la letra freudiana de dos concepciones de sexualidad pretendidamente opuestas: la endogenista, que piensa a la sexualidad como innata, predeterminada e instintiva; y la exogenista, que la concibe como efecto residual de los cuidados sexualizantes del otro adulto (siendo los principales referentes de esta postura el propio Laplanche y, en el contexto local, Silvia Bleichmar). Sin embargo, y tal como se ha mencionado, la moderación en el pensamiento freudiano (o incluso su normativización) no sólo se vuelve evidente en las diferencias irreconciliables ya presentes en la versión original del escrito, sino también en los añadidos que el propio Freud ha realizado a lo largo de las numerosas re-ediciones. En palabras de Laplanche, estos agregados apuntan a “disminuir [...] el aspecto aberrante de la sexualidad” (Laplanche, 1998, p. 34). En la edición de 1915, Freud añade la sección en la que

presenta y caracteriza las organizaciones sexuales de la infancia, completamente ausentes de la primera versión: la organización oral y la organización anal, a las que se sumará años más tarde la organización genital infantil. Laplanche denuncia que, con este apartado, Freud despoja a la sexualidad infantil de su polimorfismo inicial e introduce una secuencia evolutiva de estadios jerarquizados que se sucederían en un orden temporal, progresando hacia la genitalidad en tanto conformación definitiva y propiamente adulta. Este movimiento traduce el esfuerzo freudiano por “organizar” una sexualidad en esencia desorganizada y anárquica, postulando la tesis finalista por la cual asume la existencia de una suerte de evolución que, guiada por el instinto, tendería a la integración y la completud.

3.b. Michel Foucault y la producción discursiva de la sexualidad

Michel Foucault, en *La voluntad de saber* (2008), cuestiona fuertemente las concepciones psicoanalíticas en torno a la sexualidad. Por un lado, la idea freudiana —y que en cierto sentido volvemos a encontrar revitalizada en el pensamiento de Guy Hocquenghem— que admite la existencia de una “energía rebelde” (la pulsión) que emana de lo más profundo y que “el” poder meramente se encargaría de dominar, de refrenar. Por el otro, la conceptualización de raigambre lacaniana que supone que la ley es constitutiva del deseo, al fundar la falta que lo instaura y motoriza. Foucault denuncia que a la base de ambas formulaciones se encuentra una idéntica representación del poder que él denomina “jurídico-discursiva”. Se trata de una concepción que homologa el poder a la ley, a la regla, constituyéndose por lo tanto al modo de una fuerza negativa que “nada ‘puede’ sobre el sexo y los placeres, salvo decirles no” (Foucault, 2008, p. 80). El poder sería aquello que dicta a la sexualidad su ley: que establece lo permitido y lo prohibido, que diferencia lo lícito de lo ilícito, que especifica un cierto orden.

Desde esta óptica, el poder desempeña el papel de una simple coerción, que impone un límite a los placeres de una sexualidad que se esfuerza por aprehender. La sexualidad, entonces, se afirma como algo ‘preexistente’, como un sustrato previo sobre el que sólo secundariamente incidiría el poder, que buscaría apresarlos mediante actos discursivos. De esta forma, se elide la eficacia productiva del poder, su positividad: el hecho de que el poder en verdad ‘produce’ aquello que dice meramente describir. El carácter eminentemente productivo del poder es, sin embargo, enmascarado, y es en virtud de este ocultamiento que se asegura su éxito: para garantizar su funcionamiento, debe disimular sus mecanismos y presentarse como aquello que únicamente impone límites, prohíbe, sanciona y coarta libertades (lo que permite asimismo sostener la promesa ficticia de una potencial liberación).

Foucault plantea que es necesario avanzar hacia una ‘analítica’ del poder que se deshaga de la representación jurídica y negativa. En su teoría, el poder no es un modo de sujeción ni una forma de dominación de un grupo sobre otro (los dominadores y los dominados); no se trata tampoco de una superestructura ni de un conjunto de instituciones o aparatos estatales.

Refiere, más bien, a una categoría profundamente relacional, a una multiplicidad de fuerzas productivas en continuo fluir; a una matriz de transformación omnipresente, que se produce a cada instante y en todos y cada uno de sus focos. Lo contraponen a “el” poder —en su carácter jurídico y negativo— que no es más que una cristalización institucional de un movimiento infinito e inabarcable del que se derivan efectos calculados pero, al mismo tiempo, incontrolables.

El filósofo hace hincapié en la relación de inmanencia entre poder y resistencia: la resistencia constituye el ‘otro término’ de las relaciones de poder, en tanto se implican mutuamente; no se puede concebir el uno sin el otro. Al igual que el poder, la resistencia no debe ser concebida únicamente en términos negativos, sino como un vector —más bien, múltiples vectores— de creación, de transformación. En palabras del autor:

Así como la red de relaciones de poder concluye por construir un espeso tejido que atraviesa los aparatos y las instituciones sin localizarse exactamente en ellos, así también la formación del enjambre de los puntos de resistencia surca las estratificaciones sociales y las unidades individuales. Y es sin duda la codificación estratégica de esos puntos de resistencia lo que torna posible una revolución (Foucault, 2008, p. 93).

La analítica del poder de Foucault permitió situar, asimismo, la relación coextensiva entre el poder y el saber²³, quedando este último despojando de su presunta neutralidad. El entramado de relaciones de poder habilita la producción, difusión y concreción del saber, y a la inversa, estableciéndose entre ambos una compleja relación signada por la circularidad. Se interesará por la configuración de determinados discursos en torno al sexo y a la sexualidad, lo que constituye el objeto de indagación de su obra más ambiciosa. El filósofo afirma que desde finales del siglo XVIII se ha constituido un dispositivo de la sexualidad, un conjunto heterogéneo —que incluye discursos, instituciones, prácticas, reglamentaciones, enunciados científicos, filosóficos y morales— que ha convertido a la sexualidad en una preocupación social. Estos saberes históricamente formulados, lejos de resultar meras descripciones de una sexualidad preexistente o de un cuerpo natural y prediscursivo, son precisamente los responsables de su producción. No existiría, por lo tanto, un ‘afuera’ del discurso, una dimensión que no se atenga a sus exigencias, en el sentido de que es francamente imposible hacer referencia a un cuerpo o a una sexualidad por fuera de la significación, ‘en estado puro’, puesto que toda referencia a estos términos supone ya una construcción discursiva (Martínez, 2018).

Desde la óptica de Foucault no hay cuerpo, tampoco sujeto, por fuera del discurso. Es preciso, entonces, identificar las complejas técnicas de las que se vale el saber-poder al momento de instituir regímenes de verdad en torno a la sexualidad, cobrando relevancia el psicoanálisis como discurso que ha hegemonizado la producción de conocimiento a este respecto. Foucault concibe al psicoanálisis como un discurso más dentro del entramado de saber-poder propio del

²³ Tan indistinguibles el uno del otro que en ocasiones Foucault hará referencia al “poder-saber” o al “saber-poder”.

dispositivo de la sexualidad, que ha contribuido ampliamente a la consolidación de cuatro grandes conjuntos estratégicos que a partir del siglo XVIII se han desplegado a propósito del sexo: la histerización del cuerpo de la mujer, la pedagogización del sexo del niño, la socialización de las conductas procreadoras y, finalmente, la psiquiatrización del placer perverso. Tal como se ha argumentado a lo largo del capítulo, el psicoanálisis aportó a la patologización de la feminidad al fundamentar analíticamente la proclividad de la mujer a la histeria; ha ‘revelado’ la perversidad polimorfa de los niños al mismo tiempo que ha advertido sobre los peligros que podrían derivarse de sus quehaceres sexuales para el desarrollo posterior; ha incentivado la reproducción al situarla como meta de la pulsión (devenida “altruista” tras la metamorfosis de la pubertad), y al preconizar la maternidad como vía privilegiada para la realización de la mujer; por último, ha documentado las diferentes aberraciones sexuales y el modo en que éstas podrían atentar contra la meta sexual normativa al suponer la fijación a actos no reproductivos.

3.c. Más allá del discurso: la sexualidad en Guy Hocquenghem

Tomando distancia de la perspectiva foucaultiano-butleriana en la que el sujeto, el cuerpo y el sexo emergen al modo de ficciones discursivas (al tratarse de verdaderos constructos ‘producidos’ por el discurso y no existentes meramente descriptos), Guy Hocquenghem²⁴ introduce otra idea de sexualidad a partir de situar una dimensión que no se atiene a las exigencias del signo lingüístico: la pulsión. Mientras que Butler, en línea con Foucault, entiende que la materialidad no puede ser pensada por fuera de las marcas discursivas que le otorgan existencia, Hocquenghem retoma el concepto freudiano de pulsión y propone la categoría de ‘deseo homosexual’ como aquello que se afirma por fuera del discurso. En *El deseo homosexual* (2009), su obra más difundida, Hocquenghem realiza una controvertida apropiación de categorías nodales del psicoanálisis, a las que emancipa de sus contextos semánticos originales para dar sustento a sus polémicas afirmaciones. Así, nos encontramos con pasajes en los que se evidencia un uso indiscriminado de nociones como ‘pulsión’, ‘libido’ y ‘deseo’, indiferenciación que —sin embargo— no atenta contra la potencia conceptual y político-ideológica de sus planteos.

El autor establece una distinción entre la homosexualidad y el deseo homosexual. Mientras que la primera categoría quedará reservada a la tendencia o inclinación hacia objetos del mismo sexo, que resultaría de la captura identitaria del flujo deseante, el deseo homosexual aludiría precisamente a ese discurrir pulsional que conserva una potencia disruptiva al afirmarse por fuera del entramado discursivo. El deseo homosexual sería, entonces, aquel magma pulsional

²⁴ Guy Hocquenghem, contemporáneo a Foucault, formó parte del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR) en la Francia de la década del '70. Su inscripción político-partidaria así como el contexto de producción de sus ideas (posterior a las movilizaciones del Mayo del '68) nos permiten comprender su poco ortodoxa inmersión en el psicoanálisis.

que se erige más allá de la maquinaria social encargada de la descodificación y segmentación del deseo en identidades discretas. Al decir del autor:

[El deseo homosexual] representa más bien el residuo de una maquinaria social bien experimentada [...] Es lo que subsiste de la inclasificable e inutilizable libido, lo no-sexual en relación con una sexualidad estrictamente definida. Bajo su forma deseosa, no tiene ningún sitio en el edificio social (Hocquenghem, 2009, p. 44-45).

Lo que se entiende por deseo homosexual será caracterizado, entonces, al modo de un “flujo impersonal de la libido”, una “fuerza autónoma y polimorfa”, un “deseo polívoco”, “traducción del polimorfismo perverso” (Hocquenghem, 2009, p. 50, 53, 55) que Freud no demora en encerrar en el sistema edípico. De este modo, el deseo homosexual resulta inmenso, polivalente, emergiendo de forma múltiple a la manera de un flujo ininterrumpido que “se burla de las identidades sexuales porque no le importan” (Schérer, 2009, p. 14). Sin embargo, el deseo sólo puede cobrar inteligibilidad a partir de sus capturas antropomórficas, en virtud de un movimiento de configuración de identidades. La maquinaria social, a partir de la incidencia de lo que el psicoanálisis ha conceptualizado en términos de complejo de Edipo, recorta una identidad discreta del magma pulsional, resultando —como correlato de esta operatoria— deseo sexual normativizado. El Edipo emerge como un dispositivo históricamente situado, que configura subjetividades normadas mediante un encriptamiento identitario subsidiario del dimorfismo sexual.

En palabras del autor, “heterosexualidad y homosexualidad son las salidas precarias de un deseo que ignora su nombre” (Hocquenghem, 2009, p. 52), un deseo fundamentalmente indiferenciado, que en principio (antes de la operatoria de la maquinaria edípica) no conoce distinción entre personas, hombres y mujeres, homosexualidad y heterosexualidad, condición que Freud expresa bajo el término de “perversidad polimorfa”. De esta forma, la homosexualidad en clave identitaria remite más bien a una caracterización antropomórfica del deseo, al ‘ser’ homosexual en tanto “racionalización operada por el Edipo” (Hocquenghem, 2009, p. 92) sobre el deseo no formulado, cuya emergencia no personalizada y no codificada podría resultar “demasiado destructora” (Hocquenghem, 2009, p. 70), al amenazar con minar lo social, cortocircuitando el orden político. La maquinaria social se encargaría de formular taxonomías orientadas a clasificar al deseo, a capturar la dimensión pulsional, reduciendo su potencia disruptiva en beneficio de la reproducción del orden social establecido. El autor, entonces, no homologa el deseo homosexual al ‘ser’ homosexual en tanto categoría identitaria, sino que el deseo homosexual es precisamente lo que escapa a las capturas antropomórficas y las engañosas imaginarias, un deseo “no personalizado y no codificado” (Hocquenghem, 2009, p. 74), que en todo caso puede ser escenificado de manera evanescente, relanzándose con plena potencia subversiva mediante la ejecución de prácticas anales que no conducen a lo “socialmente valorado” y suponen la puesta en juego del epítome de la abyección: el ano, órgano improductivo por anto-

nomasia, en tanto “no se puede esperar de él la producción de beneficio, plusvalía o reproducción sexual” (Preciado, 2009, p. 172).

Así, se concluye que el deseo homosexual es algo que preexiste a la maquinaria edípica, pero que sólo retroactivamente adquiere su plena potencia, en tanto fuerza que relanza su proceso por fuera del encriptamiento identitario. En efecto, es la maquinaria social misma la productora de su propia abyección y potencia subversiva. En este sentido, si bien se evidencia una tensión entre el plano del deseo, que no admite división, y las formas políticas y sexuales que segmentan ese deseo, puede pensarse que los fragmentos que resultan de la segmentación guardan cierta potencia disruptiva en la medida en que se constituyen como categorías abyectas. Podríamos considerar, entonces, que aquellos posicionamientos identitarios que se afirman por fuera del régimen heterosexual albergarían una potencia mayor para desafiar los marcos de inteligibilidad. Si bien cabe preguntarse si el deseo homosexual sólo subyace a la identidad homosexual o si se trata de un reducto subversivo subyacente a cualquier posicionamiento identitario, lo cierto es que no es azarosa la utilización que hace Hocquenghem del término ‘homosexual’ para adjetivar a este deseo.

3.d. Reordenamiento del segundo debate

Tal como se ha señalado, Foucault y Hocquenghem se constituyen —retrospectivamente— como referentes de dos líneas de la teoría queer que divergen sustancialmente en sus apreciaciones respecto de la sexualidad. Foucault, en *La voluntad de saber*, consagra sus esfuerzos en definir el régimen de poder-saber-placer que no interviene en la mera represión de una sexualidad previa, sino que opera activamente en la producción discursiva de la sexualidad y de los sujetos. En su propuesta teórica, el psicoanálisis emerge al modo de un saber reaccionario, de una tecnología individualizadora que ha contribuido considerablemente a la producción de una sexualidad normativa y, con esto, a la configuración de la subjetividad moderna. Hocquenghem, por su parte, invoca al psicoanálisis como un interlocutor central, realizando una apropiación política y controvertida de categorías nodales del pensamiento freudiano. A partir de sus afirmaciones sobre el deseo homosexual —que, en última instancia, podrían ser generalizadas a la noción misma de pulsión—, emerge una versión no foucaultiana de la sexualidad, en la que el deseo-pulsión irrumpe como aquello no reducible al lenguaje. La pulsión, entonces, configuraría un sustrato prediscursivo, anclado en la materialidad del cuerpo, que no permite ser subsumido completamente al discurso y sus engranajes, y que resiste a su total absorción en lo social.

Desde una perspectiva queer de linaje foucaultiano, es inconcebible la idea de una materialidad corporal prediscursiva, en tanto no existe manera de postular dicha materialidad que no sea, justamente, desde el lenguaje (Martínez, 2018). La materialidad, entonces, no podría ser pensada al margen del discurso, de las narrativas, de la significación. Frente a este representacionalismo extremo, una serie de autores (Bersani, 1995; Edelman, 2014; Bernini, 2015) —en

cierto sentido enfilados detrás del pensamiento de Guy Hocquenghem— sostienen que no se hace justicia a la complejidad de la sexualidad si no se concibe la existencia de una dimensión que no se atenga a las exigencias de la significación: la pulsión. Para estos autores, la sexualidad transcurre por la dimensión pulsional, irreductible al discurso. Se establece, así, una disputa entre aquellas posturas que otorgan centralidad a la materia y sus procesos (en este caso, abrevando en el concepto freudiano de pulsión), y aquellas que preconizan la potencia constructora del lenguaje (concibiendo, en todo caso, una materialidad producida discursivamente). Desde estas perspectivas, se asume que toda referencia a un sustrato prediscursivo supone la reintroducción del esencialismo que el posestructuralismo se esforzó por desterrar. Sin embargo, el concepto de pulsión no necesariamente nos reenvía a una idea determinista de naturaleza y biología (que únicamente podría contribuir a reinstalar posiciones reaccionarias a la hora de pensar el cuerpo y la sexualidad), en la medida en que la categoría propuesta por Freud no remite a una mera proyección de las estructuras biológicas. De hecho, la clásica definición freudiana de pulsión permite insuflar mayor complejidad al debate:

un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (Freud, 1915, p. 117).

La pulsión, entonces, no podría ser remitida ni puramente a lo somático ni exclusivamente al ámbito psíquico o representacional, sino que se emplazaría en una zona límite, en un “entre” que vincula de forma compleja (y no causal) ambos registros. Este concepto nos reenvía, paradójicamente, a la producción de una de las principales referentes del construccionismo social, Judith Butler, quien en un intento de hacer lugar a la compleja relación entre materialidad y significación propone la categoría de ‘quiasmo’ (Butler, 2006, p. 281). Esta noción hace referencia al modo en el que ambas dimensiones se exceden y se implican recíprocamente, siendo imposible jerarquizar una como causa de la otra. Este operador de lectura —en el que resuenan los ecos del concepto freudiano de pulsión— resulta indispensable al momento de elaborar intersecciones entre miradas que contemplen el papel innegable de la materialidad y sus procesos así como los ejes de poder, la historicidad y la politicidad que anidan en el campo discursivo.

4. Conclusiones y reflexiones finales

Se asume que el campo del psicoanálisis se encuentra asediado por producciones conceptuales y categorías de análisis que provienen de otras disciplinas y que cuestionan su actualidad teórico-política. Las transformaciones socio-políticas exigen una revisión crítica del psicoanálisis, que no necesariamente implica su desestimación, sino la puesta en marcha de un tra-

bajo de reflexión que permita sostener la tensión a partir de categorías procedentes de otros campos, capaces de señalar problemas y sesgos dentro del marco teórico freudiano desde un posicionamiento epistémico que no apunte a la resolución de las aporías sino al sostenimiento de las mismas. Se trata, en suma, de “sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre”, recuperando la expresión de la psicoanalista argentina Silvia Bleichmar (2005).

Los debates presentados a lo largo de este capítulo apuntan a la revisión de los supuestos onto-epistemológicos a la base de categorías centrales de la disciplina psicoanalítica, con la expectativa de contribuir a identificar sus elementos obsoletos y problematizar sus sesgos normativos. Así, se retoman dos vectores conceptuales: por un lado, el feminismo y los estudios de género, que ponen en tela de juicio las afirmaciones psicoanalíticas en torno a la feminidad; por el otro, los estudios gay-lésbicos o teoría queer, que en su aproximación a la sexualidad freudiana señalan una heteronorma no examinada. En este sentido, el presente capítulo se enmarca en el imperativo ético de someter a revisión los esquemas teóricos que, incuestionados, se materializan en intervenciones generadoras de profundos efectos iatrogénicos, de modo tal de aportar a la consolidación de saberes que contemplen la diversidad y hagan lugar a posicionamientos subjetivos apriorísticamente patologizados por el psicoanálisis hegemónico.

El primer debate, en torno a la feminidad, problematiza la pertinencia de la incorporación de la noción de género al corpus teórico psicoanalítico. Tal como ha advertido Silvia Tubert, este constructo amenaza con sociologizar al psicoanálisis, atentando contra su especificidad disciplinar al transformar lo psíquico en algo vacuo, diluido en lo social. En un intento de resguardar al psicoanálisis de ser arrasado por la dimensión social, Tubert preconiza un aspecto que se pretende por fuera de la contingencia, la historicidad y la politicidad de lo social: la diferencia sexual. Desde una perspectiva lacaniana, que arrastra la idea de orden simbólico de Lévi-Strauss (Martínez, 2019), la psicoanalista reconoce únicamente dos posiciones sexuadas, exhaustivas y mutuamente excluyentes, que remiten a una estructura universal y transhistórica (y por lo tanto, incommovible). Sin embargo, Tubert complejiza su posición teórica al advertir la potencia heurística y política que comporta la pulsión, en tanto dimensión conflictiva, inaprehensible e irreductible a la dualidad de los géneros y de los sexos.

En el segundo debate, Guy Hocquenghem vuelve sobre la categoría freudiana de pulsión como vector de análisis que excede a la potencia del discurso. Frente al representacionalismo extremo de la postura foucaultiana, Hocquenghem hace hincapié en la dimensión pulsional en tanto sustrato que al no atenerse a las exigencias y los límites discursivos conserva la potencia para subvertir los marcos epistémicos heteronormados. Sin la pretensión de alinear las contribuciones de Tubert y Hocquenghem, podríamos señalar que en ambas propuestas se pone de manifiesto la necesidad del psicoanálisis de apelar a un ‘por fuera’ para sostener su especificidad disciplinar. A partir de estas contribuciones, situamos la necesidad de promover un retorno a las primeras consideraciones freudianas en torno a la sexualidad pulsional, de modo de recuperar e integrar a los debates contemporáneos esta presencia incómoda, molesta, que posee un carácter de cuestionamiento permanente.

Bajo los términos propios de la teoría queer de linaje foucaultiano, la concepción de sexualidad freudiana es acusada de esencialista por preconizar una dimensión que se supone anclada en la actividad de la materia. Sin embargo, y tal como señalamos, la noción de pulsión no tendría por qué remitirnos a una idea determinista de naturaleza y biología, sobre todo si hacemos justicia a la definición freudiana. La pulsión y la sexualidad nos orientan en dirección a una dimensión extradiscursiva y no reductible a lo social que sin embargo no constituye una amenaza en términos de determinismo biológico. La dimensión ya presente en Freud, recuperada por Tubert, y vivificada a la luz de consideraciones heterodoxas como las formuladas por Hocquenghem, abre un área promisoría de indagación para el psicoanálisis, al resguardo de los reduccionismos biologicistas y simbólicos. El vector pulsional nos invita a efectuar una transversalización del psicoanálisis a partir del quiasmo como operador de lectura, lo que nos permitiría considerar la relación entre materialidad y significación en toda su complejidad. De esta forma, se revitaliza la dimensión pulsional, la sexualidad, como objeto de indagación del psicoanálisis: una sexualidad que no es mera proyección de las estructuras biológicas pero que tampoco puede ser diluida en la maquinaria discursiva, sino que se sitúa en un 'entre', en una zona espectral que nos incentiva a convocar aportes de líneas conceptuales contemporáneas con las que el psicoanálisis estaría en condiciones de entablar un diálogo potente.

Referencias

- Bernini, L. (2015). *Apocalipsis queer. Elementos de teoría antisocial*. Madrid: Egales.
- Bersani, L. (1995). ¿Es el recto una tumba? En Llamas, R. (comp.) (1998). *Construyendo sidentidades: estudios desde el corazón de una pandemia*. Madrid: Siglo XXI.
- Bleichmar, S. (2005). *Sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre. Una propuesta respecto al futuro del psicoanálisis*. En *La subjetividad en riesgo*. (pp. 107-124). Buenos Aires: Topia.
- Burin, M. y Meler, I. (1998). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- De Beauvoir, S. (2007). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Coyoacán (México): Fontamara.
- Dio Bleichmar, E. (1996). *Feminidad/masculinidad. Resistencias en el psicoanálisis al concepto de género*. En M. Burin, y E. Dio Bleichmar (Comps.). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad* (pp. 100-139). Buenos Aires: Paidós.
- Edelman, L. (2014). *No al futuro: la teoría queer y la pulsión de muerte*. Madrid: Egales.
- Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados*. Barcelona: Melusina.

- Fernández, A. M. (1992). *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, J. (2003). Los cuerpos del feminismo. En Maffía, D. (comp.). *Sexualidades migrantes. Género y transgénero* (pp. 86-96). Buenos Aires: Feminaria.
- Foucault, M. (2008). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad Vol. 1*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1893 [1979]). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar (Breuer y Freud). *Obras Completas, Tomo II*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1895 [1979]). Proyecto de psicología. *Obras Completas, Tomo I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1897a [1979]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Carta 69 (21 de septiembre de 1897). *Obras completas, Tomo I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1897b [1979]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Carta 70 (3 y 4 de octubre de 1897). *Obras completas, Tomo I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1897c [1979]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Carta 71 (15 de octubre de 1897). *Obras completas, Tomo I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900 [1979]). La interpretación de los sueños. *Obras Completas, Tomo IV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905 [1979]). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas, Tomo VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1908 [1979]). Sobre las teorías sexuales infantiles. *Obras Completas, Tomo IX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1909 [1979]). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. *Obras Completas, Tomo X*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915 [1979]). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas, Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923a [1979]). La organización genital infantil. *Obras Completas, Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923b [1979]). El yo y el ello. *Obras Completas, Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924 [1979]). El sepultamiento de complejo de Edipo. *Obras Completas, Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925 [1979]). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. *Obras Completas, Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926 [1979]). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? *Obras Completas, Tomo XX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933 [1979]). 33ª conferencia. La feminidad. *Obras Completas, Tomo XXII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gloer Fiorini, L. (2015). *La diferencia sexual en debate. Cuerpos, deseos y ficciones*. Buenos Aires, Lugar Editorial.
- Glynos, J. (2000). Sexual identity, identification and difference: a psychoanalytic contribution to discourse theory. *Philosophy & Social Criticism*, 26(6), 85-108.

- Gomariz, T. (2020). La sexualidad como pulsión. Una espina clavada en la teoría de género. Trabajo presentado en XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXVII Jornadas de Investigación, XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional y II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Hocquenghem, G. (2009). El deseo homosexual. España. Melusina.
- Horney, K. (1970). La huida de la feminidad. En *Psicología femenina* (pp.57-76). Buenos Aires: Psique.
- Irigaray, L. (2009). *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Akal.
- Lacan, J. (1955-1956). El Seminario. Libro III. Las psicosis. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972-1973). El Seminario. Libro XX. Aun. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (2013). *Diccionario de psicoanálisis*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. (1998). El extravío biologizante de la sexualidad en Freud. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Martínez, A. (2011). Los cuerpos del sistema sexo/género: Aportes teóricos de Judith Butler. *Revista de Psicología*, 12, 127-144.
- Martínez, A. (2015). *Identidad y cuerpo. auto-percepciones de sujetos no conformes al género*. Tesis de Doctorado en Psicología, Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata.
- Martínez, A. (2018). *Identidad y cuerpo en la trama del sujeto sexo-generizado: Del psicoanálisis norteamericano a Judith Butler*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Biblioteca Humanidades; 40).
- Martínez, A. (2019). La terceridad semiótica: Una crítica feminista a la Ley Simbólica del Padre en Psicoanálisis. *Aquila*, 9(21), 55-96.
- Nicholson, L. (1994). Interpreting Gender. *Signs*, 20(1), 79-105.
- Preciado, B. (2009). Terror anal: apuntes sobre los primeros días de la revolución sexual. En G. Hocquenghem (2009). *El deseo homosexual*. España. Melusina.
- Preciado, P. B. (2014). *Testo yonqui: sexo, drogas y biopolítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo. *Revista Nueva Antropología*, VIII(030), 95-145.
- Schérer, R. (2009). Un desafío al siglo, prólogo. En G. Hocquenghem (2009). *El deseo homosexual*. España. Melusina.
- Tubert, S. (1996). Psicoanálisis, feminismo, posmodernismo. En M. Burin, y E. Dio Bleichmar (Comps.). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad* (pp. 289-313). Buenos Aires: Paidós.
- Tubert, S. (2001). *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*. Madrid: Síntesis.

- Tubert, S. (2003a). La crisis del concepto de género. En S. Tubert (comp.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto* (pp. 7-37). Madrid: Cátedra.
- Tubert, S. (2003b). ¿Psicoanálisis y género? En S. Tubert (comp.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto* (pp. 359-403). Madrid: Cátedra.

TERCERA PARTE

Nuevos materialismos: momento reconstructivo

CAPÍTULO 9

Darwin y la teoría de la evolución: impactos, derivas y apropiaciones en las ciencias humanas y sociales

Luciano Arévalo

1. Introducción

En el panorama académico actual de las ciencias sociales y humanísticas, y podemos decir que esto es así desde hace ya varias décadas, las concepciones sobre el comportamiento y las prácticas humanas que se desprenden explícitamente del campo de la biología son como mínimo objetadas y como máximo repudiadas. El pensamiento evolucionista, lejos de mantenerse ajeno a estas críticas, ha estado en el centro de los debates teóricos y políticos que se han librado al respecto.

Al interior de las perspectivas humanistas, se reconocen desde posturas para las cuales la biología es necesaria pero al mismo tiempo “completamente incapaz de especificar las propiedades culturales del comportamiento humano o sus variaciones de un grupo humano a otro” (Sahlins, 1976, p. 11), hasta posiciones hiper-construccionistas que evidencian una explícita aversión a la concepción de una realidad cuyos procesos excedan los límites de los discursos y las formas lingüísticas.

En consonancia con las distintas líneas teóricas que dentro del campo de las ciencias sociales y las humanidades han mostrado recientemente un marcado interés por el aspecto material de los objetos, en particular, y del mundo no-humano, en general (Lettow, 2016), este capítulo se propone indagar las posibilidades de tender puentes teórico-epistemológicos y ético-políticos entre las enemistadas disciplinas sociales construccionistas y las orientaciones biológicas. Tomando las palabras de la filósofa feminista Elizabeth Grosz, nos preguntamos “¿cuáles son las virtualidades, las potencialidades, dentro de la existencia biológica que permiten a las fuerzas culturales, sociales e históricas trabajar con y transformar activamente esa existencia? ¿Cómo facilita y hace posible la biología –la estructura y organización de los sistemas vivos– la existencia cultural y el cambio social?” (Grosz, 1999, p. 32).

Las denuncias que el construccionismo social y los pensadores del giro lingüístico han hecho a las elaboraciones esencializantes y deterministas acerca del comportamiento y la agencia humana, han sido de vital importancia al momento de desmontar las relaciones de poder

cristalizadas en políticas racistas, clasistas, patriarcales y coloniales. De todas maneras, teniendo en cuenta esta urgencia ético-política, se nos presenta la necesidad de construir intersecciones entre miradas que hagan justicia tanto a la materialidad y sus procesos como a la dimensión ético-política que encuentra su lugar en el campo discursivo.

En este sentido, es indiscutible la influencia del pensamiento del naturalista Charles Darwin a la comprensión moderna tanto de la naturaleza en su totalidad como de la 'naturaleza' humana. La aparición de su obra más importante, *El origen de las especies*, en el año 1859, generó un profundo impacto en la ciencia y el conocimiento del siglo XIX, cuyos coletazos se evidencian en las discusiones actuales al interior de las ciencias naturales y biológicas, así como de las ciencias sociales y políticas contemporáneas.

El siguiente capítulo se propone realizar un somero repaso de las influencias del pensamiento darwiniano en algunas de las principales disciplinas humanísticas contemporáneas como la psicología evolutiva y el psicoanálisis freudiano. Además, se realizará un breve recorrido por los principales postulados de Darwin, su complejización y ampliación en una teoría expandida de la evolución biológica, y sus posteriores lecturas académicas y políticas. Nuestro objetivo consiste en dar cuenta de la fertilidad de este sistema teórico para ser apropiado por corrientes disciplinares, científicas y políticas disímiles e incluso contrapuestas. Finalmente, se recuperan los aportes de las teóricas feministas contemporáneas Myra Hird y Elizabeth Grosz en vistas a la desmitificación de la biología y la teoría de la evolución de Darwin como corrientes esencializantes y deterministas, así como sus contribuciones a la construcción de un diálogo fructífero y responsable entre los grandes campos de la biología y el construccionismo social.

2. Influencias de Darwin en la psicología evolutiva

En su trabajo acerca de la historia de la psicología evolutiva, Delval (1988) establece una periodización del desarrollo de la disciplina, distinguiendo un primer período de observaciones esporádicas que ubica desde la antigüedad hasta el siglo XVIII; un segundo período de aparición de las primeras observaciones sistemáticas considerada como una época de gestación de la disciplina que culmina con la publicación de *El alma del niño* de William Preyer en 1882; un tercer momento en el cual la 'psicología del niño' se constituye como una disciplina independiente y que transcurre desde 1882 hasta 1895; una cuarta etapa en la que se produce la consolidación de la disciplina, donde se localizan los inicios de una 'psicología evolutiva' con los trabajos de Baldwin, la aparición de los trabajos de Freud y los tests de inteligencia; un quinto período de desarrollo sistemático desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta mediados del siglo XX y que incluye los aportes de Arnold Gesell, Jean Piaget y Lev Vygotski; y finalmente una sexta etapa de convergencia entre la psicología evolutiva y la 'psicología experimental' desde mediados del siglo pasado hasta la actualidad.

Al igual que una gran cantidad de autores, Delval sitúa a la obra de Darwin como uno de los antecedentes indispensables para el desarrollo de la psicología evolutiva contemporánea. La

revelación que supuso *El origen de las especies*, en tanto obra en la que Darwin se ocupó de sistematizar evidencia empírica que sustentaba las ideas evolucionistas desarrolladas por autores como Lamarck, Erasmus Darwin y Charles Lyell entre otros, tuvo una influencia indiscutible en conformación de lo que podemos considerar como psicología del niño (Delval 1988).

Una de las cristalizaciones más tempranas de la influencia Darwin a la psicología del niño de la segunda mitad del siglo XIX puede situarse en la conferencia que el filósofo norteamericano John Fiske, uno de los primeros divulgadores del pensamiento darwiniano, dio en Harvard en 1871, y que luego sería publicada bajo el título *El significado de la infancia*. En este texto, Fiske adopta una perspectiva evolucionista a fin de analizar las funciones que podría tener una prolongación de la infancia en el desarrollo humano.

Más allá de este antecedente, serán de gran relevancia los aportes del filósofo y ensayista francés Hipolytte Taine. Además de la publicación de su obra *De la inteligencia* en 1870, en su artículo *La adquisición del lenguaje en el niño y en la especie humana*, publicado en el primer número de la *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, Taine formula una serie de ideas de corte evolucionista que se constituyeron las bases de la psicología del niño desarrollada posteriormente. El gran interés generado por este trabajo condujo a su traducción al inglés, publicándose al año siguiente en la revista británica *Mind*.

El artículo publicado en la revista *Mind* llegó a manos del propio Darwin, cuya lectura estimuló un interés en el desarrollo infantil y referenció explícitamente en su trabajo *Esbozo biográfico de un bebé*, publicado en el número siguiente de la misma revista. El ensayo se compone de una serie de observaciones y descripciones efectuadas por Darwin sobre uno de sus hijos cuarenta años antes, material que ya había recuperado al escribir *La expresión de las emociones en el hombre*.

Delval sitúa dos artículos también publicados en *Mind* que referencian los trabajos de Darwin y Taine: *Los progresos de un bebé en el lenguaje* de Frederick Pollock en 1878, y una serie de observaciones acerca del ensayo de Darwin publicadas por F. H. Champneys en 1881.

Otro de los principales y extensamente influyentes aportes de Darwin tiene que ver con su estrecho vínculo con la 'ley biogenética' o teoría de la recapitulación sistematizada por Ernst Haeckel en 1866, en la que el filósofo naturalista estableció una relación entre los conceptos ontogénicos y los evolutivos. Haeckel era un gran defensor de las ideas propuestas por Darwin, y su influencia puede verse en los trabajos de Preyer y G. S. Hall durante la década de 1880. Además, la impronta del pensamiento darwiniano de corte recapitulacionista puede hallarse en los estudios de los psicólogos comparativos George Romanes (1889) y C. Lloyd Morgan (1896) y, como se verá en el próximo apartado, nutrirá las bases de la teoría psicoanalítica freudiana.

En este sentido, Erica Burman (1994) asegura que la adhesión de Darwin a la teoría de la recapitulación, aunque poco central en la obra del autor, fue una de "las características que se recogieron para estructurar la emergente psicología evolutiva. Debería tenerse en cuenta que estas posiciones estaban ampliamente establecidas, y que, entre otros autores, tanto Freud como Piaget se sumaron a ellas en sus obras" (Burman 1994, p. 23).

Los intereses teóricos desencadenados por el pensamiento darwiniano convergen entonces en el sólido corpus teórico construido por James Mark Baldwin, psicólogo norteamericano que se erigió como una de las principales figuras en la etapa de consolidación de la disciplina de la psicología evolutiva.

Palacios, Marchesi y Coll (2014) aseguran que la publicación de las observaciones de Darwin en la revista *Mind* fue relevante no tanto por sus aportes en sí mismos, sino por el hecho de que el renombre y reconocimiento de Darwin en determinados círculos académicos de la época legitimaron y promovieron la práctica observacional del comportamiento infantil y la posterior publicación de sus resultados.

Burman retoma a John Morss (1990), quien afirma que el efecto de la irrupción del pensamiento darwiniano al interior de la incipiente psicología evolutiva consistía en “reforzar las versiones pre-darwinistas de la biología, centrándose más en la herencia que en la variación” (Burman 1994, p. 24). Según la autora,

Pronto florecieron las «sociedades» dedicadas al estudio infantil, que observaban a las niñas, las pesaban y las median, documentando sus intereses, condiciones y actividades. Este desarrollo reflejó la creciente importancia de la ciencia –y se trataba de un determinado modelo de ciencia–, no sólo como un conjunto de procedimientos para realizar investigaciones, sino también como un conjunto de prácticas asociadas al moderno Estado laico (Burman 1994, p. 24).

Si bien, como se ha expuesto, la gran mayoría de los historiadores de la psicología evolutiva consideran decisivos los aportes de Darwin para la conformación de la disciplina a fines del siglo XIX, destacándose sus contribuciones a los estudios del comportamiento, el estudio de las diferencias individuales y lo que posteriormente sería la psicología comparada. Cairns (1998) afirma, retomando a Charlesworth (1992), que al responder la pregunta acerca de la medida en que la obra de Darwin ha impactado en la psicología evolutiva, se “concluye que la influencia es mucho menos directa y mucho más débil de lo que se ha aceptado tradicionalmente” y que “sólo encuentra pocos vínculos directos con las proposiciones darwinianas o con la teoría de la evolución en la psicología moderna del desarrollo” (Cairns 1998, p. 94).

Para el autor, “el hecho de que el pensamiento darwiniano haya influido en la psicología evolutiva moderna depende de las ideas evolutivas que se evalúen y de los aspectos de la psicología evolutiva que se examinen” (Cairns 1998, p. 96).

Encontramos consenso entonces en que, ya sea de manera incidental o más profunda, aquellos primeros intelectuales que sentaron las bases para el surgimiento de la psicología evolutiva del siglo XX e inspiraron directa o indirectamente a los principales representantes de la psicología evolutiva fueron influenciados por el pensamiento darwiniano.

Si bien la gran mayoría de los autores divergen en la posición que asumen en la discusión acerca de la legitimidad de los aportes del pensamiento darwiniano a la psicología evolutiva, acuerdan sin embargo en el hecho de que ha sido Freud quien a lo largo de su producción ha

recuperado de manera más explícita y concreta las bases teóricas y estilísticas expuestas en la obra de Darwin.

3. Darwin y Freud

Al momento de establecer una posible sistematización de las influencias de las ideas de Darwin en el pensamiento de Freud, se torna imprescindible referenciar las tres 'heridas narcisistas' de la humanidad propuestas por el padre del psicoanálisis. En la lección XVIII de sus Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17), Freud, a fin de dar cuenta de las resistencias frente a su teoría del inconsciente, establece una comparación entre su propuesta, la de Copérnico en el siglo XVI y la de Darwin a mediados del siglo XIX:

En el curso de los tiempos, la humanidad ha debido soportar de parte de la ciencia dos graves afrentas a su ingenuo amor propio. La primera, cuando se enteró de que nuestra Tierra no era el centro del universo, sino una ínfima partícula dentro de un sistema cósmico apenas imaginable en su grandeza. Para nosotros, esa afrenta se asocia al nombre de Copérnico, aunque ya la ciencia alejandrina había proclamado algo semejante. La segunda, cuando la investigación biológica redujo a la nada el supuesto privilegio que se había conferido al hombre en la Creación, demostrando que provenía del reino animal y poseía una inderogable naturaleza animal. Esta subversión se 'ha consumado en nuestros días bajo la influencia de Darwin, Wallace y sus predecesores, no sin la más encarnizada renuencia de los contemporáneos. Una tercera y más sensible afrenta, empero, está destinada a experimentar hoy la manía humana de grandeza por obra de la investigación psicológica; esta pretende demostrarle al yo que ni siquiera es el amo en su propia casa, sino que depende de unas mezquinas noticias sobre lo que ocurre inconcientemente en su alma (Freud, 1916/17, p. 260-261).

Una de las obras que destacan por el señalamiento de la herencia darwiniana de las ideas de Freud es *Freud, Biologist of the Mind* publicada en 1979 por el psicólogo norteamericano Frank Sulloway. Considerada por su autor como una biografía intelectual, el texto recupera de manera detallada las hipótesis biológicas que se encuentran a la base de algunas de las principales conceptualizaciones freudianas. Sulloway llega incluso a afirmar que "tal vez en ningún lugar el impacto de Darwin fue más ejemplar o fructífero fuera de la biología propiamente dicha que dentro del psicoanálisis freudiano" (Sulloway, 1979, p. 275). El autor afirma entonces que las ideas de Darwin pueden leerse en los siguientes puntos clave del psicoanálisis en la versión de su fundador: en los supuestos de la nascente disciplina de la psicología evolutiva a la que Freud aportó pero de la que también se sirvió para fundamentar su teoría de la sexualidad infantil; en la relevancia del papel de la sexualidad en la comprensión de la psicopatología; en la advertencia de los potenciales peligros

del reduccionismo histórico; en las concepciones freudianas acerca de las zonas erógenas del cuerpo, las etapas psicosexuales humanas y la naturaleza del inconsciente; y los conceptos psíquicos centrales en la obra de Freud de fijación y regresión.

Entre las posibles edificaciones teóricas freudianas deudoras del pensamiento evolutivo de mediados del siglo XIX, con Darwin como figura central pero con otros intelectuales como contribuyentes indispensables, podemos elucidar influencias de la teoría lamarckiana de la herencia de los caracteres adquiridos. En *El yo y el ello* (1923), Freud adopta una postura lamarckiana al afirmar que:

Las vivencias del yo parecen al comienzo perderse para la herencia, pero, si se repiten con la suficiente frecuencia e intensidad en muchos individuos que se siguen unos a otros generacionalmente, se trasponen, por así decir, en vivencias del ello, cuyas impresiones {improntas} son conservadas por herencia. De ese modo, el ello hereditario alberga en su interior los restos de innumerables existencias-yo, y cuando el yo extrae del ello {la fuerza para} su superyó, quizá no haga sino sacar de nuevo a la luz figuras, plasmaciones yoi-cas más antiguas, procurarles una resurrección (Freud, 1923, p. 39-40).

Con respecto a esta conceptualización de raíces lamarckianas, Gustavo Domínguez (2013) asegura que la inspiración evolutiva de Freud abreva en principio en el pensamiento de Lamarck, y de manera secundaria en las teorías de Darwin. Según Domínguez,

La ley del uso y desuso de los órganos junto a la de la herencia de los caracteres adquiridos ofrecen un fundamento para explicar la relación que existe entre neurosis adultas, fantasías infantiles y mitos en sociedades primitivas. El inconsciente arrastra entonces vivencias de un pasado remoto, que se reactualizan en cada sujeto, siguiendo la máxima haeckeliana “la ontogenia recapitula la filogenia”. En tal sentido estas vivencias inconscientes son heredables en sentido lamarckiano (Domínguez, 2012, p. 43).

El interés de Freud por las leyes propuestas por Lamarck es explícito, e incluso lo sostiene hasta el final de su obra a pesar de dar cuenta de que la vigencia de tales conceptualizaciones era casi inexistente en los desarrollos de la teoría evolutiva para ese entonces. En *Moisés y la religión monoteísta* (1939), uno de sus últimos textos, Freud escribe: “Además, nuestra situación es dificultada por la actitud presente de la ciencia biológica, que no quiere saber nada de la herencia, en los descendientes, de unos caracteres adquiridos. Nosotros (...), no podemos prescindir de este factor en el desarrollo biológico” (Freud, 1939, p. 96).

De todas maneras, como hemos señalado en el apartado anterior, la influencia más clara del sistema teórico de Darwin en la obra de Freud es la referencia a la teoría de la recapitulación haeckeliana. Según Stephen Jay Gould, quien recupera detalladamente la importancia del recapitulacionismo en el pensamiento psicoanalítico en el apartado ‘Psicoanálisis freudiano’ del quinto capítulo de su libro *Ontogenia y filogenia* (1977), Freud se embarcó en el ambicioso

proyecto de reconstruir la historia de la humanidad desde sus teorizaciones acerca del desarrollo psíquico de los neuróticos. Esta idea es claramente visible en su tesis de que “el desarrollo general libidinal de los individuos recapitula una secuencia de estadios en la historia de la civilización” (Gould, 1977, p. 159). De esta manera, Freud estableció una analogía comparativa en la que el narcisismo de los niños se asemeja a la ‘creencia primitiva animista’, el complejo de Edipo toma la forma de las derivas de la religión monoteísta, y la génesis del principio de realidad es comparable con el surgimiento de la civilización y su razonamiento científico.

Recuperamos la siguiente cita del texto de Gould para ilustrar la forma en que Freud se apropió del pensamiento recapitulacionista original de Haeckel, pero famoso (en gran parte) gracias a la obra de Darwin:

En una imagen particularmente gráfica Freud evocó el carácter ancestral del comportamiento neurótico: “Con el neurótico se está como en un paisaje prehistórico, por ejemplo en el jurásico. Los grandes saurios rondan todavía, y los equisetos crecen como palmas” (notas escritas en 1938, impresas en 1963). Freud ha sostenido que las diferencias relativas a la anormalidad mental podrían reflejar los diferentes estadios ancestrales (= periodos de la niñez) en los cuales la libido se fija. Deberíamos poder ordenar a las neurosis en un orden filético. En 1915 le escribí a Ferenczi: “histeria de angustia - histeria de conversión - neurosis obsesiva - demencia precoz - paranoia -melancolía - manía... Esta serie parece repetir filogenéticamente un origen histórico. Lo que ahora son neurosis alguna vez fueron fases en la condición humana” (en McCormick, 1973) (Gould, 1977, p. 158).

Esta concepción recapitulacionista de la naturaleza del psiquismo puede encontrarse también en un pasaje de la lección XXIII de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1917), en el que Freud caracteriza a las ‘fantasías primordiales’ en tanto estructuras fantaseadas universales. En palabras del autor:

Opino que estas fantasías primordiales (...) son un patrimonio filogenético. En ellas, el individuo rebasa su vivenciar propio hacia el vivenciar de la prehistoria, en los puntos en que el primero ha sido demasiado rudimentario. Me parece muy posible que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía —la seducción infantil, la excitación sexual encendida por la observación del coito entre los padres, la amenaza de castración (o, más bien, la castración)— fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica. Una y otra vez hemos dado en sospechar que la psicología de las neurosis ha conservado para nosotros de las antigüedades de la evolución humana más que todas las otras fuentes (Freud, 1916/17, p. 338).

De esta forma, Freud, desde el prisma epistemológico darwiniano, concibe las estructuras fantasmáticas del neurótico como originadas de una recapitulación de esquemas filogenéticamente transmitidos. Los supuestos teóricos, epistemológicos y estilísticos básicos que operan como soporte de la teoría evolutiva propia de Darwin (que a su vez sintetiza premisas evolutivas formuladas por Lamarck, Haeckel y otros pensadores naturalistas del siglo XIX) configuran un sustrato de ideas que Freud consideró absolutamente estimulantes a la hora de desarrollar su propio sistema teórico-conceptual.

4. Las teorías de Darwin

El siguiente apartado resume brevemente la sistematización de las principales teorías darwinianas elaborada por el biólogo evolucionista Ernst Mayr en su obra *Una larga controversia: Darwin y el darwinismo* publicada en 1992.

Partiendo de que la denominada ‘teoría de la evolución de Darwin’ está en realidad compuesta por un conjunto de teorías diferenciables que operan a la forma de un sistema, Mayr se propone distinguir los distintos componentes que hacen al pensamiento darwiniano. En principio, asevera el autor, debemos tener en cuenta que en la evolución de los organismos intervienen dos procesos independientes, la transformación a través del tiempo y la diversificación en el espacio ecológico y geográfico, procesos que son abordados por Darwin desde dos teorías distintas: la teoría del origen común y la teoría de la selección natural.

La propuesta de Mayr es la de dividir el paradigma evolutivo de Darwin en cinco teorías, que comprenden: en primer lugar, la ‘evolución como tal’, la cual considera que el mundo no ha sido creado recientemente y no es constante, y que los organismos sufren transformaciones a través del tiempo. En segundo lugar, la idea de un ‘origen común’, por la cual se asume que todos los organismos descienden de un antepasado común, remontándonos a un origen único de la vida en la tierra. En tercer lugar, la ‘diversificación de las especies’, que explica el origen de la diversidad orgánica postulando que las especies se diferencian de manera divergente. Estas tres primeras teorías ya se encuentran presentes en la siguiente cita perteneciente a la introducción de *El origen de las especies*:

Al considerar el origen de las especies se concibe perfectamente que un naturalista, reflexionando sobre las afinidades mutuas de los seres orgánicos, sobre sus relaciones embriológicas, su distribución geográfica, sucesión geológica y otros hechos semejantes, puede llegar a la conclusión de que las especies no han sido independientemente creadas, sino que han descendido, como las variedades, de otras especies. Sin embargo, esta conclusión, aunque estuviese bien fundada, no sería satisfactoria hasta tanto que pudiese demostrarse cómo las innumerables especies que habitan el mundo se han modificado hasta adquirir esta perfección de estructuras y esta adaptación mutua que causa, con justicia, nuestra admiración (Darwin, 1859, p. 3).

En cuarto lugar, el 'gradualismo', que considera que la evolución tiene lugar a través de un cambio gradual en las poblaciones. Finalmente, la 'selección natural', que postula que el cambio evolutivo se genera a través de la producción de variación genética²⁵ en cada generación, de la que sólo algunos individuos con combinaciones bien adaptadas de caracteres heredables darán lugar a la siguiente generación.

La teoría de la selección natural es la que más discusiones ha generado a lo largo de la historia, siendo desacreditada ampliamente al momento de la publicación de *El origen de las especies* y recuperada con posterioridad por los biólogos que convergieron en la formulación de la Teoría Sintética de la Evolución que se consolida en la década de 1950. En gran parte, las resistencias a la teoría de la selección natural se deben a las concepciones fisicistas que circulaban de forma dogmática en el pensamiento naturalista del siglo XIX.

Para comprender esta teoría en principio debemos situar lo que se conoce como 'reproducción diferencial', que implica el hecho de que, al morir una porción de los individuos de una población debido a sus características no beneficiosas en términos adaptativos, no dejará descendencia, mientras que aquellos organismos de la misma especie dotados de características favorecidas por el ambiente, tendrán una mayor probabilidad de reproducirse. En palabras de Darwin: 'las especies nuevas se forman por tener alguna ventaja sobre las formas viejas, y las formas que son ya dominantes, o tienen alguna ventaja sobre las otras (...), dan origen al mayor número de variedades nuevas o especies incipientes' (Darwin, 1869, p. 326).

Podemos decir entonces que aquellos organismos que cargan con las cualidades más 'ventajosas' producirán una mayor descendencia y sus rasgos heredables encontrarán una mayor representación en la nueva generación. La transformación de las especies a lo largo de las generaciones será el reflejo de cambios en la población, al multiplicarse las variantes hereditarias más favorables y desaparecer aquellas que resulten desventajosas. Así, la supervivencia diferencial (nunca pasan el filtro adaptativo todos los individuos de una población) determinará a su vez una reproducción diferencial, que establecerá las características que las próximas generaciones de esa especie presentarán, generándose transformaciones a lo largo del tiempo en tanto estos mecanismos seguirán operando de manera constante.

La idea del proceso evolutivo y de la transformación en el tiempo se introdujeron en la matriz de las teorías evolutivas de manera radical. Con la formulación darwiniana, el pensamiento naturalista experimentó un giro teórico muy significativo, al encontrar finalmente un concepto complejo capaz de interpretar ese cambio: la selección natural. En palabras de Darwin:

Así como los brotes, por crecimiento, dan origen a nuevos brotes, y éstos, si son vigorosos, se ramifican y sobrepujan por todos lados a muchas ramas más débiles, así también, a mi parecer, ha ocurrido, mediante generación, en el gran Árbol de la Vida, que con sus ramas muertas y rotas llena la corteza

25 Sin embargo, es preciso señalar que Darwin no hace referencia a los mecanismos que producen variaciones. Esto encontrará posteriormente una explicación a partir de la teoría de la herencia genética de Mendel.

de la tierra, cuya superficie cubre con sus hermosas ramificaciones, siempre en nueva división (Darwin, 1859, p. 241).

Según Mayr, estas formulaciones desafiaron las creencias más importantes de la época, tanto aquellas provenientes del dogma cristiano, como las propias del pensamiento laico del siglo XIX. Las primeras concebían un mundo constante que no habría cambiado materialmente desde su diseño por parte de un Creador benigno (doctrina creacionista) y al hombre en un lugar de superioridad ontológica por encima de los otros existentes, antropocentrismo que no contemplaba como posible una transición del animal al hombre. Las doctrinas laicas, por su parte, sostenían en principio una filosofía del esencialismo y una interpretación de los procesos causales de la naturaleza propia del pensamiento de los físicos, así como la creencia en las 'causas finales' o teleología, que entrará en profundo conflicto con las propuestas darwinianas.

Los presupuestos básicos del fisicismo, doctrina filosófica que gozaba de múltiples adherentes en aquel entonces, eran esencialistas, lo cual desafiaba el desarrollo de la teoría de la selección natural tal como Darwin la concebía. El sistema teórico darwiniano era poblacional y probabilístico, por lo que consideraba que los procesos evolutivos suponían un componente ineludible de azar que difería con la prueba auténtica de validez fisicista: la predicción absoluta. Los fenómenos evolutivos, para Darwin, sólo pueden explicarse retrospectivamente, es decir, remontándonos a hechos históricos pasados, por lo que la predicción escapaba a sus estimaciones teóricas.

En cuanto al papel que Darwin asignaba al azar, Mayr dice: "respecto a las variaciones, distinguía las que eran accidentales en cuanto a su 'propósito' o valor selectivo de las que eran accidentales 'en cuanto a la causa de su origen' (F. Darwin, 1888, vol. 1, p. 314)" (Mayr, 1992, p. 62), y que "es evidente que Darwin aceptaba el estricto funcionamiento de lo que él llamaba leyes naturales en el nivel fisiológico, pero era consciente de los procesos de azar (estocásticos) en el nivel del organismo" (Mayr, 1992, p. 62).

Pero el esencialismo no era el único principio contra el que Darwin debió batallar por la divulgación de sus ideas, sino que fue también necesario que se enfrentara a una visión del mundo finalista o teleológica que, a pesar de haber sido casi completamente abandonada en la Europa continental a comienzos del siglo XIX, aún gozaba de vigencia en Inglaterra entre teólogos naturalistas reconocidos.

Frente a la evidencia de que algunas especies provienen de otras, de que existen organismos con órganos rudimentarios, así como de las extinciones a lo largo de la historia, Darwin dio cuenta de la incompatibilidad de estos hechos con una idea de total armonía de la naturaleza o de una adaptación perfecta regida por las leyes de un Creador. Esto nos indica que los mecanismos darwinianos de variación y selección poseen la potencia de explicar las derivas del proceso de la evolución (ya sean especializaciones, innovaciones, especiaciones o extinciones) sin requerir de un agente finalista.

En este sentido, Mayr asegura que

El estudio detallado del progreso evolutivo muestra que sus características no son compatibles con lo que cabría esperar de un proceso guiado por causas

finales. Los cambios progresivos en la historia de la vida no son ni predecibles ni dirigidos a un objetivo. Los progresos observados son azarosos y muy diversos. Siempre resulta incierto si las adaptaciones recién adquiridas serán de valor permanente (Mayr, 1992, p. 77).

5. La teoría de la evolución después de Darwin

A pesar de ser una propuesta superadora sustentada en evidencia clara y presentada de manera ordenada, el sistema de ideas de Darwin poseía el importante problema de no poder explicar las causas de la variabilidad hereditaria. El pensador formulaba a modo de hipótesis que aquello que operaba hereditariamente tenía las propiedades de un fluido y que las características estaban determinadas por una mezcla de los mismos.

La respuesta a la pregunta acerca del agente que determina la herencia había sido dada por un contemporáneo de Darwin, Gregor Mendel, cuya obra *Experimentos sobre hibridación de plantas*, presentada en 1865, fue desestimada. En ella, Mendel deducía a partir de una serie de experimentos con el guisante que la herencia estaba determinada no por un fluido sino por partículas individuales.

No fue hasta 1900 que un grupo de biólogos recuperó sus experimentos y dio a conocer las leyes de la herencia. Es en este momento que las partículas individuales que vehiculizan la herencia obtuvieron el nombre con el que se las conoce actualmente: los genes. De Vries, Correns y Tschermak obtuvieron hallazgos que interpretaron como la posibilidad de los genes de sufrir modificaciones súbitas e independientes del medio ambiente, que fueron conceptualizadas bajo el término de mutaciones, que poseían la característica de poder ser transmitidas a las siguientes generaciones. El fenómeno de las mutaciones se presentaba como el mecanismo a través del cual, a partir de errores azarosos que ocurren en el material genético, se generan nuevas variantes que, a su vez, son heredables. Con este descubrimiento era posible explicar el origen de la variabilidad sobre la que posteriormente actuaría la selección natural.

De todas maneras, estos investigadores (que en lo sucesivo serían conocidos como 'mutacionistas') no produjeron sus hipótesis en consonancia con las teorías de Darwin, ya que consideraban que la evolución se producía mediante la aparición espontánea de características nuevas muy distintas a las de la generación anterior, pudiendo producir efectos tan drásticos como el nacimiento de nuevas especies. El rol de la selección natural en el proceso evolutivo, principal teoría darwiniana, seguía sin ocupar la centralidad que posteriormente ocuparía en la teoría de la evolución.

Con el redescubrimiento del pensamiento poblacional y la genética de poblaciones entre las décadas de 1930 y 1940, estudios matemáticos aportaron una serie de análisis estadísticos que integraba el paradigma de la herencia genética mendeliana con los principales postulados de Darwin, al proponer que las transformaciones evolutivas deben ser dependientes no sólo del surgimiento de genes para caracteres nuevos, sino también de los cambios en las

frecuencias de todos los genes presentes en una población dada. Estos cambios no se producirían sólo por el mecanismo de la mutación, sino también por la acción de la selección natural (que era ahora mensurable).

De esta manera, luego de una larga deriva histórica, las nociones propuestas por Darwin a mediados del siglo XIX alcanzan su momento de mayor acogida con la formulación de la Teoría Sintética de la Evolución en los años '50 del siglo XX, a partir de las publicaciones de los biólogos Julian Huxley, Theodosius Dobzhansky, George Simpson y Ernst Mayr. Esta síntesis del pensamiento poblacional, la genética mendeliana y el sistema conceptual de Darwin, también conocida como Neodarwinismo, postula que los fenómenos evolutivos se explican por medio de la acción conjunta de una serie de factores: reducidas mutaciones espontáneas, una recombinación de los genes, el aislamiento geográfico y el mecanismo de la selección natural. De esta manera, la premisa básica de este paradigma de la teoría evolutiva que aún goza de gran vigencia, es que la variabilidad biológica en su totalidad se fundamenta en que las variantes genéticas presentes en la naturaleza deben su existencia a su carácter favorable en términos selectivos. Si bien estas variaciones deben su origen al azar debido a mutaciones, su frecuencia se sustenta en la selección natural, que actúa como mecanismo guía del proceso evolutivo.

La tesis neodarwinista de la evolución, si bien se consolidó como la corriente más aceptada al momento de explicar la evolución y sus mecanismos, encontró una serie de objeciones en la segunda mitad del siglo XX y hasta nuestros días, que condujeron a que el panorama teórico, filosófico y epistemológico actual de la teoría de la evolución sea de una complejidad considerable.

En principio, se catalogó a la Teoría Sintética de la Evolución como panselccionista o adaptacionista, en tanto todo rasgo de un organismo era interpretado como una adaptación y por tanto, como el resultado del proceso de selección natural. Con el surgimiento de la biología molecular en los años '60, se reveló que la variabilidad a nivel molecular era un fenómeno relevante, lo cual originó una serie de preguntas acerca de su sentido en relación con el programa adaptacionista neodarwiniano. La propuesta de algunos biólogos moleculares resaltaba que la potencia de la selección natural era probablemente mucho menor de la que se consideraba hasta entonces, en tanto gran parte de la variabilidad genética observada en la naturaleza no cumpliría una función específica y tendría un valor adaptativo neutral. La corriente conocida como Neutralismo, con el biólogo japonés Motoo Kimura a la cabeza, considera que la mayoría de las variantes genéticas a nivel molecular no son ni beneficiosas ni desventajosas para los organismos que las posean. Por esto, estas variantes circulan en las poblaciones sin ser gobernadas por la selección natural, desapareciendo o fijándose de manera completamente azarosa.

Por otro lado, los biólogos Gould y Lewontin emprendieron una gran discusión contra la Teoría Sintética de la Evolución en su trabajo de crítica al programa adaptacionista (1979). La pregunta que vertebra su pensamiento crítico es el porqué de la insistencia del paradigma neodarwinista en considerar toda característica de un organismo como poseedora de una función o un propósito específico. De esta forma, los rasgos de los organismos podrían deber su emer-

gencia a limitaciones impuestas por el desarrollo y el diseño del organismo como un todo global, recurriendo así a explicaciones alternativas a la selección natural y a la necesidad imperiosa de considerar todo rasgo como una adaptación.

Los desarrollos de la teoría evolutiva desde la publicación de *El origen de las especies* hacen de este sistema de ideas el principal dentro del campo de la biología contemporánea. Si tomamos en cuenta los aportes de Gould y Eldredge con relación a la jerarquización de los procesos evolutivos y la definición de una macroevolución y una microevolución en los años '70, la reintroducción de la biología evolutiva del desarrollo a fines del siglo XX, los descubrimientos acerca de la transferencia genética horizontal tanto en organismos unicelulares como pluricelulares y los aportes sobre la producción de variación a partir de la herencia epigenética (entre otras ampliaciones y problematizaciones de la Teoría Sintética de la Evolución), podemos afirmar que las numerosas teorías de la evolución biológica contemporáneas poseen una complejidad difícilmente reductible a un cúmulo concepciones deterministas y mecanicistas de los procesos de la naturaleza, siendo imprescindible remarcar el papel que en el panorama actual de las ciencias biológicas adquieren el fenómeno del azar y la apertura de los procesos a derivas sin un fin preestablecido.

6. Sociobiología y darwinismo social

Es menester destacar una de las formas en las que el evolucionismo, y especialmente las ideas de Darwin, circula en las ciencias sociales y humanas contemporáneas. Es conocida la idea de que el pensamiento evolucionista social del siglo XIX y sus derivas a lo largo del siglo XX suponen una adaptación de las ideas de la evolución biológica darwiniana. Si bien la difusión de las principales ideas del evolucionismo social adquirió gran relevancia a mediados del siglo XIX en consonancia con la publicación de *El Origen de las especies*, estas no se desprenden directamente de la obra de Darwin, sino que pertenecen a una genealogía de pensamiento que le antecede a este último. Este apartado, en primer lugar, reconstruirá —no de manera exhaustiva— dicha genealogía de ideas evolutivas sociales y culturales a fin de dar cuenta de las diferencias entre esta y los postulados de Darwin; en segundo lugar, recuperará los distintos usos y lecturas de las teorías de Darwin luego del impacto de *El Origen de las especies* en el campo del conocimiento moderno.

Los principales trabajos que aportaron a la conformación del campo de la teoría de la evolución social habían hecho su aparición antes de la publicación del texto de Darwin; tal es el caso de las obras de Comte, Spencer y Marx. En cuanto a los trabajos pioneros en la corriente del evolucionismo cultural antropológico de Edward Tylor y Lewis Morgan, si bien irrumpieron posteriormente a la publicación de *El Origen de las Especies*, sus premisas principales se fundaban en textos previos a la obra de Darwin. Es decir: ninguno de estos pensadores considerados clásicos de la tradición evolucionista social sostiene su teorización en las consideraciones darwinianas de la evolución biológica.

Las diferencias teórico-epistemológicas entre la teoría de la evolución biológica y el evolucionismo social eran sustanciales antes de la bisagra que significó la publicación de las investigaciones de Darwin. La principal diferencia radica en una cuestión de enfoque. Mayr (1963) distingue dos formas de concebir al objeto de estudio en el marco de la orientación evolutiva: desde el pensamiento tipológico, que se centra en los tipos o clases con propiedades intrínsecas y se identifica con el esencialismo, y un pensamiento poblacional, para el cual las poblaciones están constituidas por individuos únicos y son abordadas mediante la estadística. En palabras del autor:

Todos los organismos y fenómenos orgánicos están compuestos de características únicas y pueden ser descritos colectivamente sólo en términos estadísticos. Los individuos, o cualquier tipo de entidades orgánicas, forman poblaciones de las que podemos determinar la media aritmética y las estadísticas de variación. Las medias son meras abstracciones estadísticas; sólo los individuos de los que se componen las poblaciones tienen realidad. Las conclusiones finales del pensador de poblaciones y del tipólogo son precisamente lo contrario (Mayr, 1963, p. 5).

Este pensamiento tipológico, sustentado en concepciones de crecimiento orgánico y en la construcción de esquemas con estadios culturales evolutivos que se suceden del más 'primitivo' al más 'civilizado', es el que caracteriza al evolucionismo social. La teoría de la evolución biológica darwiniana, por su parte, adopta un enfoque poblacional donde la variación ocupa una centralidad.

Volviendo a la genealogía de pensadores evolucionistas que trazaron un camino intelectual paralelo a Darwin, varios autores resaltan el rol central de Spencer en la circulación del pensamiento evolucionista social tipológico que pasaría a conocerse como 'Darwinismo social'.

Según Álvaro Espina (2005), el pensamiento spenceriano se erige sobre la idea de un progreso constante desde lo uniforme a lo multiforme, es decir, una concepción organicista de la sociedad donde se parte de una homogeneidad incoherente y se arriba a una heterogeneidad coherente. Las ideas de Spencer fueron publicadas previo a la aparición de *El origen de las especies*, pero, con la rápida popularización de las ideas de Darwin, el sociólogo decidió sustituir la categoría de 'progreso', reservada para los fenómenos humanos, por la de evolución.

Spencer fue quien elaboró la idea de la 'supervivencia del más apto' a partir de sus lecturas de la obra de Malthus, influenciando posteriormente al propio Darwin, quien adoptó esta forma de referirse a los resultados del mecanismo de la selección natural. De todas maneras, mientras Spencer implementaba la idea de la adaptación para asociar evolución con progreso social, el pensamiento de Darwin se orientaba a la diversificación y diferenciación estructural, sin un supuesto teórico tipológico de avance.

Años después, con el éxito de la obra de Darwin, Spencer adoptó los principios de las teorías de la evolución biológica a fin de elaborar una serie de leyes generales evolucionistas. Estas leyes operarían progresivamente partiendo del mundo inorgánico, pasando por el orgáni-

co y culminando en una dimensión de lo superorgánico representado por las sociedades compuestas por organismos vivientes.

La analogía organicista evolutiva asimilaba el problema de la autonomía del individuo en el marco de los agregados superorgánicos, lo cual “permitió a Spencer conciliar el biologismo básico de su teoría con la inclinación abiertamente individualista de la sociedad inglesa a mediados del siglo XIX, ya que de otro modo toda su doctrina habría sido rechazada” (Espina, 2005, p. 179). A diferencia de lo que sucede con los organismos biológicos, los individuos sociales poseen una libertad con respecto a la estructura superorgánica que es la sociedad, sometiendo las finalidades sociales al interés individual.

Esto nos enfrenta a las derivas político-ideológicas del pensamiento evolucionista. Situando la emergencia de la figura de Darwin en el contexto sociopolítico de auge de la economía de libre mercado y una creciente competencia económica entre las naciones, Álvaro Girón Sierra (2008) asegura que, si bien varias corrientes historiográficas han asociado la popularidad de la obra del naturalista a los intereses de la alta clase media británica en ascenso, también existen colectivos que ideológicamente se ubican a las antípodas del pensamiento liberal que implementaron las teorías de Darwin para una serie de fines diversos.

En este sentido, Girón Sierra coincide con Espina en que el darwinismo se constituyó como un consenso flexible en torno a la idea de evolución que fue complejizándose bajo criterios científicos a lo largo de los años, proceso en el que “las sociobiologías con connotaciones sociopolíticas tuvieron más que ver con los ya citados Haeckel y Spencer que con el propio Darwin” (Girón Sierra, 2008, p. 150).

De esta manera, lo que se conoce como darwinismo social constituye un agregado de teorías especulativas que se apropiaron del lenguaje evolutivo de la obra de Darwin para elaborar una teoría social fundada en metáforas reduccionistas. Al respecto, Girón Sierra afirma que

Lejos de constituirse en una suerte de única teoría de gran coherencia, las muy variadas lecturas sociopolíticas del darwinismo son mejor comprendidas como un laxo tejido discursivo. Dada esa laxitud, no es de extrañar que se construyeran sorprendentes afinidades electivas entre el darwinismo y muy variadas filosofías sociales (Girón Sierra, 2008, p. 157).

A su vez, las lecturas políticas de las teorías de Darwin mostraron ser altamente plásticas, más allá de la innegable relación de Darwin con el pensamiento liberal británico, o del hecho de que pasajes de su obra puedan efectivamente ser comprendidos en consonancia con el contexto histórico político en que ésta fue escrita. Girón Sierra se inclina por la potencialidad del pensamiento darwiniano de ser resignificado por movimientos sociales opuestos a la filosofía de libre mercado a fin de elaborar síntesis propias del laxo pero fértil sistema de ideas darwiniano: “el nombre de Darwin se asoció a la justificación del *laissez faire*, pero también se llegó a hablar de un darwinismo socialista o incluso soviético” (Girón Sierra, 2008, p. 157).

De esta manera, podemos decir que existieron varios darwinismos sincréticos y singulares (desde aquellos que fundamentaron ideológicamente el imperialismo británico, pasando por los

que justificaron el *laissez faire*, hasta el darwinismo socialista) en los que el lenguaje evolutivo se incorporó a ideologías políticas ya existentes, generando una relación compleja entre la política y la biología evolutiva.

Para finalizar, podemos decir junto a Richard Lewontin (1979), que el problema de la sociobiología no radica en su concepción de las manifestaciones sociohistóricas como pasibles de ser pensadas a la luz de las teorías de Darwin, sino en su ambición de construir una metodología con el poder explicativo total de los fenómenos sociales humanos. A través de una extrapolación de la explicación darwiniana de los principales mecanismos que dirigen el curso del proceso evolutivo a los fenómenos sociales y culturales, la sociobiología incurre en un reduccionismo no sólo problemático en términos ético-políticos sino también epistemológicos. En palabras de Lewontin:

Es cierto que somos seres materiales y que nuestras instituciones sociales son el producto de nuestros seres materiales, así como el pensamiento es el producto de un proceso material. Pero el contenido y el significado de la organización social humana no puede ser entendido por un conocimiento total de la biología más que por un conocimiento total de la teoría cuántica. La guerra no es la suma total de los sentimientos agresivos individuales, y una sociedad no puede ser descrita si conocemos la secuencia de ADN de cada individuo en ella. El ingenuo programa reduccionista de la sociobiología se ha entendido durante mucho tiempo como un error filosófico fundamental. El significado no puede ser encontrado en el movimiento de las moléculas (Lewontin, 1979, p. 361).

7. Potencialidades de la teoría de la evolución darwiniana y su complejización en las teorías evolutivas contemporáneas

Partiendo entonces de la necesidad de sortear los caminos del darwinismo social hacia la comprensión de los complejos mecanismos que intervienen en la evolución humana, podemos preguntarnos acerca de posibles lecturas que consideren a la teoría de la evolución darwiniana como terreno fértil para desprender premisas que hagan justicia a las dimensiones materiales, sociales y culturales de lo humano sin caer en determinismos biológicos ni humanismos desentendidos de la materia y sus procesos.

Teniendo en cuenta lo discutido en los apartados anteriores, podemos decir que la característica más destacada de la teoría evolutiva de Darwin es que lejos de mantenerse fijada a sus formulaciones originales, se problematizó y enriqueció a partir de una gran cantidad de aportes posteriores que dieron por resultado una trama teórica compleja e incluso fragmentaria. La obra de Darwin opera entonces bajo la forma de un marco o esquema de interpretación básico, sobre la cual la teoría de la evolución se reformula y amplía.

A pesar de encontrar válidas las denuncias a este pensamiento sociobiológico que interpreta los fenómenos sociales de forma reduccionista y justifica de la imposición de relaciones de poder coloniales, capitalistas y patriarcales, algunos teóricos contemporáneos señalaron el problema de negar los aportes de la teoría de la evolución al campo de las ciencias sociales y ver en la biología un obstáculo a eludir (Lemke, 2017, p. 89). El surgimiento de orientaciones críticas al interior de las disciplinas biológicas y de las ciencias políticas, y un interés por fundar perspectivas interdisciplinarias, confluyen en el giro material contemporáneo conocido como Nuevos Materialismos, que busca recuperar la apertura y la emergencia que, como hemos visto, puede encontrarse en el pensamiento evolutivo.

Se recuperarán en este apartado algunos aportes destacados de las teóricas Elizabeth Grosz y Myra Hird a las discusiones acerca de las potencialidades del pensamiento darwiniano. Estas autoras forman parte de los feminismos contemporáneos que apuntan a una nueva comprensión de la ontología, la epistemología, la ética y la política, y tienen como propósito principal suscitar la superación del antropocentrismo y el humanismo, la división entre naturaleza y cultura, el idealismo lingüístico o discursivo, el constructivismo social, el positivismo y el naturalismo, además de propiciar una ampliación poshumana del concepto de agencia (Lemke, 2017, p. 85).

En *Sex, Gender and Science* (2005), Myra Hird destaca que, en relación a la teoría de evolución de Darwin, los nuevos materialismos hacen hincapié en tres conceptos críticos interrelacionados: la no linealidad y la autoorganización, la contingencia y la variación o diversidad.

En cuanto al principio de no linealidad y la autoorganización, Hird retoma a Kevin Kelly para dar cuenta de la materia como un sistema complejo de propiedades orgánicas y no orgánicas emergentes que se organizan por sí mismas. En este sentido, según la autora, Kelly describe las propiedades emergentes del sistema adaptativo, entre las que se encuentran una maximización de la heterogeneidad que acelera la adaptación y produce innovaciones, un desequilibrio insistente en las estructuras adaptativas, y una “gestión sistemática de los errores” (Kelly, 1994, p. 605). Por último, Kelly afirma que estas propiedades emergentes no persiguen ningún fin último, sino que tienen múltiples objetivos:

Un sistema adaptativo debe hacer un balance entre la explotación de un camino conocido de éxito (optimizando una estrategia actual), o desviando recursos para explorar nuevos caminos (desperdiciando así la energía al intentar métodos menos eficientes). Son tan vastas las motivaciones mezcladas en cualquier entidad compleja que es imposible desentrañar las causas reales de su supervivencia. La supervivencia es un objetivo muy señalado. La mayoría de los organismos vivos son tan diversos que son variaciones contundentes que funcionan, en lugar de interpretaciones precisas de proteínas, genes y órganos. (Kevin Kelly 1994: 605) (Hird, 2005, p. 58)

De esta forma, argumenta Hird, podemos determinar que la materia es no lineal, ya que en los sistemas lineales, sólo hay dos tipos de dinámica posible: o bien el sistema se mantiene

constante, o bien crece o disminuye a un ritmo constante. En el caso de la biología y sus procesos evolutivos, podemos encontrar al menos los tres objetivos delineados por Kelly.

En lo que refiere a la contingencia de los procesos evolutivos, Hird recupera a Gould (algunos de cuyos aportes ya han sido señalados en este capítulo) y a la física feminista Evelyn Fox Keller, cuyas fundamentadas críticas a las concepciones clásicas de la biología tuvieron gran impacto tanto en los feminismos como en la biología en las décadas del '80 y el '90. Como ya se ha referenciado en este capítulo, las teorías de Darwin impactaron directamente sobre las concepciones teleológicas de la ciencia del siglo XIX, evidenciando la apertura al azar de las derivas de la evolución. Gould, dice Hird, reafirma que la evolución no es una historia de progreso lento y constante hacia la perfección de las especies, sino más bien una historia de transformaciones guiadas por el azar. Con relación a esto, Hird recupera la siguiente cita de Gould:

La evolución no es una secuencia de reemplazos progresivos enraizados en una anatomía superior en un campo de batalla eterno. Los reptiles no reemplazaron a los peces, sino que representan un grupo de peces extraordinariamente modificado en un novedoso entorno terrestre. Los peces nunca han sido reemplazados como vertebrados dominantes de los océanos (2000: 259–60) (Hird, 2005, p. 60).

Esta contingencia supone que la evolución no es el progreso o el perfeccionamiento de las especies a través del tiempo, sino más bien el resultado de un número indefinido de contingencias, donde los organismos y el ambiente pueden pensarse como una interfaz en cambio constante. Hird incorpora también un pasaje muy interesante de Evelyn Fox Keller para ampliar esta idea de la biología evolutiva como no lineal y abierta a lo contingente:

La biología no es guiada por leyes en el mismo sentido en que lo es la física, ya que cada característica de un organismo biológico es lo que es en virtud de su larga historia evolutiva. Y la razón por la que el resultado de todos estos “mil millones de años de experimentación por parte de sus antepasados” nunca es absoluto ni predecible es que los materiales experimentales con los que las formas de vida primitivas podían trabajar dependían en sí mismos de la ocurrencia de acontecimientos fortuitos. La vida tal como la conocemos es la beneficiaria de esta larga historia de oportunidades fortuitas. Stephen Jay Gould compara la evolución con una cinta de vídeo que, si se repite una y otra vez, tendría un final diferente en cada reproducción. De hecho, a veces se argumenta que el azar, o la contingencia, es la característica que define la evolución, y posiblemente incluso su fuerza impulsora (2000, p. 103) (Hird, 2005, p. 61).

De esta forma, la contingencia de los procesos evolutivos sólo puede explicarse retrospectivamente tornándose historizables y cancelando toda pretensión predictiva o de repetición. Como dice Alicia Massarini,

A diferencia de algunos fenómenos físicos en los que dadas ciertas condiciones iniciales es posible predecir el comportamiento del sistema, en la evolución biológica no es posible anticipar un rumbo necesario ni establecer claras tendencias. Se trata por ello de un proceso contingente. En consecuencia es posible comprender que la Biología evolutiva es una ciencia histórica, que explora fenómenos irrepetibles. En palabras de Ernst Mayr (1904-2005) “El enfoque histórico-narrativo es el único válido, científica y filosóficamente, para explicar fenómenos únicos” (Mayr, 1998) (Massarini, 2010, p. 292).

Finalmente, el último concepto que Hird considera es el de la variación y la diversidad, dos características indispensables para que la selección natural propuesta por Darwin pueda operar en la evolución de las especies. Como definieron los pensadores de la teoría sintética de la evolución, la variación es generada por la mutación, la recombinación de genes, la deriva genética y la plasticidad del comportamiento, y supone la materia prima de la selección natural en tanto sin ella no habría posibilidad de transformación ya que no habría sustrato desde el cual producir el resultado selectivo. Esta variación se presenta tanto individualmente como poblacionalmente y a nivel especie, habiendo una diversidad continua recreándose a lo largo del proceso evolutivo.

En relación a esto, Antoni Gomila explica que la selección no es un proceso intencional o una fuerza metafísica con un propósito de progreso, sino “el resultado de un proceso de variación y valor diferencial de estas variantes que tiene como consecuencia la proliferación de ciertas variantes y la desaparición o reducción de otras en el tiempo” (Gomila, 2009, p. 341). Lo estimulante de la idea de la selección natural radica en su potencial explicativo que desafía toda inclinación intencionalista, tendencia común tanto en las ciencias naturales como las sociales.

En *Darwin and Feminism: Preliminary Investigations for a Possible Alliance* (1999), la filósofa feminista Elizabeth Grosz realiza una relectura deleuziana de la obra de Darwin, argumentando que las teorías de este último no sólo suministran una concepción compleja y no esencialista de la biología, sino que también facilitan un posible escape del dualismo naturaleza/cultura, dicotomía que ha alimentado los debates tanto de la biología como de las ciencias humanas durante décadas.

En principio, Grosz considera, al igual que Hird, que la obra de Darwin ofrece una crítica tanto del esencialismo como de la teleología, y que además proporciona una comprensión dinámica y abierta de la relación entre la historia y la biología aportando un complejo relato de los movimientos de diferencia, bifurcación y devenir que caracterizan a todas las formas de vida.

La autora destaca la importancia de la variación individual, garantizada por los mecanismos de la mutación y la recombinación de genes, en su relación con la selección natural, ya que la aleatoriedad de los cambios individuales se relacionará directamente con la selección natural de manera no predecible. La evolución es entonces, afirma Grosz, un sistema abierto que se dirige hacia un futuro sin dirección predeterminada, sin la seguridad

de ningún resultado particular, sin garantía de progreso o avance, pero con una transformación y una diversificación inherentes.

De todas maneras, si bien trabaja de forma fortuita e impredecible y se sustenta en una variación aleatoria, la evolución en términos de Darwin no opera de forma caótica o completamente asistemática, ya que, como ya se ha desarrollado, los mecanismos evolutivos son limitados y la selección natural se rige principalmente por los principios adaptativos. En palabras de Grosz,

La evolución no es ni libre ni ilimitada, ni determinada y predecible de antemano. No es proporcional a la temporalidad de la física y las ciencias matemáticas, ni tampoco es ilimitada en potencial y completamente libre en dirección. Más bien, implica una noción de sobredeterminación, indeterminación y una apertura sistémica que impide una determinación precisa (Grosz, 1999, p. 42).

Podemos decir entonces que la historia evolutiva es en principio abierta pero también regulada dentro de una serie de parámetros o limitaciones: sólo los seres existentes proporcionan los materiales cuya divergencia enlaza el presente y el futuro. El tiempo mantiene su apertura y el pasado se impulsa en direcciones divergentes, impredecibles de antemano, que sólo pueden reconstruirse retrospectivamente.

Sosteniéndose en esta idea, Grosz se aventura a difuminar los límites entre historia biológica de las especies e historia social de la humanidad, haciendo un paralelismo entre la evolución en la naturaleza y en la política, donde aquello que se busca es la superación de lo que le ha ocurrido al individuo a través de la historia, habitando ese espacio entre la memoria y la innovación. Así, según la autora, funciona tanto la continuación de las especies como de las estrategias políticas y los acontecimientos históricos a lo largo del tiempo y el espacio.

El siguiente recorte textual grafica de manera muy interesante de qué manera comprende Grosz a la potencialidad de las teorías de Darwin para pensar una temporalización de lo humano:

Esta lógica de auto-superación, motor de la evolución darwiniana, debe reconocerse no sólo como una distribución del espacio (geográfico y geológico), procesos de dispersión espacial y aislamiento sino, sobre todo, como una forma de temporalización, en la que la atracción del futuro ejerce una fuerza primaria. Los seres son impulsados hacia un futuro que es desconocido y relativamente incontenible por el pasado. Sólo la retrospectión puede determinar la dirección que han tomado los caminos del desarrollo, de la evolución o de la transformación, y sólo un futuro diferido indefinidamente puede indicar si el pasado o el presente proporcionan un legado negativo o positivo para los que vienen. Esto significa que la historia y sus prácticas conexas (geología, arqueología, antropología, psicoanálisis, diagnóstico médico, etc.) son necesarias para comprender la situación actual, siempre parcial y residual, como una emergencia de un tren de acontecimientos temporales ya dados, que establecen los términos para, pero de ninguna manera controlar o dirigir, un fu-

turo que se despliega o prolifera en el presente. El futuro sigue direcciones latentes o virtuales en el presente, pero no necesariamente actualizadas por él (Grosz, 1999, p. 41).

Los aportes de Hird y Grosz, que se dan en el marco de discusiones acerca de las limitaciones que supone para el feminismo contemporáneo enemistarse con la biología, se erigen también como importantes contribuciones al campo de las ciencias sociales y humanas en general, en tanto desarticulan la histórica dicotomía naturaleza/cultura y consiguen proponer concepciones complejas de lo humano que erosionan los principios antropocentristas y desmaterializados que proliferan en las disciplinas sociales.

8. Conclusiones

El pensamiento de Darwin ha calado hondo en varias de las concepciones de la psicología contemporánea, así como ha suscitado múltiples lecturas, apropiaciones y oposiciones, muchas de ellas erróneas o mal informadas. Los pilares de la psicología evolutiva y de la obra freudiana se nutrieron de las discusiones de los naturalistas de la evolución del siglo XIX, en las cuales Darwin ocupa un lugar central. Los pensadores de la teoría sintética de la evolución y los encargados de expandirla y complejizarla posteriormente han interpretado las teorías darwinianas de formas creativas e intencionadas, construyendo un entramado teórico que concibe a la evolución como un proceso abierto a las contingencias y atravesado por mecanismos que son definidos y reconceptualizados de maneras cada vez más detalladas y precisas. Ciertas lecturas de su obra (bien referenciadas o confundidas con la genealogía del evolucionismo social) e incluso ideas explícitas del propio Darwin, han desembocado en ideologías que justificaron la desigualdad social, el colonialismo y el racismo propios de la expansión económica y de la dominación cultural, y que nutrieron la conformación del sumamente discutible campo de la sociobiología. En la actualidad, un número de teóricas y teóricos contemporáneos generalmente asociados a los feminismos y al pensamiento crítico han redescubierto las potencialidades de los principales postulados de Darwin al momento de elaborar intersecciones entre miradas que otorguen importancia tanto a la materialidad y sus procesos como a los ejes de poder y a la dimensión ético-política.

Podemos concluir en que la importancia del pensamiento darwiniano radica en su capacidad de ser interpretado y reapropiado para los más diversos fines, proporcionando métodos, preguntas o marcos para una complejización de la naturaleza en general y de lo humano en particular. Consideramos relevante impugnar la extendida lectura de las teorías de Darwin y de los aportes de la biología como deterministas, esencializantes y despolitizantes de la agencia humana, y adherimos a un diálogo ética y epistemológicamente comprometido que erosione el perjudicial dualismo que opone naturaleza, biología y lo no humano a lo sociocultural, discursivo y humano.

Tal como propone Grosz, en relación a la dimensión biológica de la existencia humana, “necesitamos un relato complejo y sutil de esa biología para poder explicar más adecuadamente la rica variabilidad de la vida social y política” (Grosz, 1999, p. 31). Para finalizar, creemos que la siguiente cita de Massarini resume la complejidad de las concepciones de la biología contemporánea:

las características de la vida en la Tierra y su diversidad no son resultados necesarios de un proceso predecible en que, dadas ciertas condiciones iniciales, los productos serán siempre los mismos. Por el contrario, se trata de una historia contingente, única, irreversible e irreplicable. Una historia que se sustenta a sí misma, en una compleja trama de azar y necesidad, en que los organismos evolucionan en estrecha relación con un ambiente siempre cambiante que los modela, pero que, al mismo tiempo, es el resultado de su propia existencia. Esta mirada pone de manifiesto la dificultad que supone explorar la existencia de sistemas complejos análogos a los representantes de la vida en la Tierra en escenarios espaciales y temporales muy diferentes del que conocemos (Massarini, 2010, p. 293).

Referencias

- Burman, E. (1994). *La deconstrucción de la Psicología Evolutiva*. España: Visor.
- Cairns, R. B. (1998). The making of Developmental Psychology. En R. M. Lerner (Ed.), *Theoretical models of human development* (pp. 25-105), volumen I de W. Damon (Ed.), *Handbook of child psychology*. Nueva York: Wiley.
- Darwin, C. (1859 [1921]). *El origen de las especies*. Trad. Antonio de Zulueta. Madrid: Calpe.
- Delval, J. (1988). Sobre la historia del estudio del niño. *Journal for the Study of Education and Development, Infancia y Aprendizaje*, 44, 59-108.
- Domínguez, G. (2013). “Freud y su relación con la biología: entre Darwin y Lamarck”. Presentación en V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Buenos Aires: Facultad de Psicología – UBA. Recuperado en: <https://www.aacademica.org/000-054/95>
- Espina, A. (2005). El darwinismo social: de Spencer a Bagehot Reis. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 110, 175-187.
- Freud, S. (1916-17 [1979]). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Lección XVIII. La fijación al trauma. Lo inconsciente. *Obras Completas*, Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-17 [1979]). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Lección XXIII. Los caminos de la formación de síntoma. *Obras Completas*, Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923 [1979]). El yo y el ello. En *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924-25 [1979]). Las resistencias contra el psicoanálisis. *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1939 [1979]). Moisés y la religión monoteísta. En *Obras Completas*, Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Girón Sierra, A. (2008). Darwinismo y política. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. N. 70-71, octubre; p. 141-160. Madrid.
- Gomila, A. (2009). El peligroso Darwin y las ciencias sociales. *Ludus Vitalis*, 17(32), 339-352.
- Gould, S. J. y Lewontin, R. C. (1979). *The spandrels of San Marco and the panglossian paradigm: a critique of the adaptationist programme*. Londres: Proceedings of the Royal Society of London.
- Gould, S. J. (1977). *Ontogeny and phylogeny*. Harvard University press.
- Grosz, E. (1999). Darwin and feminism: preliminary investigations for a posible Alliance. *Australian feminist studies*, 14(29), 31-45.
- Hird, M. (2005). *Sex, gender, and science*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Lemke, T. (2017). Mater and matter: a preliminary cartography of material feminisms. *Soft power*, 5(1), 83-99.
- Lettow, S. (2016). Turning the turn: New materialism, historical materialism and critical theory. *Thesis Eleven*, 140(1): 106-121.
- Lewontin, R. (1979). Sociobiology: another biological determinism. *International Journal of Health Services*, 10(3), 347-363.
- Massarini, A. (2010). Teoría evolutiva: fundamentos, impactos y debates. En *Astrobiología: Del Big Bang a las civilizaciones* (pp. 265-295). Montevideo: UNESCO.
- Mayr, E. (1963). *Animal Species and Evolution*. Massachusetts: Harvard University press.
- Mayr, E. (1992). *Una larga controversia. Darwin y el darwinismo*. Barcelona: Crítica.
- Palacios, J.; Marchesi, A. y Coll, C. (2014). *Desarrollo Psicológico y Educación. 1. Psicología evolutiva*. Madrid: Alianza.
- Sahlins, M. (1976 [1982]). *Uso y abuso de la biología*. Madrid: Siglo XXI.
- Sulloway, F. (1992). *Freud, biologist of the mind*. New York: Harvard University Press.

CAPÍTULO 10

Psicología ‘Evolutiva’: hacia una reconstrucción crítica desde Darwin

Ariel Martínez

1. Introducción

En el curso de su desarrollo cultural, el hombre se erigió en el amo de sus semejantes animales. Mas no conforme con este predominio, empezó a interponer un abismo entre ellos y su propio ser. Los declaró carentes de razón y se atribuyó a sí mismo un alma inmortal, pretendiendo un elevado linaje divino que le permitió desgarrar su lazo de comunidad con el mundo animal (...). Todos sabemos que fueron los estudios de Charles Darwin, de sus colaboradores y precursores, los que hace poco más de medio siglo pusieron término a esa arrogancia. El hombre no es nada diverso del animal, no es mejor que él; ha surgido del reino animal y es pariente próximo de algunas especies, más lejano de otras. Sus posteriores adquisiciones no lo capacitaron para borrar la semejanza dada tanto en el edificio de su cuerpo como en sus disposiciones anímicas (Freud, 1917b, p. 132).

Se ha sido dicho y repetido infinidad de veces que el evolucionismo en la versión de Charles Darwin constituye una perspectiva teórica indeseada, tanto para el campo de las Ciencias Sociales y Humanas como para la psicología y el psicoanálisis. Por tal motivo, plantear una Psicología Evolutiva bajo estos mismos términos se ha convertido en un proyecto académico difícil de efectuar. Curiosamente, esta parcela de conocimiento que, pese a su surgimiento durante el siglo XIX, ha logrado persistir en los planes de estudio hasta nuestros días —ya iniciado el siglo XXI. El ataque contra la presencia de ‘lo evolutivo’ en la nominación de esta área dentro psicología ha sido admitido y reproducido por quienes han asociado el pensamiento de Darwin con las lecturas darwinistas que florecieron en los intentos no darwinistas de aplicar aquellos postulados (de forma errónea) al ámbito humano (social, cultural y mental). La delimitación y nominación de una Psicología ‘Evolutiva’ ha sido atacada por quienes se enfilan detrás del psicoanálisis y del posestructuralismo, y, desde allí, dan prioridad a los arreglos discursivos, los juegos del lenguaje y los carriles del significante. Miradas que enaltecen el carácter trascendente de lo Humano y abonan las raíces dualistas del pensamiento occidental, no sólo construyen la especificidad de la mente o la psique como un orden cualitativamente diferente respecto del

cuerpo biológico, también delimitan tal objeto de estudio mediante una operación biofóbica que reduce el cuerpo y sus procesos 'naturales' a un contrapunto extremadamente simplificado.

Avancemos hacia la identificación del problema que me interesa desarticular en este capítulo. ¿Con que marcos conceptuales contamos a la hora de comprender las transformaciones de la mente o la psique a lo largo del tiempo? Al respecto, Robert Galatzer-Levy (2017), junto a tantos otros intelectuales pertenecientes al campo de la psicología y del psicoanálisis, ha señalado la fuerte pregnancia de modelos de desarrollo básicos secuenciales, simples, cerrados, lineales y deterministas. El autor, como tantos otros, ha enfrentado la tarea de entrecruzar modelos simples de la mente o la psique con el estudio de dinámicas no lineales —frecuentemente conocidas como teoría del caos o teoría de los sistemas complejos, muy fructíferas a la hora de buscar alternativas al modelo secuencial de desarrollo señalado. Por ejemplo, tomemos el caso de Freud. En segmentos de su pensamiento pueden señalarse supuestos en torno al desarrollo entendido como una secuencia ordenada. Galatzer-Levy afirma que el paradigma del desarrollo psicoanalítico se basa en ideas previas y generalizadas sobre el desarrollo influenciadas por el mecanicismo lineal de su época. El autor afirma que Freud tomó directamente la idea de desarrollo psicológico secuencial a partir de su estudio sobre embriología. Para Freud, el desarrollo embriológico es ordenado y complejo. La forma en que el embrión se desarrolla en su organización final puede no ser obvia, pero cada paso en la secuencia de desarrollo es parte de un proceso ordenado. Debido a la complejidad del desarrollo embrionario, el impacto de una lesión particular puede ser entendido porque afecta el desarrollo embrionario general. Galatzer-Levy afirma que la aparente rigidez del desarrollo en los primeros estudios embriológicos sobrevive, subrepticamente y sin mayores cuestionamientos, porque la mayor parte de los intelectuales y clínicos de este campo están convencidos del fuerte impacto de la experiencia temprana en el desarrollo posterior (aun cuando explícitamente afirmen alejarse de cualquier forma de determinismo). Esta convicción se confunde fácilmente con nociones mucho más complejas de desarrollo secuencial sobre las que descansa el trabajo de Freud y los psicoanalistas posteriores.

Sea como fuere, me interesa señalar que trabajos como el de Galatzer-Levy, orientados a pensar la psique o la mente desde marcos epistemológicos no lineales y alejados del determinismo, alimentan el dualismo metafísico mente/cuerpo al adjudicar complejidad al dominio de la mente y adjudicar determinismo, linealidad y clausura al ámbito del cuerpo, de la biología, de la naturaleza y de la materia. Esta exaltación de la mente o psique, mediante la adjudicación de no linealidad y complejidad por sobre el cuerpo, responde, sin dudas, al intento de diferenciar ambos dominios y salvaguardar la psique de cualquier determinismo biológico o reduccionismo corpóreo. Afirmo que el cuerpo (biológico) ha sido erróneamente capturado en perspectivas lineales y deterministas²⁶. También, erróneamente, se ha considerado el cuerpo y la biología como un orden ontológico clausurado, como una mera plataforma material y como escenario de los fenómenos mentales o instrumento de la eficacia psíquica. Las lecturas erróneas del evolucionismo de Dar-

²⁶ Constanza Alexandra Rendón y Guillermo Folguera (2014) ofrecen una taxonomía de características asociadas a la temporalidad de los procesos biológicos entre las cuales ubican la reversibilidad.

win, y los ritmos del desarrollo que desde allí se aplican normativamente a los procesos biológicos, han habilitado la captura del cuerpo en modelos donde las transformaciones pueden ser fechadas y ordenadas en esquemas planos y rígidos. Las regularidades y patrones del devenir, conceptualizados como atractores del desarrollo, han sido confundidos con pautas determinadas y deterministas, y así se ha perdido de vista que jamás son del todo predecibles y nunca salvaguardan un sistema de los cambios repentinos que se libran al borde del caos y del azar. Entonces, es preciso ofrecer miradas alternativas ante estos enfoques desactualizados que liquidan la complejidad de los procesos corpóreos en su dimensión biológica y material.

No llama la atención que, como forma de combatir los determinismos biológicos cuando se trata de pensar la especificidad de 'lo humano', se haya homologado todo funcionamiento biológico con modelos provenientes de la embriología (Galatzer-Levy, 2004), con perspectivas sociobiológicas (Hird, 2004) o con derivas del evolucionismo social (Nissim-Sabat, 1991). Tampoco sorprende que, como intento de salvaguardar la mente de aquel ámbito pretendidamente clausurado de leyes pétreas y restrictivas, se haya delineado exclusivamente a la mente como mutable, jamás puramente determinada y abierta a la posibilidad del impacto de lo impredecible. Es sabido, el dualismo que divide cuerpo y mente ha mostrado su cabal eficacia al separar estas esferas y, aún más, al jerarquizar la una por sobre la otra. Este dualismo que se protege a sí mismo adjudicando simplicidad a la biología y silenciando la actividad de la materia, por un lado, y protegiendo la psique o la mente de cualquier contaminación degradante proveniente de un cuerpo que nos amenaza con determinismos, por otro lado, ha rodeado de incomodidad teórica y política la nominación tanto disciplinar como curricular en las que trabajamos: 'Psicología Evolutiva'. El temor, una vez más, se vincula con la adjudicación de reduccionismo biológico, de linealidad, de clausura y determinismo al ámbito de la subjetividad.

Actualmente, el siglo XXI ha traído consigo la proliferación de nuevos materialismos críticos que nos permiten zanjar la cuestión de otro modo. Casi como si la persistencia de lo evolutivo (al menos en el ámbito de las nominaciones de las asignaturas) se reivindicara a sí misma, las miradas renovadas en torno a la materia y sus procesos regresan a la naturaleza, a la biología y al evolucionismo de Darwin de forma novedosa. Nos enfrentan con lecturas erróneas y despejan el camino hacia una comprensión del cuerpo biológico que no conduce al reino de lo puramente determinado y tampoco al de las reificaciones esencialistas. Entonces, si el cuerpo ya no puede entenderse como una entidad cerrada —pues la complejidad de sus procesos biológicos, genéticos y moleculares no puede reducirse a pautas prefijadas de un desarrollo lineal— ¿con qué motivos seguiremos produciendo la diferencia entre cuerpo (lineal y determinado) y mente (no lineal y abierta a lo novedoso)? ¿Se trata del ya denunciado gesto antropocéntrico que nos impide aplanar nuestra ontología y, así, evitar enfrentarnos con nuestra existencia encarnada al igual que el resto de la existencia mundana?

Desde marcos ontológicos y epistemológicos críticos contemporáneos, la nominación Psicología 'Evolutiva' ofrece la posibilidad pensar y abordar la mente o la psique de forma teóricamente renovada y políticamente conveniente, esto es: como carnalmente realizada, sin renunciar sino, muy por el contrario, incrementando sus transformaciones complejas e impredecibles.

Ante aquellos modelos naturalistas, biologicistas y esencialistas sobre los que cabalga la Psicología 'Evolucionista' (González Galli, 2019), la mirada posestructuralista y su énfasis en el lenguaje han sido herramientas útiles para deconstruir su carácter reaccionario y denunciar los arreglos de poder subyacentes a tales modelos políticamente indeseables. Afortunadamente el siglo XXI nos ofrece nuevas miradas sobre la materialidad (viva y no viva) que nos permiten reconstruir la posibilidad de una Psicología 'Evolutiva' (alejada de cualquier forma de Psicología 'Evolucionista') capaz de hacer justicia a la potencia del devenir y tomar distancia de versiones discursivas de 'La Diferencia' subsidiarias de viejos dualismos.

2. Momento deconstructivo: la Psicología Evolucionista que era y no debe ser

2.a. Creacionismo

En 1687 Isaac Newton declaró:

Este elegantísimo sistema del Sol, los planetas y los cometas, sólo pueden originarse en el consejo y dominio de un ente inteligente y poderoso. Y si las estrellas fijas son centros de otros sistemas similares, creadas por un sabio consejo análogo, los cuerpos celestes deberán estar todos sujetos al dominio de Uno, especialmente porque la luz de las estrellas fijas es de la misma naturaleza que la luz solar, y desde cada sistema pasa a todos los otros. Y para que los sistemas de las estrellas fijas no cayesen unos sobre otros por efecto de la gravedad, los situó a inmensas distancias unos de otros (Newton, en Granés Sellarés, 2005, p. 233).

En un contexto intelectual cincelado por el fijismo, el creacionismo y el supuesto de la existencia de un intelecto divino agente del diseño de la naturaleza, las ideas de Charles Darwin fueron rupturistas y provocativas. En el momento en que Darwin forjó sus ideas sobre el funcionamiento y las transformaciones de los organismos vivos en la naturaleza, el cristianismo dominaba el pensamiento social europeo. Ya desde la antigüedad el universo se concebía estructurado por un conjunto de relaciones jerárquicas, estáticas e inmutables entre todos los seres, cada uno con un propósito distinto. En la misma dirección de otros intelectuales que ya desde el siglo XV desafiaron radicalmente esta visión cristiana dominante, Darwin incrustó su propuesta sobre la transformación de la naturaleza e interrumpió

nociones metafísicas clásicas tales como el 'equilibrio de la naturaleza'²⁷ y las 'cadenas del ser'²⁸ —luego reverberadas a partir de la denominada cultura del libro (ya sea en su versión judía, cristiana o islámica). Frank Egerton (1973) señala que, en su versión antigua clásica, tales supuestos adjudicaban el equilibrio de la naturaleza al poder de los dioses. Ya fuera por la creencia en fuerzas antropomórficas o por la postulación de un astuto inventor o Demiurgo, el carácter constante y armonioso de la naturaleza era afirmado ante preguntas tales como ¿A qué se debe que cada tipo de animal puede mantener su número? ¿Por qué las aves, las bestias y los hombres no comieron a todas las liebres? Sin dudar se adjudicaba a la existencia de una providencia superintendente el acto de crear las diferentes especies con capacidades reproductivas diferenciadas. Esta providencia, se creía, había diseñado las diferentes especies de animales para una asociación permanente entre sí, pues cada una estaba dotada de rasgos que le permitirían continuar existiendo con éxito a pesar de las dificultades que pudiera encontrar frente a otras especies o frente al medio.

Sintetizando la sistematización de Egerton, podríamos señalar que el contexto teológico de la Edad Media aunó la creencia en un Dios supervisor del funcionamiento de la naturaleza. Ya en el siglo XVII Sir Matthew Hale afirmó que las poblaciones de animales permanecían constantes debido a que las cualidades de las cosas naturales están ordenadas por la sabia providencia, rectora de todas las cosas. Robert Hooke notó la existencia de restos de plantas y animales petrificados que no se parecían a ninguna especie viviente conocida, así la idea de extinción se impuso como primer desafío potencial a la fuerte idea de equilibrio de la naturaleza. Basta como ejemplo de época notar que Arthur Ray participó en una discusión en defensa de las montañas. Para algunos pensadores las montañas atestiguan la crueldad de Dios, para Ray proporcionaban lugares para la supervivencia de especies de plantas y animales que no podrían vivir en tierras bajas, de este modo corroboraban que cada especie tiene su propio lugar en la naturaleza. En el siglo XVIII William Derham muestra cómo la naturaleza ilustra la sabiduría y la bondad de Dios, pues las plagas de animales sirven como bastones para castigarnos, como un medio para provocar nuestra sabiduría y cuidado. También señaló que, como todas las especies son interdependientes, la extinción de una llevaría a la destrucción de toda la naturaleza viviente. Durante el siglo XIX, momento en que la mayoría de los naturalistas opinaban que algunas especies se habían extinguido, y en que los científicos todavía luchaban por arrebatar la autoridad cultural a los clérigos cristianos, Darwin mostró ser un pensador revolucionario al superar la concepción tradicional del mundo viviente.

²⁷ En una economía natural creada, el equilibrio de la naturaleza se mantiene a partir de rasgos esenciales y funciones fijas de los existentes. Para Darwin cualquier estabilidad es siempre precaria y frágil y nunca efecto de un diseño capaz de fijar esencias.

²⁸ Esta noción implica una jerarquía necesaria de seres tendiente a consolidar la finalidad de la perfección de la naturaleza.

2.b. Charles Darwin

Tal como ha sido documentado (van Whyte, 2002), Darwin circunnavegó el mundo como naturalista no remunerado en el Beagle. El viaje transcurrió entre el 27 de diciembre de 1831 y el 2 de octubre de 1836. A su regreso, al buscar un mecanismo que pudiera explicar el proceso de transformaciones, se convirtió en evolucionista. En julio de 1837, comenzó a registrar sus pensamientos sobre la evolución en una serie de cuadernos que tituló *Sobre la transmutación de las especies*, ideas que participarían en el derrocamiento gradual de la concepción tradicional del equilibrio de la naturaleza señalado. Ya en los registros de 1837 Darwin dio forma a la operación de la selección natural: un mecanismo que produce niveles de organización cada vez más complejos y capaces de explicar cómo animales superiores se desarrollaron a través del proceso evolutivo. Allí, también, Darwin refirió a la naturaleza como maravillosa, sorprendente y llena de artilugios intrincados (Lightman, 2010). A diferencia de los teólogos naturales, su gran proeza, sin dudas, fue no atribuir en absoluto estos artilugios a la acción directa de un Dios bondadoso. Rechazó tanto la idea de un diseño, y por lo tanto de un diseñador, detrás de la naturaleza. También rechazó una fuerza motora detrás de la evolución, un impulso que conduce el proceso de cambios en una dirección particular preestablecida. Al no apelar al primer motor inmóvil aristotélico Darwin quitó las clásicas causas finales de su explicación respecto a las transformaciones de una naturaleza secular.

De forma muy sucinta, en el mundo pre-darwiniano la pertenencia a una especie o clase estaba garantizada por una 'esencia' compartida. Para Platón, por ejemplo, pertenecen a una misma especie quienes participan de la perfección inteligible de una idea. Para Aristóteles se trata de la forma o sustancia que subyace a los accidentes. En la versión creacionista cristiana de San Agustín, por ejemplo, se trata de razones contenidas en la mente de Dios o intelecto divino (San Agustín, en D'Amico, 2008). La revolución darwiniana produjo no sólo un aporte notable a lo que en aquel momento se denominaba 'historia natural', sino un cambio en la concepción del mundo. El aporte se recorta más claramente si consideramos el problema antiguo y la querrela medieval en torno a los universales. La postura 'realista' afirmaba que los términos universales (géneros y especies, como 'Hombre') configuran realidades auto-subsistentes, una realidad contenida en la cosa. Por lo tanto la identidad se delimita según la esencia, un atributo real presente al mismo tiempo y en todos que integran la clasificación —en suma: una realidad esencial los hace idénticos 'tota et simul'. La postura 'nominalista' señala que los términos utilizados para reunir géneros y especies no refieren a ninguna realidad, lo real son los singulares. Por lo tanto, los términos universales como 'Hombre' son meros nombres sin correlato real, un 'flatus vocis'. En la historia natural del siglo XIX se postularon semejanzas estructurales entre individuos (arquetipos que se postulaban como ideas de Dios), es decir, características reales que permitieran efectuar el agrupamiento en especies. Tal como señala Santiago Ginnobili (2019), Darwin contradice aquello que otros naturalistas de la época afirmaban. Lo que se consideraba como un esquema prototípico contenido en la mente de Dios era, en rigor darwiniano, un ancestro pasado común. La investigación darwiniana involucra el pasado. Ginnobili nos

ofrece el siguiente fragmento de Darwin para demostrar la forma en que se desenmarca tanto del 'nominalismo' como del 'realismo':

Los naturalistas intentan organizar las especies, los géneros y las familias de cada clase, en lo que se llama el Sistema Natural. Pero, ¿qué se entiende por este sistema? Algunos autores lo consideran simplemente como un esquema para organizar juntos los objetos vivos que son más parecidos, y para separar aquellos que son más desiguales (...) pero muchos naturalistas piensan que el Sistema Natural quiere decir algo más; creen que revela el plan del Creador (...) Creo que se incluye algo más; la común descendencia, la única causa conocida de la similitud de los seres orgánicos, es vínculo oculto por diversos grados de modificación, que nos es parcialmente revelado por nuestras clasificaciones (Darwin, en Ginnobili, 2019, p. 42).

Darwin (1859) postuló que la fuerza impulsora detrás de la evolución es la competencia entre individuos de una misma especie. Los individuos no son exactamente iguales, varían de formas inadvertidas y esas variaciones se transmiten a la descendencia. A esto se refirió bajo la idea de 'variabilidad'. Esas variaciones no se producen en función del medio y algunas de estas variaciones (azarosamente de acuerdo a las condiciones, ahora sí, del medio) beneficiarán al individuo y otras lo perjudicarán. En el medio natural se engendran más individuos de los que pueden sobrevivir, esto conduce a su idea sobre la 'lucha por la supervivencia'. Los individuos que mejor se adaptan al medio (beneficiados por la variación de sus características) viven más y tienen mayor descendencia, es a esto a lo que denominó 'selección natural'. Lamentablemente, este núcleo de ideas originales que Darwin postuló como mecanismos que sostienen el proceso de transformación de la naturaleza, comenzarían a tergiversarse progresivamente.

2.c. Derivas del evolucionismo

Tal como ha señalado Bernard Lightman (2010), Darwin creía de forma obstinada que el éxito final de su teoría de la evolución mediante 'selección natural' dependía de su aceptación por parte de la audiencia popular victoriana, y no tan solo de los científicos. Tal es así que invirtió mucho tiempo en construir una vasta red de contactos por correspondencia con el objetivo de impulsar sus ideas evolucionistas entre los científicos y, finalmente, solicitar apoyo para la divulgación mediante la publicación de una versión especialmente diseñada para tal fin. Encontró dificultades para obtener esta ayuda, incluso entre sus amigos, para popularizar sus ideas. Algunos divulgadores que aceptaron la empresa lo decepcionaron debido a la forma en que presentaban su teoría. Finalmente la supervisión de tal proyecto se salió de cauce y no pudo controlar el modo en muchos divulgadores popularizaron su novedosa perspectiva evolutiva naturalista, no direccional y no progresiva. Debido a los preconceptos de quienes divulgaron su obra, las versiones circulantes del proceso evolutivo se encontraron pobladas de afirmaciones metafísicas, teleológicos y religiosos.

La abrumadora mayoría de los divulgadores de la ciencia de la segunda mitad del siglo XIX se inscribían en la tradición de la teología natural. Entendían la naturaleza como un reino feliz, una escena organicista de actividad divina en la que cada criatura tenía su función respecto a un todo. No sorprende que las preocupaciones religiosas y metafísicas de los divulgadores se filtraran en las obras publicadas. Así irrumpió la idea de un diseño en la evolución, aunque la concepción de Darwin no era progresiva, ni lineal, ni teleológica, ni determinista, ni teológica. Además, la falta de un claro consenso entre los científicos de fines de siglo XIX sobre la validez de la teoría de la selección natural de Darwin permitió a los divulgadores explorar e imponer un significado más amplio de una evolución no darwiniana. La evolución fue asociada con el desarrollo de un plan o patrón dirigido hacia un objetivo. En suma, las ideas de Darwin fueron contaminadas por el entusiasmo imperante de una tendencia evolutiva progresiva y decidida en la naturaleza.

Herbert Spencer (1910), por ejemplo, popularizó la evolución como un proceso cósmico y progresivo que abarcaba todos los aspectos del mundo: natural y humano, e hizo del primer aspecto modelo y fundamento para comprender el segundo²⁹. John Fiske (1942) popularizó en Estados Unidos una versión del evolucionismo explícitamente espiritualista, religioso y atravesado por innumerables elementos teleológicos. Afirmó que la teoría darwiniana muestra claramente, por primera vez, cómo la obra de la naturaleza ha estado todo el tiempo dirigida hacia el objetivo de la creación y el perfeccionamiento del hombre. La aparición de la humanidad, afirmó Fiske, dio inicio a una nueva era en la historia del universo, ya que la evolución de la mente, en lugar del cuerpo, se volvió primordial. La selección natural se limitó a variaciones psíquicas y los resultados fueron el desarrollo de la moralidad humana, la génesis de la familia y el surgimiento de altruismo. En su libro *La evolución social*, Benjamin Kidd (1897) nos dice que la ciencia no tiene una percepción clara de la naturaleza de la evolución social, por ello nos quedamos sin ningún conocimiento real de los principios que subyacen a ella. Aun así coincidió con Spencer respecto a que el 'progreso' humano es un fenómeno natural bajo el control de leyes naturales. También afirmó que el 'progreso' es el resultado del proceso de selección natural, lo que inevitablemente implicaba competencia. El proceso evolutivo incluye el exterminio de quienes perdieron la lucha por la existencia. Los intereses del organismo social y los de la mayoría de las personas que lo componen resultan antagónicos. La deriva de este evolucionismo social, cada vez más contundente (Nissim-Sabat, 1991), incrementó su carácter reaccionario al entrecruzarse con ideas de Malthus (1817) sobre la progresión geométrica o exponencial de la población y el aumento en progresión aritmética de los alimentos, publicadas en su *Ensayo sobre el principio de la población*, donde resuenan pasajes como el siguiente:

²⁹ En su autobiografía restaurada, Darwin escribe con respecto a Spencer: "tenía el sentimiento de no haber sacado provecho de los escritos de Spencer en mis propias obras. Su manera deductiva de tratar todos los temas es completamente opuesta a mi modo de ver las cosas. Jamás me convencieron sus conclusiones (...) Sus generalizaciones fundamentales (...) son de tal naturaleza que me parecen de ninguna utilidad científica. Tienen más el carácter de definiciones que de leyes. No me ayudan a predecir lo que va a pasar en ningún caso particular. En todo caso, no me han sido de ninguna utilidad (Darwin, en Ossandón Valdés, 2013, p. 1).

El hombre que ha nacido en un mundo ya ocupado, si no puede lograr que los padres o parientes a quienes corresponda, lo mantengan, y si la sociedad no quiere su trabajo, no tiene derecho alguno ni a la menor ración de alimentos. En resumidas cuentas, ese hombre no tiene por qué estar donde está. En el espléndido banquete de la naturaleza no le han puesto cubierto. La naturaleza le ordena que se vaya y no tardará en ejecutar su propia orden si este hombre no logra la compasión de algunos de los invitados. Si éstos se levantan y le dejan sitio, acudirán en seguida otros intrusos pidiendo el mismo favor (...) se perturbará así el orden y la armonía de la fiesta, y la abundancia que antes reinaba se convertirá en escasez (Malthus, en Quezada, 2018, p. 5).

2.d. Impacto en la Psicología

Como resulta esperable, las implicancias de las derivas indeseadas del evolucionismo impactaron fuertemente en la configuración de la psicología en tanto disciplina. A finales del siglo XIX, versiones de la teoría de Darwin influyeron en la Psicología Evolutiva (evolucionista) emergente (Ghiselin, 1973). La dicotomía cartesiana entre cuerpo ('res extensa') y mente ('res cogitans') persistía con fuerza y las derivas evolucionistas tendientes a explicar las transformaciones y las diferencias dentro de 'lo Humano' cabalgaron sobre una psicología emergente vinculada como el estudio de las diferencias individuales (Burman, 1998). La formulación de las leyes naturales de la teoría evolutiva se impuso, en muchos casos y de forma restrictiva, como forma de cerrar la brecha del dualismo y, así, proporcionar la biología como fundamento de la psicología. Sin embargo, y en rigor, la complejidad se dejó a un lado y las facultades mentales fueron explicadas como producto determinado, o epifenómeno, de la naturaleza. La psicología como ciencia natural, y su columna vertebral: la teoría de la evolución aplicada a la especificidad de lo Humano, sirvió como un poderoso instrumento para señalar que la mente es, finalmente, función del cuerpo. Por lo tanto, la biología y la fisiología del cuerpo fueron postuladas como aquella plataforma en la que era posible encontrar una base estable para el estudio rítmico, lineal, determinado y cerrado de las leyes que pautaban las transformaciones psicológicas a lo largo del tiempo.

Bajo el espectro de un entrecruzamiento entre versiones apócrifas del evolucionismo darwinista, el recapitulacionismo de Haeckel y la hipótesis de Lamarck, la Psicología Evolutiva (evolucionista) emergente comenzó a consolidar progresivamente una versión del desarrollo humano, psicológico, que involucraba una secuencia fija de patrones de crecimiento en cada uno de los cuales resonaba un período de la historia evolutiva. Por ejemplo, actividades de los niños se catalogaron como normas predeterminadas por naturaleza. Se afirmó, bajo la idea de catarsis, que el ejercicio de rasgos indeseables durante la infancia (demasiado naturales para ser considerados humanos) prevendría su aparición en los años adultos. Como fuere, modelo triunfante para el estudio de los cambios psicológicos postulaba una secuencia invariable de etapas en el desarrollo. La articulación de este marco conceptual puso a esta Psicología Evolutiva (evolucionista) al servicio del darwinismo social y cultural que dominó el pensamiento occidental en los últimos años del siglo XIX y, aunque no

postulada explícitamente en el ámbito académico, se prolonga de forma subterránea, a través de supuestos subyacentes e implícitos, hasta la actualidad.

Recordemos que, con la idea de la selección natural de la época, Charles Darwin proporcionó una explicación biológica sobre el mecanismo de la evolución y afirmó que las especies evolucionaron en una lucha en la que solo los más aptos sobreviven. Como ya hemos señalado, cuando otros pensadores de la época, como Herbert Spencer, extendieron estas ideas para incluir aspectos sociales y culturales de la vida, la teoría evolutiva otorgó legitimidad científica a una clasificación jerárquica y codificada de diversas culturas. El evolucionismo sociocultural se anudó con la doctrina de Lamarck sobre las características adquiridas y con la teoría de la recapitulación de Ernst Haeckel, el desarrollo del individuo humano recapitula los principios de la raza humana (Muss, 1980; Jeynes, 2011). Tomando esta idea —cada individuo recapitula el registro histórico del desarrollo de su especie (filogenia) en su crecimiento individual (ontogenia)— como una explicación del crecimiento individual (Anandalakshmy y Grinder, 1970), la producción de conocimiento científico aseguró que los niños europeos revivían, en los primerísimos tiempos de su desarrollo individual, las primeras etapas del salvajismo, y que, al mismo tiempo, los salvajes constituían fiel testimonio de la infancia de la raza humana. Por su parte, la hipótesis de Lamarck afirmaba que la respuesta de un organismo a su entorno era capaz de transmitirse como parte de la herencia genética de la próxima generación. El entrecruzamiento entre las ideas de Lamarck y Haeckel, en aquel contexto de consolidación de teorías socio-evolutivas, implicaba la certeza de que tanto los patrimonios culturales como las características físicas se heredaban y, por lo tanto, se recapitulaban en cada individuo contemporáneo (Jeynes, 2011). Las diferencias culturales, en esta matriz de pensamiento, fueron interpretadas como resultado de diferentes herencias raciales. La civilización llegó a entenderse como la producción de una raza particular determinada biológicamente y, además, en virtud de su superioridad hereditaria, podía adjudicársele el mayor grado de humanidad posible (Hamilton, 2008). La clasificación de los pueblos según su apego a las supersticiones y creencias religiosas, iniciada en el siglo XVIII, se vio potenciada por la clasificación según la raza. Cuanto más oscura la piel, más primitivos y supersticiosos religiosamente resultaban los pueblos.

Ya desde el siglo XVIII comenzó a circular la idea distintiva de una mente primitiva. Posteriormente el evolucionismo social delimitó el carácter de las diferentes etapas a través de las cuales los pueblos transitaban bajo la forma de una progresión histórica. Aquellas miradas que ordenaron los pueblos según el desarrollo progresivo de la racionalidad, vieron la superstición como la cualidad distintiva de la etapa más primitiva del desarrollo humano. Se sugería que la mente europea había surgido de un momento irracional y supersticioso, homologado a la infancia, al que los primitivos, los niños, las mujeres y los locos seguían vinculados. Para la Europa del siglo XVIII la idea de civilización se identificaba con su propia producción sociocultural, proyectada al resto del mundo como logro hacia el cual cualquier organización debiera aspirar. Pero en el siglo XIX los atributos físicos llegaron a ser vistos como la base de las diferencias entre los logros culturales. El color de la piel y las características físicas como el tamaño, la forma y proporciones del cráneo se utilizaron para crear un ordenamiento jerárquico de grupos humanos y especies animales en una escala única que encaja perfectamente con las primeras clasificaciones protoevolutivas de los pueblos.

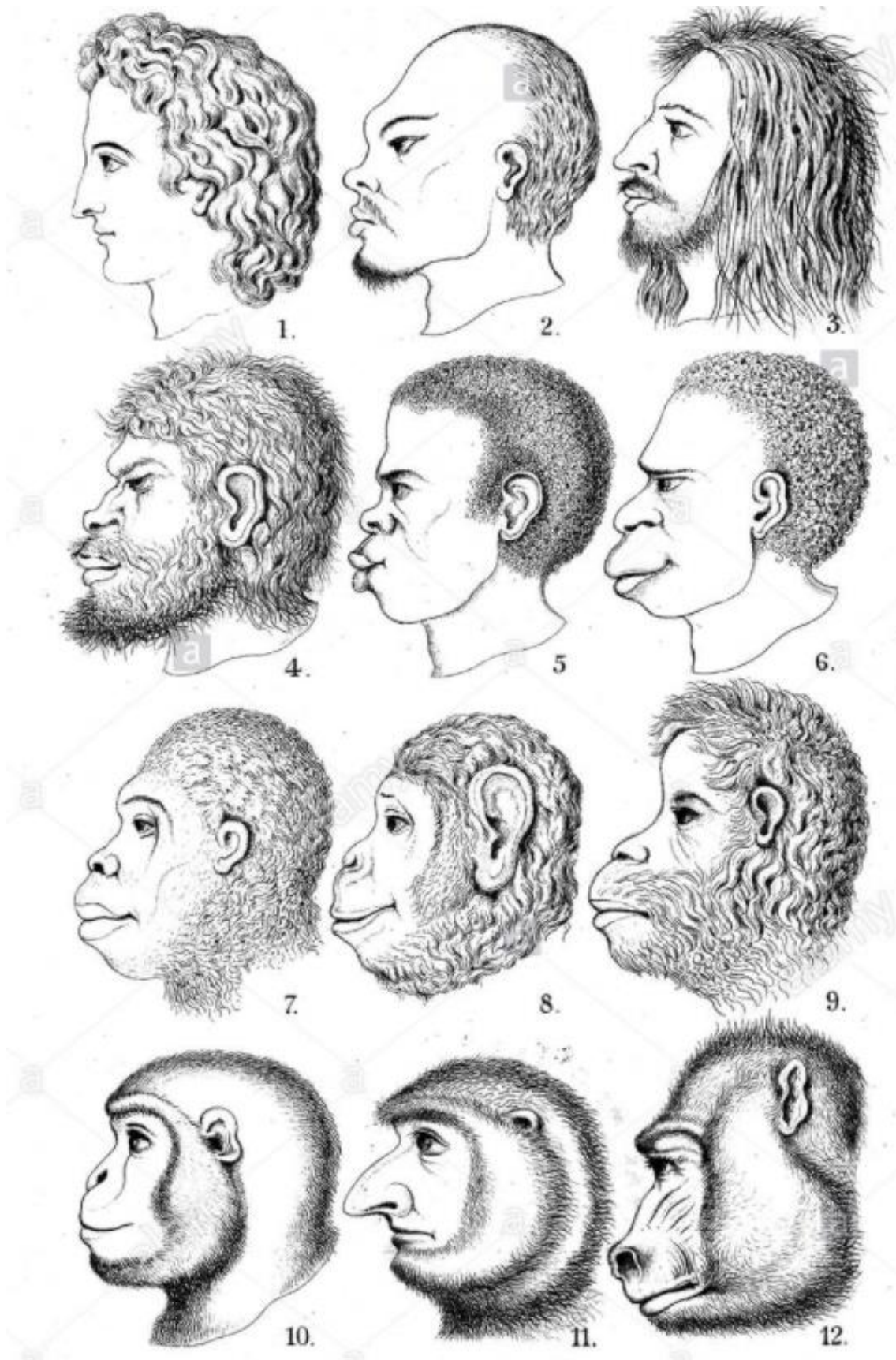


Figura 1. Ilustración de la teoría evolucionista de Ernst Haeckel (1868) que muestra una cadena evolutiva de razas que va desde el gibón, pasando por el orangután, el chimpancé, el gorila, el australiano, el africano, el chino, hasta llegar al indoalemán.

La guerra, el imperialismo y el racismo se justificaron y defendieron de acuerdo con la máxima (distorsionada) de supervivencia del más apto. Tal como Erica Burman (1998) señala críticamente, el fuerte carácter teleológico de este modelo teórico-político —sostenido en las antípodas de la propuesta de Darwin— asumió el supuesto de que los fines son inmanentes en la naturaleza y que los fenómenos naturales están determinados por causas mecánicas. La historia de la Psicología Evolutiva (evolucionista) recibió, de forma prominente, impregnaciones de esta idea de diseño. Desde aquí fue tomando forma la clásica idea de desarrollo, la cual implica teleología, es decir, una referencia tanto retrospectiva como prospectiva en la secuencia de cambio. Bajo estas claves, para que un cambio sea considerado en términos de desarrollo no solo debía tener direccionalidad conducente a un fin preestablecido y contenido previamente en el diseño. Obviamente, los logros valorados y, por tanto, las características y rasgos de quienes alcanzaban la totalidad y completitud ubicada al final del trayecto del desarrollo coincidían con las características y rasgos del hombre occidental, europeo, blanco. No podía ser de otra forma, Europa fue el contexto geopolítico donde este punto de vista se consolidó. No debe sorprendernos que este continente fuera el ejemplo por excelencia del pináculo del progreso evolutivo. Ya a inicios del siglo XX Granville Stanley Hall (1916) describió a africanos, indios y chinos como miembros de ‘razas adolescentes’, lo cual implicaba que las personas de estos grupos étnicos representaban ejemplos de crecimiento detenido o incompleto. Nuevamente, estas afirmaciones partían de un supuesto: la posibilidad de construir una escala de evolución cultural que corre en paralelo con el patrón del desarrollo de los niños. En esta dirección, James George Frazer (1890) afirmó que un estudio cuidadoso del crecimiento de la inteligencia y del sentido moral en los niños prometía arrojar mucha luz sobre la evolución intelectual y moral de la raza.

Después de todo lo dicho no sorprende que el evolucionismo social de finales del siglo XIX proliferara en estrecha vinculación con supuestos colonialistas europeos. La idea de ‘lo primitivo’, y su red de significados asociados, desempeñaron un papel fundamental en el discurso colonialista y su enfoque evolutivo de las diferencias raciales y culturales (Tiénoú, 1991). Claro está que esta producción de saberes encausados en el evolucionismo social se encastra en un complejo rompecabezas de estrategias histórico-geo-políticas previas. Existe una prolifera literatura que presenta críticamente la estrategia colonialista de designar como ‘primitivos’ a los pueblos conquistados para encubrir, bajo la utilización de categorías científicamente circulantes (Heinz, 1998), el dominio de seres humanos considerados como lo Otro de Europa. Entre los tantos propósitos de la expansión imperialista se cuenta la ventaja económica de extraer recursos humanos, riquezas, tierras para el enriquecimiento europeo. Un amplio espectro de pueblos, incluidas las heterogéneas poblaciones indígenas de América, África y Australia, fueron capturadas material y simbólicamente por un imaginario europeo teñido por los imperativos de la conquista y el imperio. El carácter ‘primitivo’ de estos pueblos comenzó a circular no sólo como descripción de una realidad empírica, sino como una categoría proto-científica (Kurasa-wa, 2002). Indudablemente, la cosmovisión de los primeros europeos que partieron hacia el ‘descubrimiento’ y la conquista de ‘nuevos mundos’ a finales del siglo XV, fue violentamente

arrojada sobre los pueblos con los que entraron en contacto (Spivak, 2010). En la cosmovisión occidental estos pueblos pertenecían al pasado y fueron leídos como reliquias vivas de los comienzos de la humanidad, como evidencia empírica que fundamentó la elaboración de teorías científicas sobre la evolución, no sólo de la especie, sino de la psique humana, incluso de las instituciones socio-culturales (Kurasawa, 2002). Por supuesto, Freud no fue la excepción del impacto de estas versiones del evolucionismo.

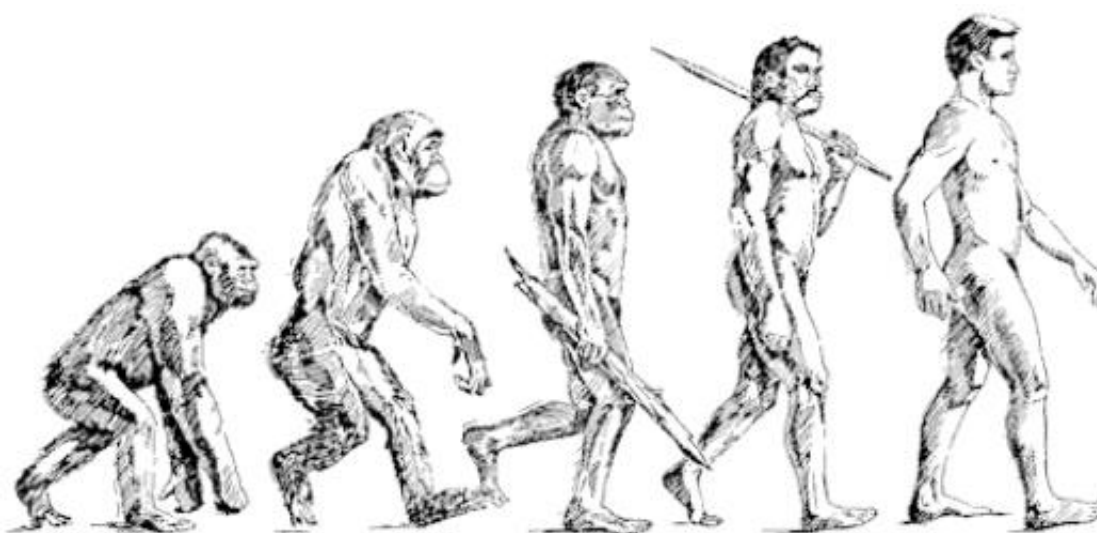


Figura 2. Esquema lineal y transformacional con que frecuentemente suele divulgarse de forma errónea la evolución humana (filogenética).



Figura 3. Esquema lineal y transformacional con que frecuentemente suele ilustrarse y divulgarse de forma errónea los cambios psicológicos (ontogenéticos).

2.e. Impacto en el Psicoanálisis

Tal como afirma Celia Brickman (2017), el psicoanálisis de Sigmund Freud configura una superficie textual en la que es posible detectar el impacto y las implicaciones del modo en que

la matriz colonial de pensamiento occidental y el evolucionismo sociocultural permearon en el imaginario científico, colonial y popular de la Europa de finales del siglo XIX (Wallace, 1983). De hecho se ha señalado que Freud adhiere a la matriz evolutiva de su época y adopta la retórica colonialista al referir a niveles primitivos de la psique (Gordon, 2001). En el contexto del psicoanálisis, el término 'primitivo' es utilizado tanto para referir a los primeros momentos de la vida psíquica, como a los pueblos designados como culturalmente Otros. La herencia colonialista que configura el pensamiento psicoanalítico anuda ambos sentidos. Donald Nonini (1992) detalla el modo en que Freud refiere a los 'salvajes' en tanto pensador que formó parte del imperio, del conocimiento allí construido, sobre los Otros —no europeos, no civilizados. Freud utilizó términos como 'salvajes' y 'hombres primitivos' para referir a habitantes contemporáneos. Estos habitantes ubicados fuera del continente europeo representaban una condición pre-conceptual, pre-social, pre-civilizada, anterior, inferior y subordinada al progreso propio de las civilizaciones occidentales. Al igual que los neuróticos, los niños y las mujeres, los salvajes devinieron objeto para la comprensión psicoanalítica, cuyas acciones y nociones debían ser analizadas, clasificadas, iluminadas por la prosa freudiana (Gordon, 2001).

Vemos el mayor impacto del evolucionismo en el pensamiento de Freud en *Tótem y Tabú* (1913). Allí establece los orígenes sociales e históricos del complejo de Edipo y de su heredero en el interior del sujeto occidental moderno: el superyó. Es evidente la forma en que el marco mítico e histórico del pensamiento de Freud —que él mismo denomina como 'mito científico'— fue estructurado de acuerdo con la antropología británica evolucionista de finales del siglo XIX. Siguió el método comparativo de la antropología propio de la época, caracterizado por ordenar la gran variedad de creencias y prácticas primitivas a partir de una escala evolutiva sin tener en cuenta la especificidad del contexto histórico, geográfico o cultural (Paul, 2010). Este método no podía conocer otro propósito que colocar el mundo de la educación europea en un extremo de la escala social y, su contrapartida, las tribus salvajes en el extremo de las expresiones primitivas.

El argumento de Freud dependía de los supuestos de Heackel y Lamarck sobre los que se apoyaba el método comparativo (Slavet, 2008). Cada generación contaba con la herencia filogenética de la raza humana —que incluye tanto la historia biológica como la historia social y cultural— recapitulada en la ontogenia. Sin embargo, solo los sujetos europeos eran capaces de desarrollarse más allá de la etapa adolescente de la raza humana, las razas primitivas e inferiores permanecían estancadas. Así, la infancia del individuo humano moderno recapitula la infancia de la raza humana — las razas 'primitivas' aún existentes daban testimonio de ella. Al mismo tiempo, y en línea con el pensamiento psiquiátrico de finales del siglo XIX, Freud representó la patología como una regresión a etapas tempranas del desarrollo (Heinz, 1998), así los síntomas neuróticos fueron entendidos como una regresión hacia una etapa temprana de desarrollo libidinal infantil. Pero como la infancia era entendida como la recapitulación ontogenética del pasado filogenético, la regresión a la infancia invocaba, inevitablemente, la regresión a las etapas primitivas del desarrollo cultural (Muss, 1980).

Digámoslo de nuevo: la neurosis freudiana implicaba, de acuerdo a la tradición intelectual del momento, una regresión no solo a niveles infantiles de desarrollo sino también a los comienzos sociales y culturales de la humanidad. Como lo expresó Freud:

viven seres humanos que, según creemos, están todavía muy próximos, mucho más que nosotros, a los primitivos, y en quienes vemos entonces los retoños directos y los representantes de los hombres tempranos. Tal es el juicio que formulamos acerca de los pueblos llamados salvajes y semisalvajes, cuya vida anímica cobra particular interés si nos es lícito discernirla como un estadio previo bien conservado de nuestro propio desarrollo.

Si esa premisa es correcta, una comparación entre la 'psicología de los pueblos naturales', tal como nos la enseña la etnología, con la psicología del neurótico, que se nos ha vuelto familiar por obra del psicoanálisis, no podrá menos que revelarnos numerosas concordancias y permitirnos ver bajo nueva luz lo ya consabido en aquella y en esta (Freud, 1913, p. 11).

El argumento de Freud en *Tótem y Tabú* se sostiene en la premisa extraída de Heackel según la cual los salvajes representan una etapa temprana de nuestro propio desarrollo combinada con la noción de neurosis como regresión a esta etapa temprana. Freud toma el término 'animismo' de Tylor, esto es: la creencia de que todos los seres tienen un alma independiente de su existencia material, y desde allí indicó la forma más antigua de expresión religiosa (Schmaier y Dundes, 1961). El animismo, según este prisma, surgió debido a que el hombre primitivo combina en su razonamiento premisas falsas que lo llevan a confundir ideas con realidades y, por tanto, asigna conjuros arraigados en su imaginación a la realidad objetiva. En las formulaciones freudianas esta concepción se traduce en la 'omnipotencia de pensamiento', modo mágico y narcisista característico de los salvajes, y, por tanto, de los niños y neuróticos. En sus palabras:

la omnipotencia de los pensamientos, la sobrestimación de los procesos anímicos en detrimento de la realidad objetiva, demuestra su eficacia sin limitación alguna en la vida afectiva del neurótico y en todas las consecuencias que de esta parten. Pero si se lo somete al tratamiento analítico, que le hace consciente lo en él inconsciente, no podrá creer que los pensamientos son libres y temerá siempre manifestar malos deseos, como si exteriorizándolos no pudieran menos que cumplirse. Ahora bien, en esta conducta, así como en la superstición que practica en su vida, nos muestra cuán cerca se encuentra del salvaje que cree alterar el mundo exterior mediante sus meros pensamientos (Freud, 1913, p. 90).

Desde esta perspectiva, Freud teorizó el desarrollo de la psique —contemporánea e individual— mediante esta escala del desarrollo evolutivo de las culturas de Tylor (Brickman, 2003). Así, este modelo unilineal de lo evolutivo le permitió al psicoanalista reconstruir

anudamientos entre las etapas más tempranas de la vida humana y de la cultura. Sólo por señalar un ejemplo, Freud afirma que

atribuimos al niño una fuerte inclinación a la angustia realista, y nos parecería totalmente acorde a fines que ese estado de angustia fuese congénito en él. El niño no haría sino repetir así la conducta del hombre primordial y de los primitivos de nuestros días, quienes, a causa de su ignorancia y de su indefensión, sienten angustia frente a todo lo nuevo, aun frente a cosas familiares que hoy no nos la provocarían. Y si las fobias del niño siguiesen siendo, al menos en parte, las mismas que nos es lícito atribuir a aquellas épocas primordiales del desarrollo humano, ello respondería por completo a nuestra expectativa (Freud, 1917a, p. 369-370).

En el patrón más o menos uniforme de desarrollo unilineal individual que afirma Freud desde el nacimiento hasta la muerte, los síntomas neuróticos se consideran vestigios de la infancia, al igual que los salvajes se vieron como vestigios del pasado primitivo de la humanidad (Schmaier y Dundes, 1961). Cada una de las etapas de Tylor —que van desde el salvajismo cultural, pasando por la barbarie religiosa, hasta llegar a la civilización científica y racional— configuraron el marco a partir del cual Freud reelaboró sus etapas del desarrollo psicosexual del sujeto moderno. El animismo se correlaciona con el narcisismo y la omnipotencia de pensamiento; la barbarie, en la que se propugnaban múltiples dioses, resuena en el niño edípico vinculado eróticamente y de forma idealizada con padres poderosos; la renuncia a la creencia religiosa y el logro de la razón científica se correlaciona con la madurez psicológica y la renuncia a los deseos edípicos (Rieff, 1984).

En su modelo de desarrollo humano, *Tótem y Tabú* adopta el supuesto de que la madurez implica una distancia respecto de los mundos culturales y psicológicos de las razas más oscuras. El trayecto hacia el mundo de la racionalidad, sin marcas raciales, y la ciencia moderna presume que la diferencia cultural es resultado del desarrollo evolutivo correlativo a la progresiva claridad de la piel. El vértice de la madurez es un racionalismo cuyo color no declarado es blanco, al igual que su género no declarado es masculino. Aunque *Tótem y Tabú* es el sitio donde irrumpe de forma flagrante la correlación entre una narrativa evolutiva de la historia filogenética de la cultura y el desarrollo ontogenético contemporáneo de la conciencia, Freud utilizó esta tesis y sus implicaciones desde sus primeros trabajos hasta sus escritos finales como *Moisés y la religión mono-teísta*, una y otra vez como evidencia y argumento en sus escritos metapsicológicos.

Además de *Tótem y Tabú*, también *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) presenta ideas con impregnaciones evolutivas de la psicología primitiva. Allí encontramos apelaciones a la teoría evolucionista y sus concepciones filogenéticas de la humanidad y la herencia arcaica del hombre. A medida que se desarrolla el proceso secundario propio de la conciencia, nuestro costado arcaico, innato, nuestra herencia, sigue acechando en el inconsciente (Rieff, 1984). Según nos dice Freud,

El contenido del *Icc* [Inconsciente] puede ser comparado con una población psíquica primitiva. Si hay en el hombre unas formaciones psíquicas heredadas, algo análogo al instinto [*Instinkt*] de los animales, eso es lo que constituye el núcleo del *Icc*. A ello se suma más tarde lo que se desechó por inutilizable en el curso del desarrollo infantil y que no forzosamente ha de ser, por su naturaleza, diverso de lo heredado. Una división tajante y definitiva del contenido de los dos sistemas no se establece, por regla general, hasta la pubertad (Freud, 1915, p. 191-192).

En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud contribuye a la elaboración de su teoría de la psicología primitiva a partir de la cual se articula la relación entre ‘lo primitivo’ y la raza contenida en el pensamiento psicoanalítico (Morales, 1971). En este escrito Freud se apoya fuertemente en el trabajo de Gustave Le Bon, para quien existe una equivalencia básica entre los fenómenos de masa, lo inconsciente y la mente primitiva. Según Le Bon, y también para Freud, cuando el individuo se encuentra inmerso en la masa pierde capacidad de razonar — una ocasión privilegiada para que se desaten impulsos inconscientes. Cuando esto ocurre, el miembro de la multitud,

por el mero hecho de pertenecer a una masa organizada, el ser humano desciende varios escalones en la escala de la civilización. Aislado, era quizás un individuo culto; en la masa es un bárbaro, vale decir, una criatura que actúa por instinto. Posee la espontaneidad, la violencia, el salvajismo y también el entusiasmo y el heroísmo de los seres primitivos (Freud, 1921, p. 73).

Lo inconsciente es un sitio donde se preserva el carácter ‘primitivo’. De este modo, Freud admite relación de identidad entre los miembros de los grupos masivos, la mente de nuestros ancestros humanos primitivos y la mente de los ‘bárbaros’ (esta expresión sugiere directamente seres racialmente inferiores). Los miembros de los grupos son psicológicamente idénticos a los miembros de las llamadas comunidades primitivas. El despliegue psicológico de cada uno se limita al modo de funcionamiento de lo inconsciente — denominado por Freud como ‘proceso primario’. Tanto los miembros de los grupos como los primitivos carecen del beneficio del funcionamiento de lo consciente, o ‘proceso secundario’. Los miembros de grupos, como los miembros de comunidades primitivas, someten su inteligencia y su libido a la autoridad patriarcal. Solo el líder del grupo tiene acceso a la sexualidad sin restricciones, a la agresión y al impulso de dominación que, más popularmente, se ha identificado con la idea de ‘lo primitivo’ (Dalal, 2016).

Es claro, la metapsicología freudiana ofrece una retórica donde se deslizan las transformaciones desde la psique primitiva hacia la psique civilizada masculina madura, bajo una casi imperceptible codificación racial. Este subtexto político y racial se recorta de forma nítida cuando el prisma poscolonial delimita su noción de ‘lo primitivo’ (Gordon, 2001). Para sintetizar, la idea es que la vida primitiva ama la autoridad. La religión se explica como aquel sistema cultural, primitivo, que legitima tal fascinación. Sobre la claridad de la piel y el espíritu civilizado ca-

balga la capacidad de disolver los lazos de autoridad y de confrontar el mundo de manera racional y objetiva. En sus obras posteriores, tales como *El malestar en la cultura* (1930), Freud consideró que las religiones son pieza crucial no sólo para las sociedades primitivas, sino también para las civilizadas, pues brindan consuelo a las cargas que impone la civilización. Entonces, la religión encausa la regresión que la propia civilización produce como compensación de las renuncias que requiere. Parece curiosa esta consideración freudiana que contempla la forma en que la interioridad de la psique civilizada se apoya sobre el restablecimiento de dinámicas primitivas constitutivas. Por tanto, la racionalidad del sujeto que se inaugura mediante los requerimientos edípicos de la civilización conlleva, como su contracara, una dinámica preedípica continua (Emmett, 2017).

Es posible identificar el pasaje de un pasado evolutivo a un pasado regresivo dentro de la propia civilización, aunque las convicciones recapitulacionistas de Freud mantienen ambas posturas firmemente conectadas.

Una masa simple, 'no organizada', no es más amable que el de Le Bon. Una masa tal es: extremadamente excitable, impulsiva, apasionada, veleidosa, inconsecuente, irresoluta y al mismo tiempo inclinada a acciones extremas, accesible sólo a las pasiones más groseras y los sentimientos más simples, extraordinariamente sugestionable, aturdida en sus reflexiones, violenta en sus juicios, receptiva sólo para los razonamientos y argumentos más elementales e incompletos, fácil de conducir y de amedrentar, sin conciencia de sí, respeto por sí ni sentimiento de responsabilidad, pero pronta a dejarse arrastrar por la conciencia de su fuerza a toda clase de desaguisados, que sólo esperaríamos de un poder absoluto e irresponsable. Por tanto, se porta más bien como un niño malcriado o como un salvaje apasionado y desenfrenado en una situación que le fuera extraña; en los casos peores, la conducta de la masa se asemeja más a la de una manada de animales salvajes que a la de los seres humanos (Freud, 1921, p. 81-82).

En esta dirección, el animismo y la religión son primitivos, no solo en el sentido cultural, racial y evolutivo, también son modalidades evolutivas secuenciadas a través de las cuales todos los niños occidentales contemporáneos transcurren haeckelianamente hacia la madurez. Las formas contemporáneas de la religión son consideradas "sustantivas reminiscencias históricas" (Freud, 1927, p. 42), regresiones individuales y culturales hacia procesos mentales de una período evolutivo previo que deberíamos superar. Las religiones, o bien configuran ideologías que suscriben a formas primitivas de dominación hoy inadmisibles, o bien exponen el restablecimiento neurótico de expresiones primitivas que perturban la interioridad de la psique civilizada (Rieff, 1984). Con todo, las religiones (re)presentan el pasado primitivo, tanto de la evolución de la especie como del desarrollo psicológico.

3. Momento reestructivo: una Psicología Evolutiva por venir

3.a. El origen de las especies

Pese a que *Sobre el origen de las especies* fue publicado por Charles Darwin en 1859, aún hoy sorprende por la contundencia y radicalidad de su aporte. Esta obra insiste en los procesos del mundo 'natural' que producen variedad. Es preciso recordar que, al momento de dar cuenta de la selección natural, Darwin se mostró maravillado ante la variación infinitamente compleja y variada. Incluso nos insta a advertir

cuán infinitamente complejas y rigurosamente adaptadas son las relaciones de todos los seres orgánicos entre sí y con condiciones físicas de vida, y, en consecuencia, qué infinitamente variadas diversidades de estructura serían útiles a cada ser en condiciones cambiantes de vida (p. 67).

Elizabeth Grosz (1999) enfatiza que el propósito de Darwin demostró que las especies y las formas de vida contemporáneas descienden de formas anteriores sujetas a transformaciones. También enfrentó el desafío de explicar los procesos y mecanismos de la evolución a partir de los cuales emergen las nuevas especies —viables por mutabilidad y transformación de especies ya existentes. Para Grosz Darwin explica cómo lo nuevo emerge a partir del juego de la repetición y la diferencia dentro de lo previo, esto es: la forma en que se genera el tiempo y la historia a partir del ímpetu y la movilidad de las especies existentes. Como sostiene Stephen Jay Gould (2004), la dinámica básica de la selección natural es un argumento increíblemente simple y se basa en tres hechos: 'sobreprroducción de descendencia', 'variación' y 'heredabilidad'. Es decir, Darwin argumenta que las especies suelen producir más descendencia de la necesaria para la supervivencia, que las variaciones naturales ocurren con regularidad en los organismos y que las características de los organismos se heredan. Entonces, la evolución de las especies se apoya en la vinculación de tres principios básicos: a) las fuerzas de variación individual, b) la proliferación de especies e individuos, y c) el juego de la selección natural. Estos procesos explican el dinamismo, el crecimiento y la potencial transformación de los sistemas vivos, una apertura hacia un futuro impredecible, no contenido en el presente y su historia.

Gould describe, además, tres principios subyacentes a la selección natural. 'Agencia': refiere al principio por el cual los organismos individuales son el lugar de la selección, de modo que cualquier aparición del buen diseño de los organismos o la armonización de los ecosistemas es una consecuencia no intencionada. 'Eficacia': refiere al principio según el cual la variación, a lo largo de un gran número de generaciones, preserva lentamente al apto y elimina al no apto. Finalmente, 'alcance': refiere al principio por el cual toda la diversidad de especies del planeta se explica por procesos microevolutivos en una inmensa escala temporal. Con el fin de capturar el proceso de evolución, Darwin y muchos teóricos evolutivos posteriores describieron la evolución como un árbol ramificado. La raíz o parte inferior del árbol representa el comienzo de la

vida, a partir de la cual (después de millones de años) las ramas del árbol representan la diversificación de la vida en diferentes clasificaciones.

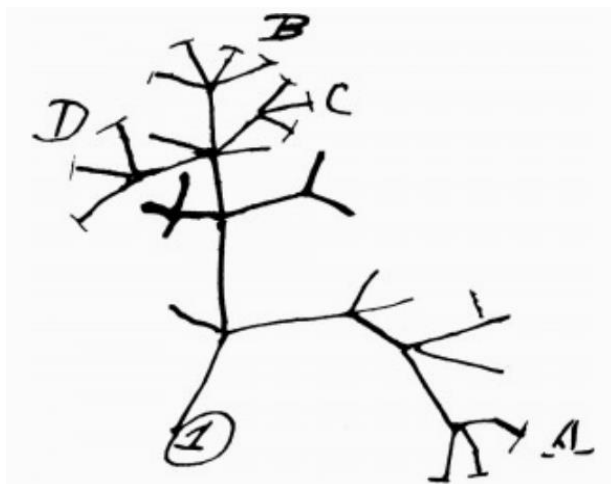


Figura 4. Esbozo del árbol de la vida realizado por Darwin en su libro de notas en 1837. Fuente: Cambridge University Library. "En este diagrama cada rama la identificó con una letra que representaba una especie y planteó que todas se relacionan, al evolucionar de un ancestro común" (Mallén, 2012, p. 3).

Es preciso aclarar que la selección natural no puede por sí misma producir variaciones favorables, deben ocurrir de forma fortuita. Además, la evolución también se produce a través de la recombinación y la mutación de deriva genética. En segundo lugar, lo que resulta ser una variación favorable depende del medio ambiente. Esto significa que una variación favorable en un entorno bien podría ser desfavorable en otro entorno (tanto geográfico como temporal). Este principio tiene implicaciones importantes para la supervivencia de las especies, que pueden prosperar en un conjunto de condiciones ambientales pero también tambalearse y finalmente extinguirse en otras. Tal como sostiene Stephen Jay Gould (2018), dada la contingencia de la evolución darwiniana no podemos saber qué especies actuales (incluidos los Humanos) existirían de ser posible volver el proceso evolutivo hacia el origen y comenzar de nuevo (algo así como rebobinar la cinta de la evolución de la vida), como tampoco podemos saber qué especies actuales (incluidos los Humanos) prevalecerán en última instancia.

En otras palabras, afirma Grosz (1999), la selección natural no tiene el poder de previsión y, por lo tanto, no puede crear adaptaciones para evitar la extinción. No somos el pináculo de la evolución, no sólo porque desde el punto de vista evolutivo no hay motivos para sostener la perfección del ser humano sino sencillamente porque la evolución no se dirige hacia la perfección. Además, las variaciones que no son útiles ni perjudiciales no se verían afectadas por la selección natural y se producirían aleatoriamente en cualquier especie a lo largo del tiempo. Es así que deberíamos esperar que las variaciones en los rasgos físicos se correlacionen con variaciones en los niveles de aptitud para la supervivencia, excepto en los casos en que un carácter en particular es favorable en las condiciones ambientales actuales pero evolucionó por otras razones, o donde el carácter evolucionó en conjunto con otro carácter que resultó adaptativo. Finalmente, la selección natural trabaja en una escala de tiempo extremadamente larga y

mediante la acumulación de modificaciones heredadas infinitesimalmente pequeñas, cada una de las cuales es beneficiosa para el organismo.

Así, la naturaleza, durante millones de años, creó la diversidad de organismos vivos. Además, esta diversidad se generó a partir de un conjunto original de formas de vida. Las especies evolucionaron en lugar de permanecer en su forma original desde su irrupción. La evolución darwiniana es ramificada (muy alejada de los modelos lineales mediante los que, erróneamente, suele graficarse). Como hemos mencionado, en la representación de las ramificaciones de un árbol que suele utilizarse para plasmar la diversidad de la vida mediante la evolución, los seres humanos claramente evolucionaron muy recientemente en tiempo geológico. La miríada de vida que floreció antes de la evolución de los seres humanos no existió debido a, ni para, los seres humanos.

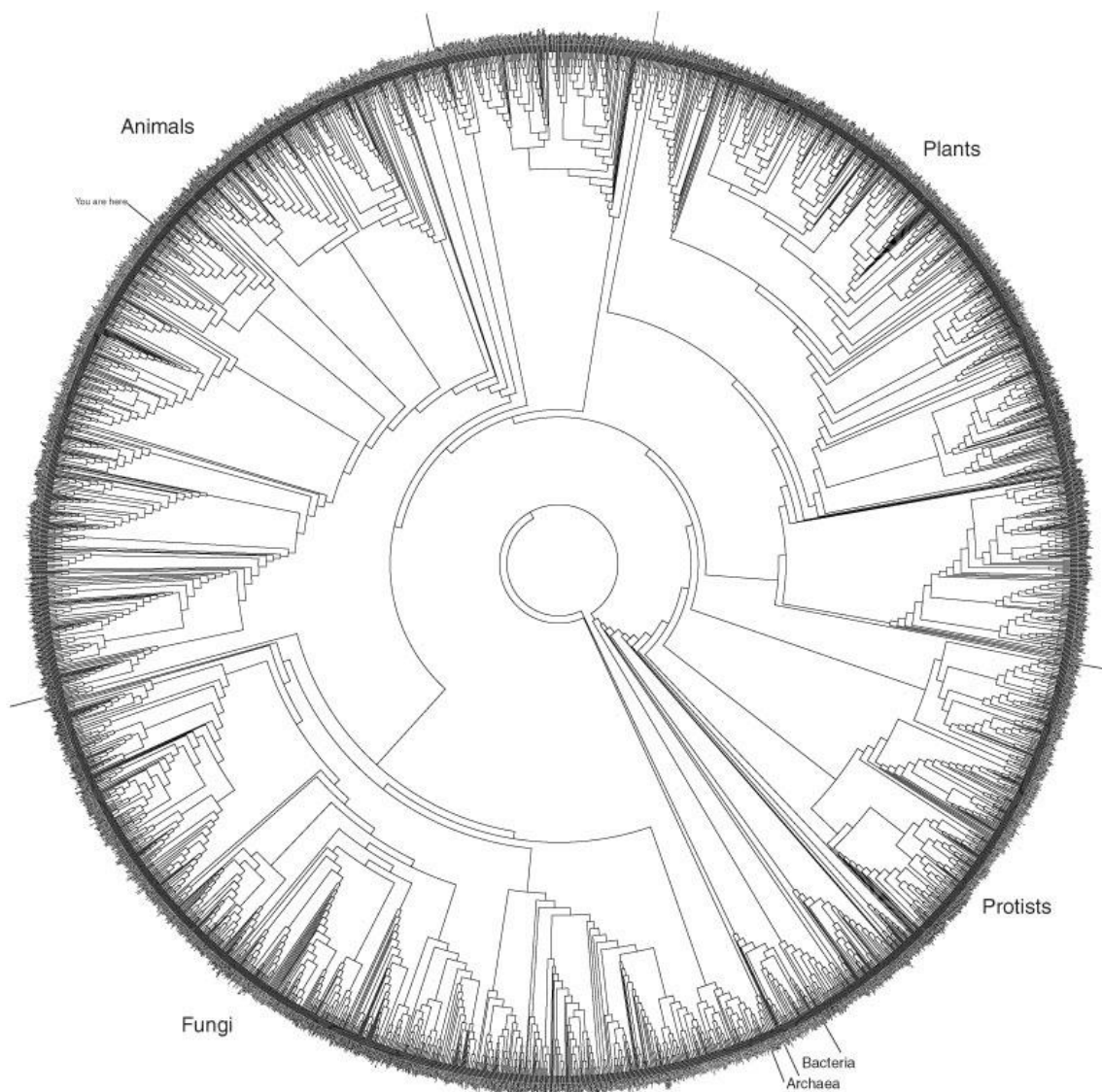


Figura 5. Gráfico del árbol de la vida realizado por David M. Hillis, Derrick Zwickl y Robin Gutell (Universidad de Texas) a partir del análisis de secuencias de ARNr tomadas de muestras de unas 3000 especies de todo el árbol. Si bien han sido descritas y nombradas formalmente 1,7 millones de especies, se estima que actualmente existen 9 millones. Fuente: Pennisi (2003).

Animals

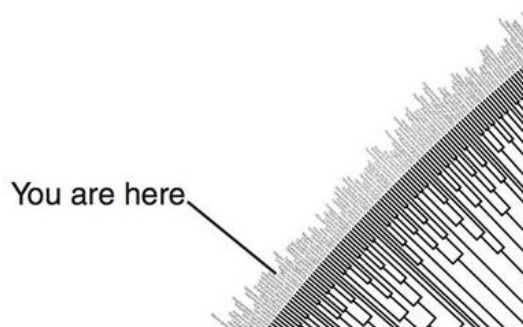


Figura 6. Ampliación del gráfico del árbol de la vida de David M. Hillis, Derrick Zwickl y Robin Gutell (Universidad de Texas) en el sector donde se localiza el ser humano. A diferencia de los esquemas verticales, la disposición circular de esta versión quita cualquier sentido de jerarquía de algunas especies sobre otras.

Algo queda claro, la dinámica por la cual la naturaleza se despliega no contiene de antemano al ser humano como una pieza clave o privilegiada. En contra de cualquier forma de trascendencia capaz de contener un plan o proyecto cuya plasmación encuentra lugar en lo existente, Darwin nos enfrenta con el devenir de las fuerzas immanentes y materiales que incrustan al ser humano en un linaje común con especies vivas no humanas y, más inquietante aún, con el mundo de lo no vivo. El ser humano, recordemos, evoluciona de la misma manera y bajo los mismos procesos que los componentes no vivos del mundo, tales como las rocas y el agua, capaces de lenta transformación a medida que interactúan entre sí. Y como si este descentramiento de lo humano no fuera ya suficiente para hacer de Darwin un pensador sumamente atrevido en el clímax del siglo XIX, su aproximación ontológica le permitió prever que “la psicología se basará (...) en la necesaria adquisición gradual de cada una de las facultades y aptitudes mentales. Se proyectará mucha luz sobre el origen del hombre y sobre su historia” (p. 460).

¿Acaso, al igual que el cuerpo humano/animal y al igual que la materia inorgánica, la mente es un emergente de los procesos de la evolución? ¿Acaso la mente deriva literalmente su capacidad de crear significados de sus propiedades materiales? Asumámoslo, estamos ontológica y epistemológicamente adoctrinados para reaccionar y horrorizarnos ante cualquier intención, aunque sea leve, de responder afirmativamente estas preguntas. A pesar de ello, afirmar una respuesta negativa no zanja la complejidad involucrada. Grosz (2005) nos invita a pensar la inmersión innegable de la conciencia en la vida, el tiempo y la materialidad. El estudio sobre la dinámica de la materialidad y de la naturaleza (geológica, biológica, sociológica, psicológica) forma parte del discurso inmensamente provocativo de Darwin, poblado de descripciones sobre la evolución y la selección natural entendidas como una “infinitud de relaciones complejas” (p. 109). Las referencias de Darwin a la mente reflejan la llegada tardía del ser humano a la escena evolutiva —algo así como una expresión de estos mismos procesos, aunque nimia ante las producciones de la naturaleza que, sin duda, preceden y superan los esfuerzos humanos. La mente misma es incapaz de comprender la complejidad de la dinámica del proceso evolutivo. Darwin señala que “la

mente no puede abarcar toda la significación ni siquiera de la expresión un millón de años; no puede sumar y percibir todo el resultado de muchas pequeñas variaciones acumuladas durante un número casi infinito de generaciones” (p. 454). En un pasaje ampliamente referenciado, señala:

la selección natural está buscando cada día y cada hora por todo el mundo las más ligeras variaciones; rechazando las que son malas; conservando y sumando todas las que son buenas; trabajando silenciosa e insensiblemente, cuandoquiera y dondequiera que se ofrece la oportunidad, por el perfeccionamiento de cada ser orgánico en relación con sus condiciones orgánicas e inorgánicas de vida. Nada vemos de estos cambios lentos y progresivos hasta que la mano del tiempo ha marcado el transcurso de las edades; y entonces, tan imperfecta es nuestra visión de las remotas edades geológicas, que vemos sólo que las formas orgánicas son ahora diferentes de lo que fueron en otro tiempo (p. 71).

Darwin advierte que nuestras percepciones imperfectas, e incluso nuestra mala interpretación deliberada de la evidencia disponible, son un obstáculo para entender cabalmente su proyecto. Como ya hemos referido, es un error entender la selección natural como la expresión de un relato creacionista en el que una figura divina supervisa, escudriña, rechaza o preserva el despliegue del mundo. También es un error antropomorfizar la naturaleza y asignar a la materia rasgos que los humanos valoran y esperan encontrar en tanto sus propias características distintivas como el juicio, la intencionalidad, la voluntad. La naturaleza de la que nos habla Darwin no conoce el futuro, despliega la actividad ciega de su materialidad cuyas características dotan a la naturaleza una plasticidad extrema y una imprevisibilidad que debemos entender en términos de ‘azar’. No existe nada fijo, ni inmutable, ni trascendente en la naturaleza, más bien se trata de cambios históricos que tienden hacia lo diverso.

No es ocioso insistir en este punto: la selección natural refiere a una fuerza que incita al cambio, promueve la diversidad y proporciona la base y el ímpetu para la creación vibrante y continua del mundo. Es cierto, la perspectiva materialista de Darwin no explica los movimientos complejos de la mente individual, pero sí dejan en claro la diferencia de grado y no de clase que nos ubica como un emergente de la selección natural. Incluso en seno de tal proceso descartamos la excepcionalidad humana cuando no encontramos motivos biológicos como para negar la posibilidad de la extinción del ser humano en tanto especie. Todo parece señalar que para Darwin, la mente surge de, y funciona de manera análoga a, los procesos de selección natural, por lo tanto se despliega y lidia constantemente con las especificidades del medio. Claro está que las correspondencias no son de ninguna manera exactas, la evolución de las especies transcurre lentamente, mientras que la mente responde necesariamente de forma inmediata a su entorno.

3.b. Problematizar los dualismos cultura/naturaleza y mente/cuerpo

Darwin no pone límites al poder de la selección natural en su generación de formas y fuerzas nuevas y sofisticadas. Estos procesos resuenan, sin dudas, en la elasticidad de la cultura y la mente. En el marco de la selección natural, la naturaleza y la cultura se interpenetran, anudan y enredan de formas más complejas de lo que nuestros marcos epistémicos nos permiten comprender. Grosz (2001), ofrece elementos para una epistemología del 'entre'. Una Psicología 'Evolutiva' que expanda los procesos del devenir de la naturaleza hacia un estudio de la mente y evite cualquier reduccionismo biológico debe, inevitablemente, cultivar la complejidad que prolifera en aquel espacio intermedio entre cultura y naturaleza —espacio en el que podemos inscribir los fenómenos mentales, no reductibles a ninguno de los ámbitos mencionados. 'Lo intermedio' es un espacio extraño. Grosz piensa en la 'chora' de Platón y su existencia entre lo inteligible y lo sensible, es el receptáculo que da existencia a la materia, sin ser material, y nutre la idea en su forma material, sin ser cabalmente ideal. La potencia de 'lo intermedio' radica en que carece de una identidad fundamental, de forma, de naturaleza. Así burla nuestros ordenamientos normativos convencionales. 'Lo intermedio' es en sí mismo un extraño devenir, una ubicación incómoda y curiosa, una posición que es crucial para comprender no solo los modos en que organizamos nuestros saberes, sino también aquello que los subtiende y los debilita, que los hace posibles e imposibles. El espacio de 'lo intermedio' no tiene fronteras propias, asume y recibe su forma desde el exterior —que no es su exterior, pues esto implicaría que tiene forma, tampoco se reduce al papel de objeto de un saber, se constituye, más bien, como un espacio potencial que permite las transformaciones y refiguraciones donde el devenir y la apertura hacia el futuro impredecible disuelve la fuerza conservadora por mantener la cohesión y la unidad.

Desde este prisma Grosz (2001) asume un punto de vista posthumanista sobre la temporalidad y la subjetividad. El movimiento, el cambio, así como el espacio y el tiempo, son delineados en términos de transformación y reterritorializaciones de relaciones y elementos, y no en términos de identidades, intenciones, interioridades, voluntades o individuos. La apertura al futuro es el desafío al que se enfrenta cualquier conocimiento que se propone explicar las transformaciones a lo largo del tiempo. Si no cuestionamos las distinciones convencionales entre naturaleza y cultura, cuerpo y mente, entre tantísimas otras expresiones del dualismo, entonces ni la apertura al futuro, ni el tiempo y su despliegue a través de la innovación, en lugar de la predicción, encontrarán lugar analítico. Ante saberes concentrados en la predicción y el conocimiento de leyes que determinan, pensar la colisión de la mente y el cuerpo en el espacio que Grosz plantea nos permite pensar que en la virtualidad de 'lo intermedio' nos enfrenta con la indeterminación y con el carácter indecible donde el movimiento y el devenir operan. El espacio virtual 'entre' la mente y el cuerpo es el espacio en el que la mente y el cuerpo se deshacen tal como los conocemos. Este espacio 'intermedio' guarda la potencia para subvertir los binarios y dualismos que dominan el conocimiento occidental, para torcer la

lógica que alimenta la estructura de oposición que borra la diferencia radical no reductible a ningún dualismo representacionalista.

La dualización de la realidad mediante la imposición de una estructura representacional sobre la que cabalga la lógica de la autoidentidad configura la estrategia por excelencia para la propagación de las relaciones de poder a nivel epistemológico. Nadie mejor que Luce Irigaray (1974) ha explicado la forma en que la lógica de los dualismos no implica, en sentido estricto, dos términos, sino tan sólo la apariencia del dos como máscara de 'lo Uno'. El espacio de 'lo intermedio' se cuele por los intersticios de esta lógica representacional de la identidad. Por lo tanto allí anida el devenir, el futuro, el movimiento, la velocidad y la intensidad de la apertura a la novedad y a la multiplicidad. Al respecto, el pensamiento de Gilles Deleuze (2004) afirma el modo en que las redes de movimiento y fuerza de intensidades en un plano de inmanencia son ocasión a la apertura en vez de cualquier análisis genealógico de nuestros saberes. Más importante aún, Deleuze permite pensar que toda mente postulada como trascendente y abstracta se derrumba continuamente frente a fuerzas, procesos, conexiones y movimientos que la superan, la perturban, la transforman y la conectan constitutivamente con otras entidades humanas y no humanas, vivas y no vivas.

Grosz nota la desestimación de la categoría de naturaleza así como la exaltación de la cultura y lo social como objeto privilegiado de análisis. La naturaleza, en los discursos de la crítica cultural, se concibe apresuradamente como un sustrato pasivo, inerte y a-histórica, o como un refugio romántico de la invención cultural. La naturaleza y el cuerpo se construyen como lo Otro de la cultura y la mente³⁰. Los límites de cualquier naturalismo determinista, plano, fijo y lineal se asumen de antemano como evidentes. Ante esta posibilidad, gran número de intelectuales abordan el desafío de repensar el estatus de la naturaleza y el cuerpo, afirmándolas en su carácter abierto para pensar, incluso, el modo en que éstas participan (sin ningún carácter determinista) en la producción misma de la cultura y la mente. Grosz nos insta a entender la naturaleza desde la apertura productiva y prolífera que le atribuye Darwin y su teoría de la evolución, es decir: como fuerza productora, acción de lo aleatorio y lo contingente, como una apertura continua de la realidad respecto a otras realidades virtuales e inesperadas, como relaciones de disonancia, resonancia y consonancia donde la sustancia y la identidad son inestables y precarias.

Este enfoque renovado aleja a la naturaleza y al cuerpo de los sentidos asignados de forma convencional y conveniente: lugar de origen fijo, límite dado o fin predeterminado. La naturaleza, lo natural y el cuerpo deben verse como el fundamento de una materialidad maleable, cuya plasticidad y apertura explican la rica variabilidad subversiva de la vida cultural y mental, que la subvierten y enriquecen continuamente. La naturaleza y el cuerpo están fundamentalmente abiertos a la historia, a la transformación, al devenir, tan abiertos como la cultura y la mente —

³⁰ Estas afirmaciones que alienan naturaleza y cuerpo, por un lado, y cultura y mente, por otro, reproducen los encadenamientos convencionales promulgados por la metafísica occidental moderna. A pesar de que la idea aquí es combatir esta segmentación discursiva, me veo en la obligación de apelar continuamente a la enunciación de esta división (una de las tantas trampas con las que nos puebla el lenguaje).

es decir tan innovador, temporal e histórico como el ámbito de la vida social, psíquica y cultural. Nuevamente, el hecho de postular la naturaleza como el dominio de los cuerpos y de la materialidad no significa que estos estén por fuera de, ajenos a, la cultura y los fenómenos mentales. Afirmar el carácter natural y biológico de los cuerpos no implica un límite a su productividad indeterminada. Simplemente significa que la naturaleza es el recurso para todos los cuerpos. Grosz señala el modo en que pretendemos que la cultura y la mente se elevan a sí mismas por sobre la materialidad y ascienden tras el señuelo del Logos abstracto y desencarnado. La cultura y la mente debieran asumir las prolongaciones ontológicas que las involucran de forma no dualista con la naturaleza, la materia, la energía y las fuerzas de la inmanencia.

Al respecto, Jane Bennett (2010) nota que los estratos de la naturaleza que asumimos como más inertes han impactado fuertemente en la obra de Gilles Deleuze y Félix Guattari (2004). Al reflexionar sobre la actividad de la materia no viva, Bennett acude a *Mil Mesetas* para tomar distancia de nociones clásicas de sustancia y comprender la aparente quietud de las cosas como estados de equilibrio metaestables, abiertos a procesos de devenir. El ser, aún de lo no vivo, deja de significar unidad en la identidad o estado estable que excluye cualquier transformación, muy por el contrario significa unidad capaz de desfasarse respecto de sí misma y de romper sus propios límites en relación con su centro. El devenir no es algo que le ocurre al ser originalmente dado y sustancial, el devenir es una dimensión del ser. Nuevamente, postular la centralidad de la naturaleza y el cuerpo (humanos y no humanos, vivos y no vivos) para cualquier comprensión de la cultura y la mente supone enfatizar el espacio de 'lo intermedio' que plantea Grosz como estrategia para formular y reconfigurar una comprensión que separa y vincula de modos insospechados tales ámbitos. Ante intentos de homologar los fenómenos mentales a comprensiones del cuerpo y de la naturaleza en términos de sustratos estables, idénticos a sí mismos, lineales, planos, determinados, cerrados y progresivos, no llaman la atención los intentos de consolidar el dualismo cuerpo/mente como recurso y estrategia para preservar a la mente de cualquier reduccionismo, naturalismo, biologicismo. Sin embargo ya no corremos ese peligro si entendemos la naturaleza, y su materialidad, como abierta a la apertura de ramificaciones virtualmente infinitas.

Grosz plantea que la naturaleza y el cuerpo son la materia de la cultura y la mente. Esto no significa afirmar que la cultura y la mente sean 'naturales', muchos menos en los sentidos reaccionarios que varios discursos alimentan como forma de demonizar la potencia y la acción de la materia (viva y no viva). Más bien, la cultura y la mente son expresiones de las interminables ramificaciones, entrelazamientos y aperturas de la naturaleza. No es ocioso repetirlo: se trata, claro está, de una naturaleza abierta a multiplicidades intensivas, a la multiplicación y a la cohesión, a movimientos abiertos a lo impredecible e impulsados por las fuerzas guiadas tanto a rigurosos criterios de repetibilidad como de transformaciones singulares únicas e irrepitibles. Como lo ha demostrado Darwin, la naturaleza es superación y transformación de límites y, por lo tanto, devenir o evolución. La naturaleza y el cuerpo no son simplemente el límite con el que se enfrenta la exploración y la construcción de la cultura y la mente, algo así como la resistencia de la materia. Grosz entiende a la naturaleza y al cuerpo como contiguos con la cultura y la

mente —ámbitos que bien podrían ser pensados como el exceso productivo de la naturaleza. La cultura y la mente no son el polo mutable de sus opuestos inertes: la naturaleza y el cuerpo. La cultura y la mente configuran prolongaciones ontológicas de las excesivas permutaciones y ramificaciones de una naturaleza que se compone de principios, vectores, movimientos, trayectorias y modos de apertura a un futuro imprevisible.

Por tanto, no debemos pensar la apertura a la historia y a la contingencia desvinculada de la apertura al devenir que conlleva la evolución de la naturaleza delineada por Darwin. Aún más, no debiera atemorizarnos plantear el devenir de la cultura y de la mente en términos evolutivos, después de todo la apertura que se ubica en el corazón de los procesos evolutivos funciona como tal, se trate de la naturaleza, de la cultura, del cuerpo o de la mente. El modo en que el devenir produce la diferencia debe entenderse en términos de evolución, a pesar de que el representacionalismo lingüístico impone su grilla binaria (Barad, 2007) y, así, en su intento por reducir el futuro a la repetición incansable de lo mismo, congela la potencia del devenir bajo totalizaciones discursivas y fórmulas culturalmente predecibles y reconocibles. El devenir de la fuerza evolutiva de la naturaleza es capaz de desmembrar las cristalizaciones de cualquier fijeza. Como señalan Deleuze y Guattari (2004) en todas las cosas “hay líneas de articulación o de segmentariedad, estratos, territorialidades; pero también líneas de fuga, movimientos de desterritorialización y de desestratificación” (p. 9-10). Es cierto: es innegable la existencia de cierta cohesión simbólica y psíquica. Esta cohesión requerida y producida por una identidad estable, ya sea cultural o subjetiva, es posible pero menos firme de lo que los naturalismos quieran afirmar. Aun así, estas fuerzas estabilizadoras y congeladas pueden reanimarse en otra dirección, después de todo cabalgan sobre la fuerza del devenir.

Esta perspectiva evolutiva se rehúsa a conceder al pasado el estatus de fijeza y estabilidad. El pasado siempre está abierto a las posibilidades de acción que el devenir abre en su dimensión futura. Evolución supone apertura impredecible de formas, materiales, prácticas y arreglos, una diseminación, deformación y desviación de normas, ideales y metas que alguna vez se tomaron como prefijadas, dadas o incuestionables. Ya lo dijo Judith Butler (1993), la iteración produce cohesión o estabilidad a partir de la repetición y la solidifican en el tiempo. Esto no debe conducirnos a concepciones ontológicas de la realidad pobladas de entidades clausuradas e inertes cuyo funcionamiento y despliegue determinado opera como fundamento de la cultura. Lejos de esta mirada, la cultura, la mente, la materia y la vida configuran estructuras disipativas que engendran ráfagas caóticas, conmociones, desarreglos, reorganizaciones y saltos cualitativos. La conservación de identidad y permanencia es la punta de un iceberg a la cual subyace la continua transformación. Es preciso recuperar el devenir de la naturaleza y del cuerpo en nuestra comprensión de la vida cultural, social y psíquica. La naturaleza participa activamente en la superación de sí misma. Su carácter aleatorio, contingente, inesperado, mutable y plástico ha sido borrado durante mucho tiempo. La naturaleza no es fundamento, terreno ni límite para la actividad humana, cultural o mental. La naturaleza es una urdimbre que se integra constitutivamente en el entramado de la vida cultural y mental para dinamizarla y transformarla a pesar de las formas lingüísticas y normativas que fijan y congelan este movi-

miento de apertura hacia el futuro. La naturaleza y el cuerpo animan la cultura y la producción de fenómenos mentales.

3.c. Nuevos materialismos

Los nuevos materialismos se muestran subsidiarios al cambio de paradigma general respecto a nuestra comprensión de la relación entre naturaleza y cultura, cuerpo y mente. El nuevo materialismo señala que la materia posee sus propios recursos inmanentes e intensivos para la generación de la forma desde dentro (De Landa, 2012). Estos procesos no se encuentran determinados, por lo tanto estas nuevas miradas podrían ayudarnos a pensar en la materialidad sin el habitual acompañamiento del esencialismo —donde la materia se entiende como un recipiente inerte para la inscripción de formas externas provenientes de la cultura o la mente. El determinismo genético tal vez sea el fantasma al que mayormente se apela desde las ciencias sociales y humanas para empaquetar el cuerpo, la biología y la naturaleza como ontológicamente diferentes e indeseables en función de la creatividad ilimitada de la mente y la cultura. Nada más errado. Tal como nos instruye Myra Hird (2004), un gen es una región codificante del ADN. A su vez, el ADN se conforma por moléculas de cadena larga. Desde su descubrimiento en 1953, los genes han tomado cada vez más protagonismo en los argumentos a favor y en contra de la naturaleza humana. El campo de la investigación genética cambia rápidamente y cada nuevo avance en la comprensión de los genes trae una imagen más compleja tanto de su estructura como de su función. Los genetistas han logrado secuenciar la estructura del ADN del cuerpo humano y han notado que esta secuencia o estructura no tiene el poder explicativo asignado por el saber popular o neófito. Los datos extraídos señalan que aproximadamente el 90% del ADN humano no tiene ninguna función conocida y se lo denomina 'basura'. Solo el 10% restante de nuestro ADN se transcribe en ARN y luego se codifica en proteínas.

Hasta ahora las investigaciones sobre los genes no han conducido a declaraciones sólidas. Se concede demasiado poder explicativo a los genes. En rigor, lejos están de controlar la producción de los procesos corporales y, menos aún, de fenómenos mentales. Suele creerse que los genes son de alguna manera constitutivos de un organismo, que los genes son rasgos esenciales en lugar de sitios donde transcurren procesos biológicos cuyos resultados son variables. Los genes son activadores en lugar de actuar sobre. Los genes suelen entenderse como el equivalente molecular de los rasgos humanos manifiestos —como pequeños seres humanos preformados a la espera para desarrollarse de acuerdo con una lógica predeterminada. Si bien la secuencia de nucleótidos se vincula con la estructura primaria de una proteína, es la estructura terciaria de la proteína la que ejecuta su función, y esto depende de una variedad compleja de factores químicos y fisiológicos, no genéticos, dentro de la célula. Leonardo González Galli (2019) enfatiza:

El supuesto del Determinismo Genético es tan absurdo y contrario a toda la Biología que realmente sería extraño que una disciplina, cualquiera —que pretenda ser ciencia—, lo sostuviera. No es falso y cuestionable para el caso de la conducta social humana; es falso para la forma de las flores, para el color del pelaje del perro y para cualquier otro rasgo biológico. El Determinismo Genético es falso de punta a punta, ningún rasgo está —estrictamente hablando— genéticamente determinado (p. 49).

Nuevamente, a causa de las formulaciones indeseadas de la sociobiología respecto con el modo en que la morfología y el comportamiento de los organismos vivos están limitados por leyes dictadas por la naturaleza, cada vez más intelectuales encuentra en el nuevo materialismo y en la biología no lineal un espacio teórico para explorar la diversidad emergente desde la materia viva y no viva sin caer en aquellas naturaleza y biología tan frenéticamente narradas en términos deterministas. El nuevo materialismo ha generado un interés renovado en algunos elementos hasta ahora silenciados de la teoría darwiniana: contingencia, diversidad, no linealidad y autoorganización. Lejos de lo que solemos pensar, las ciencias naturales se alejan del énfasis en el determinismo y se expanden hacia un reconocimiento de la apertura y emergencia de lo nuevo. Del mismo modo el nuevo materialismo se mueve hacia una comprensión de la materia como un sistema abierto, complejo y sujeto a propiedades emergentes.

Manuel De Landa (2012) señala los avances en la comprensión de las propiedades de la materia inerte y en la forma en que la materia orgánica e inorgánica es producida por una dinámica no lineal, por autoorganización, por contingencia y por variación o diversidad. No es posible comprender la no linealidad y autoorganización de la materia si no atendemos a la agencia de la materia misma. El nuevo materialismo enfatiza el surgimiento del cambio histórico y evolutivo a través de la interacción en red de entidades humanas y no humanas, vivas y no vivas. Por otra parte, aunque la materia se autoorganiza, no tiene como objetivo nada que no sea ella misma. La autoorganización refiere a la ausencia de cualquier programa subyacente que controle el desarrollo. La ciencia presenta una imagen cada vez más detallada de la materia como un sistema complejo, autoorganizado y en red de propiedades emergentes orgánicas y no orgánicas. Dicho de otra manera, la materia no es lineal. De Landa señala que la mayoría de los modelos biológicos son no lineales, lo que nuevamente sugiere que los cambios evolutivos ocurren en la interacción en red de entidades humanas y no humanas mediante una historia no lineal que opera como una narrativa de contingencias, de oportunidades perdidas para seguir diferentes rutas de devenir. La evolución no tiene previsión, no se dirige hacia la perfección. Esta no linealidad no solo afirma la ausencia de ‘telos’, sino que enfatiza los juegos accidentales, casuales o indeterminados en el despliegue del tiempo.

La contingencia es una de las piezas claves de los nuevos materialismos. De Landa enfatiza uno de los componentes centrales de la evolución ya señalados: la selección natural no significa progreso. La selección natural responde a cambios en los entornos locales más que a un plan o diseño general. Por esta razón la noción de contingencia es tan fundamental dentro del nuevo materialismo. La contingencia es entendida como la tendencia de los sistemas comple-

jos con componentes estocásticos sustanciales e interacciones intrincadas y no lineales entre componentes, estos son impredecibles a partir del pleno conocimiento de las condiciones precedentes, pero completamente explicables después de los desarrollos reales del tiempo (Hird, 2004). Desde el punto de vista de la contingencia los cambios no equivalen a una marcha temporal hacia el progreso, sino al resultado de un número indefinible de contingencias. Podemos explicar un acontecimiento después de que ha ocurrido pero la contingencia impide su repetición, incluso si el punto de partida es idéntico. Es en este sentido que el nuevo materialismo enfatiza el principio de variación o diversidad. El nuevo materialismo no apunta a reducir la variación incalculable de la materia a una explicación simple y única de la realidad.

Asumir el desafío de pensar una Psicología 'Evolutiva' que haga justicia a las implicaciones ontológicas que se derivan de la conceptualización de Darwin supone la concepción de una mente humana inherentemente encarnada, o más precisamente 'trans-corporealizada'. La noción de 'trans-corporealización' psíquica vincula, por un lado, la concepción de cuerpo real y material cuyo 'ser' es el efecto performativo de procesos de 'autopoiesis'³¹ que participan en el auto mantenimiento de un organismo mediante los principios organizadores no lineales fundamentales de la vida (Hird, 2004). Por otra parte, reconoce la relevancia del cuerpo biológico y sus interconexiones evolutivas, históricas y continuas con el mundo material (Alaimo, 2008). Las ventajas de este enfoque son tanto éticas como políticas y teóricas. Después de todo, el espacio-tiempo donde la 'corporealidad' humana se realiza contundentemente de forma carnal y material. Por lo tanto es inseparable de la naturaleza o el medio. La Psicología 'Evolutiva' que aquí nos interesa reconstruir no se ajusta a los límites unidimensionales de un único terruño disciplinar, pues enfatiza las interconexiones materiales de la 'corporealidad' humana con el mundo más que humano (material y vivo) y, al mismo tiempo, reconoce la agencia de la materia (viva y no viva). Sin dudas esto requiere epistemologías más amplias que nos permite forjar posiciones éticas y políticas a la altura de las realidades ecológicas del XXI en las que lo humano y el medio natural no pueden considerarse de forma separada. En esta dirección y, en una línea decididamente evolutiva (en los términos señalados), la mente humana configura una entidad corpórea, anudada ontológicamente con muchos de los mismos elementos que componen la tierra —incluso funciona mediante los mismos procesos abiertos, impredecibles y no lineales donde advienen acoplamientos, desacoplamientos y reacoplamientos de elementos. La mente humana, habitada por territorialidades preexistentes —geológicas, biológicas, virtuales, mentales, lingüísticas— debe lidiar con el entorno y orientarse, de forma impredecible, hacia un futuro incognoscible.

³¹ Tal como afirma Humberto Maturana (2002), quien acuñó el concepto en 1972, la 'autopoiesis' designa dos características que definen la vida de toda la vida celular. La permeabilidad selectiva de la membrana celular respecto de las moléculas pequeñas, lo cual permite que la célula controle y mantenga su composición interna. Se trata de una membrana semipermeable, una identidad auto limitada pero abierta. Dentro de este límite acontece una dinámica de autogeneración que se manifiesta cuando ciertas moléculas, a través de sus interacciones, generan de forma recursiva la misma red de procesos que las produjeron. La función de cada componente de esta red es transformar o reemplazar otros componentes, de modo que toda la red se genere continuamente. Estos componentes biológicos, incluso a escala molecular, conforman sistemas que interactúan entre sí en formas no lineales para producir el surgimiento y mantenimiento creativo de un orden estructurado.

Comprender la mente humana en términos evolutivos (soslayando las perspectivas planas, lineales, deterministas y teleológicas que Darwin no consideró) requiere el desafío de capturar la complejidad ontológica en juego. Gerard Hopkins (2006) describe poéticamente la mente en términos de un terreno geográfico con montañas y acantilados escarpados jamás sondeados. La refiguración de la psicología evolutiva aquí sugerida supone que esta mente montañosa excede su estatus metafórico. La mente configura un paisaje desigual en cuyas territorialidades se yuxtaponen ontológicamente —como los movimientos de subducción de placas tectónicas— lo psíquico, lo químico, lo biológico y lo visceral. La dificultad de estar y devenir en el mundo implica conflicto en esta mente en la cual colapsa psique y soma. Esta dicotomía, que se remonta al viejo pero actual dualismo mente/cuerpo, invisibiliza un prolífico ámbito de cruces que, incluso, desdibujan los límites entre disciplinas y objetos. La psicología y la biología, por ejemplo, están entrelazadas porque la psique, el cuerpo y el medio forman un sistema mutuamente constitutivo del cual ningún elemento emerge como origen para ser estudiado de forma aislada. El temor al determinismo biológico, alimentado de sentidos obsoletos y reaccionarios sobre la biología, destruye la fertilidad de estos cruces que exponen las interrupciones y las transgresiones que ocurren en aquellos fenómenos —imposibles de ser compartimentalizados exclusivamente como mentales o biológicos— por debajo del nivel de nuestros conceptos y de nuestras disciplinas, en las que el conocimiento aún es etiquetado y clasificado, y donde el conocimiento obtura nuevas formas enredadas con la complejidad que Darwin esbozó hace más de un siglo.

3.d. El enredo mente-cuerpo

Partiendo de miradas que conciben de forma radicalmente diferente al mundo material, me interesa destacar el trabajo de Elizabeth Wilson (2004), quien señala que “cada uno de los textos de Darwin atestiguan que la materia de la evolución es radicalmente heterogéneo” (p. 69). Wilson nos presenta un cuerpo humano saturado de intención psíquica, una plataforma de posibilidades dinámicas. La psique a la que refiere la autora se encuentra encarnada, pues el sustrato biológico y corporal en el cual la mente se realiza se enreda de forma indiscernible con el sustrato material que la integra. Wilson sostiene que gran parte del trabajo de Darwin ha permanecido inexplorado y que, contrariamente al modo exclusivamente biológico en que contemporáneamente se comprende su trabajo, aquella materia radicalmente heterogénea “ciertamente es biológica, pero también psicológica, cultural, geológica, oceánica y meteorológica” (p. 69). Así, Wilson afirma la inseparabilidad de los eventos biológicos y psicológicos, y argumenta que “las tendencias psicoculturales están en juego en la microestructura de todos los eventos neurofisiológicos” (p. 77).

Wilson detalla el examen de Freud sobre el cuerpo histérico, el cual ilustra la importancia que juega esta sintomatología ‘somática’ en la comprensión de la relación entre psique y cuerpo. Lejos de caracterizar la biología como infraestructura reductiva, Wilson introduce la relevancia del

cuerpo físico en la descripción del trabajo de Freud. Señala que la actividad de los músculos, nervios y órganos ha sido poco explorada a pesar de la importancia que juegan en el relato de sus pacientes. Wilson destaca una y otra vez la importancia de la encarnación dentro del psicoanálisis. La autora propone una interfaz entre psique y soma, entre biología y psicología, alejada del reduccionismo biológico, pues postula que “cualquier evento psicobiológico debe estar siempre en el dominio del análisis social o cultural” (Wilson, 2004, p. 16). La neurastenia —un fenómeno somático— proporciona una ocasión clave para examinar el papel de la materia corporal (viva y no viva). Wilson detecta en Freud la construcción de una relación ontológica compleja entre soma y psique en la que ninguno de estos ámbitos es causa o efecto del otro. No así en aquellos síntomas en los que un elemento psíquico inerva una parte del cuerpo somático —para tales casos elaboró complejas explicaciones ideacionales para la conversión. Freud (1909) ha señalado el “salto de lo anímico a la inervación somática”, emblemático de la conversión histérica, y afirma que “nunca podemos nosotros acompañar conceptualmente” este salto (p. 157). Para Wilson (2015) las materializaciones psíquicas en el cuerpo no debieran pensarse como el efecto de un salto de lo mental a lo somático, sino como la expresión del carácter protopsíquico de la materialidad biológica del cuerpo. Sándor Ferenczi (1983) sospechó sobre la ontología psíquica de lo biológico y la ontología biológica de la psique. Este pensador se mostró fascinado con la materia biológica misma y esbozó explicaciones no dualistas sobre el mecanismo de la conversión histérica en términos biológicos (donde lo psíquico no está reducido ni determinado por lo biológico, sino fundido de forma indistinguible en aquel sustrato). Bajo este espectro de consideraciones, Wilson critica la noción de ‘salto’, pues ésta invoca una brecha de algún tipo entre lo mental y lo somático (como si existiera, de forma dualista, una división espacial entre un evento psíquico y uno corporal que la histeria de conversión, de algún modo enigmático, conecta).

Freud postuló, señala Wilson (2004), un equilibrio no clausurado en el cual se entretrejen y se unen indisolublemente soma y psique. El cuerpo produce (no determina), y se ve afectado por, los eventos psíquicos de la misma manera que los fenómenos somáticos influyen (no determinan) activamente las condiciones psíquicas. Wilson sostiene la necesidad de desplazar las nociones de determinismo biológico y rescatar la psique de la igualmente peligrosa y aún más solapada influencia del determinismo social y cultural. El trabajo de Darwin sobre la emoción le permite una comprensión renovada de la relación entre sociedad, cultura y biología. Wilson (2004) toma como ejemplo la ruborización del rostro, fenómeno donde se anudan de forma compleja los nervios faciales, los vasos sanguíneos y desencadenantes ideacionales para mostrar la porosidad existente en la división convencional entre mente y cuerpo, vínculo en el cual la biología no actúa sin la psicología, y en el cual la psicología no actúa sin la biología. Wilson problematiza y complica el modelo jerárquico tradicional de la evolución y en su lugar propone una comprensión en red del desarrollo de las especies. También sostiene que la capacidad de explorar las emociones de manera innovadora a través de la confluencia de la neurología, la biología y la psicología es de importancia central para la renovación de nuestros marcos teóricos. Al respecto, Doug Jones (1999) señaló que

los estados mentales y las facultades de creación de símbolos de los seres humanos y otros animales son fenómenos tan materiales como sus sistemas digestivo o respiratorio. La mente y el símbolo no pueden descartarse como superstición precientífica ni asignarse a un reino extracientífico de significado (p.554).

Wilson destaca que, al intentar estudiar la mente humana encarnada —‘transcorporealizada’—, es preciso conocer los procesos a partir del cual el mundo se integra y deviene aunque aparentemente no encontremos lazos entre estos ámbitos que la metafísica occidental nos presenta como disyuntos. Por ejemplo, Wilson se remonta a la investigación que Darwin realiza sobre los gusanos y sus procesos digestivos. Al ingerir la superficie de la tierra y excretar repetidamente sobre ella, los gusanos producen un suelo fértil. Wilson señala que los procesos intestinales del gusano que Darwin señaló cuestionan e invierten lo que comúnmente consideramos como ‘adentro’ y ‘afuera’. Tanto nuestras tripas como nuestra mente expresan relaciones de interimplicación con el mundo y con los otros. Para Wilson, y anteriormente para Darwin, el carácter fundamentalmente relacional de la identidad muestra a los humanos como dependientes y vulnerables, pues en un mundo en devenir mediante procesos evolutivos la existencia sólo encuentra su posibilidad en los lazos con otros y con el mundo —como afirmaron varios pensadores del siglo XIX, las interrelaciones sostienen las coadaptaciones y las transformaciones que constituyen la base de toda la vida.

La propuesta de Darwin, abordada desde el prisma de los nuevos materialismos críticos, nos permiten argumentar a favor de una Psicología ‘Evolutiva’ capaz de, sin avergonzarse de su nominación, abordar críticamente el problema de la ‘trans-corporealización’ donde los ámbitos de la mente y el cuerpo colapsan en su especificidad al fundirse uno en el otro. Wilson enfatiza la forma en que el temor a la propagación del determinismo biológico ha sostenido una demonización de Darwin, alejándonos de lo que puede ofrecer a las explicaciones psicológicas y culturales respecto con los fenómenos psíquicos encarnados. La Psicología ‘Evolutiva’ no debiera concebir la psique como un orden abstracto y trascendente apoyado en la biología y su materialidad reductiva, más bien debiera tomar seriamente las teorías sobre el cuerpo, incluido el análisis de Freud sobre el fenómeno de inervación somática producida en los síntomas histéricos, y contemplar los detalles biológicos que son parte constitutiva de estos procesos, al igual que el carácter mental o la fantasmaticación de la biología corporal. Asimismo una Psicología ‘Evolutiva’ parte de una evaluación crítica de la biología al sospechar sobre las afirmaciones —repetidas como mantras— que empaquetan todo interés por el cuerpo biológico como políticamente peligroso. Las vertientes críticas posestructuralistas hacen de la biología una artimaña discursiva que desrealizan tanto los procesos materiales y biológicos que sostienen y transforman nuestras existencias corpóreas, así como las formas en que la mente se integra en el cuerpo (y el cuerpo en la mente). Una Psicología ‘Evolutiva’ rechaza todo determinismo de cualquier tipo y, desde allí, también rechaza la afirmación de que cualquier evento psicológico se incrusta exclusivamente en el dominio del análisis social y cultural (Wilson, 2004).

Los aportes que Elizabeth Wilson (2004, 2015) nos permite afirmar que la Psicología 'Evolutiva' debe incluir reflexiones teóricas, ontológicas y epistemológicas serias sobre la mente 'transcorporealizada' y debe alejarse de la tentación de ordenar secuencialmente estados estables y predictibles separados por cambios transformacionales contenidos en un programa inicial —desde el cual parten todas las determinaciones de un desarrollo lineal y plano. El cuerpo y la psique deben considerarse enredados hasta el punto de su indistinción ontológica. Los detalles biológicos son relevantes en la realización de esta mente encarnada y en la realización de este cuerpo mentalizado. Al respecto, Andy Clark señala que

el viejo rompecabezas, el problema mente-cuerpo, realmente involucra a un tercero oculto. Es el problema del *andamiaje*-cuerpo-mente. Es el problema de comprender cómo el pensamiento y la razón humanos nacen de interacciones en bucle con cerebros materiales, cuerpos materiales y entornos culturales y tecnológicos complejos. Creamos estos entornos de apoyo pero ellos también nos crean a nosotros. Existimos como los seres pensantes que somos solo gracias a una danza desconcertante de cerebros, cuerpos y andamios culturales y tecnológicos (Clark, 2003, p. 10).

Esta consideración y puesta en valor de la biología (una biología no lineal y profundamente mental) intenta reparar la pérdida de complejidad al abandonar la dimensión material y corporal de la vida mental y psíquica (profundamente material, corporal y biológica). La atención excesiva en la construcción social del cuerpo —alentada por miradas posmodernas— culmina en el desalojo de la agencia material (viva y no viva). Aquí asumimos un prisma materialista para el cual la mente emerge desde la agencia material (no de forma determinista ni lineal).

4. Comentarios finales

¿Por qué tendemos a anudar los fenómenos mentales, o la especificidad de la psique, con aspectos sociales, culturales, lingüísticos y simbólicos? ¿Por qué las articulaciones con la biología generan temor? ¿Por qué pensamos que la biología es un reino de fijeza e inmutabilidades y, en cambio, la cultura un ámbito de transformación y apertura? ¿La estructura del lenguaje y el orden simbólico se encuentran, en rigor, más próximos de las variaciones que de la fijeza? Karen Barad (2007) ofrece un enfoque sobre la materia desvinculado de cualquier noción de verdad —entendida como fiel reflejo de un mundo estático del 'ser'. Barad desarrolla la noción de 'realismo agencial' para referirse a la relación entre materia y significación en las prácticas epistémicas. El 'realismo agencial' busca ir más allá de la división tradicional entre realismo y constructivismo social. Barad postula una ontología que no supone el 'ser' previo a la significación (como en el realismo clásico), pero tampoco entiende el 'ser' como producto del lenguaje (como en algunas formulaciones culturalistas). Más bien, el 'realismo agencial' examina las formas en las que la naturaleza y la

cultura 'actúan intra-activamente'. Sin dudas su aporte ofrece una perspectiva importante que hace colisionar lo que cuenta como naturaleza y lo que cuenta como cultura, también disuelve la frontera que separa estos ámbitos. Para Barad las unidades ontológicas primarias no son cosas, esenciales y fijas, sino fenómenos. Es decir, reconfiguraciones, enredos, relaciones, (re)articulaciones topológicas dinámicas. Del mismo modo, las unidades semánticas primarias no son palabras sino prácticas material-discursivas a través de las cuales se constituyen los límites nunca definitivos de los objetos de conocimiento. La agencia material de Barad no constituye un atributo sino reconfiguraciones de un mundo en curso.

Abordar seriamente de modo político-ecológico los problemas gestados en nuestra era geológica — denominada como 'Antropoceno' o 'Capitaloceno', entre otras— requiere de la reconstrucción de una Psicología 'Evolutiva', de la reformulación (ontológica y epistemológica) de los fenómenos por los que se preocupa. La Psicología 'Evolutiva' debe redefinir la subjetividad, la psique y la mente en sus enredos con la materia, la naturaleza, el cuerpo y el mundo. Al mismo tiempo debe alejarse de cualquier forma de determinismo naturalista, también debe postular la relevancia de la materialidad corporal biológica en la vida psíquica aunque sin el acompañamiento habitual del esencialismo. Una pieza clave de esta perspectiva es el diálogo con los nuevos materialismos y su énfasis en las propiedades emergentes, la contingencia, la variación y la diversidad. Esto supone despojar la materialidad de su sentido habitual: recipiente inerte para la realización de fenómenos mentales o culturales.

Delueze y Guattari (2004) nos brindan elementos para redefinir la naturaleza como inmanencia autoorganizada, móvil y dinámica. Desafían las teorías que representan los cuerpos como objetos sólidos inertes, así como las distinciones entre humanos y no humanos, y entre materia viva y no viva, entre cuerpo y mente, entre naturaleza y cultura. Nuestros enfoques en torno a una Psicología 'Evolutiva' renovada debiera horadar el terreno en el cual aún permanece firmemente anclada la separación rotunda entre cultura y naturaleza, cuerpo y mente. Así, abordar la mente o la psique como una producción inmanente configura una vía promisoría para desarticular estos dualismos que ubican a la materia corporal como lo Otro de la mente. El cuerpo no es esencialmente anterior u Otro. Pensar en los cuerpos como devenires en lugar de sitios naturales cerrados y determinados nos conduce hacia conceptos tales como: azar, aleatoriedad y apertura a lo impredecible —que de ningún modo son términos exclusivos de los modelos teóricos que enfatizan el construccionismo social o cultural.

No es sencillo asumir que la naturaleza se muestra como una constructora en devenir. Después de todo supone enfrentar la herida narcisista que Freud vincula con las ideas de Darwin. Pero es preciso hacer rodar el problema. Para Vicki Kirby (2008) aquello que llamamos cultura no podría existir sin la dimensión material que solemos denominar como naturaleza. Así, nos dice, debiéramos concebir, simultáneamente, cómo la cultura produce naturaleza y cómo la naturaleza produce cultura, aunque sin postular a ninguna de ellas como fundamento de la otra. La autora utiliza la noción de 'différance' de Derrida para señalar que esto no implica un retorno a los clásicos naturalismo. Kirby nos invita a comprender la naturaleza y la cultura como conceptos que no son ni presencia pura ni autoidentidad absoluta, más bien indican marcas

dentro de una red, un tejido de otras marcas, una malla de partes en constante movimiento que se extienden a través del tiempo y del espacio. ¿Qué sucedería con nuestros marcos teóricos si entendemos que la carne corpórea registra significados culturales y si la vida natural muestra la agencia necesaria como para suponer allí una escritura historizada del devenir, incluso, cultural? (Kirby, 2017). La naturaleza de Kirby (2002) se encuentra articulada y encriptada en términos que suponen una codificación creativa. El lenguaje mismo es considerado como instancia de la naturaleza puesto que allí actúan de forma incesante los procesos de diferenciación e iteración que, en clave derrideana, le permiten afirmar que el lenguaje es la materia de la naturaleza. Desde su punto de vista, Kirby afirma que naturaleza y cultura son consustanciales.

El trabajo de Darwin proporciona un modelo fundamental en esta dirección. La articulación entre los nuevos materialismo y formas de monismo ontológico que consideran las diferencias como intensidades divergentes dentro de un mismo plano de inmanencia, nos orienta a considerar el trabajo de Darwin como pertinente a la hora de pensar una Psicología ‘Evolutiva’ no subsidiaria a los dispositivos que propagan jerarquizaciones, inferiorizaciones y exclusiones múltiples. Esta consideración, sin dudas, requiere una apertura crítica capaz de identificar y descartar las derivas propias del darwinismo social y cultural interesadas en hacer de la selección natural y de la supervivencia del más apto un fundamento ético-político para el orden socio-cultural humano. Luego, no debemos rechazar en bloque, de forma dogmática, la propuesta rupturista de Darwin y, junto a él, cualquier apelación a la materialidad, la naturaleza y la biología. Lejos de todo naturalismo y biologicismo (es decir: discursos sobre la biología y la naturaleza contruidos para justificar sistemas políticos y éticos), la propuesta de una Psicología ‘Evolutiva’ actualizada en sus debates nos conduce ante la posibilidad de redimensionar los viejos dualismos y a valorizar la potencia abierta y no lineal del cuerpo —en cuyo soporte material y biológico la mente se realiza.

Darwin nos proporciona una forma de reconceptualizar las relaciones entre naturaleza y cultura, entre lo biológico y lo psicológico, entre cuerpo y mente por fuera de la estructura dicotómica en la que estos términos se enredan actualmente. La cultura y la mente no deben comprenderse como la superación de la naturaleza y el cuerpo. Tampoco son la culminación de una naturaleza intrínsecamente incompleta. Esto significaría atribuir al hombre, a lo humano, a la mente y a la cultura la posición de destino teleológico de la evolución —recordemos que Darwin deja claro que la evolución no se dirige hacia ninguna meta particular, no tiene destino. La cultura y la mente podrían considerarse como el producto y efecto ramificador de una naturaleza que actúa mediante procesos de producción y selección, y cuyo alcance es capaz de ser inédito e inesperado. El lenguaje, la cultura, la inteligencia, la razón, la imaginación, la memoria (términos que comúnmente se afirman como características definitorias de lo humano, la cultura y la mente) son producto de los mismos criterios rigurosos de selección natural, pues, según Darwin, a menos que proporcionen algún tipo de ventaja para la supervivencia de quienes tienen acceso a tales características, no hay ninguna razón por la que deban ser atributos trascendentalmente humanos o indudablemente valiosos.

En suma, las producciones mentales humanas más sofisticadas no pueden pensarse desvinculadas del dominio material ennoblecido por Darwin. Como algunos pensadores del campo del

psicoanálisis han señalado, la psique puede ser pensada como sistema abierto a lo azaroso y a lo impredecible (Hornstein, 1993; Galatzer-Levy, 2004, 2017) debido a que las condiciones materiales desde las cuales emerge se comportan de este modo. La psique (fuera de todo dualismo que separa opuestos bajo abismos de diferencia cualitativa) encuentra continuidad con la agencia de la materia (viva y no viva). El trabajo de Darwin atribuye centralidad notable a la variación aleatoria, a las transformaciones producidas por el azar y a lo impredecible. Ante su modelo teórico se derrumba el determinismo tan poderoso en la ciencia clásica y, desde allí, emerge la indeterminación central para las formas contemporáneas de pensamiento que abrazan la complejidad. La evolución no es libre y sin restricciones, tampoco está determinada de antemano, es, más bien, devenir anclado en una temporalidad retrospectiva: una noción de sobredeterminación que se anuda con la indeterminación y una apertura sistémica que excluye toda determinación absoluta. Esto abre la posibilidad de la reconstrucción cuyo objetivo nunca es la reproducción fiel del pasado. Más bien éste se forja como novedad desde el futuro. Darwin proporciona un modelo de historia que no recurre ni a un 'telos' ni a un empirismo que ve la historia como acumulación de sucesos conectados o desconectados. En este modelo el tiempo y el futuro permanecen abiertos, el pasado proporciona una propulsión en direcciones, impredecibles de antemano, que, en retrospectiva, han surgido de las posibilidades no actualizadas que ofrece.

La Psicología 'Evolutiva' que aquí interesa no prioriza la biología por sobre la cultura y el lenguaje, más bien postula un devenir que enfatiza los aspectos material-discursivos (Haraway, 1995) de la encarnación o 'trans-corporealización'. La encarnación es un fenómeno tanto biológico como simbólico (ninguno de éstos órdenes puede postularse como causalmente previo o como fundamento del otro). Wilson (2015) nos insta a considerar seriamente (aunque no literalmente) los datos de la biología para incrementar la complejidad de los fenómenos mentales, pues desde los materialismos y realismos especulativos contemporáneos (Meillasoux, 2015, Harman, 2015), varios intelectuales detectan en Darwin una biología maleable e interdependiente con la cultura. Es desde allí que Wilson (2004, 2015) señala el modo en que las emociones están profundamente arraigadas en (no determinadas por) nuestras experiencias corporales.

Elizabeth Wilson (2002) nos cuenta una anécdota respecto a la superabundancia, diversidad y multiplicidad que la naturaleza despliega mediante el devenir de sus emergentes biológicos. De regreso de su viaje de cinco años en el *Beagle* en 1836, Charles Darwin recolectó gran cantidad de especímenes que se dedicó a clasificar durante los siguientes diez años. Cuando se enfrentó con la tarea de diseccionar un percebe (un crustáceo) quedó fascinado ante el descubrimiento de que los percebes suelen ser 'hermafroditas': cada individuo tiene órganos culturalmente asignados como 'masculinos' y 'femeninos'. Sin embargo, luego encontró otra especie de percebe que tenía sexos separados, incluso las hembras y los machos de esta especie eran radicalmente diferentes en forma. Más interesante aún, notó que muchos de los especímenes que había estado disecando estaban contaminados por diminutos parásitos. Tras el arduo trabajo de detectarlos y desecharlos notó su error: estos pequeños parásitos eran, de hecho, el 'macho' de la especie. Las 'hembras' parecían percebes ordinarios, pero los 'machos' eran completamente diferentes en

forma corporal, eran microscópicamente pequeños y vivían dentro del ‘cuerpo femenino’: el ‘macho’ o, a veces, dos ‘machos’, en el instante en que dejan de ser larvas locomotoras se vuelven parásitas dentro del saco de la ‘hembra’, y por lo tanto, fijados en la piel de la ‘hembra’, pasan toda su vida y nunca pueden volver a moverse. También encontró otra especie de percebe hermafrodita que, además, tenía estos diminutos ‘machos’ complementarios incrustados en su cuerpo. Se trataba de una especie ubicada entre la forma ‘hermafrodita’ y una forma de ‘separación sexual’: un eslabón que no solemos encontrar cuando pensamos la ‘diferencia sexual’. Estas especies, señala Wilson, son evidencia de la diversidad somática que produce la naturaleza. En verdad, nos dice, las maravillas de la naturaleza son ilimitadas e ilimitables y, ¿por qué no?, ‘perversas’. Wilson enfatiza el modo en que el trabajo de Darwin con percebes saca a la luz una ‘perversión natural’ que seguramente debe reorganizar nuestras teorías de ‘la diferencia’ y la ‘transcorporealización’ más allá de enfoques puramente culturales subsidiarios de dualismo restrictivos.

La Psicología ‘Evolutiva’, delineada en estos términos, asume seriamente la necesidad y el desafío de superar temores epistemológicos y dualismos ontológicos que se activan cuando optamos por no enmarcar nuestro pensamiento ni en el extremo frecuentemente denominado como biologicismo, ni en el extremo frecuentemente denominado como construccionismo social. No debemos temer a la biología, aunque sí debemos temer a los discursos que construyen sentidos en torno a la biología para implantarlos como fundamento de políticas reaccionarias. ¿No debemos disputarle la biología a la derecha? Lejos de sentidos políticamente indeseados, la biología se muestra múltiple y abierta. Darwin, de hecho, explica minuciosamente la diferenciación de formas y la inexistencia de una identidad predeterminada en el ámbito de la naturaleza. Más aún, las miríadas de formas naturales y biológicas son una oda a la mutación, la no constancia y la interconectividad radical que produce aquellas diferencias —jamás dualistas, excepto por la imposición de nuestros marcos discursivos de inteligibilidad normativa— que clasificamos como individuos y especies.

Muchos elementos presentes en los escritos de Darwin pueden ser valiosos para desarrollar una comprensión de una Psicología ‘Evolutiva’ que incluya de forma radical —en interacción y diálogo complejo con aquellos elementos teóricos presentes en la disciplina— la materia, la naturaleza, la biología, el cuerpo y el devenir, entre otras dimensiones altamente relevantes. Cuando leemos en nuestros planes de estudio la nominación ‘Psicología Evolutiva’ no debemos extrañarnos del aparente carácter extemporáneo de la presencia de ‘lo evolutivo’. Más bien debemos extrañarnos de la persistencia y supervivencia de la nominación pese al clímax del posestructuralismo de finales del siglo pasado. Aún más, si estamos actualizados en la complejidad de los debates contemporáneos, la presencia de ‘lo evolutivo’ en la nominación de nuestras asignaturas (Psicología Evolutiva, Psicología Evolutiva I, Psicología Evolutiva II) debe enfrentarnos a la exigencia teórica y al imperativo ético-político de incluir la materialidad de nuestros cuerpos y de nuestro medio —del que formamos parte en continuidad ontológica— en el centro de nuestras indagaciones. Charles Darwin nos aproxima hacia un construccionismo material. Los cambios que se suscitan en el seno de la dinámica de su devenir deben comprenderse, innegablemente, en términos históricos. Digámoslo nuevamente, la Psicología ‘Evo-

lutiva' que nos interesa reconstruir desde esta mirada crítica toma como eje central la superación del dualismo a la hora de pensar las 'corporealizaciones' de la psique desde un diálogo complejo con múltiples disciplinas³². En contra de los propósitos convencionales que envuelven a este territorio disciplinar, no interesa ordenar o tipificar los cambios secuenciales bajo modelos del desarrollo, sino redimensionar aquello que llamamos psique, o mente (incrustada en la realidad corpórea), la cual no reconoce identidad ontológica esencial e incluye capacidad de mutar y devenir si tenemos en cuenta el carácter no lineal de la materia biológica en la que anida. Finalmente cabe señalar que Darwin nos coloca ante formas de indagación que nos permiten descentrar la primacía y el privilegio de lo Humano, y conectarnos en continuidad inmanente, monista y material con la naturaleza, de cuya dinámica abierta y compleja resultamos, y en cuyo seno, eventualmente, nos extinguiremos.

Referencias

- Alaimo, S. (2008). Trans-corporeal feminisms and the ethical space of nature. En Alaimo, S. y Heckman, S. (Ed.). *Material Feminisms*. Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press.
- Anandalakshmy, S. y Grinder, R. (1970). Conceptual Emphasis in the History of Developmental Psychology: Evolutionary Theory, Teleology, and the Nature-Nurture Issue. *Child Development*, 41(4), 1113-1123.
- Barad, K. (2007). *Meeting the universe halfway: Quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Durham: Duke University Press.
- Bennett, J. (2010). *Vibrant matter: A political ecology of things*. Durham: Duke University Press.
- Brickman, C. (2003). *Aboriginal Populations in the Mind: Race and Primitivity in Psychoanalysis*. Columbia University Press
- Brickman, C. (2017). *Race in Psychoanalysis: Aboriginal Populations in the Mind*. New York: Routledge.
- Burman, E. (1998). *La Deconstrucción de la Psicología Evolutiva*. Madrid: Visor.
- Butler, J. (1993). *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of 'Sex'*. New York: Routledge.
- Clark, A. (2003), *Natural-born Cyborgs: Minds, Technologies, and the Future of Human Intelligence*. Oxford University Press.

³² Nótese que el proyecto de reivindicar una Psicología 'Evolutiva' no propone un abandono del psicoanálisis, ni de las claves críticas de corte posestructuralista, mucho menos propone un programa tendiente a adoptar un enfoque cognitivo centrada en el carácter adaptativo de rasgos psicológicos como la agresión, la selección de pareja y el razonamiento social fueron adaptativos en entornos ancestrales interpretados en términos evolutivos. Lejos de estos enfoques típicos que actualmente se agrupa bajo la Psicología Evolutiva (Richardson, 2016), aquí se propone una recuperación de los aspectos materiales y no humanos de la vida mental y psíquica (conceptos freudianos como el de pulsión tienen mucho que decirnos al respecto) sin que esto suponga reduccionismos ni determinismos, y sin perder de vista los arreglos normativos y de poder que subyacen al orden social que marcan indefectiblemente la producción de conocimiento (Foucault es un pensador privilegiado en este punto, pese al descuido de las lecturas norteamericanas respecto a los aspectos materiales de su pensamiento). De aquí se desprende la necesidad de tomar datos de las ciencias naturales y exactas de manera seria, aunque no literal (Wilson, 2015).

- D'Amico, C. (Ed.) (2008). *Todo y nada de todo. Selección de textos del Neoplatonismo latino medieval*. Buenos Aires: Winograd.
- Dalal, F. (2016). The Individual and the Group: The Twin Tyrannies of Internalism and Individualism. *Transactional Analysis Journal*, 46(2), 88-100.
- Darwin, C. (1859). *El origen de las especies*. Resuperado de: <https://www.rebelion.org/docs/81666.pdf>
- De Landa, M. (2012). *Mil años de historia no lineal*. Barcelona: Gedisa.
- Deleuze, G. (2002). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004). *Mil Mesetas. Psicoanálisis y Esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Egerton, F. (1973). Changing Concepts of the Balance of Nature. *The Quarterly Review of Biology*, 48(2), 322-350.
- Emmett, C. (2017). 'I am a father now': Colonial paternalism and oedipal typicality in Shaun Johnson's The Native Commissioner. *The Journal of Commonwealth Literature*, 52(2), 248-262.
- Ferenczi, S. (1983). *Thálassa. Una teoría de la genitalidad*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Fiske, J. (1942). *El destino del hombre*. Buenos Aires: Tor.
- Frazer, G. (1890/1981). *La rama dorada. Magia y religión*. Buenos Aires: FCE.
- Freud, S. (1909 [1979]). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. *Obras Completas*, Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1913 [1979]). Tótem y Tabú. *Obras Completas*, Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915 [1979]). Lo inconciente. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917a [1979]). Doctrina general de las neurosis. *Obras Completas*, Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917b [1979]). Una dificultad del psicoanálisis. *Obras Completas*, Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921 [1979]). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927 [1979]). El porvenir de una ilusión. En *Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930 [1979]). El malestar en la cultura. En *Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Galatzer-Levy, R. M. (2004). Chaotic possibilities: Toward a new model of development. *The International Journal of Psychoanalysis*, 85(2), 419-441.
- Galatzer-Levy, R. M. (2017). *Nonlinear Psychoanalysis: Notes from Forty Years of Chaos and Complexity Theory*. New York: Routledge.
- Ghiselin, M. (1973). Darwin and Evolutionary Psychology. *Science, New Series*, 179(4077), 964-968.
- Ginnobili, S. (2019). Sos darwiniano. Consecuencias de la revolución darwiniana sobre nuestra concepción de mundo. *Revista Intercambios*, IV(3), 40-45.
- González Galli, L. (2019). Perspectivas darwinistas sobre la mente y la conducta humana: alcances, limitaciones e implicancias educativas. *Revista Intercambios*, IV(3), 46-54.

- Gordon, P. (2001). Psychoanalysis and racism: the politics of defeat. *Race & Class*, 42(4), 17-34.
- Gould, S. J. (2004). *La estructura de la Teoría de la Evolución*. Barcelona: Tusquets.
- Gould, S. J. (2018). *La vida maravillosa. Burgues Shale y la naturaleza de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Granés Sellarés, J. (2005). *Isaac Newton. Obra y contexto: una introducción*. Universidad Nacional de Colombia.
- Grosz, E. (1999). Darwin and Feminism: Preliminary Investigations for a Possible Alliance. *Australian Feminist Studies*, 14(29), 31-45.
- Grosz, E. (2001). *Architecture from the outside: essays on virtual and real space*. Massachusetts: MIT Press.
- Grosz, E. (2005). *Time Travels: Feminism, Nature, Power*. Duke University Press.
- Hall, S. G. (1916). *Adolescence*. New York: Appleton.
- Hamilton, R. (2008). The Darwinian Cage: Evolutionary Psychology as Moral Science. *Theory, Culture & Society*, 25(2), 105-125.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra.
- Harman, G. (2015). *Hacia el realismo especulativo Ensayos y conferencias*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Heinz, A. (1998). Colonial Perspectives in the Construction of the Psychotic Patient as Primitive Man. *Critique of Anthropology*, 18(4), 421-444.
- Hird, M. (2004). *Sex, gender, and science*. New York: Palgrave Macmillan.
- Hopkins, G. (2006). *The Collected Works*. Oxford University Press.
- Hornstein, L. (1993). Historia, azar, determinismo. Hacia un nuevo paradigma. En *Práctica psicoanalítica e historia*. Buenos Aires: Paidós.
- Irigaray, L. (1974). *Speculum. Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Saltés.
- Jeynes, W. (2011). Race, Racism, and Darwinism. *Education and Urban Society*, 43(5), 535-559.
- Jones, D. (1999). Evolutionary Psychology. *Annual Review of Anthropology*, 28, 553-575.
- Kidd, B. (1897). *La evolución social*. Madrid: La España Moderna.
- Kirby, V. (2002). When All That Is Solid Melts into Language: Judith Butler and the Question of Matter. *International Journal of Sexuality and Gender Studies*, 7(4), 265-280.
- Kirby, V. (2008). Natural Convers(at)ions; or, What If Culture Was Really Nature All Along? En Alaimo, S. y Heckman, S. (Ed.). *Material Feminisms*. Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press.
- Kirby, V. (2017). *What If Culture Was Nature All Along?* Edinburgh University Press.
- Kurasawa, F. (2002). A requiem for the 'primitive'. *History of the Human Sciences*, 15(3), 1-24.
- Lightman, B. (2010). Darwin and the Popularization of Evolution. *Notes and Records of the Royal Society of London*, 64(1), 5-24.
- Mallén, C. (2012). El Árbol de la Vida. *Revista mexicana de ciencias forestales*, 3(10), 3-6.
- Malthus, T. (1817/2016). *Tratado sobre la población*. Madrid: Alianza.
- Maturana, H. (2002). Autopoiesis, Structural Coupling and Cognition: A history of these and other notions in the biology of cognition. *Cybernetics & Human Knowing*, 9(3-4), 6-9.

- Meillassoux, Q. (2015). *Después de la finitud. Ensayo sobre la necesidad de la contingencia*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Morales, A. (1971). The Collective Preconscious and Racism. *Social Casework*, 52(5), 285-293.
- Muss, R. (1980). La psicología biogenética de la adolescencia, según G. Stanley Hall. En *Teorías de la adolescencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Nissim-Sabat, M. (1991). The Crisis in Psychoanalysis: Resolution through Husserlian Phenomenology and Feminism. *Human Studies*, 14(1), 33-66.
- Nonini, D. (1992). Freud, Anteriority, and Imperialism. *Dialectical Anthropology*, 17(1), 25-33.
- Ossandón Valdés, C. (2013). La teoría de la evolución: ¿ciencia, filosofía o teología? *Semana Tomista*, XXXVIII, 1-9.
- Paul, R. (2010). Yes, the Primal Crime Did Take Place: A Further Defense of Freud's Totem and Taboo. *ETHOS*, 38(2), 230-249.
- Pennisi, E. (2003). Modernizing the Tree of Life. *Science*, 300(5626), 1692-1697.
- Quezada, L. (1918). Un recorrido por las políticas de población, 1793-2017. *Auctoritas Prudentium*, X(18), 1-39.
- Rendón, C. A., y Folguera, G. (2014). *Evo-devo como disciplina integradora: la temporalidad de los procesos biológicos como estrategia de análisis*. *THEORIA. An International Journal for Theory, History and Foundations of Science*, 29(3), 395-415.
- Richardson, R. (2016). Evolutionary Psychology. En Losos, J. y Lenski, R. (Eds.). *How Evolution Shapes Our Lives: Essays on Biology and Society*. Princeton University Press
- Rieff, P. (1984). The Authority of the Past: Sickness and Society in Freud's Thought. *Social Research*, 51(1/2), 527-550.
- Schmaier, M. y Dundes, A. (1961). Parallel Paths. *The Journal of American Folklore*, 74(292), 142-145.
- Slavet, E. (2008). Freud's 'Lamarckism' and the Politics of Racial Science. *Journal of the History of Biology*, 41(1), 37-80.
- Spencer, H. (1910). *Creación y evolución* Valencia: Sempere & Cia.
- Spivak, G. (2010). *Crítica de la razón poscolonial: Hacia una crítica del presente evanescente*. Madrid: Akal.
- Tiénou, T. (1991). The Invention of the "Primitive" and Stereotypes in Mission. *Missiology*, 19(3), 295-303.
- van Wyhe, J. (2002). *The Complete Work of Charles Darwin. Online* (<http://darwin-online.org.uk>)
- Wallace, E. (1983). *Freud and Anthropology Psychological Issues*. New York: International Universities Press.
- Wilson, E. (2004). *Psychosomatic: Feminism and the Neurological Body*. Durham/London: Duke University Press.
- Wilson, E. (2015). *Gut Feminism*. Durham: Duke University Press.
- Wilson, E. (2002) Biologically Inspired Feminism: Response to Helen Keane and Marsha Rosengarten, 'On the Biology of Sexed Subjects'. *Australian Feminist Studies*, 17(39), 283-285.

ADENDA

Niñez y salvajismo. Marie-Angélique: solo problemas para ofrecer

Andrea Mirc y Ariel Martínez

Quisiéramos finalizar el recorrido propuesto reconstruyendo una sugerente historia³³. Se trata de un hecho ocurrido durante el siglo XVIII que tiene como protagonista a una 'niña salvaje'. Aunque aparentemente desconectado con nuestros intereses respecto a examinar de forma crítica los supuestos epistemológicos y los vectores de poder implicados en la constitución y consolidación de la Psicología Evolutiva como disciplina, debiéramos prestarle atención. Como es sabido, los casos de niños salvajes han ejercido una fuerte atracción en la imaginación popular durante algún tiempo, desde relatos sensacionalistas hasta documentales y trabajos académicos. Aún hoy en día continúan intactos los intentos de dilucidar lo que estos casos dicen sobre ideas tales como 'lo salvaje', 'la niñez', 'la naturaleza' y 'la crianza'. En cualquier caso, los propios niños fueron en gran medida el pretexto para un análisis de los intercambios intelectuales que se arremolinaban a su alrededor.

En septiembre de 1731 una niña de aspecto salvaje fue hallada cerca de Châlons-en-Champagne (Francia). Envuelta en pieles de animales, sucia, inarticulada y apasionadamente carnívora, la niña mostró un estado 'primitivo' que desafió y amenazó la primacía de una cultura que se enorgullecía de la racionalidad y la vida refinada y ordenada. La niña salvaje fue vista por primera vez una tarde robando manzanas en un árbol de un huerto cerca del pueblo de Songi. Tenía los pies descalzos y solo llevaba trapos y pieles cubriendo su pequeño cuerpo ennegrecido. Estaba armada con un palo corto. Los aldeanos soltaron sobre ella un perro al que mató de un solo golpe antes de escalar un árbol y balancearse, de rama en rama, de regreso al bosque. Esta aparición se propagó rápidamente a través de la región y finalmente captó la atención de escritores y científicos de toda Europa.

Al ordenarse su captura, fue una mujer del pueblo quien tuvo éxito al tentarla desde un árbol con un cubo de agua y una anguila. Así, la niña fue capturada y bautizada como Marie-Angélique, aunque fue conocida como 'la niña salvaje de Champagne' y asignada a un grupo de católicas para su reconstitución física a través de la socialización femenina practicada en la Francia del siglo XVIII. Narra la literatura al respecto que los principios rectores de la pe-

³³ Para esta reconstrucción hemos utilizado aportes de Adriana Benzaquèn (2006), Alan Bewell (1983), Wayne Dennis (1951), Julia Douthwaite (2002) y Rae Yan (2017).

dagogía femenina en aquel momento transcurrían por el silencio, la inmovilidad, la restricción física y la vigilancia social. Se entendía que los niños —especialmente las niñas— se encontraban próximos al pecado original. Esto alentó una profunda desconfianza reflejada en los textos de los educadores del convento que prescriben un régimen riguroso de subordinación moral y material. Cada aspecto de la vida escolar operaba como una moldura, por ejemplo: las niñas pasaban horas sentadas en sus bancos mostrando los atributos gloriosos de la modestia y la decencia. La educación femenina se centró en prevenir el mal, por ello las regulaciones del convento organizaban el espacio y el tiempo para moldear el cuerpo —espectáculo prohibido del pecado, debía desaparecer de la vista y del pensamiento. La retórica de la incorrección corporal impedía a los niños la indecente de apoyarse contra la pared o contra el respaldo de la silla, extender los brazos y las piernas, mostrar los pies, morderse las uñas, entre otras tantas actitudes.

En aquel contexto, los observadores celebraron el ‘progreso’ de la niña salvaje, lo que significó su silenciamiento, el profundo control de su cuerpo y una existencia sin incidentes morales y cargada de culpa. Esta práctica pedagógica de inmovilizar el cuerpo y estrechar el pensamiento resultó ser particularmente intensa en la educación femenina de la época, pues fue aplicada en grado diferente en la educación de los niños (con ellos la disciplina y el castigo también fueron fundamentales, aunque en tales casos se fomentaba el ejercicio físico y la curiosidad intelectual). Mientras que Marie-Angélique fue confinada en varios conventos, el los niños salvajes hallados en Europa fueron reeducados de un modo bastante diferente. Por ejemplo, después de su captura en 1724, Peter de Hannover fue confiado al Dr. John Arbuthnot, un prestigioso científico de la Royal Society de Londres. A pesar de los esfuerzos del Dr. Arbuthnot, los logros educativos de Peter se limitaron a la posibilidad de pronunciar unas pocas palabras, un comportamiento corporal cortés y modales en la mesa. Escritos de la época aseguran que pasó sus últimos días feliz en una granja conservando solo un rasgo de ‘su estado anterior’: la capacidad de pronosticar el clima. Víctor de Aveyron, capturado en 1798, es el único niño salvaje cuya experiencia se registra en detalle. Él recibió una educación rigurosamente científica en manos del famoso Jean Itard, quien tardó seis años en lograr ‘desarrollar’ el habla y la inteligencia del niño, sin lograr mucho progreso. Víctor permaneció mudo pero aprendió a escribir y a actuar bajo normas sociales cuando estaba en compañía. Cuando Víctor cumplió dieciocho años Itard pasó a la tutela a Madame Guerin, a quien el gobierno otorgó una pensión de 150 francos para el cuidado y atención del niño salvaje. Se dice que Víctor sólo era feliz en lugares oscuros, y así permaneció hasta su muerte a los cuarenta años.

A pesar de sus evidentes habilidades intelectuales, el ‘descubrimiento’ y la captura de Marie-Angélique siguió otros rumbos que aquellos niños. Aunque célebres científicos y filósofos de la época la visitaron (Charles Marie de La Condamine y Lord Monboddo, entre otros), pasó toda su vida encerrada en conventos, excepto en los últimos años en los que vivió sola. ¿Podría ser que una niña salvaje haya sido considerada inadecuada para la experimentación científica (o para el cultivo intelectual) debido a su sexo? La literatura muestra cómo la vida de la niña salvaje se vuelve francamente pasiva luego de la domesticación. Los relatos de su captura con-

cluyen celebratoriamente su éxito como mujer civilizada debido a su obediencia y control corporal, así como a su devoción religiosa.

Antes de ser recluida en el convento, la niña fue apresada en una granja provincial donde era expuesta ante visitantes. Los primeros relatos del avistamiento de la niña salvaje fueron publicados en los periódicos. Su exotismo capturó la imaginación de varios escritores. Algunos afirmaban que procedía de Noruega, otros argumentaron que su origen se ubicaba en las Islas Antillas de América, pues un caballero que estuvo allí mostró a la niña una raíz de mandioca y, al verla, lloró de alegría mientras la devoró con gran apetito. Como fuere Marie-Angélique fue entendida como una extranjera exótica. Especialistas de la época, al verla, se interesaron por su 'balbuceo' y, desde allí, concluyeron su aptitud para la socialización. La línea entre lo humano y lo animal es fluctuante en las narraciones de la época. Existen amplios registros sobre el deseo de capitalizar el aspecto semibestial de la niña salvaje al subrayar su valor como fenómeno cultural o espectáculo —una especie de muestra de zoológico exótica. Lo primero que se detectó fue sus excentricidades físicas: su aborrecimiento a ser tocada, su velocidad al correr, sus ojos temblorosos y su capacidad de cazar y pescar con sus manos desnudas. Su repertorio de hábitos y trucos 'salvajes' se utilizó para sorprender y entretener a observadores letrados.

Como una atracción de carnaval, la niña salvaje fue integrada a un mercado de curiosidades junto a otras extrañezas exhibidas en ciudades europeas durante el siglo XVIII: la albina negra, el enano patagónico, el infibulado brasileño, el hotentote monorquídeo, la serpiente de cascabel, los camaleones, los cocodrilos y los sapos surinameses. Marie-Angélique era provocada por un dispositivo montado para una exhibición que arrojaba la prueba visual de su desenfreno —promovido bajo demanda de los espectadores. Los observadores 'civilizados' sintieron sorpresa y conmoción al presenciar los hábitos 'salvajes' de Marie-Angélique, especialmente sus preferencias alimentarias: ella comía carne cruda y bebía agua de un cubo. Los registros sobre la forma en que se alimenta comparan a Marie-Angélique con 'una vaca lamiendo en cuatro patas'. También se relata el asombro, el asco y los sentimientos de horror de los observadores cuando, durante el espectáculo de su exhibición, le arrojaban una liebre para comprobar su alimentación a base de carne cruda. Marie-Angélique devoraba en un instante liebres y pollos sin quitarle las entrañas.

La atracción de la niña salvaje sorprendía al perturbar las normas de la fisicalidad femenina y el comportamiento cortés en una sociedad europea que se enorgullecía de la limpieza y los modales refinados. La preferencia de la niña salvaje por la carne cruda violaba un tabú alimentario equivalente a violar los límites entre lo humano y lo animal. La domesticación era un imperativo moral, pues tales transgresiones amenazaban con desgarrar el orden social y revelar escénicamente los impulsos más bajos del hombre. Finalmente, su exitosa reeducación como una recatada mujer francesa demostró el triunfo del orden sobre el caos. Al mismo tiempo atestiguaba una yuxtaposición imposible de ser erradicada en los sentidos adjudicados entre bestialidad indómita y feminidad socializada.

Después de varios lavados, la piel de la niña se volvió blanca. Sus enormes pulgares y sus largas y duras uñas eran una fuente de asombro, al igual que sus agudos y penetrantes gritos. Escapó varias veces y sorprendió a los aldeanos con su impermeabilidad al frío. Para evitar esto, se concluyó que la clave para la supervivencia de Marie-Angélique era el encierro en el Hospital General de Châlons. Y así se hizo. Allí alojaban y alimentaban a los niños pobres hasta los quince años. Si bien en la granja era conocida entre los aldeanos más próximos como 'la bestia del pastor', en adelante se la llamó Marie-Angélique Memmie Le Blanc. Su predilección por la escalada de árboles y la natación, como su afición por las ranas crudas y la sangre de conejo, cesó de inmediato. Fue obligada a comer alimentos civilizados. Poco tiempo después del cambio alimenticio perdió sus dientes —que junto con sus uñas se conservaron como curiosidades para ser expuestas en diferentes circuitos. A esto siguieron consecuencias más graves: su salud se vio debilitada por la dieta cocida y el estilo de vida sedentario en el Hospital (y más tarde en los conventos en Chalons y París) y sufrió daños permanentes. Bajo el cuidado de las monjas, sin embargo, Marie-Angélique fue gradualmente 'humanizada': aprendió el idioma francés y el dogma católico junto con la costura y las tareas domésticas. Una vez que tuvo la fluidez suficiente para responder preguntas, fue posible reconstruir parte de su pasado. Apparentemente había estado vagando por el campo de Champenois en compañía de otra niña salvaje, cazando peces, ranas, conejos y refugiándose en los árboles. Se comunicaban mediante gestos, gruñidos y silbatos. Después de una disputa la niña hirió a su compañera. Esta escapando para valerse por sí misma cuando fue descubierta en el huerto.

La superiora del hospital fue quien crió a la niña salvaje. Señala que es un acto moral interrumpir las primeras estrofas del hombre primitivo que resuenan en ella —una encarnación de ancestros lejanos de los europeos contemporáneos y un triste ejemplo de lo que seríamos sin educación y sociedad. La superiora afirmó que su educación fue eficaz porque sabía bordar muy bien. También aprendió la religión cristiana a tal punto que deseó ser bautizada. El pasado incivilizado de la niña salvaje fue entendido como un defecto moral, un vestigio del pecado original. Esto justificó métodos para remediar el salvajismo que incluía la instrucción religiosa y la rigurosa disciplina y, de ser necesario, el castigo físico. Tal como señalan los registros, sólo se puede controlar la propensión natural del hombre a la violencia y mantener la sociedad en orden a través de medidas punitivas y tácticas represivas. La lucha espiritual de cualquiera que se disponga a abandonar el pecado era análogo el tormento físico del salvaje carnívoro rehabilitado. El salvaje civilizado dio cuenta de la lucha entre los impulsos instintivos y las obligaciones sociales.

Quienes la han entrevistado afirmaron que Marie-Angélique sintió una notoria afición por la sangre animal y que vivió en constante amenaza de recaída, la más violenta de sus tentaciones fue beber la sangre de un animal vivo. Afirman que cada vez que veía a un niño sufría el tormento de ese deseo. A pesar de que su ferocidad fue suavizada, afirman los registros, conservó vestigios en sus ojos y sus modales: a ella no le gustaba la comida ni la sociedad del momento, solo se mantenía fiel a los valores por obediencia a Dios. La religión que le habían enseñado le impedía regresar al bosque. Aunque finalmente dominó el francés, según

los informes, aborrecía las reuniones sociales y detestaba especialmente todo contacto físico. Después de la muerte de un noble benefactor en 1752, Marie-Angélique dejó de recibir dinero y fue expulsada del convento. Cayó en la indigencia. Dicen los informes que su existencia cada vez más austera y solitaria en los años posteriores sólo se rompía por visitas poco frecuentes de buscadores de curiosidades. Murió en la soledad entre los cuarenta y sesenta años (la fecha es incierta).

Aunque gradualmente fue ‘domesticada’ y ‘reformada’ como una monja católica, la existencia ambigua de la niña salvaje de Champagne en los límites de la civilización fascinó a la intelectualidad europea. Los relatos de la niña ejemplifican la gran variedad de dispositivos conceptuales para hablar sobre el salvajismo y la civilización en la Europa del siglo XVIII. También abarcaron toda una gama de investigaciones pseudocientíficas sobre los orígenes de la humanidad al apelar a ideas de naturaleza subsidiarias a mejorar la sociedad mediante el control de indeseables fenómenos vinculados con pueblos exóticos y simios antropomórficos. Los dispositivos retóricos y estrategias narrativas utilizadas para capturar a la niña salvaje de Champagne han sido múltiples. Buscando disipar (o potenciar) los temores arcaicos provocados por esta transgresión en la sociedad normal. La niña salvaje de Champagne fue recurso utilizado y producido por la especulación de los autores del siglo XVIII. Sin dudas vive en la imaginación del siglo veinte como un Otro enigmático del que no podemos deshacernos y que siempre invita, pero en última instancia se resiste, a una interpretación definitiva.

¿La curiosidad, las reflexiones, los afectos y las especulaciones en torno a los vínculos entre ‘lo salvaje’ y ‘lo infantil’ han cambiando radicalmente respecto al siglo XVIII? ¿Continúan operando los anudamientos sexistas, coloniales y racistas entre salvajismo y niñez? ¿Nuestros marcos teóricos continúan atemorizados por los impulsos de una naturaleza que la cultura debe domeñar mediante la prescripción de líneas de desarrollo y pautas de socialización? ¿Los mismos dispositivos semióticos y materiales que producen el exterior temido de ‘lo salvaje’ son los mismos que producen ‘la niñez normal’ y ‘la adultez civilizada’? ¿Marie-Angélique puede ser considerada humana? ¿En qué términos? ¿En términos ético-políticos? ¿En términos de constitución psíquica? ¿Marie-Angélique continúa amenazando, desde cada infancia, los marcos normativos que la civilización impone? ¿Algunas infancias —no alineadas con las zonas geopolíticas que concentran el poder económico global— son significadas actualmente desde sentidos culturales resonantes con aquellas miradas que contemplaron a Marie-Angélique? Esperamos que el recorrido propuesto, en las páginas de este libro y en este relato, promueva la reflexión crítica en nuestras aulas.

Referencias

Benzaquen, A. (2006). *Encounters with Wild Children: Temptation and Disappointment in the Study of Human Nature*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

- Bewell, A. (1983). Wordsworth's Primal Scene: Retrospective Tales of Idiots, Wild Children, and Savages. *ELH*, 50(2), 321-346.
- Dennis, W. (1951). A Further Analysis of Reports of Wild Children. *Child Development*, 22(2), 153-158.
- Douthwaite, J. (2002). *The Wild Girl, Natural Man, and the Monster: Dangerous Experiments in the Age of Enlightenment*. University of Chicago Press.
- Yan, R. (2017). Dickens's Wild Child: Nurture and Discipline after Peter the Wild Boy. *Dickens Studies Annual*, 48, 45-58.

Lxs autorxs

Coordinadorxs

Martínez, Ariel

Doctor en Psicología (UNLP). Especialista en Educación en Géneros y Sexualidades (UNLP). Profesor Adjunto de la cátedra Psicología Evolutiva (Departamento de Ciencias de la Educación) y JTP de la cátedra Psicología Evolutiva II (Departamento de Educación Física), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Director del proyecto de investigación “Identidad de género y cuerpo. Auto-percepciones y performances transgénero en ámbitos de producción artística” (PPID/H060, acreditado por SeCyT-UNLP). Integrante del *Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInIG)*, *Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP/CONICET)*.

Mirc, Andrea

Licenciada en Psicología (UNLP). Profesora Adjunta Ordinaria de la Cátedra “Psicología Evolutiva I”, de la Facultad de Psicología y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Docente Investigadora. Directora y Co-directora de Proyectos de Investigación y Extensión (UNLP). Integrante del *Centro Interdisciplinario Cuerpo, Educación y Sociedad (CICES)*, *Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP/CONICET)*. Asesora en la Dirección de Escuelas, Provincia de Buenos Aires. Autora y coautora de diversos trabajos en eventos nacionales e internacionales en temáticas relacionadas al área de la Psicología Clínica y del Desarrollo en Niños.

Autorxs

Arévalo, Luciano

Estudiante avanzado de la Licenciatura en Antropología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP). Adscripto alumno de la Cátedra de Antropología Cultural y Social de la Facultad de Psicología (UNLP). Becario del Consejo Interuniversitario Nacional en el marco del proyecto “Identidad de género y cuerpo. Auto-percepciones y performances transgénero en ámbi-

tos de producción artística” (PPID/H060, acreditado por SeCyT-UNLP) en el *Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInIG)*, *Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP/CONICET)*.

Delucca, Norma

Psicóloga Clínica (UNLP). Especialista en Psicología Forense (orientación: peritajes/familia). Ex Profesora Titular Concursada de la cátedra de Psicología Evolutiva II en la Facultad de Psicología y en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación), UNLP. Profesora estable de numerosas carreras de Posgrado. Dirigió numerosos proyectos de Extensión e Investigación acreditados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNLP. Autora (junto a Hilda Abelleira) de *Clínica forense en familias. Historización de una práctica* (2004, 2011, Buenos Aires: Lugar.

Gomariz, Tomás

Licenciado en Psicología (UNLP). Maestrando en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad (Facultad de Filosofía y Letras, UBA). Becario Doctoral (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). Adscripto graduado de la Cátedra de Psicología Evolutiva II (Facultad de Psicología, UNLP). Se desempeñó como becario del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) en el marco del proyecto “Cuerpo, afecto y performatividad en prácticas artísticas contemporáneas” (11/H.810) en el *Centro Interdisciplinario Cuerpo, Educación y Sociedad (CICES)*, *Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP/CONICET)*.

Suzzi, Guillermo

Licenciado y Profesor en Psicología (UNLP). Ayudante Diplomado de la Cátedra de Psicología Evolutiva II, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Becario Doctoral (UNLP) con lugar de trabajo en el *Centro Interdisciplinario Cuerpo, Educación y Sociedad (CICES)*, *Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP/CONICET)*. Participa como tesista en el marco del proyecto “Identidad de género y cuerpo. Auto-percepciones y performances transgénero en ámbitos de producción artística” (PPID/H060, acreditado por SeCyT-UNLP).

Vazquez, Lucía

Magíster en Estudios Literarios (UBA). Profesora en Castellano, Literatura y Latín (I.S.P Dr. Joaquín V. González). Participa como Investigadora Adjunta en el proyecto de investigación “Nueva Narrativa Argentina Especulativa” (USAL, CONICET). Becaria Doctoral (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

Hacia una deconstrucción de la Psicología Evolutiva : aportes teórico-políticos / Ariel Martínez ... [et al.] ; coordinación general de Ariel Martínez ; Andrea Elizabeth Mirc. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata ; EDULP, 2021.

Libro digital, PDF - (Libros de Cátedra)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-34-2023-2

1. Psicología Evolutiva. 2. Psicoanálisis. 3. Infancia. I. Martínez, Ariel, coord. II. Mirc, Andrea Elizabeth, coord.
CDD 155.7

Diseño de tapa: Dirección de Comunicación Visual de la UNLP

Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata
48 N.º 551-599 / La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644 7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2021
ISBN 978-950-34-2023-2
© 2021 - Edulp

S
sociales

**Edulp**
EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA